

LA ARMADURA DEL DESPRECIO

LOS OLVIDADOS 3 • UNA NOVELA DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

Dan Abnett

[redacted]



En la despiadada Cruzada de los Mundos de Sabbat, el comisario Gaunt regresa de Gereon, un planeta sometido al Caos, para enfrentarse a sus propios demonios. Todavía afectado por la larga misión tras las líneas enemigas llevada a cabo en Gereon, el comisario Ibram Gaunt regresa a ese planeta con el ejército imperial de la Cruzada para liberar a ese mundo del Caos. Gaunt y el Primero y Único de Tanith descubren, después de establecer contacto con fuerzas guerrilleras de élite del lugar, que la brutalidad de la «liberación» les obliga a enfrentarse a sus comandantes, quienes creen que la victoria debe conseguirse a cualquier coste, sin importar lo cruel que sea. Todo puede ocurrir cuando Gaunt y los suyos desafían de un modo directo la autoridad de sus superiores.



Dan Abnett

La armadura del desprecio

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. Los olvidados 3

ePub r2.0
Titivillus 19.06.15


FOR TANITH - FOR THE EMPER

Título original: *The Armour of Contempt*
Dan Abnett, 2006
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para mi amigo Richard Collins,
por su cuadragésimo cumpleaños.

Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

El Caos se lleva a los descuidados o a los incompletos.

Un verdadero ser humano puede evitar su posesión si es decidido y protege su alma con la armadura del desprecio.

GIDEON RAVENOR
Las esferas del anhelo

Durante el vigésimo segundo año de la cruzada de los Mundos de Sabbat, se produjo un período de renovada fortuna para los grupos de ejército más importantes del señor de la guerra Macaroth. Enardecidos por las rápidas y decisivas victorias en Cabal Alfa, Gerlinde y Zadok, las fuerzas del señor de la guerra realizaron un vigoroso avance hacia el disputado Cúmulo Carcaradon, y obligaron a las principales huestes del señor de la guerra enemigo, o «arconte», Urlock Gaur, a efectuar una veloz retirada. La intención de Macaroth era dispersar y destruir los reagrupamientos de fuerzas del arconte antes de que les diera tiempo a formar una línea defensiva coherente en el Grupo Erinyes.

En el flanco que Macaroth tenía más cercano al núcleo de la galaxia, y cada vez más atrás, las fuerzas de combate secundarias, el Quinto, el Octavo y el Noveno Ejércitos de la Cruzada, continuaron con sus esfuerzos para repeler las fuerzas del magíster Anakwanar Sek, el lugarteniente más capacitado de Gaur, que seguían amenazando los flancos del grupo de ejército Khan.

El segundo frente estaba debilitado por problemas de moral y de logística, y por el hecho de que el grueso de sus soldados estaba compuesto principalmente por regimientos recién fundados y novatos, ya que la mayoría de las unidades de la Guardia Imperial más experimentadas y veteranos habían sido enviadas a la línea de batalla principal, por lo que esa zona de combate comenzó a estancarse a principios del 777.M41.

Para aumentar los problemas, los ejércitos de este segundo frente a menudo se encontraron con que Sek había desplegado a unas fuerzas terrestres enemigas muy superiores en eficiencia a las unidades imperiales para enfrentarse a ellas. Lo más probable es que muchos de los comandantes de ese segundo frente hubieran caído en desgracia a los ojos de Macaroth si éste no hubiese estado tan concentrado en sus propios objetivos. Sin embargo, el general Van Voytz, del Quinto Ejército, se esforzó lo indecible por lograr que el segundo frente se recuperara, sobre todo mediante una serie de misiones inflexibles destinadas a liberar ciertos mundos que antes se habían considerado «causas perdidas».

Van Voytz bautizó a su estrategia «aplastar y quemar», y su propósito era que el segundo frente recuperase el orgullo y la moral mediante la purga sistemática de los planetas que, hasta ese momento, se consideraban en posesión del archienemigo de un modo incontrovertible.

«Aplastar y quemar» tuvo el efecto deseado, aunque el enorme gasto de recursos que aquella política de combate necesitó para funcionar fue criticado más adelante por el Munitorum. Varios informes confidenciales también revelan que, en un caso en concreto, hubo una motivación completamente diferente detrás de aquellos costosos esfuerzos de liberación.

Fragmento de
Una historia de las últimas Cruzadas Imperiales





PRIMERA PARTE

POR EL CAMINO DE LA GLORIA

1

El RIP era un acrónimo y tenía lugar en el Sótano. Había en total doscientos cuarenta y tres pelados en el destacamento, y la mayoría respondían a la letra «P» del acrónimo. El primer día, Criid no conocía a nadie, por lo que se mantuvo aparte, con las manos metidas en los bolsillos. Aquello le valió unas pocas palabras de aclaración por parte del monitor del grupo, el instructor Kexie.

—¡Ni un solo puñetero guardia imperial, ni siquiera un pelado mocoso como tú, anda con las manos metidas en los bolsillos! —comentó Kexie en voz alta.

Kexie medía dos metros veinte de altura y su carne parecía cecina. Hablaba con lentitud, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para insultarlos y humillarlos. Las palabras le salían de la boca, de labios casi inexistentes, como proyectiles trazadores: ardientes e hirientes. Criid estaba seguro de que si gritara de noche, se podrían ver las palabras atravesar la oscuridad como gotas de fósforo reluciente.

El instructor Kexie siempre llevaba un bastón corto en la mano. Por alguna razón, que nadie parecía conocer, lo llamaba *Saroo*. Era una vara gruesa de alguna clase de madera noble de unos cuarenta centímetros de largo, y se asemejaba tanto a los bastones de mando de los oficiales como a la pata de una mesa. A Kexie le gustaba reforzar ciertas palabras y frases con *Saroo*, y mientras decía «pelado mocoso», le dio unos cuantos golpecitos contundentes en la mano izquierda a Criid, que todavía no la había sacado del bolsillo. Criid sintió un agudo dolor en los nudillos. Cuando Kexie dijo «como tú», *Saroo* decidió visitar la mano derecha, y cuando llegó a «las manos metidas en los bolsillos», *Saroo* golpeó con fuerza a Criid entre las piernas. Criid se desplomó en el suelo de metal esforzándose por respirar.

—En posición de firmes, con las manos a los costados. Ninguna otra postura le resultará aceptable al Dios Emperador, a mí o a *Saroo*. ¿Entendido?

—Sí, instructor.

—Agh —soltó Kexie al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia un lado. Los miembros del destacamento no tardarían en darse cuenta de que tenía la costumbre de salpicar sus discursos con aquella expresión tan particular. «Agh, ¿a eso llamas un cargador limpio?». «Agh, ¡vaya mierda de intento!». «Agh, ¿eso es lo mejor que puedes hacerlo?»—. Agh —repitió—. Me parece que *Saroo* no te ha oído, mocoso.

—¡Sí, instructor! —gritó Criid—. ¡Lo he entendido, instructor!

—Levántate —le bufó Kexie antes de volverse hacia los demás.

Algunos de ellos parecían divertirse. No habían pasado diez minutos del primer día de formación y uno de los suyos ya estaba en el suelo con los ojos llenos de lágrimas provocadas por el dolor.

Se trataba de un grupo de feo aspecto. La mayoría de ellos eran los despojos de otros regimientos. Criid ya había puesto sobrenombres a tres o cuatro de los más destacados, aunque más bien se trataba de motes. Cajón era un tipo bromista procedente del 33.º de Kolstec. Les había comunicado con orgullo en cuanto estuvieron reunidos que se encontraba en RIP porque era «un desastre para todo». Encanto era una tanquista del regimiento hauberkano. Era la tercera vez que estaba en RIP, aunque la primera que coincidía con el instructor Kexie. «No me gustan las órdenes», le había contestado a Cajón cuando éste le había preguntado el motivo para que la hubieran enviado de nuevo a RIP, y no dijo nada más. Encanto era realmente inquietante. Tenía el cabello oscuro y la piel morena, y tratar con ella parecía tan arriesgado como llevar un cuchillo afilado suelto y sin vaina en la mochila.

Peñasco, como ocurría a menudo con los motes en la Guardia Imperial, era el inmerecido sobrenombre adjudicado a un individuo con el que no se correspondía. Peñasco era un chaval pequeño y delgado, un flacucho inútil procedente del regimiento de Kolstec, como Cajón. Criid supuso que la ironía sutil como un martillo pilón de la Guardia Imperial le había dado de lleno a Peñasco con el mango. Aunque era un individuo pequeño y tenía una apariencia agradable, era difícil sentir simpatía por él. Tenía una risa aguda y desapacible, que solía sonar cuando disfrutaba del dolor que sentían otros. A Peñasco lo había enviado al RIP su oficial al mando por «colocarle una bayoneta a un lanzacohetes, ja, ja, ja».

Según la opinión de Criid, que se había formado en apenas diez minutos, Wash era el verdadero peligro del grupo. Le recordaba al mayor Rawne. También era un individuo de buena estatura, guapo y de aspecto mortífero. Sabía que era atractivo, incluso con aquel uniforme desgastado del RIP, y los miró a todos con un silencio despreciativo. Cuando se reunieron por primera vez, Cajón le preguntó por qué lo habían enviado allí. Wash se había limitado a apartar la mirada y a darle la espalda.

—¡Vaaaya, un tipo duro! ¡Ja, ja, ja! —había soltado Peñasco, y Cajón y unos cuantos más se echaron a reír con él.

Wash se había dado la vuelta de nuevo y había extendido el dedo índice de la mano izquierda para luego metérselo en la boca a Peñasco. Después le clavó la punta del dedo en el hueco que se abría entre los dientes frontales y la encía, lo que empujó el labio superior contra la nariz y tensó el pliegue de carne que se extendía entre la encía y el labio. Peñasco soltó un quejido de dolor, pero, al igual que un pez atrapado en un anzuelo, se había visto incapaz de soltarse.

—No soy un «tipo duro» —le dijo Wash—. No soy tu amigo. Si quieres verme, pregunta por mí, pero será mejor que nunca, nunca, preguntes por mí.

Después de decir aquello, soltó a Peñasco, y desde entonces todo el mundo se mantuvo alejado a una distancia respetable de Wash.

—¡El tanith echa cuerpo a tierra! —soltó Cajón cuando el instructor derribó a Criid—. Dicen que son el primero y el único. ¡El primero y el único en recibir un palo!

—El tanith se viene abajo —añadió Peñasco—. ¡Mirad, mirad! ¡Parece una nenita! ¡Bua, bua! ¡Ja, ja, ja!

—¡Vete a casa con mamá, pequeño tanith! —insistió Cajón.

—Ella te limpiará la carita y te curará —se burló Encanto—. ¡Muac, muac! —dijo imitando un par de besos—. ¿Ya estás mejor?

—Mi madre… —les contestó Criid mientras se ponía en pie—. Mi madre os destriparía…

—¡Oh, vaya, qué miedo tengo! —se mofó Peñasco—. ¡Tengo tanto miedo que me voy a mear encima! ¡Ja, ja, ja!

—Conozco a tu madre —comentó Cajón—. Se resistió un poco, pero luego le gustó. Todavía me escribe. «Oh, Cajoncito mío, ¿podemos vernos otra vez? Tengo ganas de…»

—¡Silencio! —disparó Kexie—. Cerrad el pico, mocosos. Agh, he tenido unos cuantos destacamentos bajo mi mando, pero vosotros sois de lo peor. ¡Vamos, poneos en línea! ¡Vamos, vamos! Criid, levántate y ponte en fila. En formación. ¿Eso es en formación, mierdosos? ¡Vamos! ¡Seis filas, pero ya! ¡Vamos!

Kexie caminó entre las filas pasándose a *Saroo* entre las manos encallecidas.

Hacía frío en el amplio espacio abierto que era el Sótano. Al igual que todas las zonas inferiores de sentinas, el Sótano carecía de calefacción y de comodidad alguna. Las paredes estaban cubiertas de manchas rojizas de óxido y otras gangrenas metálicas. El aire estaba cargado del olor a orina rancia y a disolventes que se filtraban desde las zonas superiores.

—Muy bien, niños y niñas —continuó diciendo Kexie—. Supongo que esto es lo mejor que podéis hacerlo. Joder, he visto a novatos de regimientos recién creados ponerse en formación mucho más correcta. Sois unos mierdas. ¿Me oís bien? Lo peor de lo peor. Sois RIP, y mi meta en esta vida es haceros la vida imposible, y me lo ha encargado el propio Dios Emperador de la Humanidad en persona. Agh, y tengo que convertiros en unos puñeteros guardias imperiales de verdad. Habéis venido aquí como unos simples mocosos pelados, pero yo os devolveré convertidos en verdaderos soldados… u os mataré en el intento. —Se quedó callado un momento y recorrió con la mirada la formación—. ¿Alguien tiene algo divertido que decir al respecto? Vamos, es vuestra ocasión. Podéis hablar con total libertad.

—Bueno, puede intentar eso de matarnos —le sugirió Encanto.

Saroo la golpeó de un modo fulminante en la garganta y después en la nuca mientras se desplomaba hacia el suelo.

Encanto se quedó derrumbada en el suelo metálico esforzándose por recuperar el

aliento. Criid se inclinó para ayudarla.

—¡Que nadie se mueva! ¡Nadie, joder! Que lo encaje. ¿Alguien más quiere hacer algún comentario? ¿No? ¿No?

Kexie dejó de pasearse entre las filas y se quedó de pie delante de ellos, mirándolos cara a cara.

—Hijos e hijas de puta, bienvenidos al destacamento RIP. Vamos a asegurarnos de que todo el mundo entiende qué significan esas letras. «R» es por… ¡Estoy esperando!

—Reentrenamiento, instructor —murmuraron los miembros del destacamento.

Kexie se dio un golpecito con *Saroo* en la palma de la mano.

—Me parece que *Saroo* no os oye.

—¡Reentrenamiento, instructor! —gritaron al unísono.

—¿Y la «I» es de…?

—¡Instrucción!

—Bien, ya casi hemos terminado. ¿Y la «P»? ¿Sabéis de dónde viene esa inicial?

—¡Punición!

Kexie asintió.

—Bien, muy bien. Agh. Dejadme que haga las cuentas. Supongo que la mayoría de vosotros, mocosos, estáis aquí por la «P». Levantad la mano.

La mayor parte del destacamento, incluidos Peñasco, Wash y Encanto, levantó la mano.

Kexie asintió de nuevo.

—¿Quién está aquí por la «R»?

Otro puñado levantó la mano, incluido Cajón.

Kexie se pasó a *Saroo* de una mano a otra.

—Imaginaos mi sorpresa si encuentro que alguno de vosotros está aquí por la «I». ¿Hay alguno?

Ocho levantaron la mano, entre ellos, Criid.

—Mierda —exclamó Kexie—. ¿Ocho en total? Muy bien. Vosotros ocho, colocaos delante y en el centro.

Criid avanzó junto a los otros siete. Todos parecían muy jóvenes, con ese aspecto de extremidades desmañadas y hombros redondeados que daba la pubertad.

—Mirad bien, mocosos pelados —dijo Kexie dirigiéndose al resto del destacamento—. Aquí tenéis a ocho vírgenes. A unos auténticos pelones recién llegados. Jamás han visto un combate. Jamás han disparado en batalla. Será mejor que os aseguréis de que ninguno de ellos lo hace mejor que vosotros, o yo mismo en persona os pondré el cañón de una pistola bólter contra la cabeza y sonreiré cuando apriete el gatillo.

Kexie se quedó mirando a los ocho candidatos para «I».

—Al suelo. Cincuenta flexiones. Pero ya.

• • • • •

Después de una hora haciendo flexiones, el destacamento se pasó unas tres horas subiendo y bajando cuerdas, para luego correr varios circuitos por el Sótano con mochilas cargadas a la espalda. Al cabo de cinco horas, todos estaban aturdidos y desorientados por el agotamiento.

—¡Cambio! ¡A las cuerdas! —gritó Kexie.

Cajón, sudoroso y con el rostro encendido, fue incapaz de subir por la cuerda llena de nudos que colgaba del techo del Sótano.

—¡Si alguien no lo consigue, todo el grupo repetirá el ejercicio! —les advirtió el instructor.

—Échate saliva en las palmas —le susurró Criid a Cajón—. Échate saliva en las palmas y te agarrarás mejor.

Cajón le hizo caso y comenzó a ascender.

—¿Quién te ha enseñado eso? —le preguntó entre gruñidos de esfuerzo.

—Mi padre —le replicó Criid, que ya iba varios metros por encima y seguía subiendo con rapidez.

—¿Cómo se llama?

—¿Cuál de ellos? —replicó Criid.

2

Las luces del techo del Sótano comenzaron a apagarse. Cada hilera dejó de funcionar con un fuerte chasquido chirriante. Los miembros del destacamento se dispersaron como muertos en un campo de batalla, cada uno tirado en su colchoneta de entrenamiento y sin dejar de jadear y de gemir. Los uniformes empapados de sudor se les pegaban al cuerpo. Estaban tumbados con las manos extendidas a los lados, como si fueran predicadores en pleno sermón, alejadas de todo contacto. Tenían las palmas llenas de ampollas provocadas por la fricción, así que estaban demasiado sensibles como para tocar nada.

—Os quiero aquí mismo de vuelta mañana a las seis-cero-cero —les dijo el instructor—. Ni un minuto más tarde, o *Saroo* querrá saber el motivo. En formación y a saludar.

Kexie se quedó de pie dándose golpecitos con *Saroo* en el muslo derecho mientras el destacamento del RIP se ponía en pie con lentitud y formaban en filas.

—Seis semanas —les comunicó Kexie—. Seis semanas por el Camino de la Gloria hasta que desembarquemos en el próximo planeta. Por el Dios Emperador que para entonces habré convertido a unos cuantos de vosotros en unos puñeteros guardias imperiales en condiciones. Lo de hoy ha sido de pena. Mañana lo haréis mejor. Rompan filas.

Kexie se acercó a Criid mientras el resto del destacamento se dispersaba.

—Siento los golpes, Criid —le susurró—. No me di cuenta de que estabas aquí por la instrucción.

Criid hizo un gesto de asentimiento.

—No pasa nada, instructor. No podía saberlo.

—No, no podía. Una pena. Y ahora, retira todas las puñeteras colchonetas.

Las colchonetas de entrenamiento eran de material tejido y muy pesadas, aparte de que medían doce metros cuadrados. Levantarlas, enrollarlas y llevarlas a sus lugares de almacenamiento ya habría sido una tarea considerable para cualquiera, pero mucho más para una persona con las manos llenas de ampollas.

—¿Está de broma? —le preguntó Criid.

—¿Te niegas a cumplir una orden, mocoso? —le preguntó Kexie.

—No, pero…

Saroo le hizo una visita más prolongada a Criid y lo golpeó en los lugares donde no se verían los moretones.

Criid se quedó tendido en el suelo después de que Kexie se marchara y antes de ponerse de nuevo en pie y empezar a arrastrar las colchonetas. Tardó un buen rato. Cajón, Encanto y media docena de miembros del destacamento se habían quedado remoloneando al lado de la compuerta de salida. Todos habían visto lo que el instructor le había hecho. Al cabo de unos minutos se acercaron a Criid y comenzaron a ayudarlo con las colchonetas.

—Puedo hacerlo solo —les dijo Criid.

—El instructor te ha dado una buena paliza —le contestó Cajón—. ¿Estás bien?

En su rostro no había señal alguna de burla. Parecía preocupado de verdad.

—Sí. Mira, de verdad que puedo hacerlo solo.

—Tardarás menos si te ayudamos —le dijo uno de los otros, un chaval joven que se llamaba Zeedon.

—Kexie es un cabrón —comentó Encanto—. Me parece que lo voy a pinchar a base de bien.

—Sí, claro. Seguro que lo harás —le replicó Cajón.

—Tengo un cuchillo —le respondió Encanto con rabia—. Pienso clavárselo a ese cabrón si se me acerca de nuevo con ese palo.

—No lo hagas —le advirtió Criid.

—¿Por qué no? —quiso saber Encanto—. Si se lo está buscando…

—No seas estúpida. ¿Atacar a un oficial? Te ejecutarán. Ejecución sumaria por dos tiros detrás de la cabeza —le informó Criid.

—Pues merecería la pena —insistió Encanto, aunque su voz ya no sonaba tan segura.

—El instructor no está haciendo más que su trabajo. ¿Es que no lo entendéis? —les dijo Criid—. Estamos en la Guardia Imperial. Disciplina férrea y golpes sin parar. Eso es lo que nos convierte en guardias imperiales y nos hace funcionar. Si os esperabais otra cosa, el Trono sabrá por qué os alistasteis.

—Suenas como un puñetero comisario —comentó uno de los del grupo.

Criid sonrió.

—Es el primer cumplido que me hacen hoy.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Cajón.

—Criid.

—¿Cómo el ruido de algo al crujir?

—No. Terminado en «d», no en «c». Es un nombre verghastita.

—Pues yo te voy a llamar Santurrón —le dijo Cajón, acuñando un nuevo mote en la larga tradición de la Guardia Imperial de no mostrar respeto alguno—. Sí, Santurrón. Suena bien.

—Lo que más te guste —se limitó a contestar Criid.

—¿Quién es ésa? —preguntó Encanto de repente señalando hacia un lugar.

Al otro extremo de la cubierta del Sótano, entre las sombras de la compuerta principal de entrada, había alguien. Se trataba de una mujer alta y delgada que llevaba un uniforme de combate de color oscuro y las insignias de sargento.

—Feth —murmuró Criid.

—¿Quién es? —quiso saber Encanto.

—Es mi… —empezó a decir Criid, pero se calló un momento—. Es mi oficial supervisor. Ha venido a buscarme. Nos vemos mañana, ¿vale?

—¡A la misma hora con el mismo dolor, Santurrón! —le dijo Cajón entre risas mientras Criid se apresuraba a marcharse.

—¿Santurrón? —preguntó la mujer cuando Criid llegó a su lado.

—Es el mote que me han puesto.

—¿Eso es un moretón? —le preguntó mientras alargaba la mano hacia el rostro del joven.

—¡No hagas eso! —la advirtió Criid apartándole el brazo de un manotazo.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Me caí durante un ejercicio.

—Estás cojeando.

—Déjalo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver cómo te va. Ya sabes, el primer día y todo eso.

—Bueno, pues ojalá no hubieras venido —le dijo Criid esquivándola para dirigirse cojeando hacia la compuerta de servicio.

—¡Dalin! —le advirtió ella con un gruñido.

Dalin Criid, de dieciocho años, alto y fuerte, no temía a nada en el universo, excepto a la voz de su madre. Se detuvo.

—¿Alguien te ha pegado? —le preguntó ella.

—El instructor no hizo más que recalcar una orden. En el RIP no hay favoritismos.

—Qué cabrón. Debería matarlo —dijo Tona Criid—. ¿Quieres que lo mate?

—No —le contestó Dalin—, pero si vienes otra vez a verme, mamá, asegúrate de pegarme un tiro.

3

El ciclo de comida. Las asfixiantes cubiertas estaban repletas de gente. De las cocinas salían vaharadas de humo grasiento y de vapor que se enroscaban por el techo sobre la multitud apiñada. De las rejillas de las bocas de los conductos de ventilación colgaban chorreones de grasa solidificada. El aire estaba cargado con el olor a verduras hervidas, a diversos purés y a aceite de palma. Cada dos por tres se oían las campanadas que anunciaban que la comida ya estaba preparada. Los vendedores callejeros anunciaban a voz en grito los precios a la multitud que pasaba.

Con la hoja de ración habitual, cualquier guardia imperial podía comer lo que básicamente eran raciones recalentadas en los comedores del Adeptus Munitorum, pero la promesa de algo diferente atraía al final del ciclo diurno a cientos de soldados a las cubiertas de recreo. Eso, y el hecho de que en ellas se podía conseguir bebida, aparte de la posibilidad de satisfacer con discreción otros vicios si se sabía a quién preguntarle.

Las cubiertas de recreo existían gracias a los «seguidores en masa». A cada regimiento de la Guardia Imperial lo seguía un enorme séquito de personas: esposas, hijos, novias, prostitutas, curanderos, predicadores, pedigüeños, buhoneros, sacamuelas, contrabandistas, escribas, prestamistas y toda una panoplia de almas sombrías que vivían como parásitos, como pulgas, en los faldones de los militares. A Hark le habían comentado que había regimientos que se duplicaban cuando se incluía a toda aquella gente.

Las cubiertas de recreo era donde vivían y comían, donde comerciaban y hacían sus negocios. Una vez, un subcomisario le había sugerido que todas aquellas personas deberían ser expulsadas de la flota. «Reduciría los costes del Adeptus Munitorum casi un cincuenta por ciento», había proclamado orgulloso el subcomisario.

—Es cierto —le había contestado Hark con una sonrisa—, pero al día siguiente, todos y cada uno de los guardias imperiales del cuadrante desertarían.

Viktor Hark notó con cierta satisfacción mientras paseaba entre el gentío que abarrotaba el pasillo principal que a su compañero no se le había pasado por la cabeza algo similar. Ludd tenía los ojos abiertos de par en par, ya que era la primera vez que el subcomisario Nahum Ludd se encontraba en las zonas marginales de la nave de transporte. Era un individuo despierto e inteligente, y Hark se dio cuenta de los

motivos por los que su superior había dispuesto el traslado de Ludd al recién reorganizado Primero y Único.

Se agacharon para pasar por debajo de una barra de la que colgaban aves acuáticas en salazón, y después tuvieron que echarse a un lado para esquivar la vaharada de vapor que salía de una hilera de ollas llenas de líquido en ebullición. Por todas partes resonaban voces mientras las manos llenas de suciedad intercambiaban monedas por carne frita ensartada en palillos o por envoltorios de hojas de lechuga que contenían carne picada y especiada.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Hark.

—Ya he comido, señor —le contestó Ludd, que tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del griterío.

—¿Raciones del Munitorum? —quiso saber Hark.

—Comí en el primer turno. Después de todo, forma parte de la paga.

—¿Qué había esta noche?

—Aahh… Una especie de pescado marinado y pudín de maíz.

—¿Estaba bueno?

—Bueno, esto… El pescado estaba un poco picante, por así decirlo —contestó Ludd.

A su lado pasó un vendedor callejero que llevaba al hombro una bandeja cargada de empanadas humeantes. Ludd se dio la vuelta y lo vio alejarse. Hark casi oyó el sonido de la saliva al inundar la boca del subcomisario.

Viktor Hark era un individuo de complexión robusta con un espeso cabello negro y el rostro bien afeitado. La cabeza le sobresalía de un grueso cuello como si fuera la punta de una bala. Mostraba una actitud tranquila y despreocupada que inquietaba a Ludd, ya que sabía con toda certeza que Hark era muy capaz de ser un ordenancista feroz e implacable. En algún momento de su vida había perdido el brazo izquierdo, aunque Ludd no sabía exactamente cuándo porque no se había atrevido a preguntárselo. Se lo habían reemplazado con una prótesis completa.

Hark alzó el brazo artificial y chasqueó los dedos. El entrechocar de los dígitos mecánicos resonó igual que si alguien hubiese amartillado un bólter.

El vendedor se detuvo en seco.

—¿Sí, señor?

—Dos de esas —le pidió Hark señalando con sus dedos naturales.

—¿Dulces o saladas, señor? —le preguntó el vendedor mientras se daba la vuelta para ofrecerle el contenido de la bandeja.

—¿Qué son?

—Ave especiada o ploinero azucarado, señor.

—¿Ludd?

—¿Ploinero, señor?

—Entonces, una de cada —dijo Hark mientras se sacaba unas monedas del bolsillo de la chaqueta.

Tomaron una empanada cada uno y el vendedor les entregó un par de hojas de papel secante para que las envolvieran.

Reemprendieron el paseo y empezaron a comer. Era evidente que Ludd estaba hambriento. Estaba disfrutando tanto de la empanada que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Gracias, señor —le dijo a Hark.

Hark se limpió unas cuantas migajas de las comisuras de los labios e hizo un gesto para quitarle importancia al asunto.

—Ludd, ahora mismo, ¿qué somos?

Ludd tuvo que apresurarse a tragar el trozo caliente que todavía tenía en la boca para poder contestarle. Torció el gesto.

—Eeeh… no estoy muy seguro de a qué se refiere, señor.

—Bueno, Nahum, ¿qué éramos antes de que comprara las empanadas?

—Pues… dos comisarios que patrullaban las cubiertas inciviles.

—Son cubiertas de recreo, Ludd. Así es como las llaman los del campamento de seguidores. Sé que la denominación oficial es de «partes bajas», pero por el Trono, es que suena como el comienzo de un chiste verde de barracón.

—Sí, señor.

—Come. —Hark le dio otro mordisco a su empanada. Tuvo que masticar un buen rato antes de que la boca le quedara lo bastante vacía como para poder seguir hablando—. Pero tienes razón. Éramos dos comisarios que deambulaban por las cubiertas de recreo. Imagínate que eres uno de esos típicos soldados que tienen algo que esconder. En cuanto nos ves, sabes que estamos buscando algo. Sin embargo, dos comisarios que andan comiendo empanada… y que, por cierto, se están poniendo perdida la chaqueta de migas y de jugo…

—¡Mmm! ¡Lo siento!

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Que hemos venido por el ciclo de comida? Y que, por tanto…, no nos encontramos de servicio.

Hark hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Exacto. Es un truco del oficio, Nahum. Si no puedes esconderte, escóndete a plena vista.

Se oyó una música de flautas. Hark miró a su alrededor con un sobresalto. Un grupo de artistas pasó haciendo cabriolas cerca de ellos mientras tocaban caramillos, violas y tamboriles. Cinco acróbatas daban saltos y volteretas tras ellos a lo largo del pasillo principal. Unos malabaristas corrían por los flancos como exploradores y se dedicaban a arrebatar a las personas desprevenidas los sombreros, las piezas de fruta y otros objetos, como cucharas y pinchos a medio comer, para luego jugar con ellos lanzándolos un par de veces por los aires antes de devolverlos a sus desconcertados pero divertidos propietarios. Una niña pequeña seguía al grupo, con unos ojos que parecían enormes debido a que tenía la cara cubierta de pintura verde de camuflaje.

Se dedicaba a recoger monedas en un baqueteado casco de guardia imperial que llevaba agarrado por el barboquejo como si fuera un simple cubo.

Hark tiró de Ludd para que les dejara sitio y pudieran pasar. Varios adeptos de la Eclesiarquía muy jóvenes, con los dedos manchados de tinta, se movían entre la multitud repartiendo octavillas con el texto del *Lectio Divinitatus* todavía fresco, recién salido de las imprentas. Los mendigos y los inválidos ofrecían cabos de velas casi gastados y bolas de crema para limpiar botas. Dos guardias imperiales que estaban en un puesto de comida cerca de allí, uno de ellos miembro del regimiento de Kolstec y el otro un hauberkano musculoso, estaban discutiendo sobre quién estaba primero en la cola para ser servido. Tenía todo el aspecto de que estaba a punto de empezar una pelea.

—Ni los mires —le advirtió Hark a Ludd—. Si impides que se peleen, dejarás al descubierto nuestras intenciones. Estamos aquí por otro asunto.

Ludd se limitó a asentir y se zampó lo que quedaba de la empanada para luego limpiarse la boca con la manga del uniforme.

El gentío que los rodeaba era cada vez más denso. Ludd olió un fuerte aroma a licor. Un predicador esquelético, medio loco o medio ido, se había subido a un púlpito portátil que él mismo empujaba y estaba gritando a los cuatro vientos algo sobre el «júbilo de las almas muertas».

Hark ni siquiera prestaba atención. Todavía oía el sonido de las flautas, que se debilitaba a medida que el grupo de artistas se alejaba entre la multitud. Le traía algo a la memoria, del mismo modo que el sueño que se ha tenido una noche a veces aparece de nuevo de repente por la mañana y se convierte en un recuerdo. Al igual que ocurría con esa clase de sueños, Hark no era capaz de relacionar o definir ese recuerdo. Sin embargo, era evidente que en ello había un sentimiento. Tristeza. Arrepentimiento.

—¿Señor?

—¿Qué?

—¿Señor? —repitió Ludd.

Hark parpadeó. Había sido una estupidez quedarse tan distraído. No podía permitírselo. El Camino de la Gloria era un paseo bastante largo, y un comisario tenía buena parte de su trabajo en aquella zona.

—Bueno —dijo con lentitud y cuidado—. Cuéntame otra vez lo que te contó tu fuente.

—Casa Pavver —le respondió Ludd—. Ahí es donde más veces han visto a Merrt. Mi fuente dice que ya debe más de trescientos.

—Habrá que preguntarse por qué regresa una y otra vez —comentó Hark.

—Sí que hay que preguntárselo —confirmó Ludd—. Creo que tiene que haber algo más que una simple cuestión de dinero.

Hark asintió. Conocía a Rhen Merrt desde hacía tiempo. Era uno de los reclutas originales, procedentes de la fundación del regimiento. La guerra había sido muy

cruel con él y no lo había dejado bien parado. Al parecer, la racha de mala suerte continuaba.

—¿Vamos a ejecutarlo? —le preguntó Ludd con franqueza.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Hark—. ¡Por el Trono, no! ¿Tan ordenancista crees que soy, Ludd?

—No lo conozco, señor —le contestó Ludd—. Quería comprender su forma de pensar.

Hark asintió de nuevo.

—Entonces, está bien. Es una pregunta razonable. No, no le pegaré un tiro. A no ser que me dé un buen motivo. Ludd, Merrt es uno de los nuestros, y hemos venido para salvarlo antes de que se desplome al abismo. Por el bien del soldado Merrt y del regimiento. La moral de la tropa y la disciplina bailan juntas una polca muy delicada, Ludd. ¿Sabes lo que es una polca?

—¿Es una… pieza de tanque?

—No. ¿Ésa es Casa Pavver?

—Sí, señor.

—Bien. Dame tu gorra y tu abrigo —le dijo Hark a continuación.

—¿Mi gorra y mi abrigo?

—Sí, vamos. Toma esto —le ordenó Hark entregándole un puñado de billetes usados—. Entra y echa un vistazo.

Ludd le entregó la gorra y el abrigo. Sin ellos no parecía más que un soldado joven vestido con un uniforme arrugado. Tomó el fajo de billetes, se lo metió en un bolsillo del pantalón y se dirigió a Casa Pavver.

A la gente propietaria del lugar le gustaba pensar que a aquello se le podía denominar un «establecimiento». La verdad es que no lo era ni por asomo. Se encontraba a pocos pasos de la pasarela principal de la cubierta, y no era más que un cubil de juego, oscuro y lleno de humo, que se había montado aprovechando los agujeros en las pilastras de apoyo que se extendían por el casco de la nave. La mayor parte del techo se había confeccionado a partir de tela de lona robada. Ludd pensó que ya sólo con eso habían cometido un delito.

Sonaba la música a todo volumen, una música machacona que salía de unos desgastados altavoces unidos por correas al techo de la amplia tienda. Varias muchachas con escasa ropa caminaban entre el gentío llevando bandejas llenas de bebidas al mismo tiempo que movían las caderas al compás de la música. No había alegría alguna en sus miradas, ni tampoco entusiasmo en sus movimientos. Pavver les pagaba para que movieran el cuerpo siguiendo el ritmo de la música como una parte más del trabajo.

Ludd entró, cruzó el abarrotado lugar hasta llegar a la barra y pidió un amasec.

El camarero lo miró con aire dubitativo debido a su aspecto juvenil, pero dejó de hacerlo en cuanto Ludd puso un billete en el mostrador. Le sirvió la bebida en un vaso pequeño de cristal grueso y sucio.

Ludd ya había localizado al soldado Merrt sin necesidad de mirar a su alrededor. Estaba sentado en una de las mesas laterales echando una partida de cartas. No había posibilidad de confundirlo con ningún otro. Una bala que le impactó en la boca años atrás, en Monthax, le había destrozado la mandíbula, y se la habían sustituido con un implante de aspecto bastante tosco. Merrt había sido uno de los francotiradores del regimiento, uno de los mejores de Tanith, pero la grave herida había acabado con su carrera en esa especialidad. Merrt había intentado seis veces ingresar de nuevo en ese cuerpo desde lo ocurrido en Monthax, pero en todas y cada una de las ocasiones había fracasado.

Merrt puso mala cara cuando repartieron las cartas, aunque con un rostro como aquél siempre tenía puesta mala cara. Sentados en la misma mesa que él había otros cuatro jugadores: dos nativos de Kolstec, uno de Binaris y otro de Belladon, como Ludd vio con sorpresa. El subcomisario tomó un trago de la bebida mientras se esforzaba por recordar el nombre de aquel soldado. Maggs. Eso era. Soldado de reconocimiento Maggs. Bonin hablaba muy bien de él. ¿Qué estaba haciendo allí?

Merrt parecía estar distraído. Era evidente que aquella mano no le había ido bien, pero él seguía subiendo las apuestas.

Ludd miró a su alrededor. Allí, en una esquina, se encontraba Pavver con cuatro de sus matones. Pavver el Satisfecho era un individuo delgado de aspecto desagradable, con una gran barba hirsuta y un ojo de vidrio. Era un antiguo guardia imperial, lo que en un lugar como aquél representaba normalmente la peor clase de depredador. Pavver y sus secuaces estaban mirando con atención a Merrt mientras hablaban entre ellos en voz baja. Si había otra pérdida a cuenta de la casa, otra pérdida que Merrt no pudiera cubrir, lo despellejarían.

Ludd metió una mano en el bolsillo del pantalón y palpó la tranquilizadora empuñadura de la pistola automática de cañón corto que llevaba allí. Aquello se iba a poner feo. Más feo todavía que el propio Rhen Merrt.

Quería estar preparado.

• • • • •

En el exterior, Viktor Hark pensó en comerse otra empanada. Ludd se estaba tomando su tiempo. El hauberkano fornido apareció de repente delante de él.

—¿Eres Hark? —le preguntó el soldado.

Hark entrecerró los ojos.

—Creo que deberías saber que la expresión correcta es comisario Hark, soldado.

—Sí, vale. El comisario Hark, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quieres? Estoy ocupado.

—Tenemos un problema, comisario Hark. Creo que será mejor que lo vea —le

contestó el soldado indicándole con un gesto que lo siguiera.

Hark dejó escapar un suspiro antes de seguirlo.

—¿Qué clase de problema? —quiso saber Hark.

El soldado lo condujo hasta la parte trasera de las cocinas improvisadas, donde había un tramo de peldaños de rejilla, por los que bajaron. Allí abajo el ambiente era oscuro y estaba cargado de vapor. Por las paredes caían chorreones de grasa derretida.

—¿Qué clase de problema? —insistió Hark.

De repente, a su alrededor aparecieron cinco soldados hauberkanos más. Uno de ellos empuñaba un cuchillo.

—Que tú eres el cabrón que ejecutó a Gadovin —le dijo uno—. Vas a pagarlo.

—Muchachos estúpidos… —respondió Hark.

• • • • •

Estaba a punto de ocurrir. Ludd se acabó la bebida y se apresuró a salir al pasillo principal. No vio a Hark por ningún lado.

—¿Señor? —gritó para llamarlo, pero lo único que consiguió fue que algunos de los que pasaban por allí lo miraran con cara de extrañeza.

Ludd se dio la vuelta y entró corriendo en el antro de Pavver. Se estaba produciendo una pequeña trifulca a la que todo el mundo, incluidas las chicas, se esforzaba por no hacer caso. Los matones de Pavver se estaban llevando a rastras a Merrt por la puerta de atrás. Éste había subido las apuestas a un nivel que incluso la casa se había negado a cubrir. Merrt no hacía más que gritar, pero sus gritos, medio estrangulados por el implante mandibular, resonaban de un modo casi cómico.

¿Qué era lo que estaba diciendo? ¿«Sarat»? ¿«Sabbat»? Era algo, seguro…

Los clientes de las mesas vecinas no dejaban de reírse de él. No era más que un pobre y viejo chiflado que había arriesgado demasiado.

Una de las camareras, una muchacha atractiva de cabello negro y corto, los seguía con gesto preocupado.

—¿Qué le vais a hacer? —les gritaba—. ¿Qué le vais a hacer?

—¡Lárgate y ponte a servir! —le bramó uno de los matones al mismo tiempo que le lanzaba una patada.

Merrt lanzó un último grito antes de desaparecer por la puerta trasera.

Ludd atravesó el gentío a empujones y se fijó en los demás soldados de la mesa de juego de Merrt. Estaban de pie, y Wes Maggs tenía todo el aspecto de estar a punto de lanzarse a seguir a Merrt. Sin embargo, en cuanto vio a Ludd detuvo el gesto y se apresuró a sentarse.

—¡No te muevas de ahí! —le ordenó Ludd a gritos antes de echar a correr hacia la puerta trasera.

Todavía estaba entornada cuando llegó hasta allí. Echó un vistazo al exterior y vio que lo que había al otro lado era una especie de espacio cubierto, un rectángulo vacío que apestaba a meados y a verdura podrida. Los matones estaban machacando a Merrt al otro lado del lugar. Ludd inspiró profundamente y cruzó la puerta.

—¡Ya basta! —gritó.

Los matones dejaron de golpear a Merrt. El soldado tanith, con la mirada vidriosa y medio inconsciente, se desplomó contra la pared y se deslizó hasta llegar al suelo. Los cuatro individuos musculosos se dieron la vuelta y miraron a Ludd con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú quién demonios eres? —le preguntó uno de ellos.

Ludd sabía que, en realidad, les daba igual la respuesta.

4

Lo primero que lo atacó con un destello metálico fue un cuchillo.

No había tardado mucho. Si los hauberkanos habían bebido algo, no había sido mucho. Todavía tenían los sentidos aguzados y estaban ágiles, llenos de confianza. También era bastante probable que llevaran cierto tiempo planeando aquella emboscada, por lo que estaban preparados como muelles listos para saltar.

Hark se limitó a atrapar la hoja afilada con la mano artificial. Apretó y el cuchillo se partió con el mismo sonido que una campanada sorda.

—Bueno, pues se ha roto —comentó Hark.

Soltó el gorro y el abrigo de Ludd y propinó un puñetazo en la cara con la mano auténtica al que había intentado apuñalarlo. El individuo se desplomó con fuerza en el suelo. El impacto había sido satisfactoriamente potente, aunque le dolieran los nudillos.

Una vez más. Aquello no era nuevo. Desde Ancreon Sextus, Hark se había visto involucrado en tres peleas con soldados hauberkanos, todos los cuales lo odiaban por haber ejecutado a su incompetente comandante, Gadovin.

Bueno, pues que se jodieran.

Estaban en tiempo de combate, esa medida irreal de momentos que se sucedían y que parecían durar una eternidad mientras transcurrían pero que, en realidad, no iban más allá de unos pocos segundos. Tiempo de combate. Tiempo de instinto. Uno de los otros hauberkanos se abalanzó sobre él. Hark se echó a un lado para esquivar un golpe perfectamente anunciado y lo detuvo en seco con un golpe del brazo artificial en mitad del pecho que le rompió varias costillas. El idiota retrocedió trastabillando y jadeando, lo que le hizo aspirar sangre. El resto lo asaltaron por la espalda. Hark utilizó los codos y oyó cómo se partía una nariz y luego cómo algo blando cedía bajo un golpe. Lo soltaron de inmediato.

Hark giró sobre sí mismo, haciendo revolotear los faldones del abrigo de cuero. Fue un movimiento increíblemente grácil para alguien de su fornida constitución. Contempló el resultado de sus golpes.

Uno de los hauberkanos estaba de rodillas tapándose con las manos la nariz rota por la que le salía un chorro de sangre. El otro estaba tumbado de espaldas, con las manos sobre la garganta y jadeando. Hark chasqueó los labios, le dio al primero una

patada en la cabeza y lo tumbó de espaldas. Después miró de nuevo al segundo y decidió que ya había recibido bastante.

El quinto hauberkano estaba a su izquierda. Hark había supuesto que el tipo se vendría abajo y que echaría a correr después de ver a sus compañeros tirados por el suelo. La mentalidad de los matones de grupo funcionaba así.

Sin embargo, Hark se dio cuenta de que no era eso lo que iba a ocurrir. El tiempo de combate todavía seguía desplegándose siguiendo su propio ritmo. El quinto individuo blandía un puño sierra. Sin duda, le había costado una fortuna en el mercado negro. Lo había comprado para acabar con Hark, y estaba más que dispuesto a utilizarlo. El arma empezó a rugir en cuanto le lanzó a Hark un golpe contra la cara.

El comisario desvió el ataque con la mano implantada. De la palma del implante surgió una lluvia de chispas y de esquirlas de acero y de plastek negro cuando la rugiente arma salió rebotada.

Una cosa era un cuchillo y otra muy diferente un puño sierra, con el que no cabían errores. No ofrecía segundas oportunidades ni ocasión alguna de enmendar una equivocación. En el mismo momento que apareció el puño sierra, la situación había pasado de ser seria a muy grave. El tiempo de combate avanzó a mayor velocidad todavía.

El individuo estaba diciéndole algo. Hark no le permitió que acabara la frase. Le dio una patada en plena entrepierna y después le propinó un puñetazo en la boca antes de agarrarlo por la garganta y estamparlo de espaldas contra la repugnante pared del lugar. Lo mantuvo inmovilizado ayudándose de una rodilla y del peso de su propio cuerpo. Con el brazo biónico mantuvo alejado el puño sierra, dejándolo inservible.

—Suéltalo —le ordenó el comisario.

—¡Ghhkk! —gimoteó el hauberkano medio ahogado.

—Ahora mismo sería un buen momento.

—¡Ghhnn!

—Dos o tres segundos más representarán la diferencia entre un servicio penal o la ejecución sumaria. Escribe tu propia sentencia.

El hombre sacudió la mano y dejó caer el puño sierra. El arma chocó contra el suelo, donde rebotó un par de veces para después quedarse zumbando como un insecto mientras desgarraba la superficie.

—Entonces, será el servicio penal —comentó Hark antes de dar un paso atrás y soltarlo.

El individuo se tambaleó hacia adelante mientras se esforzaba por recuperar el aliento.

—Un último asunto —añadió Hark, y le dio un fuerte golpe en un lado de la cabeza con la mano implantada.

Su oponente cayó boca abajo cuan largo era. Lo más probable era que le hubiese fracturado la cabeza, pero Hark pensó que aquello casi era un favor. Treinta años en

una colonia penal pasarían con mayor facilidad si perdías facultades mentales por daños en el cerebro.

El tiempo de combate se había detenido. Hark comenzó a jadear con fuerza y dio un paso atrás para comprobar cómo se encontraba. No había contusiones ni heridas. Se podían sufrir muchos daños durante la irrealidad del tiempo de combate y enterarse cuando todo había acabado. Había aprendido eso en Herodor. Cuando los loxtal le volaron el brazo, al principio ni se había enterado.

Miró a su alrededor, a los cuerpos que tosían por doquier.

—Cabrones estúpidos —murmuró antes de sacar el comunicador de un bolsillo del abrigo—. Hark a control de Comisariado.

—Le recibo, comisario.

—Compruebe mi posición mediante la conexión de comunicación.

—Confirmada, comisario. Uno, ocho, cero, partes bajas.

—Gracias. Envíe a un equipo de manipulación a este punto. Cinco, repito, cinco soldados hauberkanos listos para la detención. Tolerancia cero. Más tarde rellenaré los formularios de cargos.

—Equipo de manipulación en camino, comisario. ¿Necesita atención médica?

—Sí, para ellos.

—Enviado también. ¿Permanecerá en ese lugar, señor?

Por encima de él, al nivel del pasillo central, pasaba de nuevo el grupo de artistas. Hark oyó las flautas, y la tonada se le metió en la cabeza por segunda vez. Como un sueño en el que…

—¿Permanecerá en ese lugar, señor?

Hark sacudió la cabeza. Vio entonces la gorra y el abrigo que estaban tirados en el suelo.

—Feth…, Ludd…

—¿Señor? —preguntó la misma voz por el comunicador.

—No, no estaré. Encárguense ustedes.

Echó a correr hacia las escaleras y subió los peldaños de dos en dos. Llegó al abarrotado pasillo central y se abrió paso empujando entre los miembros del grupo de artistas. El flautista dejó de tocar.

—¡Eh! —le gritó.

—Ahora no —le advirtió Hark.

• • • • •

Ludd sacó la pistola de cañón corto del bolsillo y la apuntó contra los matones.

—No os mováis —les ordenó.

Se preguntó qué demonios pasaba con ellos. Los estaba apuntando con una pistola

y ni siquiera habían dado un solo paso atrás.

El sonido de la música machacona a su espalda se elevó de volumen de repente.

—¿Hay algún problema? —preguntó una voz en tono suave.

Ludd no dejó de apuntar la pistola hacia los matones, pero miró de reojo y vio que Pavver se había colocado a su lado. Estaba tan tranquilo, allí, de pie, contemplando a sus cuatro empleados.

—Sí, tenemos un problema —replicó Ludd con voz cargada de tensión.

Pavver asintió.

—A ti no te conozco —le dijo a Ludd sin ni siquiera mirarlo—. Eres nuevo para mí.

—Nahum Ludd, del Comisariado.

—Bueno, eso es lo que todos dicen —le replicó Pavver con una leve risita. Los matones asintieron.

Ludd dio un par de pasos atrás con lentitud hasta que cubrió a Pavver y a los matones con la pistola. El propietario del local se dio la vuelta sin prisas hacia él.

—Soy el subcomisario Nahum Ludd —les dijo.

—Ah, subcomisario —comentó Pavver—. Eso está bien. Es un buen toque realista. Un buen detalle. Es más creíble. Subcomisario, te voy a dar un consejo. La próxima vez que te hagas pasar por uno, ponte una gorra y un abrigo. Métete en el papel.

—Voy a sacar mi insignia —les comunicó Ludd mientras llevaba la mano izquierda con cuidado hacia el bolsillo de la pechera—. Que nadie haga nada estúpido.

Pavver se encogió de hombros, al estilo de «tómate tu tiempo».

—Sólo uno de nosotros está haciendo algo parecido.

Ludd les mostró el emblema del Comisariado.

—Muy bien —admitió Pavver—. Eres un comisario. No quiero problemas. Dirijo un establecimiento honrado que…

—Cállate —lo cortó Ludd—. Este lugar sigue existiendo gracias a la actitud tolerante de esta nave y a la del Comisariado de a bordo. De hecho, esto no es un establecimiento. No es más que un agujero en la pared. Es un cubil. Si se os ocurre tosernos, os largamos de la nave. No tenéis derechos, ni influencia, y os importa una mierda la autoridad, así que deja de fingir que diriges el mejor lugar de recreo de Khan Nobilis.

Pavver volvió a asentir.

—Conozco mi posición, subcomisario Nahum Ludd. No soy más que un individuo sin importancia, y me limito a sobrevivir. Lleguemos a un acuerdo. ¿Cuál es la naturaleza del problema?

—Tus hombres se estaban dedicando a matar a uno de mis soldados —le indicó Ludd.

—¿A ese mierda horroroso? —Pavver se encogió de hombros—. ¿De verdad te

importa lo que le pase? Rompió las reglas de la casa. Apostó demasiado alto contra la banca. Me duele que alguien se atreva a jugar mal con mi dinero. Sí, mis chicos iban a matarlo. No es más que una lección.

—¿Lo admites?

—¿Qué sentido tiene que lo niegue?

—No te saldrás con la tuya —le avisó Ludd.

Pavver sacó un pitillo de lho y lo encendió. Luego exhaló el humo.

—¿Conoces las salas de turbina, subcomisario Ludd?

—¿Cerca de los motores de reacción? Sí.

—Allí abajo están las cúpulas de quemado. Son grandes y muy calientes. Derriten la carne y los huesos en cuestión de segundos. Cuando matamos a uno o dos soldados que insultan a mi establecimiento, no queda rastro alguno. Todo desaparece convertido en una nube de ceniza. No hay preguntas incómodas. No hay errores. Es algo limpio. Es lo que hago para mantener mi lugar tranquilo.

—¿Admites que has cometido asesinatos?

Pavver se encogió de hombros una vez más.

—¿Por qué lo harías? ¿Ante mí? Soy un sub… ¡Soy un comisario! Te estoy apuntando con una pistola. Debería…

Se quedó callado de repente. Los matones se echaron a reír. Pavver se limitó a sonreír.

—Me tenéis pillado, ¿verdad? —les preguntó Ludd.

El subcomisario sintió el frío beso del cañón de una pistola en la base del cuello. Pavver no había entrado solo allí. Otro de sus matones estaba detrás de Ludd y le estaba apuntando a su vez a la cabeza.

—¿Un cuerpo en las cúpulas de quemado? ¿Dos? A mí no me importa. Soy un hombre de negocios, subcomisario Nahum Ludd. Tengo un agujero en la pared que regentar.

Pavver sujetó el pitillo de lho con los labios y sacó un fajo de billetes.

—Si quieres salir de aquí con vida puedo hacer que te merezca la pena —dijo por la comisura de la boca sin dejar de exhalar humo—. ¿Cuánto costaría que te volvieses ciego?

—Aunque aceptase el soborno, todavía podría denunciarte —le respondió Ludd.

—Ah —exclamó Pavver, y dejó de contar billetes—. Has visto el punto débil de mi argumento. Sabes demasiado.

De repente, ocurrió algo extraño. El tiempo pareció dilatarse. Ludd encogió los hombros, esperando que en cualquier momento el proyectil caliente le atravesara el cerebro desde atrás. Su dedo empezó a apretar el gatillo de la pistola automática. Se oyó un disparo y algo caliente y húmedo salpicó la parte posterior de la cabeza y los hombros de Ludd.

Pavver había comenzado a gritar. Los matones se pusieron en movimiento. Ludd disparó y abatió al que iba en cabeza de un disparo en pleno pecho.

—El equilibrio de poder ha sido restaurado —bramó una voz a su espalda—. Manos arriba, cabrón de mierda.

Viktor Hark apareció en el campo de visión de Ludd. Apuntaba a Pavver con una pistola automática de combate de respetable tamaño. Del cañón del arma todavía salía un poco de humo.

—¡De rodillas! —aulló Hark. Pavver y sus hombres le obedecieron de inmediato. El individuo contra el que Ludd había disparado siguió tirado en el suelo, en mitad de un creciente charco de sangre—. ¿Estás bien, Ludd?

Ludd asintió y miró a su espalda. Había otro cuerpo en el suelo, con una pistola en la mano. Un disparo en la cabeza le había reventado la mayor parte del cráneo. Ludd se dio cuenta de que buena parte de ese cráneo le estaba chorreando por la espalda en ese momento.

—Soy el comisario Hark —se anunció Viktor, como era reglamentario—. Es el final para vosotros. No esperéis compasión y resignaos a una vida miserable.

Pavver comenzó a gimotear, y Hark le dio una patada en las costillas. Ludd pasó por encima de los maleantes y se agachó junto a Merrt.

—Necesita atención médica —dijo tras una rápida inspección—. Y ahora mismo.

Hark se limitó a asentir y activó el comunicador.

El establecimiento de Pavver cerró para siempre quince minutos más tarde. No era el primer lugar de esa clase que en las cubiertas de recreo tardaba tan poco en cerrarse tras su apertura, y no sería el último. Las chicas se apresuraron a recoger sus escasas pertenencias y a marcharse mientras las tropas del Comisariado se llevaban encadenados a Pavver y a sus matones.

—¿Qué hay de Merrt? —preguntó Ludd.

—¿Qué hay de ti? —contestó Hark—. ¿Seguro que estás bien?

—La verdad es que por un momento me sentí muy extraño —le confesó Ludd—. Me refiero allí dentro. Pero gracias, señor. Pensé que iba a morir.

—Es algo que suele ocurrir. ¿Cómo de extraño?

—Bueno… Todo pareció acelerarse y frenarse al mismo tiempo.

Hark sonrió.

—Tiempo de combate —le indicó, como si eso lo explicase todo.

5

Larkin dejó que la visión que tenía a través de la mira telescópica de francotirador vagase suavemente hasta que la retícula se centró por completo en el objetivo. El joven. Un chaval, más bien. ¿Cuántos años tenía? ¿Dieciocho estándar? Aquella idea hizo que Larkin se sintiera viejo y gastado como un sol moribundo. No era capaz de recordar cuando él mismo había tenido dieciocho años. En realidad, no quería. Para intentar recordar la época en que había tenido dieciocho años debía hacer memoria sobre un tiempo y un lugar, y ese lugar era Tanith, en la profundidad de los bosques. A Larkin no le gustaba pensar en Tanith. A pesar de todos los años que habían transcurrido, seguía siendo una pérdida demasiado íntima y triste.

Sin embargo, sí recordaba al chaval. El niño debía tener unos diez años cuando se unió a ellos. Había sido después de lo de la Colmena Vervun, aquella terrible guerra de desgaste, cuando las filas del Primero y Único se habían visto engrosadas por los reclutas verghastitas. No era más que un pequeño refugiado, con una hermanita, dos almas más que se vieron arrastradas con la masa de gente que seguía al regimiento. Un par de huérfanos rescatados y protegidos con furia maternal por una pandillera de pelo teñido de blanco con demasiadas decoraciones perforantes en el cuerpo y un exceso de malas costumbres.

El nombre de la pandillera era Tona Criid. Se había convertido en la sargento Criid, la primera mujer con mando en todo el regimiento, en una camarada y en una amiga, en alguien con un expediente de combate brillante que había demostrado su valía de forma constante. Le había salvado la vida a Larkin en más de una ocasión, y él le había devuelto el favor, también en más de una ocasión. Cuando la vio por primera vez en las pistas de embarque situadas en el exterior de la Colmena Vervun, flaca, sucia, llena de rabia y odio, llevando de la mano a dos críos igualmente sucios en dirección a las naves de transporte, Larkin jamás se hubiera imaginado que se convertiría en su amigo, o en que llegaría a admirarla.

Cómo había cambiado la situación…: había acabado admirándola. Por todo lo que había hecho, por todo lo que era, y por todas y cada una de las cargas que había dirigido contra el Archienemigo de la Humanidad. Pero sobre todo, la admiraba por ser la madre de dos niños que, en realidad, no eran suyos. Por criarlos a pesar de aquella dura vida itinerante.

Había hecho un buen trabajo. El niño había crecido hasta convertirse en un chaval de estatura elevada, fornido y de aspecto atractivo. Como su padre. Tenía confianza en sí mismo y era inteligente, además de una capacidad innata para llevarse bien con los demás. Y no era sólo lo que era, también estaba lo que representaba.

Larkin contempló por la mira telescópica a Dalin Criid mientras se acercaba hasta él antes de bajarla y fingir que la estaba limpiando. Estaba sentado al lado de la compuerta principal de los barracones, con la espalda pegada a la pared metálica de color caqui. La excusa era que la enorme longitud del pasillo de acceso le permitía probar y recalibrar la mira telescópica.

Sacó un paño y empezó a pulir las lentes de la mira. Su rifle largo, desmontado, estaba metido en la funda que tenía a su lado, en el suelo.

La gente iba y venía por el resonante pasillo central. Dalin llegó hasta donde él estaba.

—¿Trabajando la vista, Larks? —le preguntó deteniéndose al lado del francotirador, que estaba sentado con las piernas cruzadas.

—Nunca viene mal —le contestó Larkin.

Dalin asintió y se quedó callado. No era que esperara mucho, pero pensó que quizá diría algo al respecto, algún comentario sobre su primer día de servicio.

—¿Estás bien? —le preguntó Larkin alzando la mirada.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Tan tranquilo como el propio Emperador —le contestó el francotirador antes de volver a concentrarse en su tarea.

—Bien. Bueno, pues hasta ahora —dijo Dalin a modo de despedida.

Larkin asintió por toda respuesta. Dalin esperó un segundo más antes de atravesar la compuerta que llevaba a los barracones. Larkin se llevó la mano al microcomunicador.

—Va para allá —avisó.

• • • • •

—Ya viene —dijo Varl—. ¿Tú no vienes?

Gol Kolea estaba sentado en el borde del camastro, pasando las páginas de un libro de doctrina que instruía sobre la fe.

—No querrá que esté por allí en medio estorbando —contestó Kolea.

—Sí que querrá —le insistió Varl con los brazos cruzados y apoyado en la taquilla del propio Kolea.

—¿Por qué?

Varl se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Quizá porque eres su padre? Deja de fingir que estás leyendo y

levanta el culo.

Kolea torció el gesto.

—¿Cómo sabes que estoy fingiendo que leo?

Varl, sin descruzar los brazos, fue inclinando poco a poco el tronco hasta casi girar por completo la cabeza.

—Tienes el libro del revés.

Kolea parpadeó y se quedó mirando el libro unos instantes.

—No, no es verdad.

Varl se irguió de nuevo.

—Tienes razón, no es verdad, pero has tenido que comprobarlo. Deja de retrasar el momento y levántate de una vez.

Kolea dejó el libro a un lado y se puso en pie.

—Vale, vale, pero sólo porque has utilizado una palabra como «retrasar» y ahora me da miedo quedarme a solas contigo.

• • • • •

—Ya viene —dijo Domor.

—¿Ya? —replicó Caffran.

—Larks ataba de avisarnos.

—¿La has conseguido? —quiso saber Caffran mientras se afanaba por meter la manta doblada en la taquilla.

Shoggy Domor habría puesto los ojos en blanco si no se los hubiesen sustituido por unos implantes oculares de gran tamaño. Metió una mano en su macuto y sacó una botella de sacra. La botella, que en realidad era un frasco para agua, llevaba una etiqueta escrita a mano en la que se leía «Prueba Otra Vez Primera Clase».

—La de verdad —le dijo Domor lanzándosela a Caffran, quien atrapó la botella en el aire y sonrió al leer la etiqueta—. Nada de ese brebaje recién destilado y agujereatripas de Costin —añadió Domor—. Sacra de la buena. Envejecida. Reposada. Guardada.

—¿Guardada?

—En la taquilla de Obel, para «ocasiones especiales», pero es de la buena.

—¿Te salió muy cara?

Domor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Cuando le conté a Obel para qué era, me la dio sin más. «Bautizad al niño con esto», me dijo.

—No es un niño.

—No lo es.

—Te digo que no es un niño.

—Ya sé que no lo es.
—Es para que quede bien claro. ¿Qué aspecto tengo?
Domor se encogió de hombros.
—¿El de un estirado de mierda? ¿Qué has hecho, almidonar el uniforme?
Caffran se quedó callado un momento.
—Sí —le confesó.
A Domor se le escapó la risa.
—Pues has logrado parecer un estirado de mierda.
—Gracias. Recuérdame por qué sigo considerándote un amigo.
—Por una pura casualidad de mierda —le respondió Domor sin dejar de sonreír.
En la puerta de rejilla apareció una cabeza. Era arrugada y fea, como la cabeza de una tortuga sorprendida.
—Hola, padre —lo saludó Domor.
—¡Ya viene! —les avisó Zweil.
—Lo sabemos, padre. Ya vamos —le contestó Caffran.
—Es un gran día —comentó Zweil. Se quedó mirando a Caffran y frunció el entrecejo—. Pareces un estirado de mierda. ¿Ese es el aspecto que querías conseguir, hijo?
—Cállese —le replicó Caffran.

• • • • •

El barracón 22 era una zona amplia preparada para albergar los alojamientos del Primero y Único de Tanith. El Decimoquinto de Kolstec estaba acuartelado al otro lado de la explanada en condiciones similares. Algo más de cuatro mil soldados apretujados durante el largo viaje, durante el largo recorrido por el Camino de la Gloria.

Los alojamientos en sí eran cajas de metal de cinco pisos de fondo. Cada soldado disponía de un cubículo de paredes de rejilla, lo que les hacía parecer animales de una granja de cría. Cada cubículo disponía de un camastro y una taquilla. La mayoría de los soldados mejoraban la privacidad de su alojamiento con sábanas y capas de camuflaje estratégicamente colocadas.

Era un lugar ruidoso y caluroso hasta hacer sudar. Del techo de la enorme cámara colgaba el humo procedente de los pitillos de lho y de las pipas. De las letrinas situadas en el extremo sur llegaba un hedor químico. Los tanith estaban dispersos por el lugar, relajados, sentados en las escaleras, jugando a las cartas o al regicida o descansando en sillas plegables. En el espacio abierto que había al otro lado de los alojamientos, unos cuantos que estaban jugando un partido de pelota se habían quedado en pantalones cortos y camiseta. De Tanith, de Verghast, de Belladon.

Nativos de tres planetas actuando juntos como una sola unidad de combate.

Dalin caminó por el campamento. Sentía una cierta melancolía. Nadie le hacía caso, ni siquiera los soldados con los que habitualmente charlaba. Unos cuantos «hola», unos cuantos gestos de saludo. Nadie le preguntaba qué tal le había ido el primer día.

Pensó que era mejor así. Tampoco quería mucho alboroto por ello. Llevaba siendo uno de ellos desde hacía mucho tiempo, aunque no era en realidad uno de ellos. Por fin había llegado a los dieciocho años y estaba esforzándose por conseguir su placa de soldado. Aquélla había sido su máxima aspiración durante toda su vida. Ser uno de ellos, un igual, un guardia imperial.

Dalin se preguntaba a veces si habría deseado entrar en la Guardia Imperial si su vida se hubiese desarrollado de otro modo. Si la guerra no hubiese destruido por completo la ciudad colmena donde se había criado. Probablemente habría acabado siendo minero, como su padre. Su verdadero padre. Sin embargo, la guerra se había apropiado de él y los guerreros se lo habían llevado, y su llamada era lo que más lo atraía en esos momentos. Quería ser un guardia imperial. O lo que era más importante, un fantasma, uno de los elegidos de Gaunt.

Luchar, y si era necesario morir, en nombre del Dios Emperador de la Humanidad.

Le dolía todo el cuerpo. Odiaba al maldito Kexie y a su *Saroo*. Estaba dolorido, y lo único que le apetecía era derrumbarse en su camastro y dormir para olvidar el dolor.

Dobló la esquina del quinto bloque de jaulas y salió a un espacio abierto donde los soldados solían dormitar y jugar. En ese momento oyó un extraño sonido repiqueteante, parecido a una andanada de disparos.

Eran aplausos.

Todos los fantasmas que había allí, del último al primero, se habían puesto en pie y lo rodeaban mientras aplaudían enfervorizados. Se detuvo en seco y parpadeó.

—¡Dalin Criid! ¡Dalin Criid! ¡Por su primer día en «I»! ¡Dalin Criid!

Dalin parpadeó de nuevo y miró a su alrededor, al mar de rostros sonrientes que le devolvían la mirada. Parecían… orgullosos. Unidos a él, como si le debieran algo en el mejor sentido de la expresión.

Mach Bonin se encontraba en uno de los pisos superiores dirigiendo los aplausos.

—¡Dalin Criid! ¡Demostradle que le apoyáis! —gritó.

—Esto… —balbuceó Dalin con una sonrisa—. Esto es…

—Así es como los fantasmas damos la bienvenida a uno de los nuestros —le explicó Domor mientras se acercaba a él—. Dalin, momentos como éste no se dan a menudo, así que tendrás que perdonarnos por querer sacarle el máximo partido posible. —Estrechó la mano de Dalin antes de seguir hablando—. Tu padre ha venido —le dijo esforzándose por hacerse oír por encima del estruendo.

Dalin miró a su alrededor y vio a Caffran, que le estaba sonriendo.

—Ah, te refieres a Caff —comentó Dalin.

Caffran se acercó también.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Dalin asintió.

—¿Qué le has hecho al uniforme?

—Déjalo, no empieces tú también. Verás, me he encargado de algo para ti. Espero que te guste. Te he preparado una jaula de alojamiento, justo ahí arriba, dos por debajo de la mía. Tiene todo el equipo propio de un guardia imperial.

—Caff, todavía no soy un guardia imperial.

—Lo sé, pero pronto lo serás.

Dalin sonrió y tomó en sus manos las de Caffran.

Dermon Caffran no tenía la edad suficiente como para ser el padre biológico de Dalin, pero al ser la pareja sentimental de Tona, había criado al chaval y a su hermana como si fueran sus propios hijos, tanto como lo permitía la vida de un guardia imperial. Luego se habían producido ciertas complicaciones.

—Te he traído esto —añadió Caffran—. Para brindar por ti.

Dalin dio lentamente la vuelta sobre sí mismo y agradeció con un gesto los aplausos. Se fijó en todas las caras: Obel, Ban Daur, Wheln, Rafflan, Brostin, Lyse, Caober, Nessa Bourah. Larkin también estaba, y el francotirador le guiñó un ojo. El viejo bribón.

Zweil se puso delante de él con un frasco de agua y un salterio.

—Cielos, Dalin Criid, de repente eres muy alto —exclamó el sacerdote—. Pensé que quizá te vendría bien que te bendijera, ¡pero me parece que no podré llegar a la cabeza!

Dalin le sonrió y se inclinó.

La multitud se fue callando mientras Zweil hacía el signo del águila en la frente de Dalin.

—En nombre del Dios Emperador, que nos observa a todos, y en el de la Santa, cuya misión cumplimos, protejo tu alma contra los horrores de la oscuridad —proclamó Zweil en voz alta. Luego aspergió un poco de agua bendita sobre los hombros de Dalin—. El Emperador protege —exclamó por último.

Se oyeron más aplausos y Tona Criid apareció a su lado.

—Disfruta del momento —le dijo a Dalin—. Los Fantasmas no suelen montar celebraciones como ésta.

—No tenían por qué celebrar nada, mamá —contestó Dalin.

Ella se limitó a sonreír y le tocó por un momento la mejilla con la punta de los dedos.

Lo cierto era que cuando los Fantasmas se reunían de ese modo era para despedirse de alguien, no para dar la bienvenida. Para decirle adiós a otro camarada o a otro amigo desaparecido en el matadero de la guerra. Aquella celebración era más bien una expresión de alegría, un saludo a los vivos. Tona se sentía más pesarosa de lo

que mostraba su sonrisa. Le estaban dando a su hijo la bienvenida a la Guardia Imperial, un estilo de vida que casi siempre tenía el mismo final. Aquello también era un modo de decir adiós, y ella lo sabía. A partir de ese momento, más tarde o más temprano…

—Hay alguien que quiere decirte unas palabras —anunció Varl apareciendo entre el gentío.

Varl hizo un gesto con la mano. Oculto tras las sombras de la parte posterior de la pared de rejilla, Kolea enderezó el cuerpo y carraspeó para aclararse la garganta. Un momento después, se apartó para dejar sitio a una figura de estatura elevada que pasó a su lado.

Era Gaunt.

6

—No pensaba perderme esto —dijo Ibram Gaunt. Todo el mundo se había quedado callado—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, señor, bien —le contestó Dalin—. No he hecho más que empezar.

—Serás un buen soldado —le aseguró Gaunt—. Caffran, ¿eso que tienes ahí es sacra?

Caffran se quedó paralizado e intentó ocultar la botella.

—Puede ser, señor.

Gaunt asintió.

—Sabes que existe un castigo relacionado con el alcohol ilegal, ¿verdad?

—Algo he oído al respecto, señor —admitió Caffran.

—Pues entonces, será mejor que nos lo bebamos antes de que alguien lo vea, ¿no te parece?

Caffran sonrió.

—Sí, señor.

—Trae unos cuantos vasos, Caff —le ordenó Gaunt—. Por cierto, ¿qué demonios le ha pasado a tu uniforme? ¿Se te ha derramado el almidón encima?

—Algo así, señor —confesó Caffran.

Aparecieron varios vasos cortos y la botella se vació al llenarlos. Gaunt alzó el suyo.

—Por Dalin. Primero y siguiente.

Todos se tomaron el licor de un trago. Dalin sintió que el pecho le ardía.

—Recorremos el Camino de la Gloria —le dijo Gaunt al mismo tiempo que le entregaba el vaso vacío a Domor—. ¿Sabes adonde lleva?

—Esto… ¿A la gloria?

Gaunt asintió.

—Confío plenamente en que ya serás un soldado para entonces, Dalin. Te mostraré lo que es la gloria, y me sentiré orgulloso de que te encuentres a mi lado en ese momento. —Gaunt miró a su alrededor—. Sé que no me queréis por aquí, pero tenía que venir. Eso es todo. Podéis seguir.

Dicho aquello, se marchó.

Los soldados se apelotonaron alrededor de Dalin, estrechándole la mano y

alborotándole el cabello.

—¡Vamos! —dijo Varl con un susurro.

—Ahora no —le contestó Kolea—. Ahora mismo es feliz. No quiero entrometerme…

—Gol…

Kolea se dio la vuelta y también se marchó.

• • • • •

—Muy inteligente, señor, si me lo permite —comentó Beltayn mientras seguía a Gaunt a través de los alojamientos.

—¿El qué, Bel?

—Hacer que compartieran el licor de ese modo.

Gaunt asintió.

—Dalin necesitará tener la cabeza despejada mañana por la mañana. ¿Pasa algo raro?

Beltayn sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora mismo nada, señor.

—Entonces puedes marcharte, Bel. Gracias.

Gaunt había llegado a las dependencias médicas. Dorden, el venerable jefe médico del regimiento, se encontraba en la entrada de la sala principal de cirugía.

—No pareces feliz —le comentó Gaunt.

—¿Todavía no sabemos hacia dónde nos dirigimos? —le preguntó Dorden. Gaunt negó con la cabeza—. Pues entonces, ven a echarle un vistazo a esto.

Dorden lo condujo hasta el espacio de almacenamiento, que estaba repleto de pequeñas cajas precintadas con el sello del Munitorum.

—Acaban de llegar —le informó—. Las órdenes son distribuirlas por todo el regimiento para inyectar una dosis doble.

Gaunt tomó en las manos uno de los paquetes y leyó la etiqueta.

—¿Emulsión antiplaga?

Dorden asintió.

—¿No te recuerda algo?

—Voy a convocar una reunión informal.

7

Serafín. Las letras estaban grabadas en la gruesa superficie metálica del conducto de ventilación, y también en el conducto que había un poco más allá, y en el conducto del otro lado. Eszrah du Nocte pasó los dedos por las letras en bajorrelieve. *Serafín*. Según le habían dicho, era el nombre de la enorme nave en la que viajaban. Ese nombre estaba grabado en el metal por todas partes, como si se reconociera que era tan inmensa que era posible que una persona olvidara dónde se encontraba e hiciera falta que se le recordara.

Eszrah había estado con anterioridad en una nave grande, pero no era tan enorme como aquélla. Tenía un tamaño tan descomunal que era un mundo dentro de otro mundo. Gaunt le había dicho que se trataba de una nave de carga, un transporte de tropas. Llevaba varias docenas de regimientos en su interior, más personas de las que había visto jamás en toda su vida antes de abandonar el Impro.

No se notaba en absoluto que se estaban moviendo. No existía una sensación vertiginosa de vuelo. Apenas se captaba una leve vibración en el suelo, una oscilación armónica en el grueso metal de los conductos y de las paredes.

Tocó una vez más la palabra siguiendo las letras de izquierda a derecha, tal como Gaunt le había enseñado. Movió los labios.

—Se… sera… fin.

Oyó un ruido y lo dejó de inmediato retirando la mano con rapidez. Se esforzaba por dominar la lengua exterior, pero le resultaba difícil, y no le gustaba que la gente viera lo mucho que le estaba costando.

Era un noctugane, un sonámbulo, un cazador del Impro. No era apropiado que aquella gente viera que tenía alguna clase de debilidad.

Ya era bastante duro que lo vieran sin la capa de wode puesta sobre la piel.

Ludd se dirigía hacia él por el pasillo. Ludd era aceptable, porque Gaunt confiaba en él, y Ludd y Eszrah habían combatido juntos en la ciudad hueca.

Nahum Ludd vio mientras se acercaba que Eszrah lo estaba esperando. Los aposentos privados de Gaunt se encontraban en un extremo del barracón 22, y tan sólo se podía acceder a ellos mediante un pasillo flanqueado por diversos conductos y tuberías. Eszrah había decidido encargarse de vigilar aquella estrecha vía de acceso, como si fuese un espíritu guerrero que guardase un desfiladero secreto en alguna clase

de mito antiguo. Ludd había comenzado a relajarse en presencia del noctugane de elevada estatura después de que pasaran unos cuantos meses después de que se conocieran, aunque la primera impresión que le había dado, la de que Eszrah era más que capaz de acabar con él de un modo especialmente silencioso y efectivo, nunca desapareció del todo. Cuando lo conoció, Eszrah era un gigante temible, cubierto de trenzas sucias y piel pintada. Gaunt lo había aseado por completo, ocultando un poco al salvaje que llevaba dentro. El wode había desaparecido, lo mismo que la melena y la barba desaliñadas y los mosaicos oculares, pero a pesar de ello Eszrah seguía destacando entre los demás. Tenía una estatura casi antinatural, además de estar tremendamente delgado. Llevaba puesto un uniforme negro de la Guardia Imperial, unas pesadas botas de combate y una capa de camuflaje. Se había afeitado el cráneo, lo que en conjunto le proporcionaba un aire regio. La piel mantenía un tono gris metalizado y se protegía los ojos con unas lentes oscurecidas que Varl le había regalado muchos meses atrás.

De hecho, todo lo relativo a Eszrah du Nocte se mantenía escondido. Esconderse era lo que hacían los noctugane. Se ocultaban ellos mismos y también sus pensamientos, sus emociones, sus esperanzas y sus miedos. Ludd conocía a Eszrah, pero no lo conocía de verdad en absoluto. Dudaba que nadie lo conociera. Ni siquiera Gaunt.

—Salus, amicus Eszrah —le dijo Ludd.

Ludd había practicado la lengua de los noctugane con la ayuda de Gaunt, aunque sólo se trataba de unas cuantas frases. Al subcomisario le parecía injusto que únicamente Gaunt pudiera conversar con Eszrah.

El antiguo partisano asintió, algo divertido. El acento de Ludd era terrible. Confundía las consonantes y casi había pronunciado «saluz», el nombre de las deposiciones de un animal del pantano, en vez de «salus», la fórmula educada de inicio de una conversación.

—Salus, amicus Ludd —le contestó Eszrah.

Ludd sonrió. Aquello casi era un diálogo según el estándar de Eszrah du Nocte. Las alargadas vocales del acento del partisano divertían al subcomisario, sobre todo el modo en que su nombre sonaba como «Luud».

—Vamos a tener una reunión no oficial —le comentó Ludd—. Va a venir más gente por este lugar.

«Y preferiría que no los mataras», era el final no pronunciado de la frase. Eszrah se consideraba a sí mismo una propiedad de Gaunt, y sólo por esa razón había seguido al comisario coronel desde las profundidades del Impro de Gereon. Por lo que Ludd sabía, Eszrah no se consideraba un esclavo. Gaunt era simplemente su propietario, como lo sería de un buen rifle o de una espada equilibrada. Como parte de esa relación, Eszrah protegía a Gaunt y sus aposentos con lo que el ayudante del comisario, Beltayn, definía como «furia maternal». Pocos días antes, un cabo nativo de Belladon corría por ese mismo pasillo con un mensaje para Gaunt cuando Eszrah

surgió de las sombras y se abalanzó sobre él, asumiendo que quizá se trataba de un asesino. Habían tardado un poco en lograr convencer a Eszrah sobre la posible inocencia del soldado antes de que se decidiera a soltarle la garganta. El cabo había tardado bastante más en recuperar la respiración normal.

Eszrah asintió de nuevo. Comprendía lo que quería decirle. Ludd lo estaba avisando de un modo educado sobre la aparición de más personas y así darle tiempo para que desapareciera. No le gustaba estar en compañía de otros.

Se oyeron varias voces a la entrada del pasillo. Ludd miró hacia atrás.

—Deben de ser los demás —empezó a decir—. Lo que haremos…

Se dio la vuelta, pero Eszrah du Nocte ya había desaparecido, lo mismo que si nunca hubiera estado allí.

Ludd dejó escapar un suspiro, negó con la cabeza y siguió caminando.

• • • • •

Los demás llegaron a los aposentos. El sonámbulo los observó desde las sombras del entramado de tuberías, con la balista cargada y apuntada. El primero en aparecer fue el mayor Rawne, al que acompañaba Dorden, el viejo cirujano. Eszrah no conocía bien a Dorden, pero le había tomado afecto. Los noctugane respetaban a los ancianos de la tribu, así que Eszrah mostraba la misma cortesía hacia los miembros de mayor edad del clan de los Fantasmas. Sin embargo, con Rawne era diferente. De todos los extraplanetarios que habían llegado al Impro, Rawne era uno de los guerreros más feroces, y ya sólo por eso se había ganado el respeto de Eszrah. Gaunt también valoraba su amistad con Rawne, y eso había contado mucho.

Pero Rawne poseía una cierta cualidad, una cierta malicia. La gente de Eszrah tenía una palabra, *srahke*, que utilizaban para denominar a individuos como Rawne. Literalmente se refería a lo cortante que era una daga recién afilada.

Los siguientes fueron el mayor Kolea y el mayor Baskevyl, junto a Beltayn, el ayudante de Gaunt. Charlaban de forma animada. Kolea, un verghastita, era un individuo de gran estatura, con un físico que imponía, y que además poseía un aire de fiabilidad y decisión tan fuerte y duro como un bloque de ouslita. Sin embargo, el peso de su personalidad quedaba aliviado por su buen humor. Baskevyl era un nativo de Belladon, un hombre compacto de complexión fornida que, al igual que Kolea, combinaba una fiabilidad decidida con un carácter confiado y amable. Beltayn, nacido en Tanith, era pequeño e inteligente, y con un cuerpo de una constitución tan esbelta que daba la impresión de que ser soldado no era la profesión más adecuada para él, pero Eszrah lo había visto combatir y había sobrevivido en el Impro. Junto a Gaunt y a Ludd, Beltayn era uno de los pocos Fantasmas a los que Eszrah consideraba un amigo, aunque en la lengua de los noctugane, la palabra «amigo» simplemente

significaba «alguien a quien considero un compañero de caza en el que puedo confiar».

Belladon, Verghast, Tanith… Ahí era cuando todo se le empezaba a complicar a Eszrah. Gaunt ya se lo había explicado en varias ocasiones, pero le seguía pareciendo algo muy peculiar. El clan de guerreros era de Tanith, el Primero y Único de Tanith. En algún momento de su historia, después, o eso le habían dicho a Eszrah, de una tremenda batalla, los nativos de Tanith habían aceptado admitir entre sus filas a gente de otro clan. Esos fueron los verghastitas, y entre ellos había mujeres. Los dos clanes se habían fundido para formar uno solo. Según la experiencia que tenía Eszrah, eso jamás ocurría entre las tribus del Impro. Bueno, a menos que la enfermedad o el hambre casi acabara con alguna tribu y necesitara compañeros de procreación.

Después había ocurrido lo de la ciudad hueca. Eszrah había estado allí porque había seguido a Gaunt hasta la guerra y lo había visto todo. Al parecer, mientras la expedición de Gaunt se encontraba en Gereon, le habían dado el mando de su clan a otro jefe, lo que lo había unido a un tercer clan, que eran de un sitio llamado Belladon. Al volver Gaunt y morir en combate el otro jefe, los tres clanes habían quedado unidos bajo la dirección de Gaunt y habían vuelto a llamarse el Primero y Único.

Eso, por lo que parecían pensar Gaunt y los demás, era algo bueno.

Eszrah no estaba tan seguro de ello. En el Impro, los clanes pocas veces se combinaban con éxito. Para empezar, estaba el olor. No había dos clanes que olieran igual. ¿Cómo podían unirse cuando sus cuerpos emitían olores tan diferentes? Eszrah era capaz de diferenciarlos con facilidad incluso con los ojos cerrados. Los de Tanith olían a resina, los verghastitas a polvo mineral, los de Belladon a acero endurecido. Con los ojos abiertos era más evidente todavía. Los tanith eran delgados y fibrosos, de piel pálida y cabello oscuro. Los verghastitas eran de complexión más robusta, de rostro algo más aplanado y de cabello más claro. Los de Belladon se encontraban entre ambos, con un físico más común, una piel algo más oscura y voces más agudas.

Eszrah no era capaz de entender cómo era posible que un grupo de clanes luchadores como aquellos funcionasen. Habían logrado juntos la victoria en la ciudad hueca debido a lo extremo de las circunstancias. El verdadero vínculo no se había puesto a prueba de momento, y esa prueba tendría lugar allá donde fueran, a donde los llevara el gran navío.

Para complicar más todavía la confusión que Eszrah sentía, Gaunt no era ni de Tanith, ni de Belladon ni de Verghast. Era de otro lugar, con un olor a cuero bueno y aceitado. También Ludd era de otro sitio, pedernal y ceniza, y Hark, polvo de huesos y productos químicos. Lo mismo ocurría con el anciano, con Zweil, aunque por lo que Eszrah sabía, el clan mantenía a Zweil para que les divirtieran las tonterías de un loco. Los jefes de clan del Impro también permitían a menudo que alguien de escasa inteligencia siguiera con vida por exactamente los mismos motivos. A esos individuos se los denominaba *bufiones* o *histrionicus*.

Gaunt, Ludd, Hark. Eran tanith, pero no eran de Tanith. Era algo desconcertante. Un clan de combate, de sangre y olores entremezclados, permitía que lo dirigieran personas de los territorios de otros clanes.

Eszrah llegó a la conclusión de que jamás lo entendería, ni siquiera aunque llegara a tener cuarenta años.

Kolea, Beltayn y Baskevyl ya habían desaparecido en el interior de los aposentos de Gaunt. El propio Gaunt pasó un momento después, solo, con paso decidido.

Eszrah bajó la balista. Un momento después, la alzó de nuevo con rapidez cuando pasó una última persona.

Mkoll. El jefe de los exploradores. El jefe de los cazadores. De Tanith. Tan tanith era que su olor a Tanith era el más fuerte de todos, aunque Eszrah dudaba que nadie fuera capaz de seguir el rastro de aquel individuo.

Mkoll se detuvo de repente en mitad del pasillo. Luego se dio la vuelta y miró directamente hacia las sombras donde Eszrah se había ocultado. Sonrió.

—¿Va todo bien, Eszrah? —le preguntó.

Eszrah se quedó helado, pero después asintió con un gesto de la cabeza.

—Eso está bien —dijo Mkoll sin dejar de sonreír—. Sigue así.

Un momento después, se alejó en dirección a la entrada de los aposentos del comandante.

Los noctugane también tenían un nombre para la gente como Mkoll. Era *sidthe*. Significaba «fantasma».

• • • • •

La estancia era bastante pequeña, poco más que una caja de acero, con una mesa en el centro del suelo. A lo largo del tiempo que había pasado desde que embarcaron en la nave, Beltayn había pedido, tomado prestado o robado unas cuantas piezas de mobiliario para sentarse y dar al lugar el aspecto de una sala de reuniones. Había bancos de rezo con la tapicería ajada, unos cuantos taburetes y un par de sillones de respaldo alto, que estaban tan desvencijados que la estructura se les movía en todas las direcciones sin dejar de lanzar crujidos.

—Hola a todos —los saludó Gaunt mientras se quitaba el abrigo de combate—. Sentaos, por favor.

Los oficiales del regimiento se habían quedado de pie por cortesía, pero se sentaron en seguida. Kolea y Rawne se reclinaron en uno de los bancos, y Dorden y Hark en el otro. Baskevyl se sentó en uno de los chirriantes sillones de respaldo alto y Mkoll en la pareja del mismo. Beltayn se acomodó en uno de los taburetes, y Ludd se retiró hasta una de las esquinas de la estancia y se quedó de pie.

El lugar estaba en penumbra, iluminado tan sólo por la luz exterior que se colaba

por el hueco de la puerta y las ventanas, que no eran más que unas rendijas en lo alto de la pared. Gaunt le hizo un gesto a Ludd y el subcomisario encendió las lámparas del techo.

Gaunt sostuvo el abrigo por el cuello y le fue limpiando el polvo mientras lo llevaba a la hilera de ganchos para colgar ropa que había en una pared.

—Empecemos por lo más básico. Informes.

—Los guardias están descansando bien —le comunicó Kolea—. Existe una buena disciplina de tránsito.

—Estoy de acuerdo con Gol —confirmó Baskevyl—. No hay problemas. Es un viaje tranquilo. —Se inclinó hacia adelante mientras hablaba, y el debilitado sillón soltó un crujido chirriante de madera.

—¿Eli? —preguntó Gaunt por encima del hombro al mismo tiempo que colgaba el abrigo.

Elim Rawne era el segundo al mando del regimiento, el oficial de mayor rango en la pirámide de mando de Tanith, Verghast y Belladon que formaban él mismo, Kolea y Baskevyl.

Se quedó recostado en su asiento, con los brazos cruzados, y se encogió de hombros.

—No tengo motivo alguno para negar esas declaraciones. Los tanith siempre se han comportado de un modo ejemplar durante los trayectos de transporte. Por la experiencia que tengo con los verghastitas, ocurre lo mismo con ellos. No puedo hablar por los nativos de Belladon.

Aquello iba con segundas. Gaunt se dio la vuelta en redondo.

—Eli…

Baskevyl soltó un bufido y se reclinó en su asiento, que soltó otro tremendo crujido.

—El mayor Rawne y yo hemos llegado a un acuerdo. Él se mete conmigo y con los míos, y yo dejo que su desprecio me resbale por completo. A cambio, los de Belladon le permitiremos que nos lustre las medallas que ganemos cuando lleguemos a la zona de combate.

Gaunt soltó una risotada.

—Siempre que lo pida de forma educada, claro —recalcó.

—Por supuesto —respondió Baskevyl. Su asiento soltó otro chirrido de protesta.

—Por lo que recuerdo —dijo Gaunt dirigiéndose a Rawne—, te pedí que te esforzaras para que los de Belladon se sintieran bien en nuestra compañía.

—Pero si me estoy esforzando —contestó Rawne—. Deberías verme cuando me comporto como un cabrón.

—Todos lo hemos visto ya —se burló Mkoll. Curiosamente, cuando se movió, el sillón en el que estaba sentado, que se encontraba en un estado tan lamentable como el de Baskevyl, no hizo ruido alguno.

—Hay algo… —empezó a decir Ludd.

—Ahora no —le advirtió Hark.

Ludd cerró la boca y apretó los labios.

—Tengo tiempo de sobra —le dijo Gaunt—. Cuéntanos.

Ludd carraspeó para aclararse la garganta y se acercó a Gaunt al mismo tiempo que sacaba una hoja de papel del bolsillo.

—Se ha producido un incidente hace poco, señor. En las cubiertas de recreo… Ahí lo explica. ¿Lo ve?

Le entregó el papel a Gaunt, y éste lo leyó con rapidez.

—¿Merrt?

—Ya me he encargado de ello —le comunicó Hark.

—¿Ya te has encargado de ello? —inquirió Gaunt.

—Sí, Ibram. Ya está solucionado.

Gaunt asintió y le devolvió el papel a Ludd.

—Es una pena. Una persona como él. ¿Se sabe el motivo?

—Está desmoralizado. Lo está desde Monthax. La gente que está como él acaba metiéndose en problemas.

—¿Le habéis aplicado algún castigo?

—Sí —confirmó Hark—. Todo el viaje. Las seis semanas. Supongo que el viaje sigue siendo de seis semanas, ¿verdad?

—Por lo que yo sé, sí —le indicó Gaunt.

—No quisiera fanfarronear —murmuró Gol Kolea—, pero sí echarle una mano a Baskevyl… ¿Puedo hacer notar que, vaya, vaya, es un tanith el que se ha comportado mal?

—Sí, sí que puedes —le permitió Gaunt.

La sonrisa de Baskevyl se hizo tan ancha que el sillón crujió de nuevo.

—Divertidos —comentó Rawne—. Los verghastitas sois muy divertidos, tanto como los de Belladon, y dejadme que os diga que éstos son muy muy divertidos.

Kolea miró de reojo a Rawne, que estaba sentado a su lado en el banco.

—Es que me matas de risa, Eli. Tú y tu sentido del humor. Me matas.

—En cuanto tenga una noche oscura y la oportunidad, ya verás —replicó Rawne.

Se produjo una carcajada general. Gaunt sonrió y metió la mano en el bolsillo del abrigo de combate que había dejado colgado, de donde sacó una caja que llevaba estampado el sello del Departamento Medicae.

La dejó en el centro de la mesa para que todos pudieran verla.

—He convocado esta reunión informal por esto.

Rawne, Hark y Kolea se inclinaron hacia adelante para estudiar con atención el objeto. Lo mismo hizo Baskevyl, acompañado por un coro de crujidos de protesta del sillón. Mkoll se limitó a asentir.

—¿Antiplaga? —preguntó al cabo de un momento.

—Antiplaga —le corroboró Gaunt—. Inhibidores. Dosis completas.

—De hecho, dosis dobles completas —añadió Dorden—. Ésas son las órdenes que

se me han dado. Tandas de inyecciones de dosis dobles para todo el mundo, y a partir de ahora mismo.

—Nos ponen inyecciones de antiplaga antes de cada desembarco planetario —comentó Baskevyl mientras se daba la vuelta para mirar a Gaunt, provocando una nueva serie de chirridos en el sillón.

—Así es —admitió Gaunt mostrándose de acuerdo.

—Sí, pero no tandas, y tampoco de dosis dobles —le contradijo Dorden.

—Es igual que cuando nos mandaron a Gereon —les indicó Mkoll al mismo tiempo que también se inclinaba hacia adelante y tomaba en una mano la caja para examinarla. El sillón no soltó ni un solo crujido.

—¿Gereon? —preguntó Baskevyl—. ¿Tiene algún sentido?

—¿Aparte del poco que tenías y que has perdido? —soltó Rawne.

—Sí, tiene sentido —le aclaró Gaunt—. Cuando llevamos a cabo esa misión fue una inserción total en territorio enemigo. Nos inyectaron a base de bien, con dosis dobles. Sabían que teníamos que sobrevivir el máximo tiempo posible en un mundo plagado por influencia del Caos. A ver, pensemos: el guardia imperial de toda la vida recibe una inyección en el brazo o en el trasero cada pocas semanas durante el trayecto, y jamás se pregunta por qué. Yo sé lo que me conviene, así que me lo pregunto.

—¿Crees que…? —empezó a decir Kolea.

—Siempre —lo cortó Gaunt con una sonrisa—. Creo que esto significa que nos dirigimos hacia uno de esos esfuerzos de liberación. Vamos a desembarcar en un mundo sometido por el Caos. El Alto Mando no ha confirmado nuestro objetivo todavía, pero creo que los jefazos esperan que nos encontremos con una oposición muy fuerte.

—Pensaba que la política de combate de la cruzada era hacer caso omiso de los planetas demasiado difíciles de conquistar —comentó Mkoll.

—Creo que esa política ha cambiado —respondió Gaunt—. Me parece que quieren que nos apoderemos de los planetas demasiado difíciles de conquistar a los que no podemos hacer caso omiso.

Mkoll se recostó contra el respaldo del asiento al mismo tiempo que soltaba un largo silbido apreciativo. El propio asiento no dejó escapar sonido alguno.

—Y en la práctica, ¿eso qué significa? —quiso saber Kolea.

—Significa que nos tendremos que preparar el doble de lo habitual —le aclaró Gaunt—. Significa un entrenamiento adicional para el desembarco. Significa que, si podemos, tenemos que hacérselo saber a los demás regimientos para que puedan empezar a prepararse también.

—Yo me encargo de eso —le dijo Hark—. Conozco a los comisarios del regimiento de Kolstec y de Binar. Podemos hacer correr la noticia.

—¿Y conoces el significado de la palabra «sutil», Viktor? —le preguntó Gaunt.

—Pues claro. Es mi segundo nombre —replicó Hark con una sonrisa—. Viktor

«pero qué sutil» Hark.

—Tenlo en cuenta —insistió Gaunt—. No quiero que me acusen de iniciar una oleada de rumores infundados. Hay algo más.

Miró a su alrededor en busca de su ayudante.

—¿Bel? Después de añadir la corrección de rumbo, ¿cuántos mundos en manos del enemigo se encuentran aproximadamente a seis semanas de viaje por el borde exterior de la galaxia desde Ancreon Sextus?

—Dos, señor —contestó Beltayn.

—¿Cómo se llaman?

—Lodius y Gereon, señor.

Gaunt fijó de nuevo la mirada en los miembros de la reunión.

—Caballeros, tengo la impresión de que nos dirigimos hacia Gereon, para iniciar la liberación que ellos jamás creyeron que fuéramos a realizar.

—Gereon resiste —murmuró Rawne.

—Eso espero —le respondió Gaunt—. Bueno, eso es todo. Poneos en marcha y preparaos. ¿Algo más?

—Yo tengo una pregunta —dijo Baskevyl—. Cuando me muevo, el sillón cruje, pero cuando se mueve Mkoll, no se oye nada de nada. ¿Qué puñetas le pasa al suyo?

—Entrenamiento de explorador —le explicó Mkoll en tono burlón mientras se ponía en pie y le daba unas cuantas palmadas en el brazo.

La reunión se acabó.

—He oído decir que tu hijo ha comenzado la instrucción básica —le dijo Dorden a Kolea.

—¿Qué? Sí, así es.

—Eso está bien. Creo que lo hará muy bien.

—Eso espero.

—Una vez más, un padre y un hijo en las mismas filas —musitó Dorden—. Es maravilloso. Es igual que si fuera un nuevo comienzo.

—En realidad, casi no soy su padre, doctor —le respondió Kolea—. Soy su padre biológico, sí, pero ahí está Caff. Puede decirse que es un hijo con dos padres.

Dorden se limitó a asentir.

—¡Mierda! —exclamó Kolea de repente—. Gak, qué torpe he sido. Lo siento, doctor.

—¿El qué?

Hubo otro tiempo en el que ya había habido un padre y un hijo en las filas de Tanith: Dorden y su hijo Mikal. Éste había muerto durante la defensa de la Colmena Vervun.

—No creo que debiera… —empezó a decir Kolea, pero Dorden lo interrumpió al mismo tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Mi hijo murió en Verghast. Por pura coincidencia fue allí cuando tu hijo se unió a nosotros, y ahora se está entrenando para convertirse en uno de los Fantasmas.

Un hijo perdido y un hijo ganado. Un padre privado de su hijo y un padre…, perdón, dos padres orgullosos del suyo. Creo que existe una cierta completitud en ello. ¿No te parece, Gol? ¿Una cierta simetría?

—Ojalá que sea así —contestó Kolea.

—Una última cosa —añadió Dorden—. Gol, por el Dios Emperador, cuida de él.

• • • • •

Los oficiales superiores ya se habían marchado. Gaunt estaba sentado en una de las chirriantes sillas revisando hojas de órdenes que tenía desplegadas por la mesa. Beltayn le llevó una taza de cafeína.

—¿Desea algo más, señor? —le preguntó.

—No, nada más. Gracias, Bel —le contestó Gaunt.

Beltayn se marchó y Gaunt siguió revisando papeles.

—¿Geryun? —preguntó una voz.

Gaunt levantó la mirada y vio que era Eszrah, que se encontraba en el umbral de la puerta.

—¿Esst…? —dijo con la voz cargada de duda—. ¿Esst veritas, amicus?

—¿Que vamos a Gereon? —le preguntó a su vez Gaunt—. No estoy seguro, Nocte, pero creo que así es. ¿Estabas escuchando? Qué tontería. Claro que estabas escuchando.

—Geryun pugnavit, per sempre —le dijo Eszrah.

—Sí —le confirmó Gaunt—. Es lo que siempre he creído.

8

Pasó un nuevo ciclo diurno, otra sesión de instrucción, otro paso en el Camino de la Gloria, otro entrenamiento en el RIP. Habían transcurrido ya ocho días desde el comienzo del RIP cuando ocurrió algo diferente esa mañana.

—Uno nuevo —exclamó el instructor Kexie—. Uno nuevo. Y aparte de tan feo como una mierda en mi bota, ¿tú eres…?

—Merrt.

Kexie miró de arriba abajo al recién llegado para luego comenzar el largo y ritualizado proceso de meterse con él delante de todo el destacamento. No dejó nada sin mencionar. Kexie pasó un rato bastante largo comparando la cara de Merrt con una serie de cosas, como la escotilla de una sentina o el trasero de un grox, y así sin parar.

Dalin se esforzó por no mirar ni escuchar. Se quedó con la mirada fija en un punto situado en la pared opuesta del Sótano esperando que comenzaran las tandas de ejercicios.

—¡Eh, Santurrón! Es uno de los tuyos, ¿verdad? —le susurró Cajón.

—¿Qué?

—¿Un tanith?

—Sí.

—¿Está aquí por P? —inquirió Cajón—. ¿Qué le pasó?

—No lo sé.

—Me refiero a lo que le pasó en la cara.

—Recibió un disparo —murmuró Dalin.

No sabía gran cosa acerca de la vida de Merrt. Era un individuo solitario y no se relacionaba mucho con los demás. Dalin recordaba desde siempre que el rostro de Merrt se parecía a una escotilla de sentina.

—¿Hay alguien de cháchara? —preguntó Kexie de repente dándole la espalda a Merrt para dirigirse al resto del destacamento—. ¿Hay alguien de cháchara en las filas? —Los señaló con *Saroo* y fue moviendo la punta por la línea delantera, como si la vara fuese capaz de detectar una falta entre los reclutas al igual que un sabueso centinela—. Agh, así que tenemos a algún pelado mocoso que se dedica a ejercitar los labios en vez de los músculos, ¿agh? —se preguntó Kexie en voz alta.

Sin embargo, después de ocho días de sufrir los trucos del instructor a lo largo del RIP, nadie cometió el error de decir «¡No, instructor!».

—Entonces, empecemos —anunció Kexie mientras blandía a *Saroo* de un modo que sugería que la vara estaba decepcionada por no haber provocado unos cuantos moretones—. ¡Cinco vueltas, a la carrera! ¡Vamos!

• • • • •

Kexie llevó al destacamento tres días más tarde a la cubierta de tiro, un compartimento de carga transformado en mitad de la nave. Era un lugar tremendamente amplio, que por comparación dejaba al Sótano del tamaño de un armario. Pasaron por varios puentes con el suelo de rejilla mientras el grupo precedente salía del lugar por unas pasarelas inferiores. Era una corriente de cabezas rapadas y risas resonando allá abajo. Los oficiales de tiro, equipados con abrigos blindados y protectores de oído, les entregaron rifles marcados con unos números de serie de gran tamaño y de color blanco.

A la izquierda del destacamento había una unidad de combate que estaba realizando entrenamiento de limpieza de zona en una parte del enorme compartimento, donde se había creado un entramado de calles y edificios de simulación mediante contenedores de carga y plataformas de transporte. La unidad se esforzaba por mantener el nivel de preparación para el combate en la línea del frente, con sus miembros decididos a no permitir que el largo viaje les embotara la agudeza en batalla. El destacamento del RIP oía los gritos de aviso que intercambiaban, las llamadas de esquina a esquina, las ráfagas de las armas.

Kexie aulló unas cuantas órdenes. Los miembros del RIP remolonearon un poco esforzándose por dar la impresión de que estaban haciendo algo útil, como comprobar el estado de las armas, mientras los oficiales de tiro los llevaban a la línea de disparo en grupos de cuarenta. En la línea, un parapeto improvisado que habían levantado con maderas de contrachapado y lonas, les entregaron un cargador con munición real y empezaron a disparar contra unos objetivos de papel encerado situados al otro extremo del campo.

El aire no tardó en cargarse con el calor producido por los disparos y las resonantes oleadas de chasquidos de la descarga múltiple. El sonido era igual que el de la leña menuda al partirse, como el de un centenar de ramitas verdes rompiéndose a la vez, un crujido potente que recorría arriba y abajo la línea de tiradores.

Sonó un claxon y los tiradores entregaron los cargadores antes de retirarse y dar paso a un nuevo grupo.

La rotación siguió hasta que todo el destacamento hubo pasado por allí.

Dalin tomó con gran reverencia el rifle que le entregaron. Ya había disparado

muchas veces con anterioridad. Uno no se criaba entre los Fantasmas para no acabar distinguiendo un extremo del otro de un rifle láser. Sin embargo, no estaba en el RIP por castigo o para un reentrenamiento, así que no había tenido que abandonar su unidad para estar allí, y nunca le habían entregado un arma de forma oficial.

No era más que un préstamo para aquella tarde, y Dalin se alegró mucho de que así fuera. Era un viejo y baqueteado rifle del tipo Mark I, con la capa de pintura de color caqui desconchada en buena parte de la superficie. Tenía roto el acoplamiento para la bayoneta, y la culata articulada estaba claro que había pertenecido a otra arma en su vida anterior. Los oficiales de tiro disponían de una reserva de armas semejantes para que se utilizaran en los entrenamientos. Eran restos recuperados de los campos de batalla que el Departamento Munitorum consideraba inútiles para el servicio activo.

Caminó hasta la línea de tiro cuando le llegó su turno y metió la célula de energía que le entregó el instructor. El rifle láser sonaba como un arma de feria y se desviaba mucho hacia la izquierda al disparar. Dalin se esforzó por compensarlo. El oficial de tiro que tenía más cerca recorría la fila dándoles consejos por turnos, pero Dalin bloqueó aquel sonido y se concentró en otra voz: la de Caffran. Recordó cómo le enseñó a disparar, cómo le enseñó los movimientos básicos en el manejo de un rifle y la disciplina de disparo en el campamento de Aexe Cardinal, o en las afueras de Herodor, o entre los arbustos de Ancreon Sextus.

Sonó el claxon. Dalin sacó el cargador, se lo devolvió al instructor y se retiró a la zona de reunión. A su espalda se inició una nueva tanda de disparos, semejante al redoble del tambor de una compañía.

—Cualquiera —gritó Kexie mientras recorría el grupo—, cualquiera que obtenga menos de treinta aciertos recibirá tres días de flexiones de castigo.

Se oyeron unos cuantos gruñidos quejumbrosos.

—¿Alguien tiene algo que decir? Agh, pues mandádmelo por escrito, a la atención de *Saroo*.

Dalin se apartó un poco del grupo. Ya que disponía de cierto tiempo antes de su siguiente tanda de disparos, podría revisar el arma. El mecanismo de disparo estaba lleno de suciedad y de restos de lubricante reseco, lo que provocaba que el gatillo estuviera duro y fuera difícil de manejar. Lo limpió para dejarlo en condiciones.

—¿Qué estás haciendo, Santurrón? —le preguntó Peñasco mientras contemplaba con un cierto gesto burlón lo que estaba haciendo Dalin.

Peñasco y Encanto, junto a unos pocos más, estaban utilizando la pausa entre tandas de disparos para descansar sentados en el suelo y charlar entre ellos.

—Estoy mejorando mi puntería —le replicó Dalin.

—Cuanto la mejores, hazme un favor: pégale un tiro a Kexie en los sesos —le pidió Encanto.

—¿Por qué esperar? —se preguntó Peñasco—. ¿Por qué no lo hacemos ahora?

—Porque tiene un cerebro tan puñeteramente pequeño que tendrías que ser un

francotirador para acertarle de lleno —contestó Encanto.

Dalin se fijó en que Merrt estaba en el mismo grupo de tiro que él. Era el único otro miembro del grupo, aparte de Dalin, que estaba revisando el rifle que le habían entregado. El tanith estaba ajustando los puntos de mira, tanto el anterior como el posterior, y se llevaba el rifle al hombro cada vez que realizaba uno de aquellos ajustes.

No le hablaba a nadie, y nadie le hablaba a él.

Dalin recordó al fijarse en él que Merrt había sido un francotirador tiempo atrás. Pensó que no debería tener problemas con aquella parte del entrenamiento.

• • • • •

Kexie se los llevó a un lugar aparte de la línea de tiro después de que acabaran todas las rotaciones y los dejó en un pasillo de tránsito mientras decía en voz alta las puntuaciones de los diferentes miembros del grupo que leía en la placa de datos que le había entregado uno de los oficiales de tiro. Todo el mundo se puso tenso, a la espera de oír el mágico número treinta, o más elevado, si era posible. Treinta era el resultado estándar de combate, la media aceptable que debía lograr cualquier individuo si quería ser admitido en la Guardia Imperial, lo mismo que los mínimos de peso, altura o capacidad visual.

Por falta de esfuerzo o por pura incompetencia, quince miembros del destacamento de RIP no lograron esa marca mínima, incluido Peñasco. Ni siquiera él fue capaz de imaginarse un «¡Ja, ja, ja!» para aquello.

La mayoría habían conseguido marcas entre los treinta y los treinta y cinco, y tan sólo el cinco por ciento de ellos había obtenido cincuenta o más. Merrt consiguió cuarenta y ocho. Cuando Kexie leyó aquel resultado en voz alta, Merrt se estremeció y soltó alguna clase de palabrota en voz baja.

Kexie se quedó mirando a Merrt con los ojos entrecerrados, preguntándose si aquello representaría una insubordinación por la que podría castigarle con saña.

—¿Has hablado, pelado?

—No, instructor.

Kexie se lo quedó mirando unos momentos más y después siguió leyendo la lista. Llegó al nombre de Dalin: había conseguido sesenta y seis. Eran doce puntos por encima de la marca más elevada. Se oyeron unos cuantos silbidos y vítores cuando Kexie dijo la cifra, pero cesaron casi de inmediato. El instructor se acercó a Dalin con aquel modo de andar tranquilo, con los hombros echados hacia atrás, que utilizaba habitualmente, para quedarse cara a cara con Dalin.

—Ningún novato consigue una marca como ésa.

Dalin no supo qué decir, por lo que se quedó callado y mirando fijamente hacia

adelante.

—Vamos, que es de chiste. ¿Me oyes bien, mocoso pelado? ¿Qué es lo que has hecho? ¿Sobornar a uno de los oficiales de tiro? ¿Cambiarte por alguien?

—No, instructor.

—¿No?

—No, instructor.

—Entonces, ¿cómo lo explicas, agh?

Dalin quiso decirle que ya había disparado un arma con anterioridad, que ya tenía experiencia, pero lo mismo podían decir todos los que se encontraban en «R» y en «P» del destacamento. Quiso decirle que le habían enseñado bien, que sus maestros se encontraban entre los mejores. Quiso decirle que probablemente el resultado tenía que ver menos con la habilidad a la hora de apuntar que con una sencilla disciplina en el mantenimiento del arma y un método, y que la mayoría de ellos podrían conseguir marcas de cincuenta o más si tan sólo se tomaran el tiempo de comprobar, ajustar y «escuchar» su rifle.

Pero lo único que se le ocurrió fue:

—¿Por suerte, instructor?

—No existe nada semejante a la suerte aquí —le replicó Kexie—. Déjame que te demuestre la veracidad de esa aseveración.

Kexie le golpeó a Dalin las dos rodillas con *Saroo* y después le golpeó con la parte roma de la vara en la nuca cuando se desplomó hacia adelante. El instructor lo apaleó sin cesar en las costillas con los dientes al descubierto en una mueca feroz. Luego pasó a pegarle en el antebrazo cuando Dalin lo alzó en un gesto defensivo, produciendo unos sonoros chasquidos.

Kexie dio un paso atrás y le propinó una patada a Dalin con la punta de la bota izquierda en mitad del estómago. Dalin, que estaba tendido de lado, soltó un gruñido de dolor y se encogió sobre sí mismo como si fuera un feto.

—¿Lo veis? —se vanaglorió Kexie en voz bien alta y risueña—. Ha conseguido la puntuación más elevada, pero no parece que haya tenido mucha suerte con eso, ¿no?

Nadie respondió.

—¿A que no?

Se oyó una respuesta apagada. Enfurecido, Kexie se volvió para mirar de nuevo a Dalin y lo golpeó de nuevo.

—No es justo.

Kexie se detuvo en seco y se dio la vuelta en redondo. Merrt, con las manos a los costados, se había salido de la fila para enfrentarse al instructor.

—¿Qué has dicho?

—Que n… n… no es justo —repitió Merrt, aunque la mandíbula artificial se le atascó dos veces al hablar.

—¿Qué? —En la voz de Kexie resonó un tono casi quejumbroso de incredulidad. Alargó el cuello hacia adelante y se llevó la mano que tenía libre a una oreja—. ¿Qué

coño…?

—Te lo pasas demasiado bien con esa vara —le dijo Merrt con toda sinceridad—. La utilizas para azotar cuando alguien se merece un castigo. Así es como funciona el asunto, pero es que él no se merece ningún castigo. ¿Qué clase de idiota castiga a alguien por ha… ha… hacerlo bien?

—La clase de idiota que tiene en sus manos tu puñetera vida —lo amenazó Kexie, y se dirigió en línea recta hacia Merrt.

Todos los demás se encogieron sobre sí mismos. Conocían aquella mirada enloquecida de Kexie.

—Puede, pero sigo diciendo que no es justo —insistió Merrt. Luego abrió los brazos de par en par, con las manos también abiertas, y echó la cabeza hacia atrás, hasta que se quedó mirando el techo—. Vamos, apaléame. He hablado sin permiso. Me merezco alguna clase de castigo, pero él no. No ha hecho nada malo.

Kexie se paró de inmediato y bajó la vara un poco. Nadie con anterioridad había pedido de forma voluntaria las atenciones de *Saroo*. Aquello le quitaba prácticamente toda la diversión al asunto.

Kexie sonrió lentamente de oreja a oreja, con una expresión que parecía más bien una cuchillada en pleno rostro. Aquello iba a ser interesante.

9

Las capillas de las cubiertas de los barracones realizaban los servicios religiosos a todas las horas de culto, aunque siguiendo el horario de a bordo de la nave. El principal acto de culto se llevaba a cabo inmediatamente después de las campanadas que indicaban el comienzo de la guardia del mediodía.

La guardia del mediodía a bordo de la nave era el eje sobre el que el resto de los horarios giraban. Las órdenes indicaban que se debían sincronizar todos los horologios y los cronógrafos al tañido de la campana de la guardia.

El «servicio de la campana» tenía una duración aproximada de unos cuarenta minutos. Era el mínimo acto de devoción que debía realizar cualquier guardia imperial si se lo permitían sus deberes. Los Fantasmas utilizaban la capilla del Tambor, situada cerca los barracones de popa. Se trataba de un lugar de carga de tamaño medio que había sido acondicionado y consagrado para los rituales. La estancia era fría y de escaso mobiliario, apenas decorada por algunas láminas de madera y de tela. Las ceremonias las dirigían los prefectos y los celebrantes de la Eclesiarquía, que utilizaban un incienso barato de los suministros militares que desprendía un olor rancio y polvoriento. No se veía por ningún lado la pompa y el lujo de las ceremonias civiles, nada de la opulencia ni de la fragancia de la zona alta de una colmena. Los delgados sacerdotes, cubiertos de sencillas túnicas de hilo, exhortaban a los congregados para que mantuvieran el honor y la tradición de la Guardia Imperial, la gloria del Imperio y el espíritu de la Humanidad.

Hark oyó todo aquello sin escucharlo en realidad. Estudiaba con atención las filas de figuras arrodilladas desde el lugar que había ocupado en la parte posterior de la estancia, esforzándose por grabar los rostros de los allí reunidos. No era de extrañar que la asistencia fuese tan escasa. Aquello era tétrico. Hark recordó su pasado, que había sido privilegiado en ese sentido, las numerosas ceremonias de los templos de las ciudades donde había crecido. Todo estaba lleno de gloria y de esplendor. Los eclesiarcas, cubiertos de seda, eran transportados al púlpito en plataformas andantes de patas doradas, los coros entonaban himnos que se elevaban hacia los poderosos pilares de las catedrales, donde la luz entraba radiante a través de los colosales ventanales de los muros.

Se reunió con Ludd en el exterior mientras la congregación se dispersaba. Ludd

tenía en la mano el libro de asistencia.

—¿Han venido muchos? —le preguntó Hark.

—La mayoría de los pocos que suelen venir —le informó Ludd. Después le mostró el libro y fue señalando bastantes nombres a medida que pasaba las páginas—. Éstos han estado faltando de forma repetida.

Hark los leyó y luego asintió.

—Nos encargaremos de los principales culpables esta misma tarde, Ludd. Les meteremos un puro para que se porten bien. —Hark miró a su alrededor y estudió los grupos que ya se dispersaban—. No ha venido, ¿verdad?

—No, señor.

—Vaya ejemplo. Nos ordena que consigamos aumentar la asistencia y luego va él y no aparece. No puede ser que no lo viera, ¿verdad?

Ludd negó con la cabeza.

—Es el tercer día seguido que falta. Si fuera…, bueno, si fuera cualquier otro, ya tendría una marca roja al lado de su nombre a estas alturas.

—Me parece que voy a tener que explicárselo —comentó Hark—. Vamos, Ludd.

● ● ● ● ●

Hark recorrió el medio kilómetro de escalerilla oxidada y húmeda que lo separaba de la oficina del regimiento, una serie de estancias y cabinas situadas en el centro de la nave. La mayoría del personal eran oficiales del Departamento Munitorum, de los batallones de apoyo y de la escala de mando de la compañía. También había varios miembros del Comisariado. En algunas de las estancias de mayor tamaño, colocados en filas de mesas y bajo una luz mortecina, diversos oficiales de combate y comisarios respondían exámenes sobre teoría del campo de batalla, sobre tácticas y sobre disciplina, o bien realizaban enfrentamientos simulados en las mesas de mapas.

Vio unos cuantos rostros conocidos en uno de los puestos. Ban Daur, Kolosim y Obel estaban resolviendo un problema táctico junto a un trío de oficiales del regimiento de Kolstec. Todos se irguieron cuando Hark se les acercó. El comisario echó un vistazo a la reluciente proyección hololítica que cubría la consola de la mesa que había entre ellos.

—¿Un asalto a la línea? —preguntó.

—Principios y aplicaciones de la cobertura a saltos —contestó Daur.

—Nivel intermedio, tercera lección —añadió Kolosim con cierto tono burlón.

Hark soltó una breve risa y asintió. La simulación a la que se enfrentaban era complicada y exigente.

—¿Factor de tiempo?

—En tiempo real —le informó Daur.

—Entonces no os molestaré mucho. ¿Habéis visto al coronel?

Daur echó un vistazo al cronómetro de muñeca que llevaba puesto.

—¿No debería estar volviendo ahora mismo del servicio de la campana?

Hark hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo vi hace más o menos una hora en el 22 —comentó Obel—. No sé adónde iba, pero llevaba la espada con él.

—Gracias. Buena suerte con eso —les deseó Hark.

• • • • •

Hark encontró a Gaunt diez minutos más tarde en una de las salas de prácticas individuales. El comisario coronel había firmado en el panel al lado de la puerta de entrada, y había añadido «NO MOLESTAR».

Hark entró de todos modos. Al otro lado de la puerta se encontraban las armas de entrenamiento, de filo embotado, y los maniquíes de tiro. Un poco más allá había una jaula de práctica, abierta pero desactivada, que tenía forma de concha marina.

Gaunt estaba en la zona más despejada de la estancia enfrentándose a cuatro autómatas de entrenamiento. Se trataba de unas máquinas de múltiples patas con unas extremidades rematadas por armas de filo. Lo tenían rodeado y no cesaban de atacarlo. Gaunt iba desnudo de cintura para arriba. Estaba empapado de sudor y las gotas salían despedidas en todas direcciones cada vez que se agachaba para efectuar una esquiva o que se giraba para golpear con la espada de energía. Cada impacto claro que lograba en los sensores que los autómatas tenían instalados en el vientre o en la cabeza provocaba que se desconectaran durante diez segundos. Una vez transcurrido ese tiempo, se ponían en marcha de nuevo y reanudaban los ataques.

Cuatro autómatas. Cuatro al mismo tiempo. Aquello le pareció excesivo a Hark. Había admirado desde siempre la habilidad con la espada de Gaunt, y sabía que era necesaria mucha práctica para mantenerla, pero cuatro autómatas…

Se quedó contemplando la escena unos momentos más. Se fijó en una marca que Gaunt tenía en la espalda, a la altura de los riñones. Parecía un tatuaje. ¿O era…?

Hark dio un respingo por la sorpresa. La marca era en realidad sangre, sangre que salía de un corte profundo. Se dio cuenta de lo que estaba viendo en realidad.

Todos los autómatas tenían los filos de las armas al descubierto. Entre todas ellas, las máquinas se enfrentaban a Gaunt con dieciséis cuchillas de medio metro y de doble filo.

—¡Feth! —exclamó Hark—. ¡Apagado! ¡Apagado!

Las traqueteantes máquinas continuaron girando y atacando. Lo único que Hark consiguió fue distraer a Gaunt, que miró a su espalda un instante y se vio obligado un momento después a efectuar un desesperado movimiento defensivo en retroceso para

esquivar un afilado miembro cortante. Hark echó a correr hacia él.

—¡Apagado! —ordenó a voz en grito—. ¡Control de voz: apagado! ¡Corta! ¡Desconexión!

El autómata más cercano a él percibió sus movimientos y se apartó de Gaunt para lanzarse al ataque contra él. Las múltiples patas metálicas repiquetearon al pasar de la colchoneta de prácticas al duro suelo del resto de la estancia. Las extremidades armadas giraron y cortaron el aire mientras avanzaba.

—¡Feth! —exclamó Hark de nuevo al mismo tiempo que retrocedía con rapidez —. ¿Qué demonios es todo esto? ¡Apagado!

Gaunt soltó una maldición. Soltó todo el aire cuando se agachó con rapidez para esquivar las cuchillas de uno de los autómatas y giró su cuerpo sobre sí mismo. Se puso en pie para detener con la espada las armas de otro de los autómatas antes de propinarle un tremendo patadón que lanzó trastabillando de espaldas a su oponente. El tercero casi se le había echado encima. Gaunt se giró de nuevo y le propinó un sablazo por debajo de la guardia, logrando un tajo limpio con la espada de energía que le atravesó el torso y la cabeza en mitad de una lluvia de chispas. Los bordes del metal seccionado relucieron cuando las dos mitades de la cabeza se separaron al caer al suelo.

Gaunt pasó de un salto por encima del aparato destruido.

El cuarto autómata ya casi había llegado hasta Hark. Éste sacó la pistola de plasma de debajo de la chaqueta y la alzó para disparar.

Sin embargo, Gaunt llegó antes al botón de apagado manual situado al otro extremo de la estancia y lo pulsó. Los tres autómatas restantes bajaron las extremidades y se detuvieron al tiempo que soltaban un zumbido por la desactivación de los servomotores.

Hark bajó la pistola, montó de nuevo el seguro y la guardó. Miró a Gaunt, todavía al otro lado de la estancia. El comisario coronel jadeaba con fuerza. Desactivó la espada de energía y alargó la mano para tomar una toalla y enjugarse la cara y el pecho.

—¿Con armas al desnudo y la anulación por voz desactivada?

—Creo que una práctica continua es lo mejor.

—Cualquiera que se entrene debe contar con un ayudante y un asistente médico si pretende efectuar ejercicios con autómatas de práctica capaces de provocar heridas. Orden número…

—57783-3. Conozco la ordenanza.

—¿Y el castigo a su incumplimiento?

Gaunt se quedó mirando fijamente a Hark.

—El seguro por voz jamás debe desactivarse —continuó diciendo Hark—. Te podrían haber matado.

—Esa era la intención.

—¿Cómo se supone que iba a acabar esta sesión de entrenamiento, Ibram?

—Pues cuando ya tuviera suficiente, me libraría de ellos y pulsaría el botón de la pared. Tu aparición me ha obligado a adelantar ese final. ¿Qué es lo que quieres, Viktor?

—Quiero que sigas vivo para dirigir a los Fantasmas cuando lleguemos a la próxima zona de combate —le contestó Hark.

—Creo que una práctica continua es lo mejor —le repitió Gaunt—. Estoy convencido de la necesidad de llegar al límite y forzarlo para ponerme a prueba.

—Yo también —le replicó Hark—. Paso tiempo en la sala de tiro, hago ejercicio y libro unos cuantos combates de práctica. Lo que tú haces se acerca peligrosamente a lo obsesivo.

Gaunt se encogió de hombros. Tiró a un lado la toalla ya empapada y empezó a ponerse la camisa.

—Entonces, esperemos que nunca tengas que enfrentarte a mí —comentó Gaunt con una sonrisa lobuna—. ¿Qué es lo que quieres de verdad?

—Te has perdido el servicio religioso.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es lamentable, porque estamos intentando que muchos vuelvan a acudir, y la verdad es que no estás siendo precisamente un ejemplo.

Gaunt sacó el cronómetro de pulsera de un bolsillo del pantalón y le echó un vistazo. Era un artefacto viejo y baqueteado, al que hacía tiempo le había sustituido la correa por un brazalete hecho a mano.

—Según mi cronógrafo, faltan diecisiete minutos para la campana de la guardia del mediodía.

—Pues va atrasado. Como unos sesenta y cinco minutos.

—Indicó bien el tiempo en Gereon.

—Pues no lo indica nada bien ahora, Ibram. ¿Qué? ¿De qué te ríes?

Gaunt empezó a colocarse el cronógrafo.

—Le he dado cuerda y no se ha parado desde que embarcamos. Quince días de viaje y no lo he sincronizado con la campana del mediodía.

—¿Y?

—Ajustes diurnos, Viktor.

Hark frunció el entrecejo. Una práctica habitual en la Guardia Imperial durante los viajes de larga duración era ajustar la duración de los ciclos diurnos y nocturnos hasta que equivalieran a los del mundo hacia donde se dirigían. De ese modo, a lo largo del viaje, las tropas acababan acostumbrándose a un ritmo circadiano distinto. Todo ello ayudaba a la adaptación al entorno. El cambio no se efectuaba de golpe, sino que el tiempo se restaba o se añadía de forma progresiva a lo largo de un período de días. La sincronización con la campana del mediodía mantenía a todo el mundo al mismo ritmo.

—¿Así que lo mantienes en el horario de Ancreon Sextus?

Gaunt asintió.

—Y la nave ha acabado con un horario diurno que es aproximadamente una hora más corto. —Se acercó al borde de la jaula de prácticas, donde tenía colgada la chaqueta, y sacó de uno de los bolsillos una placa de datos—. He consultado un compendio del sector para comprobarlo —dijo mientras encendía la placa y pasaba una lista de cifras—, pero ya estaba bastante seguro. Me resultaba familiar.

Le mostró a Hark la pantalla de la placa. Los datos mostraban mapas de mareas y tablas con los horarios del inicio y el final del día agrupados por regiones geográficas para un número de mundos del grupo local de planetas. Había destacado uno de ellos.

—Gereon —musitó Hark.

—Es básicamente la confirmación que quería —comentó Gaunt cerrando de golpe la pantalla para luego guardar la placa de datos—. Por eso desconecté la anulación por voz, Viktor. Vamos a volver allí, y quería recordarme cómo era aquello.



10

Los miembros del RIP que no lograron alcanzar la marca mínima, y eso incluía a Dalin y a Merrt, tuvieron que realizar marchas de circuito durante las tres noches siguientes.

Una marcha de circuito incluía llevar todo el equipo encima, desde las mochilas cargadas hasta una pesada barra de hierro que sustituía al rifle. El recorrido consistía en efectuar un circuito entero de la nave, desde un extremo al otro, a través de los pasillos exteriores, y así veinte veces. Kexie, quien ya había hecho aquella ruta, les aseguró que aquello era el equivalente a cincuenta kilómetros.

Kexie no corría con ellos. Los acompañaba durante un trecho y después cruzaba la nave de forma transversal a través de pasillos de tránsito mientras ellos rodeaban la zona de proa o atravesaban corredores de techo bajo que pasaban por encima del enginarium. El instructor se reunía con ellos al otro lado.

Existía la tentación de recortar camino a lo largo de la ruta, algo que Peñasco ya había planeado de un modo minucioso, pero Kexie ya había previsto esa posibilidad y había colocado una docena de servidores en una serie de puntos de paso. Si uno no se cruzaba con cualquiera de ellos y su identificación no quedaba registrada al pasar, *Saroo* le hacía una visita prolongada antes de verse obligado a repetir la marcha.

La mayor parte del recorrido serpenteaba por conductos metálicos llenos de costras de óxido y largos túneles sin calefacción y sin pintar donde muy poca gente tenía algo que hacer en realidad. Corrieron por las amplias avenidas que se abrían detrás de las gruesas placas del costado exterior de la nave y de las planchas de blindaje. Corrieron a través de los espacios abiertos entre los generadores de campo cubiertos de grasa lubricante que apestaban a ozono, y chapotearon por compartimentos de paredes oxidadas y suelos cubiertos de charcos de agua provocados por la condensación. Avanzaron por almacenes vacíos donde unas cadenas también cubiertas de grasa colgaban del techo envuelto en sombras. Se apresuraron a dejar atrás las apestosas secciones donde se criaba y se albergaba a las cabezas de ganado y las calurosas zonas llenas de gases de los cultivos hidropónicos.

Empezaron corriendo a buena velocidad con la intención de realizar la marcha a su ritmo para que Kexie se fastidiara. Peñasco incluso intentó que llevaran el ritmo entre gritos y cánticos, pero antes de que hubieran completado siquiera un circuito,

todas aquellas buenas intenciones habían desaparecido. La falta de aliento, los pies llenos de ampollas, los codos y las rodillas llenos de moretones por los golpes que se daban contra los rebordes de las compuertas que cruzaban hizo que se convirtieran en una fila de individuos de ojos mortecinos, pero lo que sobre todo provocó que perdieran el ánimo fue darse cuenta con angustia de cuánto tiempo tardarían en realidad en completar aquellos veinte circuitos.

Cada vez que Kexie aparecía sonriente en algún punto del recorrido, los saludaba con un gesto de la mano y comentaba con cada corredor por turnos y con precisión lo inútil que era en realidad. Había aprendido nuevos insultos que soltarles mientras corrían, o quizá había estado guardando algunos de sus favoritos para aquella ocasión especial.

Dalin no se quejó de que lo incluyera en aquel grupo. Había crecido sabiendo que en la vida de cualquier soldado siempre existía una injusticia básica. Ser un soldado consistía en mantenerse con el grupo, de formar parte de la unidad y sobre cómo esa unidad funcionaba en términos de disciplina y de coherencia. Una vez el individuo se acostumbraba a la decepción que resultaba de ser ninguneado, tuviera o no la razón, empezaba a funcionar con la unidad y la vida se hacía más fácil.

También comprendía la importancia de dar ejemplo.

Kexie no había golpeado a Merrt después de la sesión de disparos. Hasta su lógica de perro de presa había reconocido que resultaría contraproducente darle una paliza a alguien que pedía ser golpeado. Además, una acción semejante lo debilitaría a los ojos del destacamento. Kexie estaba decidido a mantenerse por encima de asuntos semejantes, sin verse afectado o emocionado por los actos de aquellos que tenía bajo su mando. Era muy posible que se considerara inconmovible.

Kexie también incluyó a Merrt en la marcha. Luego les dijo a los demás que a las diez vueltas de circuito que debían cumplir por no lograr la marca de aciertos mínima les iba a añadir otras diez gracias a lo que llamó la «bocaza» de Merrt.

Dalin se colocó al paso al lado de Merrt en el tercer circuito. Fue la primera vez que le habló.

—Quería… —empezó a decir.

—Déjalo —lo cortó Merrt sin ni siquiera volverse.

—¿Fue algo…? —Dalin se calló un momento, dubitativo—. ¿Fue algo de los Fantasmas?

Eso hizo que Merrt lo mirara. Los ojos hundidos lo observaron con una expresión intensa llena de curiosidad por encima del desagradable implante facial.

—¿Al… al… algo de los Fantasmas?

—Me refiero a que si lo hiciste porque soy parte del regimiento.

Merrt hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El muy imbécil estaba equivocado. Habría hecho lo mismo se tratara de quien se tratara.

—Ah.

Siguieron corriendo y atravesaron una compuerta de carga que los condujo a un espacio de almacenamiento con el suelo de rejilla. Las varillas de metal resonaron con sus pisadas.

—¿Cómo acabaste en el RIP? —le preguntó Dalin.

—De la forma habitual.

—Sí, pero ¿cómo es?

Merrt se detuvo de repente y Dalin se paró a su lado. Los demás compañeros pasaron junto a ellos mientras continuaban corriendo con pasos cansinos. Merrt se quedó mirando cara a cara a Dalin durante unos momentos.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

—Verás…

—¿Me conoces?

—No, pero…

—Entonces, te agradecería que te metieses esas preguntas de mierda por donde te quepan. No so… so… somos amigos.

—Perdona —se disculpó Dalin. Sintió que se sonrojaba, lo que le hizo sentir peor todavía.

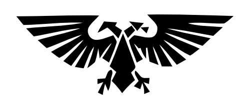
Merrt le dio la espalda y empezó a trotar de nuevo. De pronto, se paró de nuevo y se dio la vuelta hacia el joven.

—Si de verdad quieres saberlo, te diré que saqué la ca… ca… cabeza durante un combate en Monthax.

—No, me refería a…

—Sé a lo que te referías, pero ésa sigue siendo la respuesta —le cortó Merrt antes de volverse de nuevo y echar a correr.

Tras unos momentos, Dalin lo siguió.



11

En el espacio libre que se abría detrás de las jaulas de alojamiento se había reunido una multitud para contemplar a un equipo de Fantasmas jugar a la pelota contra unos cuantos soldados de los barracones del regimiento de Kolstec. Se oían numerosos gritos y maldiciones resultado del juego.

Kolea estaba mirando el partido desde una de las pasarelas superiores con los brazos apoyados en la barandilla. Varl estaba a su lado, fumándose un pitillo de lho liado a mano. De vez en cuando intercambiaban opiniones sobre la habilidad de algunos jugadores, sobre todo la reticencia de Brostin a pasarle la pelota a alguien que la pudiera aprovechar en una jugada.

—Da la impresión de que tuviera alguna clase de incapacidad para hacerlo.

—Aparte de las que ya conocemos.

—Exacto.

Algunos de los nativos de Belladon que se encontraban entre la multitud comenzaron a hacer un rápido redoble con unos pequeños tambores que llevaban con ellos y a animar con el sonido a los Fantasmas que jugaban. Se trataba de un ritmo veloz que sonaba como el de la marcha de un pelotón de ejecución.

—Ese sitio al que vamos… —comenzó a decir Kolea.

—Nadie sabe con seguridad adónde vamos —lo interrumpió Varl.

—Bueno, vale, pero si fuéramos allí…, ¿cómo es?

Varl había sido uno de los miembros originales del equipo que el comisario Gaunt se había llevado al mundo ocupado de Gereon casi tres años antes. El hecho de que hubieran regresado con vida era un milagro. Varl era un individuo locuaz en la mayoría de las ocasiones, pero no solía hablar de aquel asunto.

—Es un mal lugar —le respondió—. Tan malo como te puedas imaginar, y no creo que haya mejorado desde la última vez que estuve allí.

Kolea se limitó a asentir.

—Aunque la verdad es que me alegro de que volvamos —admitió Varl.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Por Ven y por la doctora Curth. Los dejamos allí a los dos. Lo decidieron ellos. Todos estamos más que dispuestos a volver por ellos si podemos.

—¿Crees que seguirán vivos?

Varl se encogió de hombros.

—¿La doctora? No lo sé, pero Ven… ¿Crees que hay algo en el universo capaz de tener las pelotas de matar a Ven?

Kolea sonrió y negó con la cabeza.

Varl quitó con un pellizco la ceniza de la punta apagada de la colilla y se la colocó detrás de la oreja.

—Tengo que hacer algo con ese partido —comentó—. Quizá lo mejor sería pegarle un tiro a Brostin.

Kolea llevaba sólo en la pasarela unos cuantos minutos cuando Tona Criid se puso a su lado. Le hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo, pero no le dijo nada a la sargento durante un rato.

—¿Qué tal lo está haciendo el chaval? —le preguntó por fin.

—Lo está haciendo muy bien, sobre todo teniendo en cuenta la porquería de escuadra en la que se encuentra.

—Eso está bien.

—Está más en forma de lo que jamás le he visto —añadió Criid—. Aunque ahora mismo le duelen bastante los pies. Ha tenido que hacer muchos circuitos de marcha estas últimas semanas.

—¿Y eso?

—Por castigo.

Kolea frunció el entrecejo.

—¿Castigo por qué?

—Por ser tan bueno. Por dejar en evidencia al instructor. Están dando un ejemplo con él, y él lo está soportando.

—Quizá lo que ese instructor necesita es… —empezó a decir Kolea.

Ella negó con la cabeza con un movimiento brusco.

—No, no, Gol. No pasa nada. Así es como Dalin quiere que sea. Ya sabe cómo funciona la Guardia, y está cumpliendo. El instructor la ha tomado con él porque jamás ha tenido un recluta tan modélico y no puede evitar pensar que le están tomando el pelo.

Debajo de ellos se oyó un repentino griterío y el retumbar de los tambores comenzó a sonar de nuevo.

—Podrías preguntarle tú mismo qué tal le va —le dijo ella.

—No quiero entrometerme.

—Eres su padre.

—Soy el progenitor biológico superviviente —le contestó Kolea—. Ya tiene un padre y una madre.

—Eres su padre —le repitió Criid—. La vida que lleva no es en absoluto normal, así que no creo que importe el modo en que tú, Caff y yo logremos encajar en todo este asunto, siempre que lo hagamos. A Dalin no le molestaría que mostraras un poco de interés por él.

—Quizá.

—De hecho, me atrevería a decir que le gustaría que mostraras un poco de interés por él.

Kolea frunció los labios y pareció pensar en ello, pero no la miró. Mantuvo los ojos clavados en el partido que se desarrollaba debajo de ellos.

—Hazlo antes de que sea demasiado tarde —le sugirió Criid.

—¿Demasiado tarde?

—Estamos recorriendo el Camino de la Gloria —le respondió ella—. Más tarde o más temprano llegaremos al final, y ya sabes lo que nos espera allí. Déjalo hasta entonces, y quizá ya será demasiado tarde.



12

Se encontraban en el Sótano limpiando las distintas piezas del equipo. Cada uno de ellos las tenía delante, colocadas sobre una esterilla. Kexie recorría la fila dando una patada de vez en cuando a algún tazón o cuenco de comida para enviarla al otro extremo de la estancia si descubría que no estaba impecable. A veces tomaba una taza, la arrojaba al aire y después utilizaba a *Saroo* como bate para mandarla hacia el techo.

Dalin distinguió a lo lejos bastantes camaradas, al otro extremo del Sótano, que estaban intentando recuperar las piezas de equipo que el instructor había mandado hasta allí.

Kexie llegó a la altura de Dalin. En cuanto estuvo delante de él, Dalin se puso en posición de firmes, con la esterilla a sus pies.

«A ver si eres capaz de encontrar un fallo», pensó.

Oyó cómo Kexie soltaba un gruñido provocado por la leve decepción de no haber encontrado nada por lo que castigarlo.

—Guárdalo todo y sigue —le dijo entre dientes antes de pasar a inspeccionar al siguiente candidato.

Era el final de la quinta semana del destacamento del RIP. Cuando finalizara el ciclo diurno, debían entregar el material desgastado con el que habían estado practicando a lo largo de las tres semanas anteriores para a continuación recibir el material de combate. Al día siguiente les entregarían las armas, y después, los últimos tres días de entrenamiento y de preparación.

Cada día que había pasado había sido más duro que el anterior. A Kexie se le habían unido oficiales del Comisariado que se habían encargado de instruir la mente además del cuerpo. Existía un ambiente general de orden, de disciplina. Nadie bromeaba ya.

Dalin fue capaz con un simple vistazo de darse cuenta de cuánto había cambiado la mayor parte del destacamento. El intenso ejercicio los había dejado delgados pero fibrosos, incluso a Cajón. Los desgastados pantalones de faena que les habían entregado les quedaban sueltos en la cintura. No tenían ni una pizca de grasa en el cuerpo. Tenían las manos endurecidas y los pies cubiertos de callos. En los cráneos rapados comenzaba a salir de nuevo el cabello, lo que dejaba una superficie llena de pequeños pinchos. Tenían las mentes tensas como muelles de alambre. Durante el

tiempo que pasaban fuera del destacamento caminaban con decisión y empaque.

En menos de cuatro días regresarían con sus regimientos para volver al servicio activo o, como Dalin, finalizarían la instrucción básica y se convertirían en guardias imperiales.

No todos los miembros del RIP conseguirían superar el período de pruebas. Caff le había dicho que, según la estadística, buena parte del destacamento del RIP se quedaría para otro período. El índice era más elevado en el Segundo Frente debido al porcentaje anormalmente alto de tropas de escasa calidad presentes, una vergüenza para toda la Cruzada.

Algunos jamás lograrían superar aquel período de prueba. También ocurriría en aquel grupo. Había holgazanes que no serían capaces de cumplir las exigencias físicas, e idiotas que no serían capaces de realizar en condiciones las tareas más simples, e incluso existían individuos, como Wash, que no lo lograrían a pesar de que podían. Wash estaba más que preparado, pero su actitud y comportamiento eran deplorables. Dalin estaba bastante convencido de que Wash iba a ser uno de los aproximadamente treinta miembros del destacamento que no lo conseguirían.

Tarde o temprano, esos individuos acababan expulsados de mala manera del servicio, que era lo que la mayoría querían, o morían ejecutados por el Comisariado, que era lo que casi nadie buscaba.

Dalin se echó al hombro la mochila y la llevó hasta el grupo que había acabado de guardar el material. Entre ellos estaban Cajón y Encanto, además de Hamir, otro de los candidatos de «I» del destacamento. Él y Dalin habían acabado llevándose muy bien entre sí.

Hamir era un joven de estatura elevada y piel olivácea procedente de Fortis Binary. Había seguido a su padre y a sus tíos después de la fundación del regimiento por los mundos donde habían combatido, y, al igual que Dalin, había formado parte del grupo de civiles integrados en el regimiento hasta que había sido lo bastante mayor como para llevar el aquila. Hamir tenía una mirada inteligente y unos modales algo refinados que le habían hecho merecer el sobrenombre de «Scholam» por parte de Cajón.

—¿Hoy no tienes visita de *Saroo*, Santurrón?

—Sabe cuándo le han vencido —contestó Dalin al mismo tiempo que se daba la vuelta para mirar al otro lado, donde Kexie estaba apaleando entre los hombros a uno de los aspirantes por no haber abrochado de forma correcta el saco de dormir.

—Ya casi hemos llegado —comentó Hamir.

—¿Qué? —le preguntó Dalin.

Hamir alzó la mirada hacia las luces.

—Que ya casi hemos llegado. ¿Es que no lo sientes?

—¿Dónde?

—Al final del entrenamiento. Al comienzo de la vida en la Guardia Imperial. Dondequiera que nos lleve este transporte. Escoge tú.

—Voy a echar de menos todo esto —dijo Cajón con voz cargada de cierto pesar.

Dalin, Hamir y Encanto se lo quedaron mirando.

—Era broma —sonrió Cajón lleno de alegría.

• • • • •

Dalin vio a Merrt cuando el destacamento se reunió de nuevo, con los rezagados corriendo a sus puestos perseguidos por *Saroo*. No había vuelto a hablar con él desde la noche que habían corrido aquellas marchas de circuito, semanas antes. Ni antes ni después. Merrt se había mantenido aislado.

Dalin sentía una pena terrible por él, aunque estaba seguro de que el Fantasma no apreciaría en absoluto ese sentimiento. La pena la provocaba que la mayoría de los miembros del RIP eran jóvenes. Merrt era un individuo mayor entre ellos. Le parecía cruel que lo obligaran a repetir el entrenamiento mecánico de la instrucción básica. Era igual que si un adulto se viera forzado a jugar con los niños. Estaba por encima de todo aquello, lo tenía superado. Ya conocía el combate de verdad y había sentido su crueldad. No necesitaba un cursillo recordatorio.

Dalin no tenía muy claro qué era lo que Merrt necesitaba. Se había limitado a cumplir todas las órdenes y jamás había murmurado ni una sola palabra de queja. No se había vuelto a enfrentar a Kexie por nada. Cajón opinaba que esto se debía a que Merrt, «con una boca como ésa», debía odiar hablar, pero Dalin estaba convencido de que era porque ya no había sido necesario. Después de lo ocurrido aquel día en el campo de tiro, y aunque había infligido muchos castigos más, Kexie no había vuelto a ser tan injusto o cruel.

—¿Todo bien? —le preguntó Dalin a Merrt mientras se colocaba a su lado.

Merrt lo miró y se limitó a asentir.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Merrt se encogió de hombros.

—En el campo de tiro… —empezó a decir.

—Ya hemos hablado de eso —lo interrumpió Merrt con rapidez.

—No, no —insistió Dalin—. No se trata de eso. Me refiero a tus marcas. Logras una media de… ¿cuánto? ¿Sesenta, sesenta y dos?

—Sí.

—Nunca pareces satisfecho con esas marcas.

—¿Cuál es tu marca media, chaval?

—Setenta y uno, más o menos.

—¿Estás sa… sa… satisfecho con eso?

—Sí, Feth. Claro que sí.

Merrt dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes cuánto solía conseguir yo? De media, me refiero.

—No.

—Noventa y siete —le informó Merrt—. Noventa y siete, y sin demasiados problemas. Era algo natural en mí. La marca máxima fue noventa y nueve en tres ocasiones.

Una marca sostenida de noventa y cuatro permitía a cualquier soldado llevar la insignia de tirador. Dalin conocía a especialistas como Raess, Banda y Nessa Bourah, incluso al propio Larks, que estaban satisfechos de una marca media de noventa y cinco.

—Ahora no logro más que una de mierda, una de sesenta y una. ¿Cr… cre… crees que me siento satisfecho?



13

Tona se despertó con tal desazón que arañó con las manos la pared de rejilla haciéndola resonar. Se oyeron unas cuantas quejas apagadas procedentes de los camastros cercanos.

Reinaba la oscuridad, y el aire estaba cargado con el denso olor corporal del ciclo nocturno. Caff estaba dormido. Salió al pasillo que unía el grupo de alojamientos. El interior del barracón estaba en penumbra, iluminado tan sólo por las luces del techo de aquella cubierta, pero las principales ya se estaban precalentando. El ciclo diurno no tardaría en llegar.

Se miró las manos. Tenían un aspecto pálido bajo la débil luz azulada, así que no fue capaz de ver si temblaban, pero sabía que lo estaban haciendo.

• • • • •

Caminó por el pasillo que llevaba hasta los aposentos de Gaunt y oyó el sonido de dos hojas metálicas al chocar de forma repetida entre sí. Desenvainó el cuchillo de combate y avanzó con cautela.

Ezrah apareció salido de la nada, de entre las sombras, y le hizo un gesto negativo con la cabeza, así que Tona volvió a guardar el cuchillo.

Al final del pasillo, en un pequeño espacio abierto delante de la escotilla que daba a la estancia privada de Gaunt, dos hombres libraban un duelo iluminados tan sólo por unas lámparas.

Gaunt y Hark, ambos vestidos sólo con un pantalón y una camiseta, se enfrentaban blandiendo sables. El esfuerzo de aquella sesión de esgrima era intenso, y por el sudor que los cubría, era evidente que ya llevaban un rato.

Rawne, de pie y con los brazos cruzados, pero apoyado en una de las tuberías, los estaba observando.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Criid.

Rawne la miró un momento.

—Se están entrenando. Lo llevan haciendo justo antes del comienzo del ciclo

diurno desde hace semanas.

—¿Por qué?

Rawne se encogió de hombros.

—Para practicar. Hark dijo algo de mejorar su habilidad con el sable.

—¿Y lo ha conseguido?

—Bueno, digamos que si quisiera acabar con él, elegiría una pistola —le contestó Rawne.

Tona también se quedó contemplando a los dos oponentes. Gaunt siempre había poseído una excelente habilidad a la hora de manejar la espada, y ella estaba convencida de que no había visto a nadie mejor a lo largo de los años anteriores. Sin embargo, Hark, al que siempre había considerado un individuo lento y algo torpe, estaba consiguiendo defenderse de un modo bastante decente.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó a Rawne.

—Sólo estoy contemplando el espectáculo. Nunca se sabe. Quizá se resbale y lo mate.

—¿De quién estás hablando exactamente? —quiso saber Tona.

Rawne le sonrió.

—No me importa.

Gaunt y Hark interrumpieron el enfrentamiento y se saludaron con las armas.

—Tenemos público —comentó Gaunt.

Hark asintió y tomó un sorbo de agua de una botella situada sobre una mesa cercana.

—Se comenta que están a punto de enviarse las órdenes de desembarco —le dijo Rawne a Gaunt—. Sólo he venido a decírtelo.

Gaunt asintió.

—¿Necesitas algo, Criid? —le preguntó a Tona.

—Se trata de un asunto privado.

—Dame un momento —le dijo Gaunt mientras envainaba la espada. Luego bebió un trago de agua.

—Rawne me ha comentado que quiere mejorar su habilidad con la espada —le dijo Criid a Hark.

—El comisario coronel ha sido tan amable de recordarme la importancia de una práctica continua, sargento —le respondió Hark—. Es un pequeño antídoto frente a la autocomplacencia. Ha sido lo bastante generoso como para ofrecerme un poco de instrucción.

Criid asintió, y en ese momento Gaunt le indicó con un gesto que lo siguiera. Hark se puso a hablar con Rawne.

—¿Qué ocurre, Tona? —le preguntó Gaunt.

—Me siento como una tonta por decir esto, pero…

—Tú dilo.

—He soñado que moría.

—¿Qué yo moría?

—Sí.

—¿Estás segura de que era yo?

Criid dudó por un momento.

—Creo que sí. Para mí era muy importante.

—¿Y me cuentas todo esto por el sueño que tuviste en Gereon?

—Sí, señor. Soñé con Wilder, y se cumplió. Me pregunto si será algo que tiene que ver con Gereon.

—Gracias, Tona. Aprecio el esfuerzo que has hecho por contarlo, porque es algo difícil de confesar. Pero te diré una cosa: Gereon no me mató la primera vez, y no voy a darle una segunda oportunidad.

Criid asintió, sonrió de un modo forzado y se dio cuenta de que Gaunt estaba mirando por encima del hombro hacia alguien que había a su espalda. Beltayn acababa de llegar.

—¿Sí, Bel?

—Ha llegado ahora mismo, señor —le dijo al mismo tiempo que saludaba, luego le entregó un sobre a Gaunt. Éste lo abrió y sacó una delgada hoja de papel del interior.

—Es lo que estábamos esperando —les comunicó—. Efectuaremos la traslación dentro de diez horas, y para entonces la nave ya se habrá reunido con otras en una zona de asalto asignada. Todas las unidades deben estar preparadas para el combate y listas para el desembarco.

—Me pondré a ello —dijo Rawne.

—Voy contigo —se apuntó Hark saliendo en pos de él.

—¿Eso es todo? —le preguntó Criid.

—¿Cómo?

—Dudó por un momento cuando leyó las órdenes, señor —comentó Criid—. ¿Había algo más?

—No, tan sólo una lista con los detalles de la disposición. Nada de qué preocuparse.



14

Los niveles y subniveles del puente de mando eran prácticamente los únicos lugares a bordo de la inmensa nave espacial donde se podía echar un vistazo al exterior. La mayoría de los ocupantes del transporte pasaban los largos viajes apiñados a ciegas, en una cubierta tras otra, detrás del casco blindado, como semillas en una lata. Sin embargo, las cubiertas del puente de mando estaban repletas de ventanales y escotillas.

La nave había entrado en una suave desaceleración desde que había efectuado la traslación al espacio real desde el espacio disforme. Los cierres blindados que habían protegido aquellas aberturas en el casco se retiraron como párpados de unos ojos soñolientos.

Una extraña luz plateada procedente del vacío exterior iluminó el lugar. Aquella luz contrastó con el brillo cálido de las consolas de instrumentos y las lámparas de la cubierta. Gaunt, que estaba esperando con la gorra debajo del brazo, cruzó la estancia y echó un vistazo por la escotilla más cercana.

Siempre se olvidaba de cómo era en realidad la increíble oscuridad del espacio. Pensaba en él como en una negrura sólida, consistente, llena de sustancia, y así se la imaginaba en la mente, pero después, cuando la veía de nuevo, siempre se sentía sorprendido. Era una negrura que no se parecía a ninguna otra, que no admitía formas ni variaciones, nada más que una profundidad imposible. La luz de las estrellas y de los demás objetos que flotaban simplemente destacaba contra ella; puntos diminutos y contenidos. La propia luz de las estrellas recorría el trasfondo negro como agua que bajara por una pared.

Cerca de ellos se veía una estrella, un cono de humo plateado que destellaba como una linterna a pesar del metro de grosor que tenía la escotilla. Gaunt notó el leve impulso de los reactores cuando la nave viró hacia ella.

Allí era el punto de reunión. Avanzaban en una formación silenciosa con el resto de las naves, todas fuertemente iluminadas en el lado donde les daban los rayos de la estrella y recortadas con nitidez por el otro. En algunas de ellas, la popa relucía por el brillo rojizo de los motores.

Muchas de aquellas naves semejantes a catedrales eran inmensas, enormes como la nave que los había transportado a ellos, aunque otras eran de mayor tamaño

todavía. Había naves factoría, cargueros de suministro del Munitorum y naves de transporte general. Los grandes y antiguos cruceros, acompañados por las fragatas, se encontraban al otro lado, con un aspecto semejante al de gigantescas espadas fortificadas. En algunos lugares, las naves cisterna y de transporte iban amarradas entre sí formando largas filas, por lo que tenían la apariencia de las largas ristras de huevos de algunas criaturas marinas. Multitud de naves de menor tamaño, remolcadores, pinazas, gabarras, esquifes y lanzaderas, volaban entre las grandes astronaves capaces de cruzar el espacio disforme. Algunas veces se las distinguía como puntos brillantes de luz bajo los rayos de la estrella local, y en otros, no eran más que leves trazos resplandecientes de gases de combustión destacados en la sombra de algún casco de tamaño gigantesco.

Gaunt comenzó a contar las naves, pero perdió la cuenta al llegar a setenta y tres. El resplandor del sol y la profunda oscuridad del límite de las sombras hacían difícil diferenciar las distintas formas. Sin embargo, era toda una flota. Una flota reunida para una invasión a gran escala.

Gaunt se preguntó en cuál de aquellos gigantes se encontraría Van Voytz.

—¿Señor?

Gaunt se apartó de la escotilla y descubrió que había un alférez de cubierta esperándole. El oficial, un subordinado del Magíster de Comunicaciones de la nave, le ofreció a Gaunt una hoja doblada y esperó con educación a que la leyera. Gaunt arrugó la hoja e hizo una bola con ella.

—¿Quiere que comunique alguna respuesta, señor? —le preguntó el alférez.

—No. Reenvíe la petición original.

—Con el debido respeto, señor, es la tercera vez que se le deniega la petición —comentó el oficial con voz algo dubitativa.

Gaunt era muy consciente de las otras dos bolas de papel que tenía metidas en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Lo sé, pero inténtelo de nuevo, por favor.

El oficial dudó.

—El Magíster de Comunicaciones nos ha hecho saber que no permitirá que ningún canal quede congestionado por mensajes durante la fase de maniobra.

—Un último intento, por favor.

Gaunt esperó veinte minutos a que regresara el oficial. Durante ese rato oyó una serie de fuertes estampidos sordos y de grandes vibraciones provocados por las maniobras del transporte, que finalmente se detuvo al lado de otra enorme nave ocultando cualquier panorámica desde la escotilla. El ruido de diversos motores al apagarse y del largado de cables empezó a resonar procedente de las cubiertas inferiores, junto al alarido ocasional de alguna sirena de alarma.

El alférez reapareció al trote subiendo por la amplia escalerilla de hierro que daba al compartimento de comunicaciones. El murmullo de la tripulación de la cubierta mientras realizaba las comprobaciones posteriores al amarre de la nave llenaron el

ambiente en la subcubierta. El oficial le entregó una nueva hoja a Gaunt, pero su mirada le indicó lo que debía esperarse del contenido de la misma.

—Muy bien —le dijo Gaunt con un suspiro antes de leer de nuevo el mensaje de respuesta, también repetido: «Por orden de la división de mando del comandante general, petición denegada».

—Señor, ¿se llama usted Gaunt? —le preguntó el alférez.

—Sí. ¿Por qué?

—Han enviado un mensaje separado para usted. —El oficial consultó una placa de datos que llevaba en la mano—. Un grupo se encuentra en camino para reunirse con usted. Le solicitan que los espere en la compuerta exterior número siete.

• • • • •

Era la primera vez que veía a la comisaria general Balshin desde la campaña de Ancreon Sextus. La comisaria se quedó de pie sobre la rampa extendida durante unos momentos, hasta que lo vio. Entonces se dirigió con paso apresurado hacia él. Dos individuos vestidos con el uniforme oscuro del Comisariado la flanqueaban.

El ambiente de la compuerta exterior era frío y apestaba a humo y a gases de intercambio. El vapor emitido por las sujeciones neumáticas colgaba en el aire como niebla, que se removía de vez en cuando empujada por los chorros que salían de los conductos de ventilación.

Gaunt la saludó con una inclinación de cabeza y después hizo el signo del aquila sobre el pecho.

—Mi señora comisaria general.

—Gaunt —lo saludó ella con un seco gesto de asentimiento. El pálido rostro de la comisaria era de rasgos duros, como si estuviera tallado en mármol blanco, y su delgada boca no emitía sensación alguna de calidez humana. El ojo derecho, de color violeta y expresión brillante, desentonaba por completo con el implante ocular que le habían colocado en la cuenca del ojo izquierdo.

—No esperaba que mis protestas provocaran la visita personal de un cargo tan importante como usted —dijo Gaunt.

—¿Protestas? —preguntó ella.

—Sí, respecto a la activación de las reservas.

Balshin frunció el entrecejo.

—No sé nada de esos asuntos, Gaunt. Ese no es el motivo que me ha traído aquí.

—Ah —murmuró Gaunt. Era lo que se temía.

—He venido a informarle, Gaunt, y a impartirle una serie de órdenes específicas. El objetivo de la flota es…

—… es Gereon.

Balshin sonrió levemente en un gesto burlón.

—Por supuesto. Era de esperar que lo hubiese deducido.

—Comisaria general, si no hubiera estado seguro ya a estas alturas, su visita habría sido toda la confirmación que necesitaba. Sin duda, vendrá a asignar un objetivo especial a los Fantasmas. ¿No es así?

—Así es.

—¿Debido a sus habilidades especiales y al conocimiento que poseo sobre el mundo objetivo en cuestión?

—Un conocimiento extremadamente valioso, Gaunt.

—Me halaga.

—Le aseguro que no es mi intención, Gaunt. Comisario, dispone de una ocasión única para realizar un gran servicio a la causa del Dios Emperador.

—Que nos protege a todos —murmuró uno de los comisarios que estaba al lado de Balshin.

Gaunt lo miró y lo reconoció: se trataba del eficiente pero presuntuoso lacayo de Balshin, el comisario Faragut.

—Que nos protege a todos, sin duda —le respondió Gaunt.

—Tenemos una oportunidad, Gaunt —siguió diciendo Balshin—. Una oportunidad de dar un enorme paso adelante. Y no permitiré que se desperdicie. Llevamos meses planeándolo todo, Gaunt. Creo que ha llegado el momento de que lo pongamos al día. —Miró a su alrededor, al espacio abierto de la compuerta exterior—. ¿Hay algún lugar más discreto donde podamos hablar?

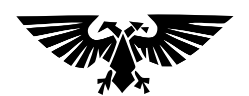
Gaunt asintió.

—Si me acompañan…

Balshin miró hacia atrás por encima del hombro.

—¡Vamos! —gritó hacia la escotilla lateral de su nave, todavía abierta. Una figura salió de la nave y se dirigió hacia ellos atravesando la niebla, cada vez menos densa.

Era Sabbatine Cirk.



15

Los Fantasmas se alinearon con todo el equipo de combate, organizados en compañías. Mientras se acercaba para inspeccionar al regimiento, colocándose la gorra primero por la visera, en su gesto habitual, Gaunt oyó a Rawne y a Hark dando gritos para que las filas exteriores se alinearan bien, pero sabía que daban esas órdenes simplemente por costumbre. De fondo se oía también el zumbido de los montacargas y la música de tambores y pífanos de la banda que tocaba en los cercanos barracones del regimiento de Kolstec.

Gaunt se detuvo delante del regimiento, respondió al saludo de Rawne y se dio la vuelta para quedar encarado con las tropas. Carraspeó.

—Hemos recorrido el camino —anunció—. Ahora, la gloria no está más que a un paso.

Se oyó un fuerte murmullo de aprobación. Algunos de los Fantasmas incluso dieron palmadas contra las culatas de los rifles. Gaunt alzó una mano para pedir silencio.

—Dentro de dos horas y cincuenta minutos subiremos a bordo de las naves de desembarco para iniciar el descenso. Este descenso durará cinco horas. El desembarco se producirá en una zona peligrosa. Debéis esperar una fuerte resistencia desde el mismo momento que desembarquéis. Manteneos en los grupos de vuestras respectivas compañías para recibir la información y las órdenes específicas.

Recorrió las filas con la mirada. Todos se mantenían firmes, nadie mostraba señal alguna de titubeo.

—El planeta objetivo será Gereon —dijo en voz bien alta—. Os dije que algún día os lo enseñaría. Nuestro objetivo concreto será la ciudad mercantil de Cantable. No os diré lo que espero de todos vosotros porque ya lo sabéis. —Se calló un momento—. Soldados del Imperio —gritó, alterando así de forma consciente una frase que siempre había comenzado con un «hombres de Tanith»—, ¿queréis vivir para siempre?

El regimiento al completo lanzó un tremendo rugido de aprobación. Gaunt asintió e hizo el signo del aquila.

—¡El Emperador protege! —gritó—. ¡Rompan filas!

Las hileras de soldados se disolvieron para reorganizarse en los pelotones de

compañía y conocer las órdenes concretas. Gaunt vio que algunos de los jefes de sección, Obel, Domor, Meryn, Varaine, Daur y Kolosim, reunían a sus grupos de mando y abrían los portadocumentos donde llevaban los mapas.

Dorden se acercó hasta él llevando al hombro la mochila llena de material médico.

—Doctor.

—¿Podrías hablar con él, por favor? —le pidió Dorden al mismo tiempo que le señalaba con un gesto al ayatani Zweil.

El anciano sacerdote, vestido con toda la pompa, estaba de rodillas atándose los cordones de un par de botas de guardia imperial de un número superior al suyo que evidentemente le habían prestado. A su derecha, en el suelo, había un báculo rematado por un águila en un extremo, y a la izquierda tenía un incensario dorado con la cadena extendida por el suelo.

Gaunt lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Padre… —empezó a decir.

—Métetelo por el culo —lo cortó Zweil.

—¿Cómo dice?

Zweil acabó de atarse los cordones de las botas y se puso en pie apoyando su cuerpo huesudo en el báculo. Sacudió los bordes de la túnica azul que llevaba puesta para taparse las deformadas rodillas y los esqueléticos tobillos.

—Tu consejo, Gaunt. Que te lo metas por el culo.

—Eso es muy ecuménico por su parte, padre. ¿Qué era lo que le iba a aconsejar?

—Exactamente lo mismo que Dorden, por supuesto. Que debo impartir una bendición a las tropas y hacer todo mi ritual de gestos santos antes de deciros adiós y quedarme aquí.

—Y no es eso lo que quiere hacer, claro.

Zweil frunció los labios y se dio unos suaves tirones de la larga barba blanca.

—Ni quiero hacerlo ni voy a hacerlo. Dorden dice que soy demasiado viejo. Dice que «médicamente» soy demasiado viejo, como si eso fuera un tipo completamente distinto de demasiado viejo. ¡Estoy tan en forma como un grox de Tembarong! ¡Estoy tan en forma como cualquier tipo con la mitad de mis años!

—Incluso así —comentó Dorden reuniéndose con ellos—. Cualquier tipo con la mitad de tus años necesitaría que le triturasen la comida para poder tragársela.

—Cierra esa bocaza, matasanos —le contestó Zweil. Luego dio un fuerte pisotón al suelo—. Me voy con vosotros, y eso es lo que hay, os guste o no. Me voy con vosotros a atender las necesidades del regimiento.

—Padre… —empezó a decir de nuevo Gaunt.

—Me he puesto botas, si eso es lo que te preocupaba —le dijo Zweil alzándose el borde de la túnica para que las viera.

—No es lo que me preocupa —le aclaró Gaunt.

—Me voy con vosotros —le insistió Zweil al comisario hablando con los dientes apretados al mismo tiempo que lo agarraba por la manga con una mano más parecida

a una garra—. Ese sitio hacia el que nos dirigimos, ese pobre lugar…, lleva siendo impío desde hace demasiado tiempo. Quizá ya es imposible que alcance la redención, pero tengo que intentarlo. A mí me parece que necesita más un sacerdote como yo que un soldado como tú, Ibram, pero acepto que existen asuntos que sólo se pueden resolver con las armas.

Gaunt le sostuvo la mirada durante unos cuantos segundos más, y después miró a Dorden.

—El ayatani Zweil vendrá con nosotros.

Dorden alzó las manos y puso los ojos en blanco mirando al cielo.

• • • • •

—¿Señor?

Hark se había unido al grupo. Criid y Caffran estaban con él. Ambos mostraban una expresión dolida en la mirada. Gaunt inspiró profundamente. Se había estado temiendo aquel momento.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Hark.

—Por supuesto. Sigue con tus tareas, doctor. Usted también, padre.

Gaunt se llevó a Caffran y a Criid lejos de la zona de reunión.

—¿Es cierto? —le preguntó Criid.

—¿Te refieres a lo de la activación de las reservas? —quiso saber Gaunt—. Sí, me temo que es cierto.

—¿Podemos hacer algo? —inquirió Caffran.

Gaunt hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo mismo he intentado arreglarlo, pero no he conseguido absolutamente nada.

—No es justo —exclamó Criid. Gaunt jamás la había visto tan irritada.

—No, no lo es, pero la activación de las reservas es una práctica militar habitual. Es una de las tácticas que suele utilizar el señor de la guerra cuando hacen falta tropas, y el Trono sabe que aquí serán necesarias. Tanto el Departamento Tacticae como el Comisariado lo han aprobado. Seguiré intentándolo hasta que realicemos el desembarco, incluso después, si es posible y necesario, pero debéis aceptar desde ahora mismo que la Guardia Imperial es un mecanismo inmenso y apabullante que pasa por encima de cualquier objeción o petición personal sin ni siquiera notarlas. Le encantan los asuntos expeditivos y los efectos en masa, y odia las excepciones. Lo que quiero deciros es que quizá no seré capaz de hacer que cambie esa decisión.

—No es justo —repitió Criid.

—Debería haber sido un Fantasma —añadió Caffran.

—Sí, debería haberlo sido —le contestó Gaunt mostrándose de acuerdo.



16

Le daba la impresión de que lo habían golpeado en algún punto entre la cabeza y el estómago con el borde plano de *Saroo*. Estaba aturdido, casi atontado. Sentía que le ardían los ojos. Miró a su alrededor y vio la misma sorpresa y expresión de dolor en la cara de los demás.

Era extraño. Hasta ese momento había estado seguro de que aquél sería el día más feliz de su vida. Acabaría la instrucción básica, se convertiría en un guardia imperial, tomaría posesión de su propio rifle, que le entregarían en la armería junto a la insignia de soldado, al aquila, a los emblemas que debería coser al uniforme…

… y se convertiría en un Fantasma.

Le parecía que el rifle no era más que un peso muerto que llevaba en las manos. No notó sensación alguna de orgullo por empuñarlo.

—¿Qué es lo que va a ser de nosotros, Santurrón? —le preguntó Cajón.

Wash y algunos de los demás no dejaban de expresar en voz bien alta su incredulidad. Al menos, los aspirantes como Dalin esperaban, y deseaban, pasar a cumplir servicio activo después del RIP. Wash y los que eran como él habían hecho todo lo posible por esquivar la activación durante otro ciclo. Pasar a la reserva activa era un desastre para ellos.

Un comisario de rostro ceñudo y edad madura llamado Sobile había llegado para darles la noticia precisamente antes de que les entregaran el equipo y las armas. Se colocó frente a ellos bajo las luces del Sótano y se tomó su tiempo, con mucha tranquilidad, para abrir el mensaje.

—Por la presente orden, dada el día 777.M41, y ante la necesidad imperativa de más tropas en la próxima campaña, el Alto Mando ha decidido la activación de todas las unidades de reserva, incluidos los destacamentos de castigo. Por ello, deberán mantener sus actuales formaciones y se les asignarán objetivos, además de ser desplegadas como unidades de combate regulares. Ninguno de los individuos que actualmente se encuentra en situación de reserva, ya sea por castigo, por adoctrinamiento o por reentrenamiento se reunirá o se unirá a otra unidad táctica. Además, por la presente, este destacamento en concreto recibirá el nombre de Táctica Activada 137, es decir, TA 137. Pronto recibirán más órdenes detalladas. Que el Dios Emperador les proteja. Eso es todo.

• • • • •

—¿Gol?

Gol Kolea ni siquiera levantó la vista.

—¿Gol? Levanta el culo, que ha dejado de sonar la sirena.

Varl iba hacia él por uno de los pasillos que había entre las jaulas de alojamiento, ya vacías. Debajo de ellos, los Fantasmas se apresuraban a abandonar los barracones como agua saliendo de un depósito.

—¿Gol? Hark te arrancará las partes blandas si no te pones en movimiento.

Los dos tenían las mochilas a la espalda, con todo el equipo completo colgando de las cinchas del uniforme, incluidos los cascos, enganchados al cinturón. Ambos llevaban el rifle en la mano derecha.

—Ya voy —le contestó Kolea—. Es que iba a darle esto. Quería dárselo antes, pero hoy me parecía el día más apropiado.

Miró a Varl y le enseñó la mano izquierda. En la palma tenía una insignia de Tanith, con el brillo del metal adecuadamente apagado con hollín.

—Vámonos —le insistió Varl.

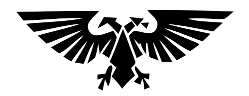
Kolea asintió. Se metió la insignia en un bolsillo del pecho.

—Tona ya me avisó —dijo—. Lo dejé para cuando ya era demasiado tarde.



SEGUNDA PARTE

Desembarco planetario



1

No esperaron a que amaneciera. No esperaron a que hubiera buen tiempo, o una marea favorable. No esperaron porque eran más fuertes que el tiempo y más poderosos que las mareas. Eran más luminosos que el amanecer.

El cielo que se extendía por encima de la larga costa occidental, sobre la línea de ciudades y pueblos costeros que habían sido unidos y amurallados hasta formar una prolongada posición fortificada a la que habían llamado K'ethdrac, o K'ethdrac'att Shet Magir, se volvió blanco. Era un blanco apagado, un blanco feroz, y aquella blancura se desplomó sobre los altos techos y los parapetos. Unas nubes calientes y secas surgieron rodando del mar y dejaron acumulada una niebla profunda en las partes inferiores de K'ethdrac, como si el propio océano se estuviera evaporando.

No soplaba viento alguno, y todo permanecía en silencio. Alrededor de los cañones de las posiciones armadas que miraban al cielo y que se extendían a lo largo de la fortaleza de setenta kilómetros de longitud se enroscó como una hiedra blanca una descarga continuada de energía estática.

Se abrió una puerta hacia el oeste, por encima del océano, y una fría corriente de aire se coló hacia el interior. En pocos segundos, la brisa se transformó en una galerna, en un chorro de aire aullante que se dirigía hacia el este y que azotó las murallas de la ciudad fortaleza, provocando que los soldados salieran despedidos por encima de las almenas, que los árboles de la costa quedaran tumbados y que el mar se alzase, una ola de cresta blanca sobre otra, antes de estrellarse contra la base de rococemento de K'ethdrac.

Mientras el tremendo viento se abatía sobre la costa, la tierra se estremeció, como si alguien hubiera dejado caer allí cerca un tremendo peso de hierro, y se produjo un estampido, el ruido más fuerte que jamás persona alguna hubiera oído sin haber muerto por su causa. Era el sonido de la atmósfera al ceder espacio cuando miles de millones de toneladas de metal cayeron sobre ella como rocas en un estanque.

Menos de un minuto después, los primeros disparos alcanzaron K'ethdrac'att Shet Magir. No fue un espectáculo glorioso. No se trataba de las románticas bolas de fuego que cualquiera veía pintadas en un fresco triunfal. No produjeron un halo de luz purificadora, ninguna clase de contraste que resaltara un heroico noble del Imperio.

Los primeros disparos fueron en realidad como chorros de vidrio fundido,

abrasadores y azules, que aparecieron y desaparecieron en un nanosegundo. La capa de nubes que atravesaron quedó herida y supurando luz. Allá donde cayeron, el suelo se vaporizó dejando cráteres de treinta metros de diámetro. Los baluartes, las torres blindadas, las gruesas barreras de piedra y de metal… Todo desapareció, y con ello, las baterías de armas y las dotaciones que se habían desplegado allí. No quedó nada aparte de cristal fundido, ceniza de lignito y unos profundos huecos en la roca a una temperatura tan elevada que resplandecían con un brillo rojizo. Cada disparo iba acompañado de una descompresión atmosférica brutal que absorbía los escombros como una explosión que se produjera hacia atrás en el tiempo.

Los disparos procedían de las baterías de cañones de las gigantescas naves de combate que flotaban sobre la troposfera. Los recargados cascos relucían con destellos dorados y broncíneos bajo la perlada luz del sol naciente. Las grandes proas de color carmesí cortaban la capa algodonosa de las nubes de gran altitud de un modo que recordaba a las antiguas flotas de galeras mencionadas en los mitos y leyendas. Aquella zona de altitud tan elevada era tan escasa en aire y tan tranquila que las gigantescas baterías disparaban los rayos de visible energía incandescente con apenas un chasquido casi inaudible.

Otras naves, las de transporte, se vaciaban en ese mismo cielo como si fueran reinas insectoides hinchadas que dieran a luz a millones de huevos. Su progenie cayó como una ventisca procedente de las perforadas nubes para después ser arrastrada por los vientos huracanados que llegaban procedentes del mar. Incontables naves de asalto aparecieron como bancos de peces de ojos apagados. Las nubes de cápsulas de desembarco volaron como grano esparcido por la mano de un sembrador.

Los defensores de K’ethdrac empezaron a disparar, aunque aquel esfuerzo no dio como resultado más que unos débiles alfilerazos de luz contra semejante diluvio. Unos momentos más tarde, las armas pesadas parecieron comenzar a despertar y aparecieron grandes explosiones por encima de la costa. Por fin, el cielo se llenó de poderosas llamas anaranjadas que se retorcieron sobre sí mismas por las monstruosas galernas. Las columnas de humo se alzaron por el aire con un aspecto semejante a un millar de huellas de dedos sucios.

Para los ocupantes de K’ethdrac, ésta siempre había tenido una posición horizontal: los largos parapetos y las murallas que se extendían a lo largo de kilómetros, retorciéndose y adaptándose a las curvas de la costa. Al otro lado se encontraba la lisura del barro acarreado por la marea, las penínsulas de marismas y de hierbas acariciadas por el viento y la superficie ondulante del mar de color verdoso. Era un lugar de amplias vistas y paisajes, de grandes extensiones.

Aquello cambió en tan sólo cinco minutos. Todo se convirtió en vertical, donde esa verticalidad fue destacada de un modo enfático desde el cielo por los rayos y descargas de energía cegadora que salían de las nubes. Esa capa de nubes se convirtió en un techo elevado y majestuoso sostenido por columnas de fuego. Los núcleos fortificados de K’ethdrac quedaron reducidos a unas siluetas apenas discernibles en el

fondo del planeta cuando el cielo se iluminó de aquella forma tan intensa, con un aspecto semejante a la visión de un ascenso hacia un paraíso o las impresionantes escaleras que llevaban a los pies del Trono Dorado.

Unos tremendos rayos de luz, tan blancos y tan puros que parecían poseer la cualidad de la santidad, bajaron relucientes de una invisible cabeza divina situada por encima de los cielos y cubrieron las nubes de una capa dorada además de convertir el humo en seda gris.

Una tormenta de naves de asalto almenadas cayó sobre las ardientes líneas de K'ethdrac. Descendieron con un rugido zumbante muy similar al de las plagas de insectos devoradores de cosechas y se dispersaron como un proyectil de postas. Unos intensos garabatos de luz y varios estallidos de color iluminaron los setenta kilómetros de muralla en un intento de repeler el ataque. Las ráfagas de proyectiles trazadores recorrieron el aire dibujando estelas como collares luminosos. Unos cuantos cohetes cubiertos de ceniza salieron disparados dejando tras de sí gruesos chorros de fuego y restos de hollín caliente. Los cañones giratorios tamborilearon y retumbaron como pistones y convirtieron el cielo en una manchada piel de leopardo por las nubéculas de humo negro de los proyectiles antiaéreos.

Las portillas de armas de la tremenda muralla de la fortaleza rezumaban como heridas infectadas cada vez que los cañones de energía recargaban y después disparaban aquellas cintas de luz.

Las naves de desembarco estallaban y ardían en el aire. Algunas se derretían mientras caían, como copos de nieve sometidos de repente a la intensa luz del sol. Otras desaparecían con un estallido cegador que después acribillaba el muro con un repiqueteante granizo metálico. Algunas se estrellaban contra el mar después de dejar tras de sí una lastimera estela de humo, o chocaban como proyectiles trazadores contra las torres y las agujas arquitectónicas de K'ethdrac. Una de aquellas grandes torres, situada en el extremo sur de la inmensa ciudad, casi se derrumbó tras una de aquellas colisiones. De ella no quedó nada más que una parte, que permaneció sobresaliendo por encima de la nube de polvo como un dedo de piedra o un gigantesco fémur clavado en la tierra.

Algunas de las naves consiguieron llegar intactas al suelo.

2

Dalin Criid no llegó a ver nada de aquello.

Sufrió las tremendas turbulencias del descenso, que lo sacudieron como si fuera una semilla en el casco metálico de la nave de desembarco. Oyó el agudo aullido de los motores, que sonaban igual que unos espíritus que chillaran para ser liberados. Olió y degustó en el aire el miedo: sudor ácido, aliento rancio, bilis, mierda.

El miedo hacía que algunos lloraran como niños, y que otros se quedaran tan silenciosos como estatuas de mármol. El sacerdote de la compañía, un individuo flaco de rostro aplanado que se llamaba Pinzer, estaba recitando la Decimosexta Plegaria, la *Yo suplico*. Muchos de los soldados la recitaban en voz alta junto a él, algunos demasiado de prisa y con voz chillona, como si estuvieran nerviosos ante la posibilidad de no llegar al final del rezo antes de morir o temieran no acordarse de cómo era. Otros la rezaban como si creyeran en ella con toda su alma, pronunciando cada palabra con toda la intensidad de su espíritu. También había unos cuantos que la recitaban como una salmodia, una rima llena de superstición que se canturreaba para que trajera buena suerte. Pronunciaban las palabras sin mucho cuidado, de un modo que indicaba que en sí no tenían importancia, y que el acto de decirlas era lo único que contaba en realidad.

Por último, estaban los que murmuraban los versículos probablemente sin ni siquiera saber lo que estaban diciendo y que lo que procuraban eran anclar la mente a algo cercano para impedir que el pánico se apoderara de ella.

Criid vio la mirada perdida de Cajón, la misma que mostraba Hamir. Era una expresión que indicaba hasta qué punto habían perdido la esperanza y lo profundamente que se habían recluido en el interior de sus mentes para esconderse ante aquello que se avecinaba. Criid se dio cuenta de que a su alrededor había muchas miradas como aquéllas. Estaba seguro de que sus propios ojos debían mostrar una expresión muy parecida.

Las turbulencias eran increíblemente violentas. No había interrupción alguna entre las subidas, las bajadas y las sacudidas, ni descanso ante el aullido constante de los motores. En algunas de las convulsiones más feroces, algunos se echaban a gritar, ya que suponían que había llegado el repentino final que tanto estaban temiendo.

Los aullidos provocaban que Pinzer perdiera el hilo de los versículos. Tenía que

retroceder una y otra vez y recomenzar las frases. No parecía tener miedo. A diferencia de los reclutas de TA 137, él ya había pasado por aquella experiencia. Sin embargo, Criid captó el esfuerzo que le suponía no hacer muecas con la cara. Aquello no era fácil. No importaba las veces que lo hubieras hecho.

Las sacudidas y los estremecimientos se hicieron tan fuertes que Criid ya no fue capaz de soportarlo más. No había salida de aquello, no había forma de escapar, y se sintió tan desesperado que incluso pensó en abrir la compuerta de salida y saltar para que el rugiente viento lo arrastrara lejos.

Una voz clara seguía leyendo la Decimosexta Plegaria.

—Dios Emperador, en cuya gracia existo y en cuya luz prospero, te suplico que me otorgues la fuerza para aguantar en esta hora…

Se dio cuenta de que era su propia voz.

Sobile, el comisario, estaba sentado en silencio con los arneses de seguridad puestos mientras contemplaba las filas de soldados dispuestas al otro lado del compartimento. Daba la impresión de que estaba asistiendo a una cena especialmente aburrida.

Al lado del comisario estaba Kexie, el sargento Kexie en esos momentos. Escuchó con atención, algo por el intercomunicador y después tiró con fuerza de la cuerda de la campana de avisó. Kexie estaba al mando. El mayor Brundel, el comandante que les habían asignado, se encontraba en la otra nave de desembarco.

—¡Compañía, en pie! —gritó Kexie por encima del estruendo.

Zeedon, un soldado que estaba dos asientos más allá de Criid, se inclinó hacia adelante y vomitó un chorro de bilis entre las botas que manchó el suelo de acero.

—Agh, he dicho que os levantéis, no que larguéis —gritó Kexie.

Criid se soltó el arnés de seguridad y empuñó con fuerza el rifle láser.

Treinta segundos.

Vio que el comisario Sobile sacaba algo de una mochila y se lo colocaba en el regazo, listo para ser usado. Era algo que jamás le había visto a Gaunt, ni siquiera había oído que lo hubiera utilizado alguna vez.

Era un látigo.

3

Zeedon fue el primero en morir. Bueno, el primero que vio Criid. Cajón le dijo más tarde que un recluta de Kolstec llamado Fibrodder había caído mientras todavía estaban dentro de la nave de desembarco. Un trozo de metal al rojo blanco, probablemente procedente de otra nave de desembarco, atravesó el casco de la suya antes de que la compuerta de salida se abriera. El objeto, plano, afilado y que giraba sobre sí mismo, golpeó a Fibrodder en la parte posterior de la cabeza con un efecto similar al de una sierra circular, por lo que le abrió el cráneo a la altura de las orejas.

Los gritos y las arcadas de los soldados que rodeaban el cadáver de Fibrodder y que quedaron empapados con su sangre se perdieron por el horrísono estruendo del tremendo aterrizaje. El impacto fue tan brutal que a Criid le pareció que se le iban a separar los huesos de los tendones y que los dientes se le iban a salir de las encías. La mandíbula se le sacudió de tal manera que se mordió la lengua.

La boca se le llenó de sangre, pero el dolor lo mantuvo espabilado. Aquel pequeño dolor incómodo y molesto, impertinente, indignante. «¿No tengo bastante de lo que preocuparme que ahora voy y me muerdo la lengua?»

Kexie y los demás mandos intermedios no dejaban de tocar los silbatos. La atmósfera interior era asfixiante y se llenó de inmediato de un humo acre y amarillento en cuanto la compuerta de salida se abrió. Del exterior también llegó un brutal estruendo. En su mayoría lo provocaban las ráfagas incesantes de los disparos de los cañones automáticos que acribillaban el cielo.

Criid salió al aire frío del exterior y sintió gravilla bajo las botas; por fin un suelo sólido. La capa de humo era espesa y se extendía bastante. Siguió notando en los oídos los estampidos sónicos de la sobrepresión. Todos corrían con la cabeza agachada y las armas cruzadas sobre el pecho. Por doquier le llegaba un sonido en *stacatto* y el repiqueteo de los guijarros que rebotaban contra unas placas de metal cercanas.

«No son guijarros, no son guijarros…»

Criid no sabía si estaba corriendo en la dirección correcta o no. No sabía cómo era posible determinar la dirección correcta. El humo se había tragado tanto a Kexie como al sonido del silbato. Se encontraban en un lugar parecido a un cañón rocoso. A ambos lados se alzaban unas torres de piedra de color verde grisáceo.

Miró hacia atrás y vio la nave de desembarco, que yacía inmóvil como el cadáver

de un enorme animal. En los últimos segundos de vuelo había atravesado la parte superior de una muralla fortificada y había aterrizado en el patio que se abría detrás. Criid no sabía si aquello se consideraría un buen o un mal aterrizaje.

Se dio cuenta de que había muchas cosas que no sabía. Iba a tener que hacer una lista.

Escupió la sangre que había mantenido en la boca desde que se había mordido la lengua. Oyó la voz de Sobile, que estaba ordenando a gritos que se pusieran a cubierto.

Alzó la mirada.

Vio el cielo a través de un techo de humo en movimiento. Parecía estar ardiendo, abarrotado de grandes bolas de llamas de color amarillo y ámbar. Por lo que veía, estallaban proyectiles de todos los calibres. Había obuses, proyectiles trazadores, minas aéreas, cohetes. Todo parecía enloquecido, fruto del azar.

En el cielo eran visibles algunos puntos negros: otras naves, otras cápsulas. Dos naves de desembarco que volaban en perfecta formación pasaron de repente por encima de él y cruzaron la muralla fortificada para luego desaparecer al otro lado de las torres. El rugido de los motores le hizo daño en los oídos. Mucho más dolorosas fueron las salvas de disparos que comenzaron a surgir del extremo superior de las torres y que recorrieron el cielo en persecución de ambas naves.

El humo estaba salpicado de copos de hollín. Criid apartó los ojos del cielo y se esforzó por calcular cómo se estaban desplegando. Si se tenían en cuenta las muchas horas que habían pasado en el Sótano aprendiendo y practicando los rudimentos de la coherencia de unidad, se veía muy poco resultado al respecto.

El comisario Sobile apareció de repente entre el polvo, a unos cien metros de él. Señalaba con insistencia con una mano y hacía restallar el látigo con la otra. Un puñado de soldados pasó corriendo a su lado. Al parecer, por lo que Criid fue capaz de discernir, preferían meterse a ciegas entre el humo a quedarse cerca de aquel látigo.

Criid se dispuso a correr detrás de ellos. El grupo se dirigía hacia la base de una de las torres. En el mismo momento que se daba la vuelta, el aire se estremeció y otra nave de desembarco pasó aullando a baja altura por encima de él. Alzó la mirada de forma involuntaria.

La nave volaba a mucha menor altitud que las dos que había visto momentos antes. Criid distinguió con todo detalle la panza y el tren de aterrizaje. La nave llevaba envuelta en llamas la cola. La miró con una especie de fascinación enfermiza, ya que sabía con toda exactitud lo que estaba a punto de ocurrir y se daba cuenta de que no podía hacer nada por impedirlo.

La nave pasó rugiente por encima de él. Estaba a unos treinta metros de altura, pero a pesar de ello agachó la cabeza. El aparato se estrelló contra la pared de la torre más cercana, hacia la que él y los demás soldados habían echado a correr.

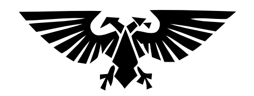
Se estampó contra ella con una fuerza aniquiladora. Un momento antes había la masa en movimiento de la nave de desembarco y la pared inmóvil de la torre verde

grisáceo. Un instante después, lo único que se veía era una gigantesca bola de fuego que no dejaba de expandirse, una llameante nube que devoró a la nave de desembarco como si se la estuviera tragando hacia el interior de la torre. Los escombros, enormes trozos de piedra; mortero y vigas reforzadas, salieron disparados hacia fuera, dejando tras de sí chorros de humo y fuego.

Los soldados que casi habían llegado a la base de la torre dieron media vuelta y huyeron a la carrera. Vio al que estaba más cerca de él con toda claridad. Era Zeedon. Todavía tenía la barbilla manchada de vómito. No dejaba de gritar «¡Atrás! ¡Atrás!».

Un torrente de trozos de mampostería y de secciones en llamas de la nave destrozada, incluido todo un montante de motor que seguía funcionando, se expandió por doquier. La avalancha alcanzó a los soldados en fuga y los envolvió en una oleada de polvo.

Zeedon estaba a unos diez metros de Criid y seguía corriendo hacia él cuando un bloque de piedra le aterrizó encima. Se trataba de un gran trozo de ouslita, de un tamaño mayor del que dos personas hubieran sido capaces de levantar. Uno de los lados seguía cubierto de yeso de color verde grisáceo. La piedra lo aplastó por completo y de un modo abrupto. Estaba allí un momento antes, y un instante después había desaparecido. Lo único que quedó fue un bloque de piedra, con una pierna de hombre sobresaliendo por un lado y otra por el lado contrario. La fuerza del impacto había enviado un potente y preciso chorro de sangre que saltó más de veinte metros. Por un momento dejó sobre el polvo un rastro de color rojo oscuro centelleante, como si estuviera compuesto de piedras preciosas, antes de que una nueva capa de polvo se depositara sobre las gotas rojas hasta taparlas del todo.



4

Más allá de las torres, aquel sector concreto de la fortaleza llamada K'ethdrac'att Shet Magir era un paisaje repleto de escombros y de llamas, Kexie y Sobile reagruparon a las escuadras y lograron reunirse con parte de la compañía que transportaba la segunda nave de desembarco del TA 137, que había aterrizado en el interior del perímetro de la muralla. No se sabía nada del paradero del mayor Brundel.

Ya se encontraban más cerca de algunos de los emplazamientos de cañones de mayor tamaño, por lo que se vieron sometidos a los efectos secundarios de sus disparos.

Los emplazamientos, sobre todo las armas antiaéreas y las de alcance orbital, disparaban al mayor ritmo posible. El centelleo de las descargas iluminaba el cielo cercano, y el suelo se estremecía sin cesar. Era una sobrecarga para los sentidos. Era demasiado ruido para que lo toleraran los oídos, demasiado resplandor para que lo soportaran los ojos. No había voz humana capaz de hacerse oír en mitad de aquello. Criid se esforzó por encontrar un lugar donde ponerse a cubierto. En terreno abierto, el bombardeo era una experiencia sensorial tan opresiva como que a uno le colocaran una lámpara sobre cada ojo y la encendiesen y apagasen en rápida sucesión. Las descargas luminosas atravesaban los párpados incluso con los ojos cerrados y los iluminaban siguiendo el recorrido de los capilares sanguíneos.

Criid llegó hasta una zanja de desagüe de rococemento y medio saltó medio cayó dentro. Era un cauce que corría por el borde del patio y tenía el fondo seco y cubierto de cascotes. Pasó al lado del cuerpo de un guardia imperial que estaba acurrucado allí, como si estuviera durmiendo, pero ni siquiera el sueño más profundo relajaba tanto el cuerpo.

Al final de la zanja alcanzó a una escuadra que se encontraba bajo el mando de Ganiel, un hauberkano al que Kexie había nombrado cabo. Peñasco estaba entre los soldados de la escuadra. Cruzaron una explanada repleta de humo y llegaron a lo que Criid estaba seguro eran los depósitos de munición de dos de los rugientes emplazamientos. Kexie se unió a ellos en algún punto del recorrido y los obligó a seguir hasta un muro bajo para después ordenarles con un gesto que se pusieran a cubierto.

Al principio Criid no estaba muy seguro del motivo. Unos momentos después, vio

unas pequeñas nubes de polvo que se levantaban en la parte superior del muro y se dio cuenta de que los estaban acribillando con armas de pequeño calibre, pero que era imposible captar aquel ruido en mitad del bombardeo. Morritos, una chica kolstec que estaba en el RIP por discutir con un superior, tardó demasiado en agacharse. Salió despedida de espaldas y quedó tendida en el suelo, donde pataleó con fuerza durante unos cuantos segundos. Después, ambas extremidades se quedaron lacias.

Cuando los disparos se hicieron más esporádicos, Kexie les hizo saltar el muro. Se lo ordenó con un simple gesto y una expresión muy particular en el rostro. Era evidente por ambos gestos que resultaría más peligroso no hacerle caso que abandonar la cobertura y salir a la zona de disparo.

Criid echó a correr seguido de Peñasco, Ganiel y un nativo de Fortis apodado Ladrillero. Criid sintió el desplazamiento del aire que provocaron algunos proyectiles al pasarle cerca de la cara.

Llegaron hasta la cobertura que ofrecía una losa de rococemento volcada que un cohete había levantado del suelo de la explanada. Se pusieron a cubierto y comenzaron a disparar. De algún modo, era satisfactorio disparar por fin en respuesta. Eran sus primeros disparos en combate, aunque no podía ver contra qué disparaba.

Kexie se puso a cubierto detrás de un enorme motor destrozado que estaba a unos cinco metros de la losa. Casquillo, Trask y Orejotas se agazaparon a su lado. Otros tres no tuvieron tanta suerte. Avalancha cayó destrozado por varios disparos láser en cuanto abandonó su cobertura. El cuerpo casi desmembrado quedó tendido en el suelo con la chaqueta del uniforme ardiendo. Probable, un concienzudo nativo de Binar que junto a Criid y a Hamir había sido uno de los pocos candidatos de «I» en el RIP, había cubierto ya la mitad de la distancia que lo separaba de la cobertura cuando le acertaron en la rodilla y cayó de bruces en el suelo. Rodó sobre sí mismo agarrándose la rodilla destrozada, y le impactaron de lleno otra vez en la misma rodilla. El disparo pasó a través de la mano con la que se la estaba sujetando, por lo que perdió tres dedos.

Probable aulló de dolor. Bardene se detuvo en seco y se dio la vuelta para ayudarlo, y le mataron en el sitio de un disparo en la base del cráneo que lo dejó tendido boca abajo. Un segundo más tarde, un disparo de cañón acabó de golpe con el tormento de Probable.

Criid cambió el cargador del arma. El polvo de roca y el olor a fyceleno le hacían escocer los ojos. Una bocina a toda potencia resonó con un sonido largo y profundo, con un lamento parecido al de la sirena de una fábrica.

—Agh, mirad eso —gritó Kexie.

Criid se dio la vuelta para poder verlo. A su espalda, vio que los dioses máquina acababan de llegar.

5

Recortados contra un cielo cargado de llamas, los titanes llegaron a la orilla para arrasar K'ethdrac'att Shet Magir. Criid ya los había visto en otras ocasiones, en libros y en pictografías, incluso en algunos desfiles para celebrar victorias. Hubo un tiempo incluso en que albergó la ambición de convertirse en un princeps cuando fuera mayor, hasta que la aspiración a ser un honorable guardia imperial se impuso.

En esos momentos, no era capaz de recordar el motivo por el que había cambiado de opinión. Aunque sólo fuera por eso, lo cierto era que un princeps estaba en lo alto de una máquina tremendamente blindada, lo que era mucho más seguro.

Criid ya sabía que los titanes eran enormes. Lo que ocurría era que no estaba preparado en absoluto para la escala de su capacidad de destrucción. Se trataba del modo en que caminaban, demoliendo a su paso muros y paredes sin esfuerzo visible, y la manera en que sus extremidades, convertidas en armas, descargaban un final apocalíptico sobre sus objetivos, situados a mucha distancia de ellas.

Había dos que atacaban la muralla de la fortaleza a un kilómetro más o menos a la izquierda de donde se encontraba Criid, pero éste tenía la atención completamente fijada en el tercero, el más cercano a él, que estaba atravesando la muralla detrás de su posición.

Estaba pintado de un color caqui mate, y en los costados llevaba marcados unos grandes números de color blanco. Avanzaba con movimientos lentos y pesados, como si padeciera artritis, como un anciano obeso que se tambaleara detrás de sus nietos. El torso y la cabeza se bamboleaban hacia adelante y hacia atrás con suavidad sobre las caderas con cada paso que daba. Se oía el chirrido de los engranajes, el siseo de los grandes pistones hidráulicos, el crujido del metal. El cañón Vulcano, su brazo derecho, apuntaba con gesto lento y lanzaba andanadas de rápidos disparos aullantes para después ponerse de nuevo a apuntar y repetir el proceso. Criid distinguió unas diminutas luces bajo la frente, por encima de donde estarían las cejas, y le dio la impresión de que había captado el alma de aquella criatura, aunque sin duda tan sólo se trataría de la iluminación de la cabina de mando.

Estaba de su parte, pero a pesar de ello, lo aterrorizó, y aterrorizó a los camaradas que estaban a su alrededor. Era una máquina de guerra, y aquél era su hábitat natural. Criid tuvo la sensación de que no era asunto suyo estar cerca de ella. Para empezar,

¿cómo iba a saber que aquellos diminutos puntos que estaban a sus pies eran leales soldados del Imperio? ¿Cómo sería capaz de captar esa sutil diferencia si con cada paso que daba derribaba lienzos de muralla convertidos en cascadas de ladrillos o arrancaba campos enteros de alambre de espino como si no fuera más que hierba alta? Criid estaba convencido de que si él fuera un princeps, con un poder semejante, aplastaría todo lo que se encontrase en su camino y que después, si le echaban en cara haber aplastado a tropas amigas en su trayecto hacia el enemigo, respondería: «Pero hemos conseguido la victoria, y eso es lo que cuenta». Era ridículo pensar que un titán debiera preocuparse por detalles sobre lo que tenía bajo los pies. Se le soltaba, y después uno se quitaba de en medio.

Era evidente que el sargento había llegado a la misma opinión. Gritó con su mejor voz de mando y ordenó a las escuadras que se apartaran y que se dirigieran hacia la derecha. Los disparos de las armas de pequeño calibre seguían cayendo sobre ellos como una llovizna de verano, pero el titán que tenían a la espalda se movía, como la ola provocada por un maremoto. Otra pared de contención se derrumbó bajo sus tobillos y el aire se llenó con el estruendo de los bloques que caían al chocar unos contra otros. También se cargó con el mal olor fresco y seco del polvo de mampostería. El cañón Vulcano ululó de nuevo y acribilló el cielo por encima de ellos con relampagueantes jabalinas de luz; Criid notó que la piel se le erizaba y que los pelos se le ponían de punta cuando los cercanos disparos de energía cambiaron la ionización del aire.

Distinguió el olor a ozono, a aceite y a metal caliente. Las placas de acero chirriaron, secas y sin lubricar, cuando la máquina dio otro paso adelante. Una bocina resonó. La sirena como de fábrica era la voz de la máquina, su advertencia, pero no al enemigo, sino a los suyos: «Fuera de mi camino, voy a pasar. Fuera de mi camino, o moriréis».

Comenzaron a correr hacia la derecha, como les había ordenado Kexie. El sargento también estaba corriendo. Criid sintió de nuevo el soplido provocado por el paso de proyectiles cerca de la cara. Vio rayos láser pasar reluciendo. Un guijarro que había salido despedido lo golpeó en la pierna. Vio cómo un soldado que corría pocos pasos por delante de él giraba sobre sí mismo y caía al suelo. Criid entró de un salto en un cráter.

El suelo se estremeció con las pisadas del titán cuando pasó por allí. En el interior del cráter, con cada sacudida caían pequeñas rocas y la arena resbalaba formando desprendimientos en miniatura.

Un cuerpo le cayó encima. Era Peñasco. Se retorció y se esforzó por incorporarse, y se le cayó el rifle más de una vez en el proceso.

—¿Santurrón? —dijo al darse cuenta de sobre quién había caído.

Aquello le hizo echarse a reír, aunque Criid no fue capaz de oír sus risotadas por encima de la bocina del titán. Ja, ja, ja, decía la boca de Peñasco. Tenía un corte encima de un ojo y la mejilla izquierda cubierta de hollín. Criid le preguntó por señas

si estaba bien, pero Peñasco no le entendió. Caff le había enseñado cómo comunicarse mediante un lenguaje de signos. Era algo relativo al sigilo, algo de los Fantasmas.

Aquel recuerdo hizo que Criid torciera el gesto. No había nada heroico o emocionante en la situación en la que se encontraba, nada ni remotamente sensato o con un propósito. No era más que una lucha enloquecida y sin control, llena de miedo y de brutales imágenes de mutilación, todo sin un propósito claro. Había soñado con llevar la vida de un guardia imperial, quería llevar la vida de un guardia imperial, y eso era lo que estaba viviendo, sólo que era algo espantoso y demencial. Se sentía como si lo hubiesen engañado, como si Caff, su madre y todos los demás le hubiesen estado mintiendo a lo largo de todos aquellos años. Nadie querría algo como aquello. Nadie lo escogería.

Excepto, quizá, si estuviera pasando todo aquello como un Fantasma, en vez de como un miembro del destacamento de mierda TA 137. Entonces a lo mejor habría sentido la emoción, el heroísmo, la finalidad de la lucha.

—¿Qué hacemos ahora? —le gritó Peñasco con un tono de voz mitad gimoteante mitad sarcástico—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Nos podemos ir a casa ya? Ja, ja, ja!

Criid se asomó por el borde del cráter para echar un vistazo a los alrededores. Buscó con la mirada a Kexie o al comisario. A quién sí vio fue a Ganiel, que se encontraba en una zanja cercana junto a Cajón, Casquillo y Ladrillero. También distinguió un cuerpo, tendido sobre el rococemento en terreno abierto, medio tumbado de espaldas y empapando el suelo de sangre. ¿Quién sería? ¿Acaso importaba?

Criid no sabía hacia dónde dirigirse ni qué hacer al llegar a ese lugar. No era capaz de comprender que tuviera valor alguno para la Guardia Imperial llevarle tanto a él como a sus camaradas a aquel sitio.

—Te han pegado un tiro —le gritó Peñasco.

Criid miró hacia abajo y se dio cuenta de que la pantorrilla del pantalón estaba agujereada y manchada de sangre. Lo que le había golpeado en la pierna no había sido un guijarro. Le habían dado un tiro y ni siquiera se había dado cuenta.

El titán cruzó la explanada a unos cincuenta pasos de ellos. Su sombra, provocada por un depósito de combustible envuelto en llamas que se encontraba cerca de allí, pasó por encima de ellos. El suelo continuó temblando con cada paso que daba, y el aire no dejó de verse sacudido por la aullante bocina, el chirrido de las placas de metal y el tremendo chillido del cañón.

Criid fue girando la cabeza para no dejar de contemplarlo. La máquina de guerra atravesó los distintos patios interiores y dejó a un lado los depósitos de munición en su avance hacia los emplazamientos artilleros principales. De uno de los tobillos arrastraba, como si fuera una argolla, parte de una valla de alambre electrificado que soltaba una lluvia de chispas cada vez que daba un paso. Criid se quedó sorprendido al recordar de repente lo que realmente le recordaba el titán: el oso.

Varios años antes, con los seguidores civiles del regimiento en otro transporte iba

un oso bailarín, un úrsido negro de gran tamaño procedente de algún planeta perdido de la mano del Dios Emperador y que uno de los regimientos había adoptado como mascota. Estaba encadenado con una argolla en una de las patas traseras a un poste. El adiestrador lo pinchaba con una estaca afilada para que se alzara sobre las patas traseras y bailara al compás de las tonadas que sacaba de un silbato de metal. El oso se movía con bastante agilidad. Cuando se ponía en pie, alto y enorme, dejaba las patas delanteras pegadas al lado del cuerpo y se balanceaba hacia un lado y hacia otro de un modo que imitaba a una persona de un modo curioso. Sin embargo, no era un bípedo. En cuanto podía, dejaba de fingir que era humano y se dejaba caer sobre las cuatro patas para convertirse de nuevo en una bestia simple y salvaje.

Eso era lo que le recordaba el titán: a una bestia salvaje, a un carnívoro gigantesco al que le habían enseñado a rugir y caminar sobre dos patas, y que avanzaba de forma lenta e incómoda pero que ansiaba volver a adoptar su postura natural.

Peñasco le tiró de la manga.

—¿Qué quieres?

—¿Ves eso? —le dijo Peñasco señalando con un dedo.

Sobile había reaparecido: encabezaba un grupo de veinte miembros de la compañía que se movía entre los escombros todavía humeantes. También vio más tropas. Varias decenas de figuras con uniformes de color pardo que entraban en el conjunto fortificado a través del hueco que el titán había abierto en la muralla exterior.

Las decenas se convirtieron en centenares, los centenares en miles. Criid parpadeó sorprendido. Divisó entre el humo que se izaban estandartes de regimientos y oyó el sonido de las cornetas. Por el reborde dorado del estandarte se dio cuenta de que se trataba de los Regulares de Androman, el Sexto Regimiento. Era todo un batallón de la Guardia Imperial que surgía procedente de los desembarcos en la playa. La oleada de soldados se extendió por la explanada y avanzó siguiendo al titán como si fuera el reborde de una capa. Criid distinguió los destellos blancos y amarillos de los disparos de los rifles que apuntaban contra los fortines. Varios cohetes ascendieron dejando tras de sí erráticas estelas de humo.

—Arriba —le dijo Criid a Peñasco—. Arriba y en marcha.

6

Con la confianza recuperada por la compañía de tantos otros soldados, TA 137 avanzó. El comisario Sobile apenas tuvo que utilizar el látigo. Siguieron al bamboleante titán y salieron a un amplio campo de desfiles situado por debajo del entramado de emplazamientos artilleros.

Los cañones enemigos no habían dejado de disparar. A lo largo de la costa, extendiéndose por kilómetros en ambas direcciones, las defensas de K'ethdrac'att Shet Magir acribillaban el cielo matutino, machacando el aire con ondas expansivas y bolas de fuego. Una capa de vapor de fyceleno flotaba en el ambiente igual que una niebla marina.

A Criid le pareció que el cielo era la mayor víctima de todos. Estaba saturado de humo y de luz procedentes de los enormes incendios. Las grandes nubes negras y naranja con forma de champiñón ascendían por doquier. Al norte, los numerosos escuadrones de aeronaves de ataque sobrevolaban la zona en círculo, igual que si fueran bandadas de aves que se estuvieran reuniendo para emigrar.

Uno de los titanes que se encontraban más alejados, visible por encima de la línea de techos en llamas, sufrió el impacto directo del disparo de un arma superpesada. La parte central del torso y la cabeza desaparecieron convertidas en una enorme bola de fuego que ascendió retorciéndose sobre sí misma hasta que finalmente se separó del resto del titán y se convirtió en una corona de llamas que siguió subiendo hacia el cielo mientras se deshacía. La estructura había quedado desgarrada por la mitad, así que las placas del torso no aguantaron y las extremidades de armas pesadas, los brazos del titán, se desplomaron hacia el suelo y arrastraron con ellas las dos mitades del tronco superior. El resto de la máquina se mantuvo en pie, inmóvil, convertida en dos patas estacionarias y una pelvis de hierro negro a la que devoraban las llamas.

De las filas de soldados surgió un gran gemido de angustia ante aquello. Los Regulares de Androman se lanzaron a la carga contra los emplazamientos haciendo sonar los clarines y los tambores.

Criid quedó atrapado en aquella marea y fue arrastrado. Estaba rodeado de uniformes de color pardo y no vio ninguna otra silueta con las ropas en el tono gris apagado de su unidad.

—¡Sigue avanzando, chico! —le dijo uno de los soldados de Androman. Era un

individuo fornido de piel cetrina, tan velludo como el resto de sus camaradas. Le sonrió—. ¡Ánimo, muchacho! ¡El Emperador protege!

Criid no estaba tan seguro de ello. De lo que sí estaba bastante seguro era de que debía reunirse con su unidad. Miró a su alrededor en busca de sus camaradas, pero un pie se le enganchó en un cascote y cayó de bruces al suelo.

Los guardias imperiales pasaron a su lado lanzados a la carga. Algunos aullaban gritos de combate. Intentó ponerse en pie de nuevo, pero lo derribaron dos veces los soldados que pasaban. Algunos lo insultaron.

Empezaron otra vez los disparos enemigos, que cayeron como un diluvio sobre la fuerza imperial. El fuego procedía de los nidos y los fortines situados en el perímetro de los emplazamientos. El ánimo que había hecho avanzar a los soldados en masa desapareció por completo. La carga cesó y comenzó la retirada.

Criid consiguió por fin ponerse en pie y echó a correr. Una serie de granadas de mortero se estrellaron contra el rococemento y se transformaron en conos de fuego y gravilla. Los cuerpos de dos o tres soldados salieron despedidos por los aires y después cayeron con un estampido sordo parecido al de un saco lleno de piedras. Otros cayeron abatidos mientras todavía se estaban dando la vuelta, acribillados por los sibilantes proyectiles de cañón automático. Cada disparo siseaba durante una fracción de segundo antes de impactar y provocaba el ruido apagado y profundo del golpe que derribaba al soldado envuelto en una llovizna de sangre.

Criid vio al individuo grandote que le había hablado momentos antes. Estaba caminando en círculos, tambaleándose, jadeante, escupiendo la sangre que aspiraba por los agujeros que le habían quedado en el lugar de la nariz, desaparecida al igual que el labio superior y los dientes de arriba. El soldado pasó agitando los brazos y Criid no vio lo que le ocurrió después.

El muchacho recorrió a la carrera la explanada. Estaba sembrada de cuerpos. Los guardias imperiales de Androman se dirigían en masa hacia la izquierda para alejarse de la zona de tiro que se extendía bajo los emplazamientos. El titán siguió caminando sin hacer caso de la oleada de soldados que correteaban entre sus pies y de los disparos de mortero y de pequeño calibre que le rebotaban en el casco.

Algunos elementos del TA 137 se habían refugiado en una fosa de rococemento que llevaba hasta una pesada puerta de carga y descarga. La puerta en sí, de metal y con grandes remaches, estaba cerrada y se resistía a todos los intentos por abrirla.

Sobile vio a Criid, que se acercaba con otros que también habían quedado separados del grupo principal, y agitó el látigo en su dirección.

—¡Atentos a la unidad! ¡Manteneos juntos, idiotas inútiles! ¡Manteneos juntos y permaneced atentos! ¿Cómo vamos a conseguir cumplir los objetivos si no permanecemos unidos?

A Criid le dieron ganas de contestarle a gritos. Quiso preguntarle cómo se suponía que iban a conseguir sus objetivos si ni siquiera sabían cuáles eran. Quiso preguntarle si él, Sobile, tenía alguna idea de cuáles eran los malditos objetivos. Criid tenía una

larga lista de preguntas por hacer.

Uno de los jactanciosos latigazos que Sobile lanzaba por doquier le dio a Criid en el hombro derecho y de refilón en la mandíbula, lo que le hizo olvidar por completo todas las listas y las preguntas que tenía en la cabeza. El cuero retorcido le rasgó la chaqueta del uniforme y le hizo sangre en la clavícula. Le pareció que se le había dislocado la mandíbula.

—¡Ponte en pie! —le gritó Sobile, que no parecía muy interesado por el estado en que había quedado Criid. El dolor que éste sentía era tan agudo que apenas logró moverse. Los ojos se le llenaron de lágrimas con rapidez.

—¡Ponte en pie! —le volvió a gritar Sobile antes de darse la vuelta hacia los demás —. Os juro que despellejaré al próximo idiota que no permanezca atento. ¿Está claro?

Enrolló el látigo y se dio la vuelta hacia el sargento Kexie, que estaba rascándose un arañazo que tenía en la curtida mejilla. Los soldados estaban agrupados en la sombra que ofrecía la zanja, todos jadeantes e intentando recuperar el aliento. Algunos estaban sollozando.

—¿Sargento? —dijo Sobile.

—Dividíos por escuadras y avanzad por la explanada —ordenó Kexie señalando el trayecto con el rifle láser—. Atacaremos el emplazamiento más cercano, a ver si podemos asaltarlo y destruirlo.

—Las órdenes están claras, 137 —rugió Sobile—. ¡A vuestras posiciones!

La artillería, situada a un kilómetro de distancia aproximadamente, había empezado a retumbar de repente como si fuera la sección de tambores de una gigantesca banda de música. El horizonte se iluminó por la serie de palpitantes resplandores. Más allá de la zanja, las tropas de Androman se estaban reagrupando para efectuar otro intento de cruzar la explanada de desfiles.

Criid se puso en pie. Un reguero de sangre le salía del surco que el látigo le había abierto en la curva de la mandíbula, y el hombro le palpitaba por el dolor. Sentía cómo el músculo inflamado se le tensaba. Tenía dormidos los dedos de la mano derecha. Lo de colocarse en posición era una broma. De los doscientos cincuenta soldados que formaban la TA 137 no había más que cuarenta agazapados en aquella zanja húmeda. Criid no sabía si eso significaba que los restantes habían muerto o simplemente estaban como ellos, perdidos y desorientados. Aquel grupo de la TA 137 parecía ser la sección principal, aunque sólo fuese porque en ella estaban el sargento y el comisario.

Apenas quedaban vestigios de la organización de las escuadras o pelotones originarios, así que los soldados simplemente se apiñaron con la gente que se conocía entre sí hasta reunir el número aproximado de miembros en cada grupo de asalto. Criid acabó en el pelotón de Ganiel, junto a Orejotas, Casquillo, Trask y Cajón. Vio que Peñasco se encontraba en otro grupo, el del cabo Carvel. Peñasco tenía todo el aspecto de estar completamente confundido, incluso aturdido. El corte que tenía encima del ojo había comenzado a sangrar en abundancia.

—¿Dónde está tu arma? ¿Dónde está tu arma reglamentaria, soldado? —le gritó Sobile.

Peñasco se dio cuenta de repente de que el comisario le estaba hablando a él. Miró a su alrededor y parpadeó. Tenía las manos vacías. Estaban vacías desde hacía mucho tiempo, y ni siquiera se había dado cuenta. La última vez que Criid había visto el rifle de Peñasco fue cuando éste lo dejó caer en el interior del cráter. Lo más probable era que todavía se encontrara allí.

—Creo que se me ha caído —empezó a decir Peñasco. Intentó sonreír, pero no logró emitir su clásica risa característica.

«No, no, no», pensó Criid. Peñasco no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. No estaba pensando en absoluto.

—El rifle no se te cae. El rifle no se te pierde. Un guardia imperial protege su rifle con su propia vida, y viceversa. Es algo básico y fundamental. Falta muy grave, artículo 155 —le dijo Sobile, y a continuación le disparó a Peñasco en la cabeza.

El cuerpo de Peñasco se estremeció de abajo arriba, como si le hubieran dicho algo que lo sobresaltara. Estaba claro que no había sido algo divertido, porque no se rio. Peñasco cayó hacia un lado, convertido en un peso muerto, y la sangrante cabeza se golpeó con la pared de la zanja en el descenso.

Por un momento, hasta la artillería pareció callarse. Era el primer diez diecinueve que Criid presenciaba. Se sintió asqueado. En un día repleto de despropósitos y de muerte, aquello era lo más repugnante que había contemplado hasta ese momento.

—¿Alguien más? —preguntó Sobile en voz alta mientras enfundaba la pistola.

Todo el mundo apartó la mirada. Nadie quería mirarle a los ojos, ni mirar a Peñasco.

—¡Agh, pelados cagones! —exclamó Kexie—. Si queréis ser unos guardias imperiales de verdad, será mejor que me demostréis a mí y al Emperador lo que de verdad tenéis. A mi señal…

El sargento sopló el silbato. Salieron de la posición, echaron a correr y dejaron a Peñasco solo entre las sombras. De la herida que lo había matado comenzó a surgir una leve vaharada de vapor.

7

La escuadra del cabo Ganiel llegó a la esquina occidental del gran emplazamiento artillero sin más incidentes. Estaban sin aliento por la carrera a través de la explanada y tensos como muelles por el miedo de no lograr llegar a la meta de esa carrera. A sus espaldas, el humo envolvía los escombros diseminados por doquier. Detrás de una de las hileras de almacenes se estaba produciendo un ruidoso tiroteo. El resplandor de los disparos y de los proyectiles trazadores iluminaba la parte baja del cielo. Vieron también a la escuadra del cabo Carvel desplegarse y correr hacia el extremo oriental del edificio. Les dispararon varias ráfagas de cañón automático, que sonaron casi cansadas, desde lo alto del techo. Los proyectiles levantaron pequeñas polvaredas alrededor de ellos.

Visto de cerca, el edificio tenía un aspecto muerto y oscuro. No lo habían construido con piedra, sino con alguna clase de material sintético o polímero al que habían aplicado planchas de madera. Criid distinguió algunas secciones desconchadas de aquella resina a través de los agujeros que los disparos habían abierto en la madera. Al examinarlo con mayor atención le pareció menos un polímero que alguna clase de hueso o de tejido fosilizado. Le llegó un olor extraño al acercarse más. Era un aroma cálido, animal, algo rancio, un poco picante. No era del todo desagradable.

El sargento llegó hasta ellos a la cabeza de otra de las escuadras.

—¡Seguid adelante! —les gruñó.

—Es que no hay ninguna puerta, mi sargento —le indicó Ganiel.

Un cohete pasó aullante por encima de ellos y provocó una enorme explosión al otro lado de la destrozada muralla marina, Dos cazas, unos Thunderbolts, supuso Criid, sobrevolaron los emplazamientos casi a la altura de los tejados y viraron para dirigirse hacia los distritos septentrionales de K’ethdrac’att Shet Magir. El paisaje urbano estaba repleto de miles de columnas de humo que se alzaban como árboles en un bosque.

Sobile apareció con otra escuadra. Había encontrado al sacerdote en algún punto del camino. El individuo, sin la preparación física adecuada, jadeaba mientras murmuraba una plegaria de bendición a un soldado herido.

La escuadra de Carvel rodeó la esquina oriental del emplazamiento. Habían pasado unos treinta segundos desde que desaparecieron cuando se oyó un chasquido

sibilante que sonó en el aire igual que un papel arrugado y apareció un breve destello detrás de la esquina.

Kexie ordenó a la escuadra de Ganiel que se adelantara para investigar de qué se trataba aquello. No disponían de comunicadores personales. O no quedaban microrreceptores para equipar a los miembros de la TA 137 debido a su repentina incorporación al servicio activo, o una tropa como ésa no se merecía un equipo tan costoso. Disponían de un aparato comunicador con su correspondiente oficial de comunicaciones, un nativo de Kolstec llamado Moyer, pero Criid no lo había visto desde que subieron a las respectivas naves de desembarco. Lo más probable era que estuviera muerto, lo mismo que el mayor Brundel.

Ganiel, Criid y Trask se acercaron a la esquina oriental cubriéndose unos a otros con movimientos bruscos y nerviosos de los rifles láser. Orejotas y Cajón los seguían de cerca.

Al otro lado de la esquina había una amplia vía de servicio que llevaba hasta las persianas blindadas situadas en la parte posterior del emplazamiento artillero, la ruta de acceso para las pesadas vagonetas de los trenes de carga procedentes de los depósitos de munición. La zona había sido bombardeada de forma intensiva por los disparos de la primera fase. El bombardeo de la Armada no había acertado a destruir las posiciones de defensa, pero había arrasado de forma meticulosa una fila de búnkers vacíos que había detrás. La vía de servicio estaba sembrada de escombros y restos procedentes de los búnkers destruidos. Aquella zona estaba tranquila, perturbada tan sólo por el humo que flotaba en el ambiente. Las armas pesadas del interior del emplazamiento llevaban varios minutos sin disparar.

—¿Dónde está Carvel? —preguntó Ganiel.

Un trozo del pavimento de rococemento estaba ardiendo con especial virulencia. El humo salía de un amplio círculo de restos cubiertos de alquitrán. Eran restos orgánicos. Criid olió a carne quemada y dio un paso atrás.

—Carvel… —logró decir antes de que le diera una arcada.

Los restos de los cinco miembros de la otra escuadra yacían en mitad de aquella oscura mancha humeante. Los habían incinerado, aunque todavía quedaban algunas partes reconocibles: trozos de cráneo, costillares, fémures y unos cuantos rifles retorcidos por el calor. Los huesos mostraban una húmeda pátina negra de carne pegajosa y sangre quemada.

—Retroceded —ordenó Ganiel.

—Buena idea —murmuró Kexie. Los había seguido para echar un vistazo en persona—. Agh, echad a correr.

Dijo algo más acerca de un tanque, pero Criid no lo oyó bien debido al repentino rugido de un lanzallamas a su espalda. Un chorro de aire caliente le chamuscó los pelillos de la nuca mientras corría.

Nunca llegó a ver el tanque, pero lo oyó y lo olió: el profundo retumbar del motor, el traqueteo de las cadenas, el hedor a combustible. Según Kexie, se había mantenido

agazapado entre las ruinas de los búnkers cubriendo la vía de servicio con el lanzallamas que llevaba montado en la torreta.

Huyeron de allí, y el vehículo, despertado de su letargo, salió de su escondrijo y los persiguió.

—¡Retroceded! ¡Retroceded! ¡Poneos a cubierto! —gritó Kexie al reunirse con los demás—. ¡Blindado enemigo a la espalda!

Sobile echó a correr. Todos empezaron a correr, a dispersarse, pero Sobile corrió de un modo que a Criid le sugirió que ya no le importaban ni su deber ni sus responsabilidades, y que, sin duda, no estaba dispuesto a seguir arriesgando el pellejo para mantener con vida a ninguno de aquellos idiotas con los que lo habían cargado.

Criid oyó rugir de nuevo el lanzallamas cuando el tanque dobló la esquina del emplazamiento. Buscó a su alrededor con la esperanza de encontrar una cobertura, cualquier clase de cobertura, y divisó un cráter en mitad del rococemento, hacia el que se lanzó de cabeza.

Ya había estado antes allí. En el fondo del cráter, lleno de un líquido aceitoso, se encontraba el rifle de Peñasco.



8

Se quedó metido en el hoyo lo que le pareció un año o dos. Se cubrió la cabeza con los brazos, pero el gesto no logró apagar el creciente sonido del traqueteo de las cadenas ni el rugiente motor. El bramido gorgoteante del lanzallamas recordaba el gruñido húmedo de un ogro.

También se oían gritos. Se oían muchos gritos. Algunos duraban más de lo que debería durar un grito.

Se esforzó por mantener fuera todo aquello. Lo único que era capaz de ver era el cielo teñido de rojo sangre que se extendía sobre su cabeza. Estaba algo cubierto por la capa de humo y por el ocasional resplandor de algún disparo cercano. Pensó que todo quedaría tapado por la negra y aceitosa panza del tanque cuando le pasara por encima.

Dalin Criid se encogió sobre sí mismo como un niño todavía sin nacer y se sintió más mortal que nunca en toda su vida. Toda la autoengañosa vitalidad de la juventud lo abandonó y lo único que quedó fue un poso de dolor. Sus necesidades quedaron reducidas a un nivel sencillo y sin dignidad alguna, y se convirtieron en el tipo de cosas de las que las personas adultas se burlaban en los comedores o en los bares por ser debilidades, y gritó por la pura vergüenza que sentía de una situación semejante. Por ejemplo, por encontrarse en un agujero en el suelo en mitad del camino de un tanque.

En aquel preciso momento supo, con total y sorprendente claridad, que aquello le ocurría más tarde o más temprano a todo hombre o mujer que se convertía en un guardia imperial. Era el momento en que se enfrentaba al hecho de que todo aquello que se había vanagloriado de buscar, combates, gloria, cicatrices y una reputación, era, sin excepción alguna, algo quimérico, sin recompensa espiritual o física alguna, y que todo lo que había considerado como blando y débil, como algo cobarde, era lo que realmente importaba.

Quería que aquel ruido dejara de sonar. También quería estar en otro lugar, pero la desaparición del sonido era la clave. Era incesante, y necesitaba que se esfumara. Quería que el dolor que sentía en la cara y en el hombro dejara de existir. Quería ver a su madre. Quería tener once años otra vez y jugar con barquitos de papel en los canalones del puente de una nave de transporte de tropas.

En aquel agujero del suelo, tan parecido a una tumba, todas aquellas cosas adquirían un repentino e increíble valor que iba más allá del bienestar. Había algo más que ansiaba, algo que no acababa de determinar. Un rostro, quizá.

Comprendió que lo que estaba sufriendo era la epifanía que todo soldado sufría en algún momento, aunque no sabía qué ocurriría a continuación. ¿Se trataba de algo pasajero? ¿Era un estado de ánimo que iba y venía, o se le había quedado vacío el corazón y su valentía habría quedado para siempre en peligro? ¿Habría perdido su afán de combate? ¿Ya no valdría como soldado?

Lo que en realidad ocurrió a continuación fue una fuerte detonación, potente y visceral, que sonó como dos yunques que hubieran chocado entre sí a una velocidad supersónica. El impacto metálico fue físicamente doloroso e hizo que se le estremecieran los huesos y le dolieran las fosas nasales.

Luego se produjo una segunda explosión, mucho más potente y rugiente que la primera debido al crepitar de las llamas.

Criid oyó la voz apagada del sargento, como si le llegara desde muy lejos.

—¡137! ¡137! ¡A reagruparse!

El silbato sonó una y otra vez.

Se asomó por el borde del cráter y distinguió las siluetas de unas cuantas personas que se movían a través de la densa calima provocada por un intenso calor. Ese calor procedía de una enorme hoguera que ardía a unos veinte metros de donde él estaba. Se trataba de una pila de alguna clase de material, del tamaño de una pira de fiesta, hinchada por aquellas rugientes llamaradas de color naranja.

Criid salió del agujero. Miró hacia atrás, hacia el rifle de Peñasco, y se preguntó si debía llevárselo. Al final decidió sacarle el cargador de energía y llevarse sólo eso.

Atravesó el tremendo calor en dirección al resto de los compañeros. Vio unos cuantos cuerpos tirados en el suelo, achicharrados y humeantes. Uno de ellos era el individuo al que Cajón había bautizado como Casquillo. Todo el cuerpo se le había encogido y arrugado por el intenso calor, Criid supo que era él porque por alguna misteriosa razón el rostro de Casquillo había quedado casi intacto, dando la impresión de que le habían colocado una máscara a una momia ennegrecida.

Kexie estaba reagrupando a la unidad. No se veía señal alguna de Sobile por ningún lado. Era lo único bueno que había ocurrido desde que habían llegado a aquel lugar.

—¿Adónde ha ido el tanque? —le preguntó Criid a Ladrillero.

El nativo de Binar señaló la hoguera con un gesto del mentón.

—¿Es eso?

Al parecer, lo era. Nadie sabía con exactitud qué era lo que había acabado con el tanque, pero lo más probable era que se tratase de «un disparo perdido de algo gordo que estaba lejos». Según les dijo el sargento, «este tipo de putadas ocurre a veces en el campo de batalla».

El comisario Sobile apareció con vida pocos minutos más tarde, por lo que era

evidente que aquel tipo de putadas también ocurría. Se puso a utilizar el látigo y abrió unas cuantas heridas a dos soldados por perder los cascos.

Avanzaron hacia el norte, por la línea de emplazamientos artilleros, hacia un tremendo combate que estaba teniendo lugar a un kilómetro aproximadamente de donde se encontraban. El titán, que ya se había marchado hacía bastante tiempo, había arrasado los emplazamientos a su paso. La mayoría estaban envueltos en llamas y destrozados. Algunos habían reventado y de ellos escapaba un fluido negro y espeso que formaba grandes charcos alrededor de la base. Daba la impresión de que los edificios estaban sangrando. Kexie les advirtió que no se acercaran a aquella sustancia, pero el aviso no era necesario. Ninguno de ellos sentía la más mínima inclinación por hacerlo, y a nadie se le ocurrió echar un vistazo en el interior de las ruinas.

Llegaron a una avenida principal que se adentraba en la sombría ciudad en dirección este. Un río de tanques y vehículos blindados ligeros imperiales fluía hacia el interior, hacia las enormes torres en forma de calabaza que se encontraban en el centro de K'ethdrac. Varias escuadrillas de aeronaves sobrevolaron la línea de defensa por encima de los tanques. El distrito urbano situado al otro extremo de la avenida, una zona de edificios oscuros y extrañas y siniestras estructuras del color del tungsteno, estaba siendo machacado hasta desaparecer por un preciso bombardeo orbital. Las descargas de luz, tan brillantes que hacían lagrimear los ojos, atravesaban la capa de nubes de distintos colores, y con un estampido que resonaba en el pecho a pesar de la distancia, convertía bloques de habitáculos en vertiginosas tormentas de ceniza.

A su espalda, por donde habían llegado, unos cuantos titanes más se recortaban contra el horizonte. Eran visibles de cintura para arriba, y asomaban por detrás del paisaje como si estuvieran vadeando un río. Las retumbantes siluetas destacaban contra el fondo de color ámbar del cielo. Sus extremidades superiores centelleaban cada vez que disparaban.

A Criid le pareció que toda la ciudad estaba envuelta en llamas.

Otra oleada de naves de desembarco pasó por encima de ellos.

TA 137 se encontró en aquel paisaje cubierto de escombros una veloz marea de guardias imperiales. Era un regimiento de Kolstec que aprovechaba la penetración de la fuerza blindada. Eran centenares de kolstecos, tropas regulares que se movían con rapidez y precisión fruto de un entrenamiento que se notaba en sus rostros tranquilos. Kexie y Sobile conversaron durante unos momentos con su comandante, un individuo de cabello blanco, y éste les señaló algo en un mapa.

—¡Escuchad con atención! —gritó Sobile cuando ambos regresaron—. ¡Escuchad al sargento, pues habla con la voz del Emperador!

Criid no estaba muy seguro de que el instructor Kexie hablara con la voz del Emperador, y por el modo en que Kexie miró a Sobile, al sargento tampoco lo convencía la idea.

—Vamos a avanzar como refuerzo —les dijo Kexie elevando la voz para hacerse

oír por encima del traqueteo de las cadenas de los tanques—. El enemigo es numeroso en este distrito, así que vamos a acompañar a los kolstecos para limpiar la zona. Os quiero agrupados por escuadras. Estad atentos a mi señal, y también a los oficiales kolstecos. No quiero que la caguéis, idiotas.

El sargento había adoptado el término genérico que utilizaba Sobile para dirigirse a ellos. Aunque no es que fuera halagador, estaba por encima de «pelados», lo más bajo de lo bajo, lo más novato de lo novato, cabezas recién rasuradas por el barbero del Munitorum.

El sargento comprobó la hora y se pusieron en marcha. Criid estaba seguro de que había algo mal en su cronómetro, porque ocurría algo raro con la hora, pero no tuvo oportunidad de ajustarlo. A mitad de camino de la siguiente calle empezaron a dispararles desde un enorme edificio gris que estaba ardiendo. De los huecos de las ventanas de los pisos superiores salían grandes llamaradas. La calle se vio azotada por múltiples disparos de cañón automático que segaron las primeras filas del avance de los kolstecos. Todo el mundo se apresuró a buscar dónde ponerse a cubierto y se respondió al fuego enemigo. Sin embargo, demasiados kolstecos se vieron sorprendidos en terreno abierto y los abatieron como si no fueran más que simples tallos de hierba.

Criid logró ponerse a cubierto mientras el tiroteo del combate adquiría toda su fuerza. Las distintas secciones de la Guardia Imperial abrieron fuego con todo lo que tenían a mano, y el enemigo oculto incrementó la cadencia de disparo para responder a su furia. Criid disparó una o dos veces, pero se vio obligado a mantenerse agachado por una serie de impactos cercanos que abrieron unos grandes surcos en la pared de piedra que se alzaba por encima de él. Sintió que el miedo comenzaba a apoderarse de nuevo de él, el mismo terror de verse atrapado e inmovilizado que había sufrido en el cráter.

Fue en ese momento cuando empezaron a llover cuerpos.

Fue tan horrible, tan irreal, que al principio no se lo pudo creer. Del cielo cayeron individuos vivos provistos del equipo completo de combate que se estrellaban contra las paredes de los edificios o contra el suelo. Cada impacto sonaba sorprendentemente sólido. Una persona viva que no dejaba de manotear y agitarse chocaba contra la piedra y se convertía al instante en una masa de carne enrojecida contenida en el interior de una tela rasgada. Se oían gritos que cesaban de forma abrupta.

Criid se lo creyó tan sólo cuando comprendió qué estaba ocurriendo. Una nave de desembarco que descendía hacia la zona había sufrido un impacto por disparos enemigos y tenía un agujero en el costado del fuselaje. Mientras descendía en su vuelo final, las tropas que transportaba salían despedidas por la succión y caían como el granizo en la calle.

Criid vio a la nave agujereada un momento antes de que se estrellara contra una torre y se vaporizara. Algunos de los hombres que caían parecían haber saltado en el último momento.

Los cuerpos siguieron cayendo y estrellándose como paquetes de fruta madura. Varios de los kolstecos que había en la calle se desplomaron y murieron al recibir el impacto de alguno de aquellos cuerpos. El aire se llenó del repugnante hedor a carne ensangrentada y a excrementos. Por todas partes se extendió una fina capa de gotitas de sangre.

Aquello hizo que a Criid le dieran arcadas.

Se inclinó hacia adelante y se frotó la cara, lo que le provocó un agudo dolor debido al corte abierto por el latigazo. Empezó a murmurar el *Yo suplico* de nuevo y le echó otro vistazo al cronómetro. No funcionaba mal. La comprobación de hora había sido correcta, después de todo.

Su mente se negó a aceptarlo, pero sólo llevaba una hora siendo guardia imperial. No tenía sentido. A él le daba la sensación de que habían pasado días, unos días infames y salvajes, pero poco más de una hora antes se encontraba limpio y aseado, a bordo de una plataforma que lo llevaba a través de la cubierta de dos metros de espesor hacia la nave de desembarco con el resto de la TA 137, todo ello mientras las bandas militares tocaban y las naves ponían en marcha los motores.

Una hora. Una hora de locura y de sangre. Una hora más salvaje que la suma de todas las demás horas de su vida.

Y todavía no había visto al enemigo.



TERCERA PARTE

Territorio enemigo

1

Incluso desde lejos se oía el sonido de los ladridos de los perros de presa encerrados en las jaulas del interior de la ciudad. Los perros los habían olido en cuanto se acercaron. Se estremecieron bajo la pálida luz del amanecer ante sus ladridos.

—Perros —comentó Ludd mientras caminaba con pasos crujientes sobre la hierba seca del páramo.

—Perros grandes —lo corrigió Varl—. Perros jodidamente grandes.

Ludd miró a Gaunt.

—¿Habrán captado nuestro olor, señor?

—Oh, seguro que sí, pero es algo más que eso —le aclaró Gaunt al mismo tiempo que le señalaba el horizonte.

Muy a lo lejos, al oeste, al otro lado de los extensos páramos, se distinguía un parpadeante resplandor, un centelleo que era más intenso y blanco que la débil luz del día y el cielo nublado. Parecía que alguien estuviera moviendo un espejo gigantesco por encima del horizonte para reflejar los rayos del sol.

El centelleo procedía de la costa, a cuatrocientos kilómetros de distancia. Venía de un lugar que la inteligencia de la Armada había llamado K'ethdrac'att Shet Magir, uno de los dieciocho objetivos principales señalados en Gereon.

—Lo de allí debe de ser una bonita fiesta —murmuró Varl mientras contemplaba el espectáculo de luces.

Cantible no era uno de los dieciocho objetivos principales señalados. Ni siquiera era uno de los seiscientos treinta y dos objetivos secundarios, o uno de los cinco mil diecisiete objetivos de la segunda fase. En los complejos diagramas logísticos del Alto Mando aparecía en una lista titulada: «Terciario/reconocimiento». Delante de los ataques principales se estaban desplegando nuevos desembarcos de unidades de reconocimiento ligero, de exploración, e incluso regimientos de infiltración que tenían como objetivo asegurar cabezas de puente y mantener despejados los ejes del avance. Cantible, la capital municipal y administrativa de una provincia agrícola llamada Lowensa, era un punto clave en la defensa de uno de los principales pasillos que recorrían de este a oeste el territorio entre K'ethdrac y las tierras centrales de Lectica.

Sin embargo, ésa ni siquiera era la razón principal por la que los habían enviado

hasta allí.

Gaunt echó un vistazo a izquierda y a derecha. Todo el regimiento tanith avanzaba en un amplio arco a través de los pastos que se extendían desde su zona de desembarco, un poco más arriba de los páramos. Los vehículos blindados de apoyo ligero se esforzaban por cruzar otro pastizal situado al sur para reunirse con la infantería.

Delante de ellos había un bosque, y a continuación varias franjas de tierra cultivada que llegaban hasta el propio núcleo habitado. Gaunt distinguió el dedo regordete que formaba la torre del ayuntamiento al sobresalir por encima de las copas de los árboles.

Juró que volvería. Juró que regresaría y que llevaría consigo lo que la resistencia y el pueblo de Gereon se habían merecido desde el primer día, desde el primer Día de Dolor. No tenía ni idea de en qué Día de Dolor se encontraban, aunque calculaba que debían rondar ya los dos mil. Eran demasiados. Era, quizá, demasiado tarde.

Gaunt no había pasado por aquella parte del planeta en su anterior misión, así que no podía compararlo con un tiempo pasado, pero lo cierto era que parecía que todo estaba en un estado desesperadamente ruinoso, Todo parecía, de algún modo, estropeado, manchado, contaminado. El cielo, la tierra, la vegetación, el tiempo. La venenosa impronta de los invasores lo impregnaba todo.

Estaban al principio de la primavera en aquella zona de Gereon, pero el aire era caluroso y estaba cargado. La hierba de los pastos estaba amarillenta y reseca. Se oía un crepitar continuo, como si el propio sol estuviera chisporroteando. La radiación era elevada. Las comunicaciones eran erráticas y estaban repletas de chillidos y estática.

Por lo que parecía, el bosque se componía principalmente de eshel y de talix, pero los árboles habían crecido de forma enfermiza, hasta el punto de tener ramas completamente deformadas. Por la capa de hojas daba la impresión de que era otoño debido a los tonos rojizos y amarillentos que mostraba. Las estaciones del planeta se habían enmarañado.

La tierra cultivable también se había corrompido. Unas cosechas negras de aspecto repugnante, producto de un intenso cultivo alienígena, cubrían el otro extremo del valle. Gaunt olió la fruta que maduraba. Otras zonas, sobreexplotadas y yermas por el uso intensivo de productos químicos, se extendían quemadas y pardas bajo el sol. En los bordes de esas tierras baldías había costras rosadas de nitrato. Los campos en barbecho y la tierra muerta también apestaban a lo mismo.

—Improductivo —murmuró Cirk mientras contemplaba los campos. Se arrebujó en el interior del gran abrigo antibalas que llevaba puesto—. Nos desangrarán hasta convertirlo todo en Impro.

Gaunt asintió, aunque seguía sin sentirse cómodo cuando la tenía cerca. Le había dicho a Faragut que mantuviera a la «especialista». Cirk entre las secciones posteriores del regimiento, pero tanto ella como Faragut se habían dirigido a la

vanguardia en cuanto las naves de desembarco se vaciaron.

—Tendremos que quemarlo todo —le comentó Gaunt a Rawne.

—¿Las tierras de cultivo?

—Las cosechas. Todo.

—Brostin estará encantado. Supongo que querrás que se haga después de que tomemos el pueblo, ¿no? Más que nada, porque los campos incendiados serían algo parecido a un aviso de que estamos aquí.

Gaunt señaló con un gesto la brisa, como si fuera capaz de atrapar el sonido en el aire en movimiento.

—Escucha a los perros, Eli. Ya saben que estamos aquí.

2

«Así que esto es el famoso Gereon por fin», pensó Caffran. El lugar donde había tenido lugar una de las operaciones más importantes de los Fantasmas en la que no habían participado la inmensa mayoría de los Fantasmas. Los que habían ido y habían regresado con vida habían hablado después del planeta de un modo reverencial y casi secreto, como si no fuese más que un siniestro misterio que quisiesen olvidan.

No era nada de eso. No era más que otro lugar que el archienemigo había destruido. Por supuesto, debió ser muy duro aguantar en aquel sitio, ocultos entre los miembros de la resistencia en un mundo ocupado y durante tanto tiempo. Caffran no lo ponía en duda. Quizá ése era el motivo por el que Rawne, Varl y los demás hablaban de todo ello como si fuera alguna especie de prueba exclusiva o de rito de iniciación que ellos hubieran superado y que nadie más hubiese conseguido. Los miembros de la Operación Sturm se mantenían un poco apartados de los demás.

No, Caffran no dudaba de que hubiera sido una misión dura, pero había otras cosas en el cosmos que también eran muy duras. Por ejemplo, tener que echar de menos a Tona durante todo ese tiempo, o a amigos como Bonin, Larks y Varl. Pensar que estaban muertos y que no iban a regresar. Pensar que el propio Gaunt había muerto. El Alto Mando había disuelto a los Fantasmas debido a ello, y sólo había aceptado reunirlos de nuevo cuando Gaunt había vuelto como un…

—Fantasma —dijo Caffran en voz moderadamente alta.

El bosque que lo rodeaba estaba en silencio. Las hojas secas susurraban y crujían por la suave brisa y la fría luz del amanecer se filtraba a través de las copas de los árboles. Se pegó el rifle láser al pecho y se detuvo en seco.

A lo lejos se oían y se olían los campos en llamas. Cada vez que el viento cambiaba de dirección cada pocos minutos, las cenizas y el hollín les llegaban a través de los árboles. Algo malo estaba ardiendo.

Las tropas que avanzaban apenas hacían ruido. No había forma de saber el número de soldados que se acercaban a Cantible.

Aquel lugar tenía mucho de qué responder. Las cosas no habían sido las mismas desde que Gaunt y los demás habían ido allí por primera vez, y tampoco habían sido las mismas cuando regresaron. No se trataba tan sólo de la inclusión obligada de los supervivientes de Belladon. Eran buenos soldados y el acoplamiento había sido

bueno, tan bueno como el que se había producido entre los tanith y los verghastitas después de la guerra de colmenas. De hecho, Caffran echaba de menos al coronel Wilder y lamentaba su pérdida en Ancreon Sextus.

Las diferencias que realmente importaban no estaban en los grandes asuntos. Estaban en los pequeños detalles. Habían pasado meses esforzándose por superar la pérdida de Gaunt, y luego descubrieron que había regresado. Era algo parecido a una pena inversa. Caffran casi estaba resentido por aquello, y no era el único.

Tona y él no se habían mantenido tan unidos como antes de Gereon. La situación había mejorado un poco en los últimos tiempos, pero seguía sin ser lo mismo. Se mostraba algo apartada de él, algo alterada. Al principio se preguntó si quizá se trataría de alguna clase de infestación del Caos, pero no lo era. Simplemente, había cambiado. Había visto cosas que él no había presenciado. Él ya no era alguien con quien ella pudiera hablar, al menos sobre las cosas que realmente le importaban a ella.

Bueno, pues aquello iba a cambiar, empezando desde ese mismo momento. Iba a probar en primera persona lo que era Gereon. Iba a conocerlo como ella lo había conocido, y eso ayudaría a eliminar aquella sombra que se había interpuesto entre los dos. Juntos exorcizarían a Gereon y volverían a ser lo que eran antes.

Caffran sabía que otros habían pasado casi por lo mismo. Varl y Kolea habían sido amigos muy cercanos desde siempre, y Varl era el mayor bocazas de toda la compañía, pero desde que regresó, ni siquiera Kolea fue capaz de que hablara de Gereon.

Varios Fantasmas pasaron a su lado. Caffran se dio cuenta de que estaba retrasando el avance, así que apresuró el paso bajo la moteada luz del sol.

—¿Va todo bien, soldado? —le preguntó Hark al llegar a su altura.

—Sí, señor —le contestó Caffran concentrándose en el presente.

Hark lo miró con una expresión casi amable.

—Sé en lo que estás pensando —le dijo.

Caffran parpadeó. ¿De verdad lo sabía? ¿Lo de Tona y Gereon, y lo de estar resentido con Gaunt y…?

—No le pasará nada —lo tranquilizó Hark con un gesto de asentimiento antes de dirigirse hacia la vanguardia.

Caffran se maldijo en silencio y con un sentimiento de culpabilidad. Hark se equivocaba, porque Caffran, tan perdido en sus pensamientos, no había tenido la mente donde debía desde el primer momento. Ni por asomo.

Dalin. ¡Feth!

• • • • •

A cincuenta metros de Caffran, en mitad del bosque, Eszrah du Nocte se detuvo, se

quitó con lentitud las lentes antibrillo y parpadeó bajo la luz. Puso los dedos de la mano izquierda sobre la corteza de uno de los árboles.

Gaunt le había dicho que estaban en Gereon, que habían regresado a Gereon, pero aquello no era Gereon. Era un lugar muerto. Era capaz de captar el hedor a muerte en el aire, lo mismo que cualquiera era capaz de oler el hedor a muerte de otro individuo que estaba azotado por una enfermedad.

Si aquello era Gereon de verdad…

Eszrah se puso de nuevo las lentes antibrillo y cargó la balista.

3

—¿Rerval? —dijo Gaunt en voz baja.

El ayudante de Kolea se quedó escuchando con atención el comunicador unos instantes más y después se quitó los auriculares.

—Flagelo informa de que se encontrarán en su posición dentro de diez minutos —le comunicó.

—Y cuando dicen su posición, ¿podemos confirmar de que ambos estamos hablando del mismo lugar?

—Voy a comprobar con ellos las coordenadas ahora mismo, señor —contestó Rerval.

—Muy bien. ¿Bel?

Cerca de él, con el comunicador apoyado en el tocón retorcido de un árbol, estaba el ayudante de Gaunt, Beltayn, quien se encontraba ajustando con suavidad la frecuencia del aparato. Lo habían equipado con una voluminosa célula de energía adicional y un transmisor de onda baja en forma de S. Era evidente que aquel comunicador no era habitual.

—¿Beltayn?

El ayudante hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada, señor.

—¿Todavía nada?

—Lo he intentado con Daystar y con Mothlamp. Nada.

—Sigue intentándolo, por favor. Quédate aquí y sigue intentándolo.

Beltayn asintió.

Gaunt indicó con un gesto de la mano al capitán Meryn, de la compañía E, que se acercara hasta él.

—Lo dejo en tus manos, Meryn —le dijo Gaunt—. Quiero que le pongas una escolta. Seis hombres en todo momento.

—Sí, señor —respondió Meryn.

Gaunt se dio la vuelta y caminó hasta el borde del claro. Baskevyl le entregó unos magnoculares.

—Puede haber un montón de razones por las que no estén transmitiendo —le comentó Baskevyl.

—Lo sé —le respondió Gaunt mientras pasaba los magnoculares de un extremo al otro del objetivo para obtener una buena visión del pueblo.

—Y no tienen por qué ser malas —siguió diciendo Baskevyl—. Un fallo de energía. Un corte en las comunicaciones. La atmósfera…

—Lo sé. No tardaremos en ponernos en contacto con ellos. ¿Estamos preparados?

Baskevyl asintió.

—He recibido confirmación de Rawne, Kolea, Daur y Kolosim. Varaine, Kamori, Domor y Obel se encuentran en las laderas opuestas. La gente de Arcuda cubre el vado.

—¿Y Mkoll?

—¿Cuándo ha ocurrido que Mkoll no se encontrara en su posición?

—Es verdad.

El cielo al sur de ellos estaba cubierto por el humo provocado por las llamas de los campos incendiados. El pueblo, un amplio núcleo de bloques y de torres de color verde grisáceo situado detrás de una muralla y sobre la cima de colina, mostraba un aspecto tranquilo. Los perros se habían callado.

Ludd y Hark aparecieron procedentes del bosque que Baskevyl y Gaunt tenían a la espalda y se reunieron con ellos.

—¿Todo preparado? —preguntó Hark con voz tranquila.

—Flagelo confirma que se encuentra en posición —le indicó Rerval.

Gaunt frunció los labios. Flagelo era el nombre operativo del destacamento de blindados ligeros de los Dev Hetra que les servía de apoyo.

—Diles que carguen y que esperen. Que no disparen a no ser que reciban una orden directa mía.

—Entendido, señor.

—Asegúrate de que ellos también lo entienden.

—Flagelo —musitó Hark—. Ludd, ¿sabes que en algunos campos de batalla es muy común que los comisarios lleven látigos?

—¿Para animar a los soldados, señor? —quiso saber Ludd.

—Por supuesto. ¿Para qué otra cosa iba a ser?

Ludd se encogió de hombros.

—¿Para una mortificación espiritual? —sugirió.

Hark dejó escapar un suspiro.

—Ludd, tienes demasiado tiempo para pensar.

Gaunt los miró a los dos.

—Bueno, si a vosotros no os importa, ¿puedo empezar el ataque?

—Por supuesto. Lo siento —se disculpó Hark—. Sólo le informaba. Un comisario con látigo…

—No le vendría bien aparecer con algo así en mi presencia —lo interrumpió Gaunt—. No estamos en la Era Siniestra.

—Oh —contestó Hark con una sonrisa despreocupada—. Yo diría que sí.

Gaunt activó el microcomunicador.

—¿Mkoll?

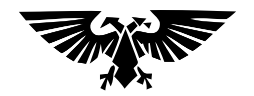
—A sus órdenes.

—Adelante.

—Allá voy.

Gaunt se dio la vuelta y desenvainó la espada de energía. Ver que la encendía era la única señal que Baskevyl necesitaba. Le hizo un gesto a Rerval, quien envió de inmediato la señal de avanzar.

La primera fila de Fantasmas se levantó a lo largo de los campos cubiertos de hierbajos y matorrales que había delante de los bosques. Apuntaron con las armas hacia adelante y comenzaron a correr semiagachados hacia el pueblo.



4

Los más fantasmales de entre los Fantasmas se deslizaron bajo la luz del sol hacia los pies de la muralla del pueblo. No hicieron ruido alguno, y las señales que intercambiaron fueron tan sutiles que hasta las manos parecía que sólo susurraban.

Sin prisa o precipitación alguna, Mkoll, el jefe de los exploradores, pasó de una sombra a otra, fluyendo de un espacio oscuro a otro. Disponía de una buena visión de la muralla. Descubrió un puesto de guardia, con dos enemigos a la vista. Alzó una mano y movió los dedos para transmitir la información.

Bonin se movió hacia adelante y cinco metros a la izquierda. Todos tenían la misma habilidad, pero sus métodos de sigilo eran totalmente distintos. Se trataba de un curioso detalle que tan sólo los verdaderos expertos en tareas de reconocimiento captarían, pero lo cierto era que cada explorador tanith poseía su propio «estilo» en el movimiento silencioso. Mkoll fluía como si fuera un líquido recorriendo los diferentes niveles de la oscuridad. Bonin parecía dejarse llevar, como una sombra que se moviera con el sol.

Por su parte, Caober daba la sensación de encontrarse siempre en la periferia de la visión, que estaba allí un momento antes de que miraras hacia él. Caober, que era explorador desde los tiempos de la Fundación, se había encargado de mantener operativa aquella especialidad mientras Mkoll, Bonin y MkVenner habían estado fuera, en la misión de Gereon. Había hecho un buen trabajo y formado a bastantes nuevos reclutas. Mkoll le debía mucho.

Jajjo era uno de aquellos recién llegados. Lo habían ascendido a la especialidad de operaciones de exploración después de Aexe Cardinal. Era el primer verghastita que lograba ese honor. Las habilidades que había aprendido con gran esfuerzo eran más mecánicas e industriales que las de los nacidos en Tanith. Jamás poseería aquella agilidad instintiva, pero Jajjo contaba con un enorme poder de concentración. Daba la impresión de que permanecía sin ser visto u oído por pura fuerza de voluntad.

Las laderas que se extendían por debajo de las murallas del pueblo estaban cubiertas de lo que parecían ser huertos o jardines. El terreno se había vuelto salvaje y estaba cubierto de matojos y de ojos de grox en floración. Bajo las capas de matorrales secos corrían pequeños roedores. Jajjo se agachó debajo de la puerta rota de un cobertizo antes de cruzar el terreno pasando entre una fila de casetas y un tractor casi

cubierto de matojos. Iba algo retrasado, a unos veinte metros por detrás de Mkoll y a su derecha. Divisó cinco guardias en el adarve de la muralla del pueblo que se alzaba sobre él. Se lo comunicó a Mkoll.

A la derecha de la posición de Jajjo había unas cuantas zonas cubiertas de maleza y un corral de superficie reseca sembrada con los cadáveres momificados de varias reses. Hwlan, que se movía como el humo, tomó posiciones al lado de la puerta del corral y cubrió a Maggs y a Leyr mientras lo cruzaban hasta llegar a un matorral alto de aulaga invernal. Leyr era un tanith, y se movía con la misma discreción que el hielo al derretirse de forma lenta.

Wes Maggs era nativo de Belladon, uno de los especialistas de reconocimiento del Octogésimo Primero. Era extremadamente bueno en lo que hacía, pero a pesar de ello casi había tenido que empezar a aprender de cero para mantenerse al nivel de los expertos de Tanith. Seguía un poco admirado por la capacidad de Mkoll, y ese respeto tendía a hacerle olvidar sus propias habilidades.

Maggs era un individuo de baja estatura y anchos hombros, con una cicatriz en el rostro que se lo cruzaba desde una esquina del ojo izquierdo. Cuando estaba fuera de servicio era capaz de competir con el bocazas de Varl en cuanto a cháchara. También poseía su propio estilo. Lo llamaba «procura que no te vean para que no te maten».

Llegó hasta la zona de maleza arrastrándose sobre el estómago y rodó sobre sí mismo para meterse en una cavidad reseca y llena de suciedad que había alrededor de una raíz muerta. Luego sacó la cabeza para echar un vistazo. *Despejado*, le indicó por señas a Leyr, quien a su vez transmitió la información a toda la línea.

Maggs se movió sobre los hombros para mirar desde otra posición. La muralla del pueblo era de piedra y estaba cubierta de planchas de alguna clase de material de color verde grisáceo. Había una puerta a unos diez metros de él. No era la puerta principal, ni siquiera una puerta secundaria, sino más bien algún tipo de desagüe o de salida de aguas en caso de inundación. Quizá fuera una boca de alcantarilla.

Eran demasiadas posibilidades por señalar. Indicó su posición.

Mkoll se limitó a asentir.

Maggs corrió hacia allí en cuanto vio el gesto de asentimiento. Estuvo menos de un segundo bajo la luz del sol. Un momento después ya se encontraba bajo la fresca sombra que había a los pies de la muralla. Se pegó a las frías y un poco apestosas placas clavadas. Caminó sin despegarse, atento al inquietante silencio del pueblo. El lugar debería mostrarse en estado de alerta aunque sólo fuera porque el ataque se había iniciado aquella misma mañana.

Los perros habían ladrado, los campos habían ardido, pero el lugar estaba en silencio.

Llegó a la pequeña puerta. Se trataba de un escotillón de madera de la mitad de altura de una persona, colocado de forma deficiente en la estructura de la muralla. Estaba cerrado con un cerrojo, y éste estaba asegurado con un candado de aspecto antiguo. Sin embargo, la madera estaba medio podrida y algo floja. Maggs comenzó a

escarbar con el cuchillo de combate para separar el cerrojo de la madera blanda.

Detrás de él, entre los matojos, Leyr vio que se acercaba un guardia. Era un soldado que caminaba solo y equipado con una armadura de combate de color verde que estaba patrullando el perímetro de la muralla para efectuar una comprobación visual de las zanjas y las alcantarillas.

Leyr dio un par de chasquidos por el microcomunicador. Maggs levantó la mirada y vio al guardia que se acercaba. La táctica habitual recomendada en ese tipo de casos era que Maggs se encogiera sobre sí mismo y se mantuviera escondido mientras Leyr acababa con el guardia por la espalda.

Maggs tenía otra intención. Raspó el oxidado cerrojo de la puerta con el cuchillo de combate y produjo un leve sonido metálico y martilleante.

¿Qué demonios haces, Maggs?, le preguntó Leyr con un parpadeo mientras quitaba el seguro del rifle para el disparo que ya creía inevitable.

El guardia oyó el débil tintineo y se dirigió en línea recta al punto de origen. En cuanto se inclinó sobre la zanja que había al lado de la puerta, Maggs se puso en pie con un movimiento fluido y le clavó la hoja del cuchillo en mitad de la garganta. El explorador tomó el cuerpo inerte en brazos y lo arrastró hasta ocultarlo a su lado. En apenas un parpadeo, ambos habían desaparecido.

Maggs acabó de arrancar el cerrojo y abrió la puerta con suavidad. Tuvo que esforzarse por mantener apartado el cuerpo del guardia, ya que compartían el mismo espacio de la zanja. Echó un vistazo al interior.

Era el sumidero de la corriente de un canal o de una alcantarilla que bajaba desde detrás de la muralla hasta llegar a la zanja donde se encontraba. La puerta no era más que una tapa que daba a una cavidad de mucho menor tamaño, un hueco bajo la base del muro que estaba bloqueado por tres gruesas barras de hierro. Incluso sin el obstáculo de las barras, el sumidero era demasiado estrecho para que pasara una persona.

Sin embargo, el suelo estaba reseco. La tierra se había encogido y el hueco del sumidero se había agrandado debido a los meses transcurridos sin lluvia. Aquello se había convertido en un agujero polvoriento cuyo extremo se había ido separando de la superficie del muro como una encía enferma de un diente. Maggs alargó una mano y logró arrancar uno de los barrotes con facilidad tras darle unos cuantos tirones.

Le hizo una señal a Leyr: Avisa a Mkoll. Estamos dentro.

5

Pasaron diez minutos más. Baskevyl dio una orden y la primera oleada avanzó de nuevo, ya más cerca de la ladera de la muralla. Caminaban agachados aprovechando la cobertura que les proporcionaban los matorrales secos.

Uno de los guardias de la muralla acabó dándose cuenta de su presencia, o al menos se percató de que algo se movía en el terreno que se extendía allí abajo. Se oyó un grito, y a continuación una vieja ametralladora comenzó a disparar de un modo impreciso y con ráfagas lentas y separadas entre sí hacia aquellas laderas. Los proyectiles rasgaron los matojos y las hojas secas, provocando por doquier una lluvia de fragmentos quebradizos. Los proyectiles producían un sonido agudo y zumbante al pasar a través de aquella cobertura terrestre. Pocos segundos después, otra ametralladora abrió fuego, seguida de una tercera. Los disparos de las carabinas láser restallaron desde los parapetos. A continuación, se oyó el estampido sordo de los morteros que disparaban desde los patios que se encontraban detrás de las murallas. Las granadas de mortero se quedaron cortas y cayeron sobre el terreno reseco, por lo que lo único que hicieron fue levantar columnas de humo y tierra con el centro en llamas. Las columnas se deshicieron con la brisa y se deslizaron poco a poco por la ladera.

Los disparos de los morteros se hicieron más frecuentes.

—¿Permiso para responder? —le solicitó Baskevyl a Gaunt.

—Concedido —respondió Gaunt.

Los Fantasmas que estaban desplegados en las laderas que daban al pueblo abrieron fuego. Los disparos láser cayeron a raudales sobre la parte superior de la muralla. La distancia era excesiva para acertar, pero lo que se buscaba era obligar al enemigo a ponerse a cubierto. Los equipos de apoyo ligero, situados en el lindero del bosque, también abrieron fuego. Seena y Arilla, Surch y Loell, Belker y Finz, Melyr y Caill, artilleros y cargadores. Los cañones de gran calibre empezaron su seco tamborileo, semejante al de unas máquinas de coser gigantes, y los grandes proyectiles decoraron la puerta principal con miles de pequeñas volutas de humo.

—Que empiece a ser algo más personal —dijo Gaunt por el comunicador mientras avanzaba.

Los francotiradores del regimiento habían estado esperando aquella orden. Todos

estaban en posición y tenían un objetivo fijado. Jessi Banda estaba contemplando a través de la mira telescópica las cabezas de varios centinelas enemigos situados sobre la muralla.

—Como latas en un poste —murmuró cuando centró a uno de ellos en el punto de mira.

La cabeza desapareció convertida en una nube rojiza. Banda parpadeó para asegurarse de que lo había visto bien.

Cerca de ella, Nessa Bourah apartó un ojo de la mira telescópica de su rifle láser largo.

—Como latas en un poste —le dijo con una sonrisa pronunciando las palabras con el leve tono nasal de las personas completamente sordas.

Los francotiradores dispararon a buen ritmo y mataron a todo aquél lo bastante estúpido como para asomarse por la muralla. El ritmo de Larkin fue el más elevado. Fueron cinco enemigos abatidos en tres minutos. Uno de los muertos se quedó doblado sobre el parapeto de la muralla.

Algo de tamaño considerable explotó detrás de la muralla y los morteros dejaron de disparar. Los exploradores estaban cumpliendo sus tareas en el interior del pueblo.

● ● ● ● ●

El viejo mercado de la ciudad se había convertido en un lugar enfermizo y de aspecto descuidado. Las calles estaban llenas de basura y los edificios se encontraban en un estado lamentable, aunque muchas construcciones, como las murallas, habían sido reparadas o transformadas utilizando una serie de materiales que no se podían identificar a primera vista. Había unas planchas de color verde grisáceo que estaban a mitad de camino entre la madera de contrachapado y las placas de latón. También se veían extrañas sustancias semejantes a la resina. Habían reforzado las paredes con vigas y tubos metálicos que habían comenzado a oxidarse. Muchos techos aparecían derrumbados. Todas las estatuas habían sido arrancadas y destrozadas y en algunos lienzos de pared todavía se veían los agujeros de antiguos disparos. Los ocupantes habían decorado todo el lugar con garabatos enloquecidos y escritos repugnantes, además de pintadas que trastornaban la mente.

El aire estaba cargado de un olor particular, empalagoso y algo repulsivo, y por todos lados se veían restos humanos, en su mayor parte huesos. Daba la impresión de que los soldados del archienemigo, más que ocupar el pueblo, habían anidado allí.

Los exploradores se infiltraron en silencio por el punto de entrada que Maggs había descubierto y se pusieron manos a la obra. Jajjo y Caober recorrieron las sombras a través de una serie de callejas secundarias hasta que llegaron al borde de un amplio patio adoquinado que se extendía bajo la muralla. El enemigo había

desplegado ocho morteros montados sobre unas plataformas de madera. Unos servidores del Caos de elevada estatura se encargaban de hacer que las piezas dispararan. Eran unas criaturas que despedían un olor rancio e iban protegidas por armaduras de placas de color gris. Tenían la boca y la nariz cubiertas por unas cajas de habla mecánica incorporadas a unos anchos collarines de bronce. La mayoría tenían implantes oculares acoplados a las cuencas de los ojos. Algunos utilizaban largos aguijones o látigos para azotar a un grupo de seres humanos medio desnudos y de aspecto desnutrido, poco más que huesos, pellejo y harapos, para obligarlos a transportar las granadas desde una pila de munición hasta los morteros. Aquellos individuos eran prisioneros, cautivos, que no habían recibido más que abusos y muy poca comida. Llevaban grabada en la cara la runa del estigma.

Caober le indicó por señales a Jajjo que los distrajera con unos cuantos disparos y que sacara a los esclavos de allí mientras él se acercaba para volar los morteros con una carga de demolición.

Jajjo asintió y rodeó unos andamiajes de metal antes de adentrarse en el patio abierto. No lo dudó un instante y abrió fuego de inmediato, disparando varias ráfagas de láser contra las dotaciones de los morteros. Dos de las criaturas con armadura se desplomaron. Las demás se dieron la vuelta y se dispersaron lanzadas a la búsqueda de sus carabinas láser. Jajjo disparó otra vez y abatió a otra. Los esclavos, a mitad de camino en el trayecto entre la pila de munición y las armas, se detuvieron y se quedaron mirando al Fantasma.

—¡Vamos! ¡Vamos! —les gritó Jajjo disparando el rifle con una mano mientras que con la otra les hacía gestos frenéticos—. ¡Por aquí!

Ninguno de ellos se movió. Simplemente se lo quedaron mirando con ojos de expresión vacía. Algunos siguieron sosteniendo las granadas de mortero en los brazos como si fueran bebés.

Caober preparó las cargas de demolición y corrió hacia uno de los laterales del patio. Estaba preocupado por el hecho de que los prisioneros no se movieran. Seguían dentro del radio de la onda expansiva que estaba a punto de provocar.

—¡Vamos! —gritó Jajjo de nuevo.

Más miradas vacías.

Jajjo soltó una maldición y corrió hacia ellos. Disparó entre dos de los prisioneros contra uno de los enemigos, que había empuñado una carabina láser. Varias placas grises salieron despedidas de la armadura cuando los disparos de Jajjo lo atravesaron y lo derribaron.

—Venga. ¡Vamos!

Otros dos enemigos habían recuperado sus armas y comenzaron a responder al fuego de Jajjo. Uno de los disparos de carabina le pasó cerca de la cabeza al explorador. Otro disparo, con menor precisión, acertó en cambio de lleno en la espalda a uno de los esclavos inmóviles. El individuo, de aspecto bastante mayor, aunque también era posible que los abusos que había sufrido lo hubieran envejecido

de forma terrible, cayó muerto hacia adelante. La granada de mortero que llevaba en los brazos quedó suelta y se alejó rodando y tintineando por encima de los adoquines.

Los esclavos siguieron sin moverse. No echaron a correr para ayudar a su compañero ni para ponerse a cubierto llenos de temor. Tan sólo giraron la cabeza con lentitud para mirar con expresión vacía y durante un momento el cuerpo tendido en el suelo.

Jajjo llegó hasta su altura sin dejar de disparar contra el enemigo.

—¡Vamos! —les gritó al mismo tiempo que les tiraba de los hombros flácidos y de los brazos sin fuerza—. ¡Moveos, Gak! ¡Moveos!

Al estar tan cerca, le llegó con fuerza el olor de aquella gente. El hedor le provocó arcadas. La capa de suciedad que los cubría era algo increíble. Vio con claridad las pulgas y las chinches. La piel de los prisioneros parecía algodón al tacto, y estaba suelta y delgada, ya que no disponían de ninguna grasa corporal.

—¡Vamos!

Otro disparo de carabina le reventó la cabeza a la mujer de la que estaba tirando en ese momento. El cuerpo de la prisionera lo había estado cubriendo. Cuando cayó en silencio, Jajjo se apoyó el rifle en el hombro y descargó el arma con furia y en fuego automático contra la posición artillera, acribillando a todas las criaturas enemigas que tenía a la vista. Dos salieron despedidas de espaldas y con los brazos abiertos de par en par. Otra cayó dando vueltas sobre sí misma y separó un tubo de mortero de su trípode con un apagado crujido metálico.

Jajjo retrocedió de espaldas sin dejar de disparar. Ya no tenía tiempo. Ya no había tiempo de tener compasión.

—¡Hazlo! —gritó con desesperación.

Caober tiró de la cinta de detonación y lanzó el puñado de cargas en mitad del emplazamiento de morteros. Jajjo y él corrieron a ponerse a cubierto.

Cuando se pusieron en pie, casi cubiertos por una nube de humo, los morteros estaban esparcidos por todos lados. Todos los esclavos estaban tirados en el suelo, derribados por la onda expansiva.

—Voy a… —empezó a decir Jajjo.

Caober lo agarró del brazo y tiró de él. No tenía sentido que comprobaran si todavía había alguno con vida. El esfuerzo sería tan inútil como había sido el intento de salvarlos al principio. Tenían que seguir en movimiento.

Todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

● ● ● ● ●

Mkoll oyó y sintió la onda expansiva de la explosión que hizo enmudecer a los morteros. Estaba a dos calles de ese patio, con Hwlan, y ambos se dirigían hacia la

puerta. Había esperado encontrar más resistencia en el interior del pueblo. El lugar estaba medio vacío. Vieron a muy pocos guardias enemigos. Los espectros de armadura de placas que Mkoll sabía que se llamaban excubitores, algo que había aprendido durante la anterior misión en Gereon, se mantuvieron apartados de su camino. Los excubitores corrían en dirección a las murallas, a las que acudían para enfrentarse al ataque exterior que había comenzado cinco minutos antes.

También había soldados enemigos, unos individuos equipados con armaduras de combate de un color verde pulido. Marchaban a paso ligero y por escuadras, bajo el mando de excubitores o de oficiales sirdar. Algunos iban en camiones de aspecto baqueteado o incluso sobre máquinas de vapor siseantes. Cantible estaba movilizando todas sus defensas, pero ¿dónde estaban los habitantes? La mayoría de los habitáculos y de las tiendas por las que los exploradores habían pasado se encontraban vacías y abandonadas.

A Mkoll se le ocurrió que no había gente porque, al igual que cualquier otro recurso, se había agotado. Había visto el proceso a medias cuando se había marchado. Las fuerzas de ocupación habían explotado y consumido de forma progresiva toda la producción de Gereon: los objetos manufacturados, los minerales, las cosechas, el agua, la carne. Amplias zonas del planeta se habían dedicado a la xenoagricultura para producir alimentos alterados genéticamente o infectados por la disformidad que había asolado la tierra al arrancarle por completo todos sus nutrientes. Las cosechas servían para alimentar a los soldados enemigos, pero se producían en tanta abundancia que los excedentes se transportaban a otros mundos como suministro para los hambrientos ejércitos del Arconte. Durante unos cuantos años, hasta que el proceso agotase su fertilidad, Gereon sería para el archienemigo uno de los planetas granero de la región. El combustible y las reservas de metal seguían el mismo camino que la comida. Mkoll había contemplado en persona y con ojos asombrados cómo actuaban dos *jehgenesh*, unas bestias de la disformidad que los ocupantes de Gereon soltaban de forma deliberada en los recursos acuíferos del planeta. Aquellas… cosas se bebían lagos, mares y pantanos y excretaban el agua en el espacio disforme hasta lejanos planetas áridos situados en los dominios del archienemigo. Había ayudado a matar a aquellas dos criaturas.

La carne no era más que otro recurso. Aquellos miembros de la población humana de Gereon que no se habían convertido en prosélitos y habían abrazado la nueva fe habían acabado como esclavos, privados de todo derecho o dignidad. Otros, de forma literal, habían sido enviados a las fundiciones de carne, donde se les amputaban trozos del cuerpo para que el enemigo pudiera disponer de una fuente de piezas de repuesto y de órganos para trasplantes. Los muertos, los inútiles y los débiles se metían en el vientre de los hornos que impulsaban las abominables nuevas industrias de Gereon e iluminaban el cielo de rojo al anochecer. Al final, todo el mundo iba a parar a los hornos.

Mkoll se dio cuenta de que a lo largo de los prolongados meses y días de dolor que

habían transcurrido desde la última vez que había estado allí, el suministro humano, al igual que todos los recursos limitados, había comenzado a disminuir. Gereon estaba a punto del agotamiento definitivo. Tal como Gaunt se había temido, y le había confesado en privado a Mkoll, quizá habían llevado la liberación al planeta demasiado tarde ya.

Mkoll y Hwlan siguieron atravesando los cascarones vacíos y secos que habían sido hogares y comercios. El ambiente de todas y cada una de las estancias poseía una atmósfera caliente y estancada, y mostraba una pátina amarillenta de abandono. Todo estaba descascarillado y reseco. Los cristales de las ventanas, los pocos que quedaban, estaban manchados del color del amasec. Las manchas de moho y de unos hongos virulentos e hinchados de color violeta estaban en todas las paredes y los techos. En cada alféizar se veían montones de moscas muertas que se asemejaban a puñados de polvo de carbón.

Atravesaron un edificio, que más parecía una tumba, que debía haber sido una carnicería. Las mesas de madera de la trastienda estaban cubiertas de manchas de color marrón oscuro, y de los ganchos de hierro colgaban restos de carne seca que se mecían con lentitud de sus largas cadenas ennegrecidas.

Hwlan se acercó a la puerta trasera y comprobó el exterior.

Puerta principal —indicó por señales—. Sesenta metros.

Mkoll asintió. Se quitó del hombro el morral que había llevado hasta allí y lo dejó sobre uno de los tajaderos. Sacó las cargas de demolición de tubo una por una, las comprobó y las dejó una al lado de la otra. Veinte, y una más «para traer suerte», había dicho Rawne. El mayor Rawne, que sabía de aquel tipo de cosas por lo que él había descrito como «una juventud alocada», había diseñado en persona el detonador. Consistía en un sencillo mecanismo de activado que era iniciado por el mercurio de una botella de gravedad, un vial de cristal del tamaño del meñique de Mkoll. El mercurio saldría de su sitio por un fuerte impacto o un cambio de altitud, y entonces fluiría por el vial y realizaría la conexión.

Mkoll hizo un paquete con los tubos y les conectó el detonador. Luego retorció los cables que iban del detonador a los cabezales de los propios tubos. Tan sólo un trozo de papel, metido entre el vial de encendido y el pequeño depósito repleto de mercurio impedía que estallara el conjunto.

El intercambio de disparos en el exterior había aumentado de intensidad. El experimentado sentido del oído de Mkoll le indicó que les quedaban como mucho diez minutos antes de que se descubriese la incursión por retaguardia y perdiese su efectividad. Tenían diez minutos para conseguir su objetivo y demostrar la valía táctica de los exploradores.

—Un vehículo —dijo.

Hwlan, que estaba al lado de la puerta trasera, lo miró sorprendido. Era la primera vez que uno de los dos había hablado en voz alta desde hacía veinticinco minutos.

—Necesitamos un vehículo —explicó Mkoll.

Había esperado poder apoderarse de un camión, un vehículo de tracción o algo parecido, pero en cuanto entraron, se dio cuenta de lo limitados que eran los recursos allí dentro.

Hwlan se dirigió a la puerta lateral de la carnicería. Había un patio al otro lado, y allí había varios cobertizos que probablemente habrían servido para salar o ahumar carne. En el interior de uno de ellos vio una carretilla.

—Voy a echar un vistazo, jefe —le dijo a Mkoll antes de salir.

Mkoll se quedó esperando. Oyó unas pisadas en la calle y se agachó debajo de la mesa del carnicero. La sombra de una escuadra de excubitores pasó por delante de la ventana llena de suciedad.

La carretilla no serviría para nada. Le faltaban las ruedas traseras. Hwlan se colocó el rifle láser bajo el hueco del brazo, en la típica postura del cazador furtivo, y fue recorriendo las entradas de los cobertizos. Descubrió que daban al anexo de una propiedad vecina. Cruzó el estrecho patio cubierto de sombras y se puso de puntillas para mirar a través del hueco de las ventanas.

Hwlan suspiró.

Era una guardería. El lugar había sido saqueado hacía ya bastante tiempo y después habían dejado que se pudriera, pero todavía se veían unos pequeños cubos de madera, pintados de colores brillantes, esparcidos por el suelo junto a los restos rotos de algunas muñecas y otros montones de basura menos identificables.

Y, tumbado sobre un costado, un carrito para niños.

Probó a abrir la puerta. El cerrojo lo habían arrancado de una patada mucho tiempo atrás. En el interior se olía el terrible y mohoso hedor a estancia cerrada, a podredumbre seca, a descomposición. De repente, se dio cuenta por primera vez y con un sobresalto que no había telarañas por ninguna parte. Los arácnidos, al igual que las ratas y las pulgas, habían acompañado a la humanidad hacia las estrellas y habían invadido todos los espacios donde se pudiera vivir. ¿Qué era lo que les había ocurrido a las arañas en aquel lugar? ¿Es que había algo en el Caos que las repelía, o, y esto último se debía a la manía que Hwlan les tenía, la ausencia de telarañas indicaba que los arácnidos disfrutaban de alguna clase de alianza con los Poderes Siniestros? No es que no fueran capaces de hacer algo como aquello, pequeños bichos repugnantes.

Hwlan cruzó la estancia hacia el carrito de niños volcado mientras pensaba en la innata maldad de las criaturas de ocho patas. Esquivó con habilidad y sin esfuerzo alguno todos los objetos sueltos que se encontró por el camino. Se inclinó para apartar un montón de trapos y levantar el carrito.

El montón de trapos estaba vivo.

• • • • •

En la carnicería, Mkoll se quedó completamente inmóvil al oír el eco penetrante del gemido procedente del edificio contiguo. Con la tranquilidad de la experiencia, recogió el morral y el paquete de cargas de tubo atadas y los quitó de la vista poniéndolos debajo del mostrador para después agacharse detrás de una tinaja de metal galvanizado.

La puerta trasera se abrió. Dos excubitores, alertados por el grito, entraron procedentes de la calle y echaron un vistazo. Mkoll olió desde su posición a cubierto el dulzón perfume de los aceites y los ungüentos que utilizaban para decorarse la piel. Era un olor que no había captado desde hacía cierto tiempo, pero que no había olvidado. Empuñó con más fuerza el rifle láser.

—¿*Eshet tyed g'har veth*? (¿Qué ha sido ese ruido/sonido que nos ha llegado/venido de este lugar?) —le dijo uno de los excubitores al otro.

Los sonidos surgieron chasqueantes de las cajas de habla mecánica incorporadas a los anchos collarines de bronce.

—*Voi ydereta haspa clo c'shull myok* (Vete/reúnete con los demás/atiende a tu deber mientras yo miro/busco/registro) —le contestó el otro.

Al igual que Gaunt y el resto del grupo de la misión Sturm, Mkoll había aprendido los rudimentos básicos del lenguaje enemigo como algo necesario para la supervivencia.

—*¿Desyek? ¿Seyn voi shet?* (¿Estás seguro/acertado/confiado?)

—*Syekde. Jj'jan fer gath tretek irigaa.* (Vete/Estoy seguro. No es importante, pero debo comprobarlo.)

Uno de los excubitores dio media vuelta y se marchó. El otro se internó en la carnicería apuntando la carabina láser desde el pecho.

Mkoll se puso en pie dejando el rifle láser fuera de la vista. El excubitor se sobresaltó y le apuntó con el arma.

—*¡Eletreeta j'den kyh tarejaa fa!* (¡Menos mal que ha venido! ¡Mire/observe lo que tengo aquí!) —le dijo Mkoll.

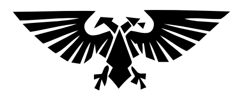
—*¿Jabash je kyh tarej?* (¿Qué es lo que tengo que mirar/observar?)

—Plata pura —le dijo Mkoll al mismo tiempo que clavaba el cuchillo de combate tanith en mitad de la frente del excubitor.

El excubitor soltó la carabina láser y se llevó las dos manos al cráneo. Mkoll lo agarró por la nuca con la mano izquierda y le empujó la cabeza contra el tajador que había en la mesa, lo que hizo que la hoja se le clavara con mayor profundidad. Un chorro de sangre sucia e infectada surgió de la herida y manchó toda la mano con la que Mkoll seguía empuñando el cuchillo. El cuerpo del excubitor tuvo un espasmo y después se quedó flácido.

Mkoll bajó con lentitud el cuerpo hasta el suelo en vez de dejarlo caer y después sacó la hoja del cuchillo de un tirón.

El otro excubitor volvió a entrar.



6

El excubitor se quedó inmóvil. Vio la sangre fresca que manchaba la mesa y el cuerpo de su camarada tirado en el suelo. Empezó a abrir la boca al mismo tiempo que alzaba la carabina láser, que ya tenía amartillada.

Mkoll hizo un movimiento brusco con la muñeca y lanzó la daga empapada de sangre. Se clavó en mitad del ojo izquierdo del excubitor con tanta fuerza que la guarda de la empuñadura chocó con el borde de la cuenca ocular. El excubitor se tambaleó por un momento, con la cabeza inclinada hacia atrás por la fuerza del impacto, y después cayó de bruces.

Mkoll se apresuró a acercarse y a terminar de meter el cuerpo dentro de la carnicería para luego cerrar con cuidado la puerta trasera.

• • • • •

La pila de harapos era algo remotamente humano. Un anciano, una anciana. Hwlan no lo distinguió con claridad. Era algo que estaba medio muerto y en los huesos. Al mover los harapos, recuperó la conciencia y soltó un fuerte gemido. Hwlan le dio una patada de forma involuntaria y lo derribó. El ser se incorporó, dio media vuelta y entró corriendo en el edificio.

Hwlan le siguió, ya que sabía que debía hacerlo callar, pero la criatura ya había desaparecido en silencio. Regresó a través de las estancias abandonadas hasta la guardería y el carrito para niños.

Acababa de ponerlo en pie y empezaba a comprobar su estado cuando Mkoll apareció a su espalda. El jefe de exploradores tenía empapada de sangre la manga derecha del uniforme.

—¿A qué demonios estás jugando? —le preguntó Mkoll con un susurro.

—Un vehículo —le contestó Hwlan.

• • • • •

A medio pueblo de distancia, Bonin y Maggs se adentraban en lo más profundo de Cantible, pegados a las sombras y sin permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Ambos se dieron la vuelta cuando oyeron el fuerte estruendo de las cargas de tubo de Caober.

—¿Un templo? —preguntó Maggs con un murmullo al mismo tiempo que señalaba en aquella dirección.

Bonin hizo un gesto negativo con la cabeza. *Iconoclave*, indicó cuidadosamente con signos.

—Vale. ¿Y qué es eso? —susurró Maggs con una sonrisa.

¿Es que no sabes hablar por signos?, le preguntó Bonin con gesto furibundo.

Sí —le replicó Maggs por signos, y para confirmarlo, trazó con cuidado la siguiente frase—: *Eres un capullo de narices*.

Bonin tuvo que esforzarse por no sonreír. Maggs era un buen tipo para no ser un tanith. Feth, era un buen tipo para no ser un verghastita.

Se pusieron a cubierto cuando un grupo de soldados pasó a la carrera, seguido de una larga procesión de excubitores de aspecto desgarbado. Todos se dirigían hacia la puerta.

El edificio que Maggs había confundido con un templo era una construcción de grandes piedras pesadas nueva y alargada. Un iconoclave era el lugar donde las fuerzas del enemigo obligaban a los ciudadanos a que destruyeran cualquier icono, estatua o motivo decorativo que honrara al Imperio. El templo del pueblo se encontraba a dos calles de allí. Se trataba de un edificio grande, pero casi en ruinas.

Corrieron en aquella dirección. Se suponía que allí debía haber alguna clase de señal, un contacto. La inteligencia de la Armada lo había dicho. Maggs y Bonin no encontraron más que los tristes restos de un templo destrozado y de los sacrílegos actos del enemigo. El gran mosaico del aquila imperial dibujado en las losas del suelo del templo había sido machacado a martillazos.

Quizá hay otro templo, dijo Maggs por señas.

Antes de que Bonin pudiera responderle, un disparo láser pasó entre ambos y no alcanzó a ninguno por poco. Le siguieron varios más, pero Maggs y Bonin ya estaban rodando por el suelo para ponerse a cubierto.

Varios soldados de ocupación, con las armaduras verdes, entraron por la puerta principal del templo en ruinas sin dejar de dispararles. Bonin se preguntó si aquello era una casualidad desafortunada o si el enemigo habría estado vigilando el templo.

Los disparos láser astillaron los viejos bancos de madera y las sillas de respaldo alto. Maggs y Bonin, ambos tumbados en el frío suelo, apuntaron con los rifles y empezaron a responder a los disparos enemigos. La primera ráfaga de Bonin abatió al soldado que iba en cabeza, y la segunda mató a los dos que avanzaban detrás del primero. El enemigo se desplegó a ambos lados de la nave central y se puso a cubierto detrás de las columnas y de las tumbas de piedra de los antiguos personajes importantes del pueblo. Aunque de momento se encontraban a cubierto por el frágil

escudo que representaban las filas de asientos de la congregación, Maggs y Bonin no tardarían en verse flanqueados por ambos costados. No había cobertura hacia la que pudieran retroceder.

—¡Esto va mal! —gritó Maggs.

—Y que lo digas —contestó Bonin.

Este disparó otra ráfaga y acertó a uno de los enemigos en el cuello y en la cara. El cuerpo del soldado giró sobre sí mismo despidiendo un chorro de sangre por la garganta que lo manchó todo a su alrededor antes de estrellarse contra un banco.

Maggs intentó moverse, pero los disparos de un lado de la nave acribillaron el suelo de losas y lo obligaron a retroceder. El aire empezó a cargarse con una espesa capa de humo procedente de los disparos que se enroscó alrededor de los débiles rayos de luz que entraban por las ventanas del triforio.

Bonin disparó de un modo selectivo, pero eran demasiados objetivos a los que acertar, demasiados objetivos que repeler.

La situación se había complicado mucho, sin duda alguna.

• • • • •

Al otro lado de las murallas y de la puerta principal acribilladas se estaba librando una batalla a gran escala. En respuesta al ataque imperial, las fuerzas enemigas que ocupaban Cantible habían llenado los adarves de la muralla con tropas y habían abierto fuego desde los nidos de armas pesadas que habían montado en los torreones y en la puerta fortificada. Aunque el archienemigo había tardado bastante en responder de forma adecuada, como si se hubiera despertado de un sopor como el de los animales de sangre fría, la resistencia se había hecho considerable.

Las escuadras de refuerzo de las tropas de ocupación llegaban hasta la puerta principal y desembarcaban de los camiones para luego subir de forma apresurada las escaleras que llevaban a lo alto de las murallas para tomar posiciones. A cada momento llegaban más tropas de la guarnición en distintos vehículos que bajaban por la colina, procedentes del ayuntamiento.

Mkoll, a unos treinta metros de la puerta, asomó la cabeza por la esquina de la calleja donde estaba escondido y miró a lo largo de la empinada calle de adoquines que llevaba hasta la puerta fortificada. Esperó a que dos decrépitos camiones del ejército pasaran de largo y soltó el asa de madera del carrito. Luego dio un paso atrás y se reunió con Hwlan, que ya se encontraba a cubierto. Mkoll llevaba en la mano un pequeño trozo de papel.

Las tropas de ocupación estaban bajando de los camiones que se habían detenido cerca de la puerta cuando vieron pasar el carrito para niños. Rodaba solo, traqueteando sobre los adoquines y tomando más velocidad a medida que bajaba por

la larga pendiente de la calle. Un par de soldados se lo quedaron mirando con asombro evidente, y otros llamaron a sus amigos y camaradas para que lo vieran. El carrito para niños pasó de largo al lado de las sorprendidas tropas y de un camión. Iba en línea recta hacia la puerta.

Un oficial, un sirdar, soltó una exclamación al reconocer el siniestro significado de la curiosa aparición y del que no se habían dado cuenta sus soldados. Dio un grito para que alguien detuviera el carrito, que lo agarrara, para impedir que llegara hasta la puerta.

Nadie se movió para obedecerlo. El asombro les hizo reaccionar con lentitud, por lo que el sirdar se bajó de un salto de la parte trasera del camión donde se encontraba y se lanzó a por el carrito cuando pasó a su lado.

Lo detuvo a unos tres metros de la puerta con un fuerte tirón. La violencia del frenazo hizo que el mercurio recorriera el pequeño vial de vidrio.

Se oyó un chasquido.

7

La explosión hizo daño, incluso desde lejos. El aire impuro que flotaba sobre el páramo que se extendía fuera de la ciudad dio la impresión de quebrarse, como si algo hubiera fracturado el día de repente. Todos los fantasmas que avanzaban sintieron la onda expansiva en las cavidades del cuerpo e incluso en las articulaciones.

Las puertas principales de Cantible se elevaron por encima de las enormes bisagras de hierro envueltas en una luminosa nube de fuego y se desplegaron como unas gigantescas alas antes de desintegrarse. Tan sólo quedaron unas cuantas astillas en llamas que cayeron revoloteando al suelo. El torreón de la entrada desapareció convertido en una rugiente bola de humo y fuego, y a continuación se derrumbó, esparciéndose hacia el exterior como una ruidosa avalancha de tejas y de piedras sueltas.

Un fuerte grito de alegría surgió de las filas imperiales mientras el torrente de ceniza, brasas y restos ardiendo bajaba por la ladera adyacente a la muralla. La carga comenzó de inmediato.

Con las cabezas agachadas, los Fantasmas empezaron a subir por el camino principal que llevaba hasta el torreón en ruinas de la entrada. Cruzaron la brecha envueltos por el humo que ascendía por encima del pueblo y que provocó una gran mancha oscura en el cielo pálido.

Al principio no encontraron resistencia alguna. Todos los soldados enemigos que se encontraban cerca de la puerta habían muerto por la tremenda explosión, o habían quedado tan gravemente heridos que murieron a los pocos minutos. Otros, sobre todo los defensores que se encontraban sobre los tramos de muralla cercanos a la puerta, fueron derribados por la onda expansiva o por los escombros que volaron en todas direcciones o simplemente quedaron demasiado aturdidos para reaccionar ante semejante golpe. Los Fantasmas entraron en el pueblo sin oposición alguna.

La compañía G, la del capitán Ban Daur, fue la primera en entrar, seguida muy de cerca por la compañía F, la del capitán Ferdy Kolosim. La actuación de Daur fue metódica y eficiente. No perdió el tiempo en avanzar con cuidado al principio, sino que urgió a los jefes de pelotón para que se dieran prisa y se adentraran en el entramado de calles principales para asegurar unas buenas posiciones antes de que el desorganizado enemigo lograra recuperarse. Ban Daur era un individuo joven de

elevada estatura y de aspecto pulcro, con una buena educación y unos excelentes modales. Al conocerlo era fácil olvidarse de que se trataba de un veterano de la guerra de la Colmena Vervun y un experto de primera mano en asedios y combates urbanos. Gaunt a menudo pensaba que Daur era el más subestimado de todos los comandantes de unidad. El capitán no poseía una imagen tan definida de soldado como Kolea, Obel o Varaine, ni tenía el aire de asesino de Rawne o de Mkoll. Era demasiado fácil confundirlo con una persona amable y de buenas maneras que sería capaz de organizar un campamento pero que dejaría los asuntos de la guerra a sus mayores.

La compañía G invadió Cantible con una elegancia bien ensayada. Los principales jefes de escuadra de Daur, es decir, Mohr, Vivvo, Haller, Vadim, Mkeller y Venar, hicieron avanzar a sus unidades en formaciones solapadas entre sí y asegurando cada esquina y edificio antes de seguir. Comenzaron a producirse combates esporádicos a medida que los guardias imperiales se fueran encontrando con bolsas de resistencia formadas por los desorganizados excubitores.

A los cinco minutos, la cabeza de puente formada por Daur le había abierto camino a la compañía de Kolosim para que ésta avanzase a su vez, seguida por la de Rawne y la de Kolea. Las dos últimas eran las compañías pesadas y entrenadas de aquel nuevo modelo de Primero, que únicamente tenían como rivales a los guerreros del grupo de exploradores de Mkoll y a las compañías de combate de Obel y de Domor. Empezaron a abrirse paso por el pueblo en el punto donde Daur había penetrado.

Mkoll y Hwlan se pusieron de pie con lentitud en su posición, a unos treinta metros de la puerta. La onda expansiva había sacudido toda la zona y reventado todas las puertas y las ventanas. Mkoll, a quien todavía le zumbaban los oídos, maldijo en silencio a Rawne y a su carga adicional «para traer suerte». Los dos exploradores se pusieron en marcha a tiempo de reunirse con las tropas de Daur.

—Buen trabajo —le comentó Daur cuando se encontró con él.

—Pues aprovechémoslo al máximo —le contestó Mkoll.

A los diez minutos de producirse la explosión, la situación había cambiado un poco. Las fuerzas enemigas de Cantible se habían recuperado de la detonación que las había dejado aturdidas y habían comenzado a responder al ataque. El invisible comandante de la guarnición se dio cuenta de que poco importaba ya aparte del hecho principal: el enemigo estaba dentro de las murallas. Así pues, lanzó a sus fuerzas por las calles para que trabaran combate y repelieran el asalto de los guardias imperiales. Aparecieron más escuadras de soldados de armadura verde junto a vehículos de transporte blindados y unos cuantos tanques ligeros. En las estrechas calles del pueblo comenzó a resonar el eco de los disparos de rifle y de cañón que hicieron que se estremecieran las paredes. Gaunt, tras entrar en el pueblo, ordenó que acudiera el apoyo blindado, y las primeras unidades de Dev Hetra comenzaron a atravesar la puerta destrozada y a subir traqueteando por el pueblo.

• • • • •

La explosión les salvó momentáneamente la vida a Bonin y a Maggs. Las tropas enemigas habían entrado en tromba en el templo para acabar con ellos. Maggs había sufrido dos quemaduras de láser en el brazo izquierdo, y Bonin había recibido un disparo en la espalda que le había abierto un profundo surco en la carne pero que había salido desviado gracias a la placa quirúrgica que todavía le cubría la parte de la espina dorsal que le habían operado.

Ambos sabían, sin necesidad de decirlo, sin necesidad de hablarlo, y no habían tenido oportunidad alguna de hacerlo en mitad de aquel feroz tiroteo, que les quedaban dos o tres minutos de vida en la más optimista de las previsiones.

En ese preciso momento, el regalo de Rawne estalló al otro lado del pueblo. El suelo se estremeció y todas las ventanas del templo que daban al sur reventaron hacia dentro convertidas en una cascada de cristales rotos. Atrapados por la tormenta de fragmentos de vidrio, numerosos soldados enemigos cayeron gritando, lacerados o heridos de gravedad.

Bonin y Maggs, que estaban en una posición baja en mitad del templo, se encontraban más protegidos. Al ver la confusión momentánea que se había producido, la fugaz ventaja, ambos la aprovecharon al instante.

Maggs se puso en pie y echó a correr de cabeza hacia la mesa de madera y piedra del altar principal, situado en la parte posterior del templo.

Bonin a su vez corrió hacia la base de la escalera más cercana, un arco de piedra que se encontraba al otro extremo del espacio para la congregación y que llevaba mediante unos peldaños en caracol a la galería superior del templo.

Los soldados enemigos se recuperaron de la confusión y se dieron cuenta de que sus presas estaban huyendo, así que volvieron a disparar. Maggs se vio perseguido por rayos láser y proyectiles sólidos que repiquetearon contra el suelo del templo, arañando losas y fragmentando piedras. Se lanzó de cabeza para ponerse a cubierto, pero un disparo le acertó en el talón izquierdo y provocó que se estrellara contra el altar en vez de acabar detrás. La pesada pieza de mobiliario, madera tallada y base de ouslita, cayó al recibir su peso. Se quedó tirado en el suelo, aturdido por un segundo, bajo las ventanas verticales del fondo de la nave. Tres soldados enemigos atravesaron a la carrera el centro despejado del templo, con las botas hollando el profanado suelo de mosaico con la imagen del aquila. Durante un segundo dispusieron de una línea de tiro clara contra Maggs.

Sin embargo, Mach Bonin había conseguido llegar a la base de piedra tallada de las escaleras. Allí se dio la vuelta y, con un rostro tan solemne como el de un ángel que llevara la noticia de una muerte, vació lo que le quedaba de su último cargador de energía en una ráfaga de disparos que relucieron al atravesar la resonante cámara.

Los disparos alcanzaron y atravesaron a los tres soldados como tremendos golpes

de hacha. Uno de ellos recibió un disparo en la rodilla con tal fuerza que le amputó la pierna, pero antes de que al cuerpo le diera tiempo a caer, el torso recibió dos disparos, el cuello un cuarto y el hombro otro más. Otro se desplomó cuando dos disparos le entraron por la espalda a la altura de la cintura y le incineraron los pulmones y el vientre. Cayó dejando un rastro de humo repugnante que le salía por la boca. Al tercero le acertó en el tobillo y en la pantorrilla de la pierna izquierda, luego en la cadera y en un lado de la cabeza. Salió despedido como si lo hubiera atropellado un camión.

El resto de la considerable fuerza enemiga se dio la vuelta para apuntar contra Bonin, pero tuvieron que ponerse a cubierto de inmediato porque Maggs se incorporó desde detrás del altar caído y abrió fuego contra ellos.

Al verse a salvo de momento por el frenético fuego de cobertura de Maggs, Bonin dio media vuelta y subió a la carrera la estrecha escalera que llevaba a la galería. Aquella balconada de piedra recorría la parte superior de la cúpula del templo y se apoyaba en un anillo de columnas. Bonin notó en cuanto llegó a la galería el tremendo martilleo de los disparos en el suelo cuando el enemigo volvió a concentrar toda su atención en Maggs.

Corrió hacia el borde de la galería y descargó lo que le quedaba de munición contra el enemigo que se agrupaba allí abajo. La tropa del Caos se dispersó retrocediendo a través de los bancos rotos y volcados, dejando atrás bastantes muertos, unos cuerpos retorcidos e inmóviles.

Bonin se agachó de nuevo y sacó el cargador vacío. Se produjo un abrupto silencio en la nave mientras el enemigo se reagrupaba. El ruido de las pisadas chasqueantes y de las botas al crujir sobre los trozos de cristal y de madera reemplazó el silbido de los disparos.

—¡Wes! —llamó Bonin por el comunicador desde su ventajosa posición—. Estoy seco. Tírame algo.

—¿Y dónde demonios estás? —le contestó Maggs.

—Escaleras arriba. En la galería, a tu izquierda.

Maggs sacó uno de sus últimos cargadores sin abandonar su cobertura, lo sopesó, y después lo lanzó hacia la galería. El cargador dio contra el borde, rebotó hacia atrás y cayó hacia el suelo de la nave central. Numerosos soldados enemigos dispararon hacia el objeto en movimiento.

—¡Feht! ¡Hazlo mejor! —le gritó Bonin.

Desenfundó la pistola. No sería tan útil como un rifle, pero tendría que servir.

A Maggs no le quedaban más que dos cargadores. Había economizado más los disparos que el explorador tanith durante el feroz tiroteo. Se quedó con uno y arqueó la espalda todo lo que pudo para lanzar el otro hacia la galería. El cargador pasó con facilidad por encima del borde de la balconada y desapareció al otro lado.

Al ver que habían perdido la ventaja original de la que habían dispuesto, las fuerzas de ocupación intentaron de nuevo acabar con los imperiales. Algunos se

lanzaron a la carga a través del pasillo central de la nave en dirección a la posición de Maggs y sin dejar de disparar de un modo frenético. Otros se dirigieron hacia los tres tramos de escalera que subían a la galería.

Bonin y Maggs, con un cargador cada uno, se enfrentaron a ellos. Bonin se asomó por el pasamanos de la galería y diezmó a los enemigos que se habían lanzado a la carga contra la posición de Maggs. Al mismo tiempo, Maggs se incorporó un poco y disparó contra los soldados del Caos que se dirigían hacia las escaleras. En diez segundos acabaron con una treintena de oponentes.

Entonces se quedaron sin munición. Se pusieron de nuevo a cubierto y dejaron a un lado los rifles para empuñar las pistolas y la plata pura. El combate había entrado en su última fase, la más brutal.

Durante el tiroteo, Bonin había visto algo desde su posición mientras disparaba hacia abajo. Algo que era más importante que su propia vida.

Encendió el microcomunicador. El enemigo seguía avanzando, dispuesto a aplastarlos por pura superioridad numérica. Le quedaban pocos segundos.

—Bonin a Gaunt. Bonin a Gaunt. Urgente. Responda. Responda.

8

La recepción de señales era muy mala. A Bonin le pareció oír que le contestaba la voz de Gaunt, pero era difícil estar seguro en mitad de todos aquellos chasquidos. Empezó a enviar de nuevo el mensaje.

Los soldados entraron en tromba en la galería. Empezaron subiendo por uno de los tramos de escalera. Bonin fue más tarde incapaz de explicar cómo fue posible que fallaran al dispararle. Lo único que se le ocurrió fue que el apresuramiento del enemigo hizo que apuntaran con precipitación. Sintió el calor de los disparos al pasarle cerca de la cara y apretó el gatillo de la pistola láser para responder al fuego enemigo.

Acorralado, se defendió con la energía de la desesperación, por lo que su puntería no fue mejor que la de los soldados que intentaban matarlo. No le dio a ninguno, pero al menos los obligó a quedarse a cubierto en la parte superior de las escaleras, lo que les limitó mucho el ángulo de tiro. Aquello estaba bien… hasta que comenzaran a aparecer más tropas por las otras escaleras.

De repente se produjo una súbita pausa en el ataque. Los disparos dejaron de sonar. Los únicos ruidos que se oyeron fueron los estampidos del combate callejero que se estaba librando fuera, en la ciudad, y los tropezones y roces de los soldados enemigos que se movían por la nave del templo. Bonin se quedó a la espera. Oyó el chasquido seco de unas botas al pisar cristales rotos y el crujido de las planchas del suelo de madera. Se imaginó al enemigo moviéndose de un modo furtivo para colocarse en posición y lanzarse de nuevo en un último ataque letal.

No ocurrió nada.

—¿Wes? —preguntó Bonin con un suspiro por el comunicador.

—Te oigo.

—¿Sigues vivo ahí abajo?

—Menos vivo que cuando empezamos esto —le contestó Maggs entre jadeos—, pero sí.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé. Creo… creo que se han retirado. Creo que se han marchado y han salido del edificio.

—¿Todos?

—Creo que sí, pero la verdad es que no quiero sacar la cabeza para comprobarlo.

Bonin compartía plenamente aquella idea. Con lentitud, con mucha lentitud y con mucho sigilo se arrastró hacia adelante utilizando como cobertura la balaustrada de piedra hasta llegar al final de la galería. Murmuró una breve plegaria al Dios Emperador para que lo protegiera y alzó poco a poco la cabeza para echar un vistazo.

El templo, que ya se encontraba en mal estado cuando habían llegado, estaba destrozado. Las paredes y las columnas de piedra aparecían desconchadas y agujereadas, manchadas y quemadas en un millar de sitios, y los bancos de madera habían quedado convertidos en coladores. Los cuerpos de los soldados de las fuerzas de ocupación que habían matado durante el frenético enfrentamiento sembraban el suelo, los bancos volcados y el pasillo principal hasta llegar a las puertas delanteras. El humo de los disparos flotaba como niebla en el aire profanado.

No se veía señal alguna de que algo siguiera vivo.

Bonin estaba a punto de llamar a Maggs cuando los pomos de las puertas del templo se movieron y las puertas se abrieron un momento después. Bonin se dejó caer de nuevo con la pistola en la mano.

Unas figuras oscuras con los rifles preparados entraron con agilidad por la puerta. Bonin reconoció de inmediato aquel estilo de combate.

—¡Plata pura! —gritó.

—¿Quién está ahí? ¿Mach? —contestó una voz.

—¿Mayor?

Acompañado por una docena de Fantasmas, Rawne salió de las sombras y alzó la mirada hacia la galería.

—Creo que los hemos hecho huir —le comentó—. ¿Vosotros habéis acabado de estropearlo todo aquí dentro?

Bonin se puso en pie y enfundó la pistola.

—Hay que ocuparse de Maggs. Está detrás del altar. Creo que está herido.

Rawne ordenó a dos de sus acompañantes que se encargaran.

—Estaba intentando ponerme en contacto con el coronel —le informó Bonin—. Creo que hemos encontrado lo que veníamos a buscar.

—¿Dónde?

Bonin se lo señaló.

—Señor, está usted encima.

• • • • •

La batalla de Cantible no acabó, sino que más bien se fue apagando como una frase sin terminar. Tres horas y media después de que Gaunt le diera la orden de avanzar a Mkoll, la lucha había acabado y los puntos principales de la colina donde se asentaba

el pueblo habían sido tomados.

Las tropas enemigas estaban muertas o en fuga. Gaunt había oído tantas veces hablar de semejantes huidas comparándolas con las estampidas de las ratas al abandonar un lugar que ya era un tópico muy manido, pero lo cierto es que sentía que la comparación nunca había sido más apropiada. La retirada se convirtió en una huida en desbandada. Los soldados de las fuerzas de ocupación junto a unos cuantos excubitores y dignatarios de rango elevado abrieron las puertas septentrionales del pueblo y corrieron hacia los campos en putrefacción. Algunos soldados habían tirado las armas y se desprendían de piezas de la armadura en un esfuerzo por ganar velocidad. Las bamboleantes siluetas fueron desapareciendo entre los matojos de hierba demasiado crecida y los matorrales de los campos abandonados. Algunos de los oficiales de mayor rango intentaron huir a bordo de vehículos, en camiones con oruga o automotores cargados de objetos saqueados de valor.

Gaunt no estaba del mejor de los humores. Se sentía desanimado e insatisfecho. Su vida a lo largo de los últimos años había quedado entrelazada de un modo inextricable a Gereon, y su liberación era un asunto que le importaba sobremanera. Las semanas previas al ataque, y aquella misma mañana, antes y durante el desembarco, se había sentido revitalizado por la fuerza de la satisfacción que lo embargaba. Por fin, por fin, iba a contribuir a la liberación de un mundo por el que sentía un aprecio de una intensidad muy especial.

Ni siquiera había puesto objeciones al objetivo de escasa importancia que el Alto Mando le había asignado a su regimiento. Sin embargo, la batalla por Cantible, y «batalla» era un término exagerado, se había librado con pocos ánimos y sin mucho esfuerzo. Los Fantasmas habían cumplido de forma encomiable, sobre todo los exploradores, pero todo parecía curiosamente vacío de sentido. Liberar Cantible había sido como acabar con el sufrimiento de un animal enfermo.

Recorrió una de las empinadas laderas del pueblo. Desde el lugar ascendía una oscura nube de humo que cubría el blanco cielo que se extendía sobre el páramo. Acababa de ordenar a los vehículos más veloces del Dev Hetra y a dos de sus compañías que persiguieran y eliminaran a los fugitivos enemigos que habían logrado escapar del pueblo.

Gaunt intentó descubrir cuál era el motivo de su insatisfacción. La defensa del pueblo había sido muy mala, pero ningún comandante se arrepentía de haber conseguido una victoria fácil y sin apenas bajas. Sus guardias imperiales habían realizado una labor perfecta. Según Rawne, que rara vez exageraba, Bonin y Maggs habían sido unos héroes durante unos gloriosos momentos al enfrentarse a un enemigo muy superior en el interior del templo, en un enfrentamiento que no desmerecería ninguno de los combates que aparecían en la lista de honores del Primero de Tanith.

Pero ¿dónde estaba la gente a la que habían venido a salvar? ¿Dónde estaban el alivio y la sensación de rescate? ¿Qué sentido tenía liberar un lugar si una vez

eliminados sus sórdidos e inhumanos ocupantes ya no quedaba nadie más?

Gaunt había oído excelentes noticias en los primeros informes procedentes de las zonas de combate principales. Se trataba de una guerra colosal y de un desafío para la Guardia Imperial. A menos de medio planeta de allí se estaban librando batallas de verdad. Se estaban logrando verdaderas victorias.

No era así allí. En Cantible no había más que muerte. Una muerte literal y repugnante y una sensación más general y persistente de extinción. Habían acudido para salvar un lugar que estaba más allá de cualquier posible salvación. Gaunt deseaba, rezaba, que Cantible no fuera un ejemplo de lo que le esperaba en el resto de Gereon.

Pasó al lado de vehículos Hydra parados y de grupos de soldados que descansaban. Respondió a los saludos y agradeció las felicitaciones. Sus soldados se sentían aliviados. Aliviados de que la dura tarea que se estaban temiendo hubiera sido menos complicada de lo que se esperaban. No tenía derecho a amargarles esa satisfacción. Se dirigió al templo del pueblo, el sitio donde Maggs y Bonin habían librado su admirable combate. Rawne lo estaba esperando allí.

—¿Encontramos lo que necesitábamos? —le preguntó.

—Bonin dice que sí —le contestó Rawne, y a continuación miró hacia las sombras del porche del templo.

Bonin estaba inclinado sobre el cuerpo tendido de Maggs, a quien un sanitario le estaba haciendo las primeras curas. Vio que el mayor lo miraba y se acercó para reunirse con ellos.

—¿Y Maggs? —quiso saber Gaunt.

—Un disparo en las costillas —le contestó Bonin—. Mala pinta. Necesita que Dorden le vea.

—Dorden está en la parte baja del pueblo —le dijo Gaunt. El comisario miró por encima del hombro y gritó—: ¡Ludd!

El joven comisario se acercó obediente a la carrera.

—¿Señor?

—¿Puedes llevar al soldado Maggs al hospital de campaña? —le preguntó Gaunt.

Ludd asintió. Se puso al lado de Maggs y lo ayudó a ponerse en pie. Luego se alejaron bamboleándose juntos.

Gaunt se volvió para mirar a Bonin.

—¿Y bien?

—Por aquí, señor —le indicó el explorador.

Bonin llevó a Gaunt y a Rawne al interior del destrozado templo. Tuvieron que pasar esquivando los cuerpos de los enemigos muertos para llegar hasta el amplio mosaico del aquila.

—Está profanada —le comentó Bonin—. La han martilleado y la han ensuciado. Sólo lo vi cuando estaba arriba —dijo señalando a la galería.

—¿Qué viste? —inquirió Gaunt.

—El aquila —intervino Rawne.

Gaunt bajó la mirada al mosaico. Unas manos malvadas y corruptas habían profanado con fervor el emblema imperial. Habían prestado especial atención a las cabezas mellizas con un pico. Sin embargo, alguien había reparado la cabeza izquierda. Mucho después de haber sido mancillada, esa cabeza había sido reparada con mucho cuidado utilizando piezas sueltas del mosaico, incluso aquellas que no habían formado parte de la cabeza original.

—Han vuelto a componer la cabeza —musitó Gaunt.

Bonin asintió.

—Es una señal. Está apuntando.

—¿A qué?

—Hay una sección de pared cubierta con yeso reciente, allí —le indicó Rawne—. Si sigues en línea recta el pico, hacía allí es adonde apunta. Hemos abierto un agujero.

Gaunt se acercó a la sección de pared. La capa de yeso que habían retirado yacía hecha pedazos en el suelo. En el trozo de superficie que había quedado al descubierto se veían seis números grabados con el chorro de un lanzallamas de boca estrecha.

—Seis ocho uno nueve siete tres —leyó Gaunt.

—Tiene que ser una frecuencia de comunicaciones —dijo Rawne.

—¿La habéis probado ya?

—En cuanto llegue Beltayn —le informó Rawne.

• • • • •

Gaunt volvió a salir al exterior mientras esperaban a que llegara su ayudante. Vio que Cirk y que Faragut se aproximaban hacia el templo, paseando por la parte baja del pueblo como una pareja en una cita vespertina.

Gaunt se sintió sorprendido de lo que se alegraba de verla. Por razones que jamás lograría explicar, no podía evitar dejar de pensar en Sabbatine Cirk. Era peligrosa y no era de fiar, pero a pesar de todo, había aprendido a confiar por completo en ella durante su primera estancia en Gereon. Poseía un tremendo atractivo sexual, y ese atractivo se veía contaminado por su aura de sufrimiento. Para él, nadie representaba mejor a Gereon que ella. Era una víctima, el planeta personificado, bello, atrayente, pero dañado y maltratado.

La mayor parte del tiempo se esforzaba por no pensar en ella, pero en esos momentos tenía que hacerlo, así que se hizo esa concesión. Sentía una gran afinidad con ella. Ella, y sólo ella, era capaz de comprender la desilusión que Gaunt sentía.

Cirk había hecho más que nadie por llevar la liberación a Gereon, más incluso de lo que Gaunt sabía. Había estado al borde del llanto desde que las naves de desembarco despegaron. Primero habían sido lágrimas de impaciencia, y después,

lágrimas de desesperación.

—Comisario coronel —lo saludó con presteza al llegar a su altura.

—¿Estás bien?

Ella se lo quedó mirando con extrañeza, sorprendida por la repentina e inhabitual calidez del trato.

—Sí, estoy bien. Un poco tensa. Espero que tengas buenas noticias.

—Puede que hayamos encontrado el modo de ponernos en contacto con la resistencia. Estamos a punto de intentarlo.

—Eso es bueno. ¿Quieres que sea yo quien hable?

—Necesitaremos tus códigos —le explicó Gaunt.

—Debo estar presente —dijo de repente Faragut. Los dos lo miraron como si fuera un intruso—. Mis órdenes son muy específicas —añadió con una sonrisa para eliminar la hostilidad.

—Por supuesto —le concedió Gaunt, relajándose un poco. Sabía que no se podía culpar a un subalterno por sus superiores—. Por supuesto.

—Todos estamos en el mismo bando —añadió Faragut—. Bueno, de eso se trata, ¿no?

• • • • •

—¿Te hago daño? —le preguntó Ludd mientras daban otro paso casi arrastrando los pies.

—No —le contestó Maggs.

—¿Estás seguro? —insistió Ludd al mismo tiempo que agarraba con más fuerza al explorador con el brazo que tenía pasado bajo las axilas.

—Estoy bien —replicó Maggs con un gruñido.

Estaban a unos diez minutos del hospital de campaña y caminaban con lentitud.

—En serio —dijo Ludd—. Si quieres…

—Con el debido respeto —lo interrumpió Maggs dejando escapar un gemido de dolor—, ¿podrías hablar de otra cosa? Caminar ya es bastante difícil de por sí, incluso con tu ayuda. ¿No puedes hacer que piense en otra cosa?

—Oh, sí, sí —lo tranquilizó Ludd.

El subcomisario rebuscó en la memoria. No recordaba ningún gran relato sobre combates o sobre chicas que fuera capaz de impresionar a un rompecorazones y un veterano como Wes Maggs. Una vez conoció a un tipo que tenía un gato, y lo curioso era que… No, eso no serviría.

—Merrt —dijo de repente.

—¿Qué?

—Merrt. El tanith con la cara de Feth. El antiguo francotirador que…

—Sé a quién te refieres.

—El día en que Hark y yo lo sacamos de la cubierta de recreo, que le salvamos el pellejo. Estabas allí. Te vi en aquel antro.

—Sí, estaba allí.

—¿Una coincidencia?

—No, Ludd.

—¿No quieres hablarme de eso?

Maggs soltó un gruñido.

—Tengo que sentarme —dijo mientras se agarraba las costillas vendadas.

Ludd lo ayudó a llegar hasta el umbral de un habitáculo destrozado, donde Maggs se sentó.

—Deberíamos seguir hasta el hospital de campaña —dijo Ludd.

Estaba nervioso. Nunca había sido muy bueno con los primeros auxilios y estaba preocupado ante la posibilidad de que Maggs se desplomara de repente con la lengua hinchada y azul. O algo peor.

—Dame un momento para que me recupere —dijo Maggs recostándose contra el quicio chamuscado de la puerta—. Estaré listo para caminar otra vez en cuanto recupere el aliento.

Ludd asintió y se quedó esperando.

—Bueno, ¿qué hay de Merrt?

Maggs siguió con la espalda apoyada mientras se palpaba los vendajes empapados de sangre.

—Merrt. Sí. Es que cuidamos de los nuestros, ¿sabes?

—¿Qué?

—El Primero y Único. Te sorprenderá que lo diga, ya que yo soy de Belladon y un nuevo miembro del regimiento, pero es que es así. Cuando un grupo de soldados se unen y forman un vínculo, me refiero a un verdadero vínculo, constituyen una piña. Los de Tanith tuvieron suerte de encontrarse con los de Belladon, y nosotros de encontrarnos con ellos. No voy a ponerme tierno, pero joder, somos un buen equipo. ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo que sí.

Maggs asintió.

—Restos, sobras, remanentes. Tanith, Verghast, Belladon. Los trozos que no pudieron matar. Nos mezclaron. Veníamos del mismo sitio, así que nos pegamos como cola.

—Es bueno oírlo.

Maggs se inclinó hacia adelante y dejó escapar un suspiro.

—Merrt. Sabíamos que estaba metido en problemas. Jugaba mucho. Por encima de sus posibilidades. Varl fue el primero en darse cuenta y nos reunió a todos. Nos metió en ello. Nos dijo que teníamos que cuidar de Merrt. Bueno, lo cierto es que no podíamos hacernos cargo de la deuda. Ni siquiera reuniendo todo lo que teníamos

podíamos. Así que, y fue idea de Bask, echamos a suertes quién lo seguiría y lo mantendría vigilado. Si se metía en problemas de verdad, uno de nosotros estaría allí para sacarlo del follón. Establecimos una serie de turnos. Esa noche en la cubierta de recreo me tocaba a mí. Sabía que estaba punto de pasar algo malo, pero cuando iba a ponerme en marcha, aparecisteis vosotros.

—¿Qué es lo que hubieras hecho? —le preguntó Ludd.

—Probablemente algo estúpido —contestó Maggs—. Algo por lo que me hubieran detenido y acusado, o que incluso hubiera acabado en un diez diecinueve, pero que habría hecho de todas maneras. Es por lo de mantenernos unidos como una piña, ¿sabes? Si no nos ayudamos los unos a los otros, si no arriesgamos el cuello los unos por los otros, ¿qué sentido tiene? Quiero decir…, ¿para qué demonios sirve? Merrt es uno de los nuestros, y eso es lo único que importa.

Ludd asintió pensativo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Maggs—. De repente parece que estás muy lejos de aquí.

—Estaba pensando… Estaba pensando que si pudiera embotellar el espíritu de este regimiento como acabas de describirlo, sería el mejor comisario de toda la historia de la Guardia Imperial.

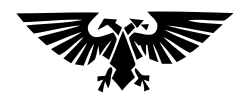
Maggs sonrió, pero la sonrisa fue desapareciendo poco a poco al cabo de un momento.

—No había pensado en Merrt hasta ahora. Mierda. Me pregunto dónde estará. Ese pobre y feo cabrón.



CUARTA PARTE

Cara a cara



1

Los muertos le sonreían desde todos lados.

Las tormentas de fuego habían arrasado aquel distrito de calles y pequeñas plazas y habían dejado atrás los cascarones chamuscados de los habitáculos. El cielo estaba bajo y negro, como una noche temprana. Las piedras y los escombros irradiaban calor, y el aire estaba cargado de un fuerte hedor químico procedente de lo quemado, de lo oxidado y de lo transmutado. Todavía ardían muchos fuegos.

Dalin Criid sentía en el rostro el calor de las llamas cercanas, lo mismo que las gotas de sudor que le bajaban como lágrimas por la suciedad que le cubría el rostro. No se movió. Se limitó a quedarse quieto durante unos momentos entre las danzarinas sombras de la calle en ruinas, mirando las llamas.

El fuego había reducido los cadáveres de la zona a unas cosas negras hechas a base de ramitas. Apenas eran humanas, apenas tenían forma humana. No eran más que restos de madera quemada. Lo único que el fuego no era capaz de reducir de tamaño eran las cuencas de los ojos y los dientes. De hecho, hacía que resaltasen. Todas las cuencas oculares se transformaban en enormes agujeros oscuros que no dejaban de mirarte, al mismo tiempo lastimosos y odiosos. Al desaparecer la carne, los dientes se convertían en amplias y blancas sonrisas, en parte divertidas, en parte muecas de dolor. Desde el suelo, desde las puertas, desde las ventanas, desde los montones de escombros, le sonreían y lo miraban mientras pasaba a su lado, a veces pegados unos a otros, y todos riéndose de la misma broma.

Había algo en sus sonrisas, algo apenado, como si les entristeciese tanto la ferocidad y lo inesperado de sus muertes que no les quedara más remedio que poner buena cara y sonreír. «Mira lo que me pasó al final, ¿eh? Bueno, qué se le va a hacer…»

Estaban tan desprovistos de todo a excepción de sus miradas y de sus sonrisas que era difícil saber quién era cada muerto. ¿Eran gente del lugar, ciudadanos locales de los pueblos costeros atrapados por la furia de la guerra? ¿O quizá se trataba de guardias imperiales que habían llegado allí antes que la TA 137 y que se habían encontrado con la muerte, que los esperaba con un yesquero en las manos?

La otra posibilidad era que aquellas sonrisas de disgusto y bienvenida fueran las sonrisas del enemigo. ¿Aquellos maniquíes ennegrecidos cubiertos de ampollas con

los relucientes dientes blancos eran el enemigo? Si lo eran, se trataba de los primeros que veía.

—Santurrón.

Era una palabra. Ni siquiera era una pregunta. Volvió la cabeza. Hamir se acercó hasta él a través del humo, con el rifle cruzado sobre el estómago. Criid se puso al paso con él y siguieron avanzando por la calle esquivando las pilas de escombros.

Un silencio acompañaba a aquella penumbra. Se oía el chasquido de las llamas, el crujido de los trozos de edificio que caían y el lejano estruendo de algo importante que ocurría en otro lugar, pero en general reinaba una tranquilidad cálida, el sonido del final de los combates.

Criid sabía que no había llegado el final de los combates. Se resistía a comprobar la hora en el cronómetro porque le resultaba enloquecedor el lento transcurrir del tiempo y lo estaba desmoralizando. Sin embargo, era consciente de que habían pasado unas cinco horas aproximadamente. K'ethdrac era un objetivo de tamaño enorme y no era posible que ya hubiera caído en su totalidad, incluso si se tenía en cuenta la furia del ataque total. Al igual que ocurría en muchas grandes ciudades y colmenas, era posible que las fuerzas terrestres imperiales pasaran abriéndose camino de combate callejero en combate callejero durante semanas, o incluso meses.

Durante años. No sería la primera vez que ocurría. Criid se preguntó si aunque consiguiera sobrevivir tanto tiempo saldría adelante mentalmente. Si evitaba que su cuerpo acabara acribillado o destrozado o hecho pedazos, ¿aguantaría su mente un período de tiempo tan prolongado? Lo dudaba mucho, sobre todo si el paso del tiempo seguía siendo tan lento y tan tenso. Acabaría loco, con una sonrisa triste en el rostro.

Hamir le señaló algo por delante de ellos con un gesto del mentón. Era un trío de soldados, con Cajón entre ellos, que caminaba pegado a los restos de una pared. Vio que a cada lado tenían varios miembros de la compañía, que avanzaban a través de los escombros y de los jirones de humo. A lo largo de la inquietante hora anterior habían aumentado de efectivos. Después de cruzar una carretera con puente que llevaba hasta el interior de la ciudad se habían encontrado con unos treinta y cinco soldados del TA 137 bajo el mando del cabo Traben. Habían llegado en una nave de desembarco que se había pasado de largo y que había acabado en una especie de complejo industrial. Wash y Encanto estaban entre ellos. Al igual que el grupo de Kexie, no sabían nada acerca del mayor Brundel.

A su derecha sonó una ráfaga de disparos. Algunos de los soldados se volvieron para escrutar entre el humo.

—¿No deberíamos avisar a Kexie? —le preguntó Hamir a Criid.

—No te molestes —les dijo una voz a su espalda.

Era Merrt. También había llegado con el grupo de Traben.

—Pero ¿no deberíamos…? —empezó a decir Criid.

—¿En mitad de esto? —lo cortó Merrt—. ¿Rodeados de esto? Si le informas de

ca… ca… cada disparo que oigas, Kexie acabara persiguiéndose la cola en círculo todo el día para comprobar lo que ocurre. Es mejor seguir en movimiento y mantener la formación. Si al final resulta que hace falta que te involucres en ese tiroteo, terminarás haciéndolo.

Casi era tranquilizador no hacer caso de los disparos, simplemente seguir caminando y pasar de largo sin buscarse problemas. De todas maneras, ya había bastante de lo que preocuparse. Al grupo lo perjudicaba más el estar pendiente de todo lo que ocurría que mantenerse firme con el despliegue.

Para demostrarlo, siguieron avanzando sin problemas durante veinte minutos más antes de que uno de los tiroteos los afectara directamente.

2

Habían entrado en una parte de la ciudad fortificada donde el aire era tan oscuro y el humo era tan denso que daba la sensación de que se encontraban bajo tierra. Los edificios que tenían a ambos lados, algunos en ruinas, otros intactos, pero todos vacíos, se alzaban de un modo ominoso, semejantes a las paredes pulidas y grises de una cueva gigantesca. Hacía calor y había mucha humedad en el ambiente, como si estuvieran en el centro del planeta. El humo tóxico rezumaba gotas de humedad. No se trataba de lluvia o de la humedad propia del clima. Era la condensación de los vapores de la guerra: combustible, lubricantes, acelerantes químicos y productos volátiles. Era algo pegajoso y marrón, como la flema escupida por un fumador de lho. El aire lo soltaba como si fuera una mucosidad.

Al oeste de donde se encontraban, a unos cinco kilómetros de distancia, se desarrollaba un incendio infernal que ocupaba ocho o nueve manzanas de la ciudad, como si fuera una hoguera comunal situada en el centro de la cueva. La débil luz que emitía era rosácea y dorada. Cuando se detenían para esperar o para escuchar con atención, los soldados del TA 137 se convertían en estatuas bruñidas de un arco de la victoria.

Al sur de ellos, aproximadamente a la misma distancia, se estaba librando un enfrentamiento feroz entre unidades de blindados o posiciones artilleras. Estaba claro que se trataba de un combate monumental del que les llegaba un fuerte ruido sordo. Sin embargo, no se veía nada del mismo, ni siquiera un leve destello o una explosión.

Llevaban cierto tiempo sin que les dispararan, por lo que cuando llegaron los primeros, los pillaron por sorpresa, como si fuera algo desconocido. Un soldado llamado Gyro cayó de repente y rodó hacia atrás por el suelo, igual que si lo hubiesen sacado de una alfombra a la que hubieran desenrollado de golpe. El sargento gritó que todo el mundo se pusiera a cubierto, pero mientras corrían hacia todos lados, Rajado, un kolsteco con una voz nasal que a nadie le gustaba, recibió un disparo.

A diferencia de Gyro, la herida que sufrió no acabó con él, así que empezó a gritar, torturado por el dolor. Los gritos se hicieron cada vez más estrangulados y agudos. Criid jamás había oído a nadie emitir sonidos como aquéllos.

El sargento Kexie había quedado rezagado en la retaguardia del grupo, así que fue el comisario Sobile quien ordenó a los soldados de vanguardia que avanzaran.

Disparó la pistola en la oscuridad y chasqueó el látigo para que lo oyeran.

—¡Eliminad a ese tirador! —les gritó.

Todo el mundo se preguntó a quién le estaba hablando.

Criid se había puesto a cubierto detrás de la gruesa pared exterior de un habitáculo. Ganiel y Cajón estaban apretujados a su lado.

—¿Alguien puede verlo? —preguntó Ganiel.

La verdad es que Criid no veía nada de nada. Era en lo único que era capaz de pensar aparte de en los terribles gritos que Rajado lanzaba. De vez en cuando, un disparo pasaba silbando por la esquina de la pared.

—Echaré un vistazo —les dijo Cajón.

Se asomó por la esquina, y casi de inmediato echó la cabeza hacia atrás y se dio un golpe contra los ladrillos por la prisa que se había dado en apartarse.

—¿Cajón?

Su compañero estaba efectuando una curiosa danza, con las manos en la cabeza y dando fuertes pisotones contra el suelo.

—¿Cajón?

—¿Es muy grave? —les preguntó Cajón volviendo la cabeza para que le pudieran echar un vistazo a la oreja derecha.

Un proyectil sólido se la había arrancado casi por completo y después le había abollado el casco allí donde había salido rebotado. Cajón tenía una quemadura a lo largo de la parte superior de la mejilla y un muñón ensangrentado de carne y cartílago donde antes había tenido la oreja. Un chorro de sangre le caía hasta el cuello.

—¿Es muy grave? —les preguntó de nuevo.

Parecía incómodo, pero no parecía estar verdaderamente inquieto.

—Ponte una venda —le aconsejó Ganiel.

Cajón se sentó y empezó a rebuscar en una cartuchera que llevaba al cinto.

Rajado seguía gritando. Desde numerosos puntos de las posiciones imperiales se respondía a los disparos. Por el ruido, eran unos seis enemigos los que les estaban disparando.

—¡Que alguien avance! —aulló Sobile—. ¡En nombre del Trono Dorado, avanzad y enfrentaros a ellos, o por Terra que os azoto por cobardía!

Criid echó a correr. Había empezado a correr antes de darse cuenta siquiera que había decidido hacerlo. Oyó vagamente a Ganiel gritar a su espalda.

—¡Criid, no!

Estaba en terreno descubierto. Varios disparos dieron contra el suelo cerca de sus pies. Un rayo láser le pasó aullante por encima de la cabeza. Llegó al otro lado de la calle, se tiró al suelo y rodó hasta colocarse debajo de un tramo de escaleras, desde donde comenzó a disparar. Varios soldados más lo siguieron. Oyó el sonido de unos pasos al correr, el de unas pesadas botas aplastando la gravilla, y unas voces lanzando maldiciones.

Mientras tanto, Rajado seguía de ruido de fondo, chillando como un niño.

Los disparos láser empezaron a llegarle directamente desde encima. Alzó la mirada hacia la sombría fachada del edificio bajo el que había encontrado refugio y vio las chispas y los destellos de un arma al disparar desde una de las ventanas superiores.

Se puso en marcha sin dudarlo. Subió la escalera que llevaba a la entrada del edificio. Era difícil saber qué había sido aquel lugar originariamente. Alguien había arrancado las baldosas de la pared y las había sembrado por el suelo. Las manchas de podredumbre decoraban el techo de los pasillos sin luz. Fue de una puerta a otra, apuntando a todos lados, pasando el pesado cañón del rifle de un objetivo imaginario a otro. Subió por un nuevo tramo de escalera de peldaños podridos y chirriantes con la espalda pegada a la pared, y llegó a un rellano que daba a un segundo tramo.

A pocos peldaños del siguiente rellano se encontró por fin cara a cara con el enemigo.

3

Acababa de salir de una habitación como si hubiera terminado alguna actividad y se dirigiera con despreocupación a echar un pitillo o a las letrinas. Criid fue capaz más tarde de recordar con un nivel de detalle asombroso las características del uniforme y del equipo de su enemigo. Llevaba puesta una armadura de combate de color verde oscuro y de un estilo exótico que no se parecía en nada a cualquiera de las protecciones que llevaban las distintas unidades de la Guardia Imperial. La armadura en sí presentaba una buena manufactura y un excelente acabado, como si la hubieran pulido para que reluciese, pero el polvo la había manchado en casi toda su superficie. Parecía ligera y cómoda. Mostraba una insignia en verde y rojo sobre la placa pectoral y una especie de decoración en las hombreras. Las filigranas eran vulgares y alienígenas y no tenían sentido alguno.

La tela del uniforme, las botas y la mayor parte del rifle láser eran de fabricación imperial. Los objetos que llevaba a la vista se parecían mucho al equipo que Criid llevaba. El joven incluso vio los pequeños números de serie de color amarillo del Munitorum medio borrados en la culata del rifle que indicaban en qué teatro de guerra se había entregado. Le habían dicho una y otra vez en la instrucción, y había oído multitud de anécdotas contadas en su extensa familia dentro de los Fantasmas, que el enemigo con frecuencia utilizaba las armas, los uniformes y los vehículos que le arrebataban a la Guardia Imperial.

Por supuesto, a veces incluso utilizaban los propios guardias imperiales si el soldado se dejaba convertir al Caos.

Se quedaron cara a cara en el apestoso rellano durante menos de un segundo, aunque aquel momento se le quedó grabado para siempre a Criid en la memoria. Dos cosas rompieron aquel instante de duda. Lo primero, que el enemigo comenzó a alzar el rifle. Lo segundo, que «aquello» no era un hombre en absoluto.

No llevaba casco ni se protegía la cabeza con nada a excepción de una capucha almohadillada que le llegaba hasta la nuca y que llevaba atada a la barbilla. Era el tipo de protección que los conductores de tanques se ponían debajo del casco que solían utilizar. A excepción de la insignia, de cuello para abajo se lo podría confundir con un guardia imperial. Sin embargo, la cara era una masa deformada y picada, tan hinchada que había perdido la estructura original. Daba la impresión de que la

capucha almohadillada en realidad servía para mantener la cara de una pieza. No tenía nariz, sino un simple agujero en carne viva, y los ojos que lo miraban desde debajo de unas cejas deformadas eran redondos y oscuros como los de una ave de presa. La boca babeante estaba abierta de par en par y dejaba al descubierto unos dientes puntiagudos como palillos.

Aquel rostro tan horrendo fue en lo último que se fijó Criid. Lanzó un grito de asco y le disparó tres veces con el rifle láser. Los impactos levantaron del suelo a la criatura y la hicieron rebotar contra la pared del pasillo.

Otras dos criaturas igualmente deformes salieron corriendo de la misma habitación. Una de ellas tenía un morro babeante repleto de dientes afilados y amarillentos que parecía incapaz de cerrar. La segunda, vestida con el abrigo largo de un guardia imperial, habría parecido perfectamente humana de no haber sido porque la cuenca ocular izquierda la compartían dos ojos.

El primero empuñaba una pistola láser y le disparó de un modo enloquecido y atemorizado. Varias astillas saltaron de la pared que Criid tenía a la espalda y de los barrotes de la barandilla que tenía delante. Criid subió gritando los últimos peldaños sin dejar de apretar el gatillo. Los disparos impactaron con tanta fuerza al de la pistola láser que salió despedido de espaldas por la misma puerta por la que había aparecido, como si alguien hubiera tirado de él para hacerlo entrar de nuevo. La otra criatura, que parecía estar desarmada, se dio media vuelta y echó a correr por el pasillo agitando los brazos y haciendo revolotear los faldones del abrigo largo. Se puso a gritar algo de forma desesperada en un lenguaje que hizo que a Criid le doliera la cabeza al instante. El joven se acuclilló sobre una rodilla, se llevó el rifle a la cara y disparó dos veces apuntando con cuidado. Los impactos derribaron a la criatura fugitiva. Cayó de bruces en mitad del mohoso pasillo levantando una nubecilla de polvo de los tablones del suelo.

Criid se puso en pie con lentitud. En la parte baja del edificio se oía mucho ruido, allí donde los demás miembros de la TA 137 habían entrado siguiéndole. A su alrededor, en la segunda planta, el sonido parecía haberse interrumpido. El polvo levantado por el breve pero frenético combate flotaba en el aire. Criid dio un paso adelante con cautela. Sentía que el corazón le palpitaba directamente contra las costillas y que las manos le temblaban. Todo lo que lo rodeaba parecía estar vivo. Con el rabillo del ojo vio sombras que se escurrían y reptaban por detrás del papel de pared de color gris, o que se movían y mordisqueaban detrás del rodapié. Le dio la impresión de que las manchas de moho y de podredumbre se extendían mientras les daba la espalda. Se oía un zumbido similar al de las moscas. Un chasquido semejante al de los insectos nocturnos.

Dio otro paso, y otro más. ¿Esos tres eran todo el enemigo? ¿Hacia dónde iba corriendo el del abrigo largo? ¿Qué había gritado? ¿Había algo más en las habitaciones situadas al otro extremo del pasillo?

Criid empuñó con más fuerza el rifle y dio otros pocos pasos por el rellano. Estaba

a uno o dos metros del lugar donde se encontraba el cadáver con el abrigo largo, a la altura de la puerta medio abierta por donde habían salido los tres enemigos.

Tenía la atención fijada en el otro extremo del pasillo. ¿Hacia dónde iba corriendo el del abrigo largo, la criatura con el ojo de pesadilla? El pasillo que se abría delante de él, con el suelo de polvorienta madera sin pulir, paredes manchadas y techo cubierto de podredumbre, llevaba a una ventana exterior con el cristal casi opaco por la suciedad. A cada lado había una puerta, una enfrente de la otra, y ambas cerradas.

Allí había algo. En una de las habitaciones. Criid lo sabía. Sus sentidos lo notaban con más claridad a cada paso que daba. Algo. ¿A la izquierda o a la derecha? ¿A la izquierda o a la derecha? Otro paso, otro más. ¿Qué había sido eso? ¿Un movimiento? ¿Acababa de moverse algo en las sombras de la puerta que estaba a la derecha? ¿Acaso…?

«¡Abajo!», oyó a Caff en su interior.

Criid obedeció sin ni siquiera pensar en ello. Se echó de bruces sobre el suelo al mismo tiempo que la puerta situada a mano derecha se abría de golpe y de la habitación salía una criatura semejante a un cerdo.

Era enorme, de la misma estatura de Criid pero con cuatro o cinco veces su masa corporal. Llevaba puestas unas viejas botas de guardia imperial sin cordones y unos pantalones harapientos abrochados por debajo del amplio diámetro de su enorme panza. Estaba desnudo de cintura para arriba, un tonel de carne rosada y sin vello cubierta de barro y de suciedad. Tanto los hombros como los brazos eran de una anchura tremenda, tremenda como la del viejo Colm Corbec. Iba armado con un pesado cañón automático, negro y cubierto de grasa del mismo modo que una persona normal empuñaría un rifle de combate. La cabeza era diminuta, una bola arrugada y pelada de color rosado con unos ojos diminutos y colmillos marrones. Lanzó un chillido agudo al mismo tiempo que abría fuego.

El cañón, alimentado por una larga cinta de munición, rugió y de la bocacha surgieron unos tremendos fogonazos. Cada rugiente disparo era una mezcla entre un estampido ensordecedor y un tintineo metálico. El pasillo que se abría a la espalda de Criid se deshizo bajo aquel ataque.

Criid respondió a los disparos desde el suelo, bajo aquella lluvia aturdidora. Le impactó en el amplio y tembloroso pecho tres veces, y después una cuarta vez en pleno rostro, lo que fue el golpe de gracia. La criatura porcina cayó de espaldas sin dejar de empuñar el cañón, por lo que los últimos cartuchos los disparó contra el techo del pasillo. Los impactos desgarraron el centro de la cubierta y provocaron una violenta lluvia de escayola, polvo y tablillas astilladas.

El ser se derrumbó contra la ventana del final del pasillo y la destrozó, aunque no llegó a atravesarla. Cayó por fin al suelo y el brazo derecho se le quedó enganchado en uno de los fragmentos de cristal. El cañón del arma, que todavía echaba humo, rebotó contra la madera del suelo como una tubería de plomo. Del cuerpo muerto escapó un largo gorgoteo.

Criid se puso en pie de nuevo con lentitud sin dejar de apuntar contra aquel monstruo porcino. El aire estaba cargado del humo de los disparos del cañón. Del techo siguieron cayendo trozos que revoloteaban como hojas en otoño. Se acercó al mutante para asegurarse de que estaba muerto.

Algo se estampó contra su espalda y lo empujó contra la pared del pasillo. Criid se golpeó en la barbilla y en la mejilla al caer. Le dolió bastante, pero lo peor fueron la confusión y la sorpresa. Algo le estaba gritando al oído. Lo veía todo borroso. Había algo encima de él que lo inmovilizaba contra el suelo.

Logró girar a medias y vio que era otro soldado enemigo con un rostro repugnante marcado por la enfermedad que no dejaba de chillar. Estaba sentado a horcajadas sobre él y no paraba de darle puñetazos. Aquella criatura debía de haber salido de la puerta lateral que Criid no había comprobado. Intentó bloquear los repetidos golpes, pero había perdido el rifle y no podía subir los brazos para protegerse. El enemigo estaba decidido a darle una paliza hasta convertirlo en pulpa.

Se oyó el restallido de un disparo láser y el soldado enemigo se desplomó con un estremecimiento. El cuerpo acabó cayendo hacia un lado y Criid pudo por fin salir de debajo. A unos tres o cuatro metros en el pasillo, en dirección a las escaleras, se encontraba Merrt. El tanith bajó el rifle láser.

—¿Estás bien? —le preguntó a Criid.

A Criid le daba vueltas la cabeza. La cara le palpitaba y sintió sangre en la boca escurriéndose entre los labios. Le hizo un gesto de asentimiento a Merrt e intentó ponerse en pie.

Casi lo había conseguido cuando oyó una conmoción. Otro soldado enemigo que había salido desde una de las habitaciones laterales se había abalanzado contra Merrt. Ambos estaban luchando cuerpo a cuerpo. Merrt se encontraba atrapado, con la espalda pegada a la pared del pasillo y el rifle aprisionado entre su pecho y el de su atacante. El soldado chasqueaba la mandíbula y se esforzaba en morder a Merrt en la garganta con unos dientes afilados como agujas al mismo tiempo que intentaba arrebatarle el arma de las manos.

Criid seguía aturdido, pero procuró moverse. Miró a su alrededor en busca de su arma, o de algo que le sirviera para golpear y apartar al atacante de Merrt.

Tenía a los pies la figura descoyuntada del mutante que le había estado golpeando. El disparo de Merrt le había atravesado limpiamente el torso y de la herida salía un intenso goteo que estaba formando un charco de apestosa sangre negra en el suelo polvoriento.

No estaba muerto.

Incapaz de ponerse en pie, apenas capaz de moverse, estaba tosiendo su último aliento y, con dedos temblorosos, sacando la anilla de seguridad de una granada.

4

Criid se lanzó encima del soldado moribundo y forcejeó con él para apoderarse de la granada. El enemigo estaba tumbado de costado. Lanzó un grito acompañado de un chorro de sangre. Luchó con Criid un momento más y después, de repente, murió.

Había sacado la anilla.

No había forma alguna de volver a colocarla, así que Criid simplemente la agarró por el mango y la arrojó por la puerta abierta que había al otro lado. Tenía la vaga esperanza de que la pared de la habitación absorbiera la mayor parte de la explosión.

En los dos o tres segundos que Criid había tardado en arrebatarle la granada al moribundo, Merrt había seguido luchando con su oponente. Trabados de cerca, agarrados cara a cara, habían forcejeado de un modo frenético hasta que Merrt había golpeado al enemigo en toda la cara con la mandíbula artificial. El soldado retrocedió trastabillando y se llevó el rifle de Merrt consigo por accidente. Luego siguió tambaleándose hacia atrás hasta entrar en la habitación una fracción de segundo después de que Criid lanzara allí dentro la granada.

La explosión fue apagada y potente y llenó el aire de restos que bajaban lentamente en el aire entre nubes de polvo.

Criid se puso en pie tosiendo con fuerza y miró a su alrededor. El atacante de Merrt era medio visible a través del humo que salía de la habitación. Había recibido todo el impacto de la aniquiladora explosión. La puerta de la habitación se había derrumbado hacia dentro. Merrt había sido lanzado hacia atrás, hasta el comienzo de la escalera.

—¿Estás bien? —le preguntó Criid entre toses. Merrt se limitó a asentir mientras se ponía en pie.

Se oyeron voces procedentes de abajo.

—¿Despejado? —gritó alguien—. ¿Despejado?

—¡Despejado! —contestó Merrt.

—¡Abrid paso! ¿Quién está ahí? —preguntó la voz.

Merrt y Criid se dieron cuenta de que se trataba de Sobile. El comisario estaba subiendo la escalera. Sus botas resonaban en los peldaños.

Merrt no tenía su rifle.

Criid miró a Merrt y después puso el pie en su propio rifle láser, que estaba tirado

en el suelo. Le dio un fuerte empujón que hizo que se deslizara por el pasillo hasta Merrt.

Éste se apresuró a empuñarlo.

—¡Informe! ¿Quién ha tomado este edificio? —exigió saber Sobile cuando subió el último tramo de escaleras para reunirse con ellos. Iba con la pistola desenfundada. Criid miró de un lado a otro y empuñó el rifle láser que tenía más cerca—. ¡Informe! —Miró a Criid—. ¿Has sido tú quien ha limpiado el edificio?

—Sí, comisario.

—¿Qué hay arriba?

Criid hizo un movimiento negativo con la cabeza. Sobile le gritó al grupo de soldados que lo seguía que subieran con él a registrar los pisos superiores. Miró de nuevo a Criid.

—¡No te quedes ahí parado! —le espetó.

• • • • •

La unidad se puso de nuevo en movimiento menos de media hora después y se adentró otra vez en la oscuridad de la ciudad afligida por la negrura. Una división de krassianos avanzaba por el flanco izquierdo de su posición. El destello de los disparos y el resplandor de los lanzallamas los iluminaba convirtiéndolos en un río de lava en mitad de aquella situación nocturna. Varias aeronaves pasaron en vuelo rasante para apoyarlos. Criid oyó el lejano aullido de un titán.

Daba la impresión de que se estaban acercando con rapidez a alguna clase de muralla interior o a una segunda línea de defensa. Criid divisó a lo lejos unos enormes bastiones erizados de armas y torres con lanzallamas que de forma periódica cubrían la pared de la muralla, semejante a un risco, con cortinas de fuego. Detrás de aquella muralla interior se alzaban enormes torres y habitáculos.

—¡Alto! —ordenó Kexie, e hizo que se agazaparan a lo largo de una calle llena de cráteres de bomba mientras exploraban la zona. Criid vio desde donde estaba agachado y por encima de las ruinas diversas partes de la muralla de defensa. La escena estaba iluminada por el resplandor de las llamas, y las ruinas que se interponían no eran más que unas frágiles siluetas.

Siguieron esperando. Criid se pasó un trapo humedecido por el rostro tumefacto. La cabeza, la cara y las clavículas le dolían y le palpitaban por la frenética paliza que había recibido. Tenía la mandíbula, la boca y un ojo hinchados y los labios partidos. La sangre de los arañazos y de las abrasiones se le había secado sobre la piel. Le parecía que se había hecho daño en un músculo del cuello en sus esfuerzos por apartar la cara de los puñetazos.

Recordó una y otra vez el combate. Cada vez que lo hacía, tenía la esperanza de

que los rostros de los soldados enemigos dejaran de horrorizarlo tanto, que disminuyera la repugnancia a base de la repetición y la familiarización. No fue posible. Había visto al enemigo por fin, y eso le había marcado la mente.

La criatura porcina con el cañón automático era la peor. Si no se hubiera tirado al suelo cuando Caffran lo había avisado, posiblemente…

Criid pensó en aquello. Caffran no estaba allí con él. Estaba a cientos, quizá a miles de kilómetros de distancia. Sin embargo, había sido su voz, clara y enérgica.

¿O no lo había sido?

Quizá había sido la gracia del Dios Emperador la que le había permitido a Caffran velar por él. Criid no puso objeción alguna a aquello, pero se preguntó por qué Caffran. ¿Por qué no su madre, o su verdadero padre?

—¡En pie! —les ordenó Sobile, y la unidad se levantó entre el tintineo del equipo —. ¡Preparados para avanzar!

Empezaron a moverse hacia adelante de nuevo. El combate que se estaba librando en vanguardia sonaba con fuerza, sonaba como si fuese el peor combate en el que se verían involucrados. Criid se pasó la lengua por encima de unos cuantos dientes. Sintió flojos bastantes de ellos.

—Eh. —Era Merrt, que se puso a caminar a su lado. Le alargó el rifle láser que llevaba—. Me diste tu rifle.

—Ah —exclamó Criid.

Intercambiaron las armas con rapidez. Merrt miró la suya arriba y abajo.

—¿Ésa es la tuya? —le preguntó a Criid.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Nada.

Kexie estaba gritando algo. La unidad echó a correr y salió de la zona de ruinas para entrar en una de las vías de acceso al enorme bastión defensivo.

Era inmenso, de un tamaño mayor al que Criid se había imaginado. El resplandor de los lanzallamas era tan intenso que se asemejaba a una estrella posada en tierra. Unas tremendas descargas de disparos cruzaban el aire al pie de la muralla. Las calles y las calzadas procedentes de los distritos exteriores llegaban hasta la muralla tanto al nivel del suelo como mediante gigantescos puentes elevados que cruzaban el espacio que se abría delante de la misma y llevaban al interior a través de unas gigantescas puertas con defensas. Cientos de miles de guardias imperiales avanzaban en rápidas corrientes de hombres por las calles y por los puentes para asaltar la muralla.

La TA 137 avanzó con ellos.



QUINTA PARTE

Cazadores

1

—¿Y cómo se llama ésta? —preguntó Zweil.

—Syerte —le contestó Eszrah.

El anciano ayatani inspiró profundamente, asintió y anotó la palabra en un trozo de pergamino.

—¿Y ésta? ¿Ésta de aquí?

Eszrah inclinó la cabeza a un lado y se quedó mirando. Al cabo, frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

—¿Eso es un «no» o un «no estoy seguro»? —quiso saber Zweil.

Eszrah volvió a encogerse de hombros.

—Vaya. Pues lo que no estoy dispuesto es a llevar a un género de plantas a la condenación eterna —comentó Zweil—, así que de momento lo dejaré y la pondré en el epígrafe de «otras».

Eszrah no parecía estar muy interesado sobre nada de aquello. Zweil anotó una breve descripción de la planta en cuestión, de aspecto común y poco llamativo, y luego siguió por la zanja llena de hierbajos.

Tona Criid apareció al trote por una curva del campo reseco. Se dirigía hacia ellos. Cantible, del que todavía salían varias columnas de humo que subían hacia el cielo de aspecto vidrioso, se alzaba en una colina cercana. En el pueblo se oía el bullicio de un fuerte ajetreo: el lejano traqueteo de los vehículos blindados, el zumbido de los motores de un Valkyrie y algunos disparos muy ocasionales.

Noa Vadim, el Fantasma asignado a la protección del ayatani en terreno abierto, la saludó mientras se acercaba. Criid miró al sacerdote, que estaba metido en una zanja repleta de matojos. El nihtgane, o noctugane, no estaba segura de cómo debía llamarlo, estaba de pie en el borde de la hendidura, contemplándolo con atención.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a Vadim.

—No quieras saberlo —le replicó éste antes de bostezar extendiendo los brazos de lado a lado.

—¿Estás cansado? —le preguntó Criid. Vadim se limitó a encogerse de hombros —. Deberías haber descansado cuando tuviste la oportunidad —lo amonestó ella.

Parte del regimiento había recibido permiso para dormir unas cuantas horas esa noche.

—Sí que he dormido —le contestó Vadim—. Aunque hubiera preferido no hacerlo. Irse a la cama en un sitio como ése… —El Fantasma lanzó una mirada de repulsión hacia el pueblo—. Pero sí, he dormido. Lo malo han sido los sueños.

Criid asintió.

—Aquí tendrás malos sueños casi siempre. No dejes de rezar. Bueno, ¿qué es lo que está haciendo?

—No lo tengo muy claro. Cuando se lo pregunté, dijo algo acerca de una «bendición sistemática», y lo dejó ahí.

—He venido a por Eszrah.

Vadim volvió a encogerse de hombros.

—Pues tendrás que hablarlo con él —le indicó.

Criid se dejó resbalar por la polvorienta pared de la zanja infestada de matojos. Formaba parte del antiguo sistema de riego, y también era una línea divisoria, pero la dejadez y los tremendos abusos a que los últimos amos de Gereon habían sometido a la tierra habían permitido que cayera en un estado semisalvaje para luego agostarse. Se acercó hasta donde se encontraba el sacerdote.

—¿Y ésta? —preguntó Zweil con un grito desde el fondo.

—Syerte —contestó Eszrah desde arriba.

—Ah, sí, ésa ya la hemos visto antes. ¿Y ésta, ésta de aquí, la que está aquí abajo y es tan fea?

—Repugnam —le contestó el noctámbulo.

—¿Estás seguro? —insistió Zweil.

—Repugnam.

—Repugnam… ¿Kaous?

Eszrah asintió. Zweil hizo unas cuantas anotaciones en el largo trozo de pergamino y después se agachó para arrancar de raíz la planta con unos fuertes tirones para luego arrojar los restos hacia el borde del campo yermo. A lo largo del borde de la zanja se veían restos de otras plantas también arrancadas hacía poco.

—Padre —lo llamó Criid—. Su tarea parece ser bastante botánica.

—Este planeta ha permanecido durante demasiado tiempo sin las atenciones espirituales del Trono —le explicó Zweil—. Necesita toda una bendición en condiciones, cada alma, cada escarabajo, cada planta y cada guijarro. El tipo alto me está presentando a la flora local para que pueda ser muy específico en mis plegarias.

—¿Está catalogando las flores que tiene que bendecir?

—Flores, plantas… Espero llegar a los árboles esta tarde.

—¿Esta tarde?

Zweil la miró fijamente.

—¿Crees que me llevará más tiempo?

—Creo que lo que ocurre es que jamás ha realizado una catalogación completa de la flora indígena de un planeta.

Zweil alzó el pergamino.

—¿Lo que me quieres decir es que necesitaré un pergamino más largo?

—Eso es lo que estoy diciendo —contestó ella.

El ayatani se volvió hacia las hierbas que tenía a los pies.

—Verás, Tona, es que no quiero bendecir algo que no se merece la Gracia del Emperador. Tan sólo dispongo de, verás, una cantidad limitada de espiritualidad en mi interior, y no quiero desperdiciar ni una pizca. Verás, el archienemigo, maldito sea su pellejo, trajo sus propias plantas con él, cosechas, esporas y cosas alienígenas así.

—Sí, lo sé.

—Han infestado todo el planeta. Resecado el suelo. Acabado con las cosechas locales. Cosas repugnantes. El tipo alto me está ayudando a identificarlas y a arrancarlas para que no las bendiga por error.

—¿Va a arrancar las malas hierbas de todo el planeta? —le preguntó Criid.

—No seas boba, mujer. No soy idiota. Sólo que si las veo, me repugnan y las arranco. El tipo alto las llama… Oye, ¿cómo las llamabas?

—Repugnam —le contestó Eszrah.

—Eso es, repugnam. Significa algo así como alienígena. Que no son de este lugar. No de por aquí. Una extraña. Un…

—Ya lo entendí, padre —lo interrumpió Criid—. Verá, he venido porque el comisario coronel necesita a Eszrah durante un rato.

—Pero es que yo voy a seguir.

—Lo sé, pero es importante.

—Bueno, pues por lo que parece, no voy a llegar esta tarde a los árboles, ¿no?

—Sin duda es una pena —contestó ella mostrándose de acuerdo. Luego miró al noctugane—. Gaunt —le dijo.

Sin contestar ni una sola palabra ni hacer gesto alguno, Eszrah se dio la vuelta y empezó a cruzar el campo en dirección al pueblo.

Zweil dejó escapar un suspiro de cansancio y de desengaño y se sentó en la pared de la zanja. Luego se subió el faldón de la túnica y jugueteó con los cordones de las grandes botas que llevaba puestas.

—Las botas me están demasiado grandes —comentó. Luego se quejó—. ¿Y ahora qué voy a hacer mientras vuelve el tipo alto?

Criid dudó un momento.

—Padre, creo que hay algo…

Zweil la miró a los ojos de inmediato.

—Dalin —dijo el ayatani—. No lo he olvidado. Por si no lo sabes, menciono su nombre en todos los servicios sagrados.

—Creo que se trata de mí —repuso—. Voy a necesitar algo más que las oraciones reglamentarias de la mañana.

Zweil la tomó de la mano e hizo que se arrodillara entre los matojos.

—¿Aquí? —le preguntó ella extrañada.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro —contestó él—. Además, Dalin está

en algún lugar sobre esta misma suciedad, así que esta suciedad nos mantendrá en contacto con él. ¿Señor Vadim? —Zweil alzó una mano huesuda y le indicó que le acercara la estola, el báculo y el libro de salmos que había dejado en el borde de la zanja para dedicarse a arrancar las malas hierbas.

—Y ahora, a ver —dijo Zweil mientras pasaba las páginas del viejo libro—. La plegaria de una madre para su descendencia bajo los ojos del Dios Emperador…

2

—Atentos —dijo Gaunt mientras se colocaba en mitad del grupo reunido en la plaza del pueblo. Los oficiales se pusieron en posición de firmes.

»Procuraré ser breve porque todos tenemos tareas que hacer. Punto uno, recordadles a todos los que estén bajo vuestro mando que deben ponerse las inyecciones diarias. Dorden me ha informado de que bastantes se han olvidado de pasarse esta mañana para recibir sus dosis de antiplaga. No hay excusas. Que se convierta en un hábito para ellos. Punto dos, Cantible será nuestra base de operaciones, por lo menos durante los próximo días. Por nuestra propia seguridad, debemos seguir adelante con los registros. Calle por calle, habitáculo por habitáculo. Quiero búsquedas exhaustivas. No quiero que haya escoria enemiga escondida entre nosotros, y desde luego, lo que tampoco quiero son células de resistencia que logren permanecer ocultas. Sótanos, bodegas, áticos. ¿Entendido?

Se oyó un coro de respuestas afirmativas.

—¿Alguna señal de los glifos o de los lobos metálicos? —inquirió Gaunt.

—No, señor —respondió Mkoll.

—Bueno, pues eso es algo que no entiendo. De todas maneras, permaneced atentos. Si veis cualquier cosa extraña, la que sea, comunicadlo. Aseguraos de que todos lo entienden. Simplemente son cosas para las que la mayoría no están preparados, o a las que no se pueden enfrentar. Por eso pedí los tanques. —Señaló con gesto educado al oficial de los Dev Hetra presentes, que respondió con un respetuoso gesto de asentimiento—. ¿Hay supervivientes locales?

—Hemos encontrado unas doscientas setenta personas que parecen ser habitantes del pueblo esclavizados —le informó Hark—. Todos están enfermos de gravedad, desnutridos y llevan alguna especie de criatura implantada en el brazo. ¿Cómo decíais que se les llamaba? ¿Autorizados? Algunos se niegan a hablar o son incapaces de hacerlo. Los que pueden afirman que son leales al Emperador y nos bendicen por rescatarlos.

—Y puede que sólo nos estén diciendo lo que queremos oír —comentó Faragut—. Por supuesto, tendremos que encerrarlos. Los enviados de la Inquisición llegarán dentro de pocos días.

Gaunt frunció el entrecejo. Aquello no le gustaba en absoluto, pero sabía que no

existía otro modo de hacerlo.

—Después de ser examinados por la Inquisición y de recibir el tratamiento médico adecuado, podrán ser liberados —añadió Faragut—. Es posible que sean exactamente lo que parecen. Esclavos. Después de todo, existe un precedente en el que ciudadanos imperiales han sobrevivido durante cierto tiempo en este planeta sin quedar contaminados por el Caos.

—Pero ¿sólo hemos encontrado a doscientos y pico? —preguntó Cirk.

—Doscientos setenta —le confirmó Hark.

—¿De una población de cuántos, treinta mil habitantes?

—Más o menos.

—En nombre del Trono, ¿qué les ha ocurrido a los demás? —se preguntó Cirk.

—Dudo que jamás lo sepamos —opinó Faragut—. O que queramos saberlo.

—Punto tres —los interrumpió Gaunt para impedir que la reunión perdiera su objetivo—. Por lo que parece, hemos establecido un contacto inicial, lo que constituía nuestro objetivo principal, así que dentro de poco me marcharé para seguir con la misión. Mkoll dirigirá el grupo que irá conmigo. ¿Está reunido?

—Y listo para partir, señor —contestó Mkoll.

—Bien. Durante mi ausencia, el mayor Rawne estará al mando. ¿Alguna pregunta?

• • • • •

Partieron a pie aproximadamente una hora más tarde. Era un grupo de treinta soldados, que acompañaban a Gaunt, Cirk, Faragut y Eszrah. Se dirigieron hacia el norte. La ruta que siguieron aprovechaba un camino rural que atravesaba las zonas agrícolas de la provincia de Lowensa y que llevaba hasta otro pueblo llamado Vanvier.

El día era cálido y tranquilo. El sol se elevaba lentamente por detrás de una capa de blanco brillante. Unos ruidos profundos y amenazadores llegaban hasta ellos retumbantes, como si procedieran de un punto muy lejano, lo que sugería la posibilidad de que eran capaces de oír el eco de las principales batallas que se libraban en varios puntos del continente. Faragut dijo que aquello era una tontería y que no era más que un efecto del viento.

—Pero si no hay viento —le comentó Larkin a Brostin.

Quizá otro efecto del viento fueran las siseantes descargas de estática que restallaban en el aire de vez en cuando y que parecían estar relacionadas con el brillo del sol.

El ondulado paisaje estaba reseco y muerto. Antaño había sido una región fértil y cultivable, similar a la parte de la región que rodeaba Ciudad Ineuron, donde se había criado Cirk y donde su familia poseía terrenos agrícolas. Sus propias tierras, ya

saqueadas y arrasadas antes de que ella se marchara, se parecerían probablemente a aquello: una cuenca polvorienta donde sólo eran capaces de crecer las hierbas más resistentes y los viles hongos alienígenas traídos por los invasores. Las granjas solitarias y las haciendas permanecían vacías y muertas y los huesos ya secos del ganado sembraban la tierra cuarteada.

Era un panorama perturbador. Cirk habló muy poco mientras caminaban, pero Gaunt comprendía la pena que estaba ocultando. No había pasado tanto tiempo desde que él viviera en ese planeta, y ya sufría por aquel entonces. La tierra, el clima, la vida animal y vegetal, todo había comenzado a sufrir, como si padecieran una enfermedad, y el ciclo natural de la vida había empezado a desaparecer. Sin embargo, no era nada comparado con lo que veía en ese momento. Gereon ya no era un lugar afectado por el brutal comienzo de una enfermedad o una infección. Aquello era la fase terminal de la corrupción.

Gaunt hablaba de vez en cuando con Beltayn mientras caminaban. El oficial de comunicaciones había utilizado los códigos que Bonin había encontrado y había conseguido por fin establecer contacto con Daystar. Ese era el nombre en clave de uno de los pocos contactos que la Armada había conseguido establecer antes de la liberación. Se suponía que el destacamento de Gaunt debía reunirse con ese contacto en el templo de Cantible. Era evidente que los planes habían cambiado.

—La resistencia tan sólo ha logrado sobrevivir comportándose de un modo tan subrepticio como ha podido —les dijo—. Encontrarnos con ellos puede ser una tarea lenta. Aunque no seamos el enemigo, hacer que abandonen sus métodos cautelosos puede ser difícil.

—Lo conseguiremos. Es la misión que nos ha encomendado el Alto Mando, después de todo. No importa la intensidad de los ataques sobre los objetivos principales, no podremos recuperar Gereon hasta que lo abramos desde el interior. Para que eso ocurra, la resistencia es vital.

Cirk asintió con una extraña expresión en el rostro, como si se estuviera intentando convencer de eso mismo. Faragut, que estaba a su lado, sonrió. Daba la impresión de que estaba a punto de decir algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gaunt.

—Nada, señor —respondió Faragut.

Criid, que estaba un poco por delante de ellos, lanzó un grito.

—¡Abajo! ¡Fuera del camino!

La sección se dejó caer de inmediato al suelo y se puso a cubierto a lo largo de la acequia que corría paralela al camino. El terreno que los rodeaba era llano y estaba cubierto de una hierba rosácea que llegaba a la misma altura que las cosechas de cereales.

Gaunt se arrastró hasta llegar al lado de Criid y Mkoll.

—¿Qué es lo que has visto?

—Algo ahí entre la hierba, a medio kilómetro más o menos. Algo grande, que

acechaba agazapado.

—¿Qué clase de algo? —quiso saber Gaunt.

—Un animal grande, un depredador. La verdad es que apenas entreví una silueta, pero estaba demasiado oculto entre la hierba como para distinguirlo bien. Me dio la impresión de que nos estaba acechando, como si fuéramos una manada de presas.

Mkoll y los demás exploradores de la sección se desplegaron para efectuar un barrido. Cuando regresaron, informaron de que no habían encontrado nada, así que Gaunt hizo que la sección se pusiera en marcha de nuevo.

—Debo habérmelo imaginado —comentó Criid, aunque no sonaba convencida de ello. Recordaba los odiosos acechadores, los forjados de Ancreon Sextus, que se movían de un lado a otro gracias a la turbadora influencia del Caos de un modo que un ser normal no podría hacer.

• • • • •

Por fin tuvieron a la vista su destino, una pequeña aldea de granjeros llamada Cayfer. Era un grupo heterogéneo de edificios construidos sobre una colina baja en mitad de las invasoras hierbas rosadas, en una zona salpicada con los restos de árboles de talix y de keltre. A varios kilómetros de la aldea comenzaba un espeso cinturón boscoso de aspecto algo repulsivo.

No se veía señal alguna de vida. La aldea parecía muerta y a merced de los elementos. Gaunt vio a través del magnocular que los muros de piedra estaban medio caídos y que los techos de los habitáculos y de los cobertizos se habían derrumbado. Los huesos del ganado muerto salpicaban el terreno entre los restos de la maquinaria agrícola oxidada. En el centro de la plaza se alzaban las ruinas de un molino de viento con la tela de las aspas convertida en harapos. Los molinos de viento eran muy comunes en las provincias agrícolas. Habían visto las ruinas de bastantes molinos durante la marcha. Gaunt recordó una hilera de gigantescos molinos de viento que marcaban el límite de la provincia de Edrian, un lugar donde Brostin había conseguido una proeza realmente espectacular gracias a un camión cisterna cargado de promethium. Le pareció que aquello había ocurrido casi en otra vida.

—Prueba el comunicador —le ordenó a Beltayn.

Beltayn se arrodilló y puso la frecuencia en su comunicador especial.

—Daystar, Daystar, aquí Skyclad. Responda, por favor.

Envió el mensaje como señal verbal y al mismo tiempo en un tecleo rítmico no verbal emitido al pulsar a mano la barra de clave del transmisor.

No hubo respuesta.

—¿Qué demonios les está pasando? —murmuró Gaunt.

—Tampoco es que estuvieran muy parlanchines esta mañana, señor —le comentó

Beltayn.

Era cierto. El contenido total del mensaje previo, aparte de los códigos de verificación, había sido: «Molino de Cayfer, por la noche».

—Puede que nos estén observando —les dijo Cirk—. Quizá se están asegurando de que somos quienes decimos ser.

—Lo sabría —le contestó Mkoll.

—O a lo mejor no —le contradijo Cirk.

—Quizá se están manteniendo ocultos —opinó Beltayn—. Me refiero a que es posible que algo los haya asustado. A lo mejor piensan que pasa algo raro y no quieren salir hasta que sea seguro.

Gaunt siguió paseando el magnocular a su alrededor, observando la aldea y el paisaje que la rodeaba. De repente, se detuvo.

—¿Qué ocurre, señor? —le preguntó Criid.

—Creo que Bel tiene razón. Pasa algo raro.

—¿A qué se refiere?

—¿Te acuerdas que me dijiste que viste algo que nos acechaba?

—Sí. ¿Y?

—Me parece que yo también acabo de verlo.

3

El edificio había sido un colegio o un hospital, y se encontraba en la esquina suroeste de Cantible. Las primeras patrullas habían informado de que estaba vacío, pero quien estaba al mando de los registros en esa parte del pueblo era Kolea, y quería estar seguro.

—Un sitio tan grande seguro que tiene un sótano —le dijo a Varl—. Almacenes, bodegas, subsuelos. Lo registraremos habitación por habitación.

Las escuadras entraron en el edificio.

El cielo se había vuelto de un tono amarillo pajizo. A pesar del cuidado que tuvieron, los pasos de los Fantasmas resonaron por todos los patios y claustros del viejo lugar, que estaban cubiertos de restos.

—¿Señor?

Kolea atravesó un cuadrángulo para llegar hasta una puerta abierta. Domor y Chiria estaban a su lado.

—¿Qué es lo que tenemos, Shoggy?

—No es más que una sala —le informó Domor.

Kolea echó un vistazo al interior. Se trataba de un salón de reuniones o de una sala de congregación. Las paredes estaban pintarrajeadas y el suelo cubierto de cristales rotos y bancos de madera destrozados. Al otro extremo de la estancia había unas grandes ventanas alargadas cubiertas de mugre que dejaban pasar la luz del sol, que recortaba la silueta de unos árboles en la calle.

—¿Hay alguna trampilla? ¿Alguna puerta?

—No, señor —le contestó Chiria.

—Muy bien —dijo Kolea mientras volvía al cuadrángulo—. Seguid.

El comunicador emitió un pitido. Era Meryn.

—¿Sí, capitán?

—Los habitáculos del final de la calle están despejados, señor. Encontramos unos cuantos cuerpos en uno de ellos. Son cadáveres antiguos. No hay nada más. ¿Continúo en la siguiente fila?

—No, quédate ahí. Llegaremos en seguida. Quiero que los barridos se solapen.

—Recibido.

Varl se acercó a él cruzando el cuadrángulo y seguido de media docena de

fantasmas.

—¿Qué es lo que hay por allí? —le preguntó Kolea.

—Un almacén subterráneo —respondió Varl—. Está en ruinas. También hay unas cuantas alacenas, pero las han saqueado.

—¿Y qué es lo que hay detrás de esa pared?

El otro extremo del cuadrángulo lo cerraba un muro de piedra.

—La calle —respondió Varl.

Kolea asintió y se quedó pensativo.

—No, no puede ser —dijo al cabo de unos momentos.

—Pues estoy seguro —insistió Varl.

—¿Has visto árboles en la calle? —le preguntó Kolea—. ¿Recuerdas haber visto árboles?

—No.

Kolea encendió el microcomunicador.

—Oye, Meryn, ¿sigues en la calle?

—Sí, señor. La tengo cubierta desde el extremo norte.

—¿Ves algún árbol?

—¿Repita?

—Arboles, Meryn. ¿Ves algún árbol?

Se produjo una pausa.

—Negativo, señor.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó Varl.

Kolea le señaló la pared del otro extremo.

—Detrás de eso no puede estar la calle. La calle está más a la izquierda. Si quedara alguna duda, esa pared tapa lo que quiera que haya detrás de este patio. Se pueden ver árboles por las ventanas.

Se acercaron al muro alto. Las piedras estaban sucias y negras, como si el hollín se hubiera afirmado sobre la superficie formando un barniz. Kolea fue palpando la pared, seguido de Varl y de unos cuantos miembros de la escuadra.

—Una puerta —anunció de repente.

—Feth —exclamó Varl—. ¿A quién se le ha pasado esto?

—No importa —le dijo Kolea—. No creo que este lugar quiera que conozcamos sus secretos.

La puerta, estrecha y de madera, estaba pintada de negro y colocada sobre la piedra de manera que se ajustara a la perfección. Incluso estando pegado a ella era prácticamente invisible.

—Preparad las armas —empezó a decir Varl a los soldados—. Vamos a entrar hacia…

Pero Kolea ya había abierto la puerta.

—¡Feth! —soltó Varl, pero lo siguió de inmediato.

Al otro lado había una especie de zona ajardinada, un patio oscuro rodeado por

tres lados por unos muros altos. El cuarto era la pared de la sala de reuniones.

El suelo estaba cubierto de huesos humanos. Una gruesa capa. Las osamentas estaban sueltas y entremezcladas. En algunos puntos incluso formaban montones o estaban apiladas contra el muro. Olía a podredumbre, y la superficie interior de los muros estaba cubierta de moho. Aquello recordaba a un osario o a un repugnante vertedero anatómico.

—Gak —murmuró Kolea—. Creo que hemos encontrado dónde acabó toda la gente.

Varl, que estaba a su lado, se quedó mirando horrorizado los restos desmembrados de las víctimas, las cuencas oculares vacías, las bocas abiertas de par en par, las costillas de color marrón. Los demás soldados, que también conocían la muerte de primera mano, estaban igualmente inmóviles a causa de la impresión.

—Arboles —musitó Kolea de repente, después de tragar saliva y en un intento de que le funcionara de nuevo la cabeza—. ¿Por qué veía árboles?

Levantó la mirada y vio los árboles, unas horcas altas y delgadas que se alzaban delante de las ventanas de la sala de reuniones. La madera de la que estaban hechas era oscura, como si estuviera manchada de sangre. Unos maniquíes esqueléticos colgaban de unos cables de acero, en silencio, con un aspecto ominoso.

Varl se fijó en lo que Kolea estaba mirando. El asombro que le atenazaba la mente se convirtió en miedo.

—Gol —le susurró al mismo tiempo que retrocedía muy lentamente e intentaba que los demás hicieran lo mismo—. Gol, por el Trono… Son lobos metálicos.

4

Cruzaron un campo de hierba rosa ondulante y peñascos sueltos hacia la aldea de Cayfer. Mkoll se demoró un poco en la retaguardia, vigilando la hierba en busca de alguna señal de lo que les estaba acechando.

—Estaba agazapado entre la hierba —le había dicho Gaunt—. Desapareció antes de que pudiera verlo con claridad.

—¿Era alguna clase de bestia?

—Una bestia depredadora —le contestó Gaunt asintiendo.

Se negó a pronunciar la palabra «demonio», pero ¿qué otra cosa podía estar acechando en las llanuras de un mundo dominado por los Poderes Siniestros?

Las laderas que daban a la aldea estaban cargadas de melancolía. La hierba rosada y los líquenes violetas se aferraban a los muretes de piedra y a las puertas desvencijadas, y los árboles estaban muertos y resecos, con un aspecto parecido al de los huesos de una gigantesca mano. Al otro lado de los muros casi derruidos, entre las oxidadas piezas de maquinaria agrícola y los restos de huesos animales dispersos, se encontraban pequeñas pruebas de una presencia humana. Un cubo de latón lleno de pinzas de madera para colgar la ropa descoloridas por la luz de sol; una hilera de botas y de zapatos sueltos, con el cuero agrietado y gastado como piel vieja, que estaban misteriosamente alineados sobre un murete de piedra; una trompeta rota y tirada entre los hierbajos; una muñeca de trapo con un solo ojo; tazas y lecheras de distintos juegos de vajilla colocadas de un modo curioso sobre la hierba, y todas llenas de agua de lluvia estancada; un bloque de madera para cortar leña y una pila de leños ya cortados a su lado, pero sin hacha a la vista.

El cielo se había oscurecido y había comenzado a soplar un suave viento que acariciaba los campos como una mano invisible que también hacia crujir los árboles muertos. Se oyó el sonido de una puerta al chocar con el marco. La tela rasgada de las aspas del molino empezó a aletear.

Ya estaban cerca del núcleo de la aldea. Gaunt desenfundó la pistola bólter e indicó a todo el mundo que se pusiera a cubierto. La sección, desplegada a lo largo de una amplia zona, se apresuró a colocarse detrás de paredes y cobertizos varios.

—¿Bel?

Beltayn probó suerte otra vez con el comunicador. La respuesta que recibió esta

vez fue una distorsión chillona.

—El tiempo —le dijo Beltayn.

Gaunt asintió. No era sorprendente. Daba la sensación de que se iba a producir una tormenta. El color del cielo así lo indicaba, lo mismo que el cambio de luz. El viento empezaba a ser frío, como si el aire llegara desde una zona polar. La calma cálida que los había rodeado desde el desembarco se vio arrastrada por la corriente.

Gaunt estaba a punto de ponerse de nuevo en movimiento cuando oyeron un largo gruñido ronroneante. Procedía de algún punto lejano y lo trajo el viento, lo que sugería que había sonado mucho más fuerte. Eszrah se sobresaltó y alzó la balista.

Gaunt miró hacia atrás, a Mkoll. El explorador señaló hacia un punto. Por lo que él sabía, el gruñido procedía del interior del campo de hierba alta.

—Criid, mantén la posición —le ordenó Gaunt—. Larks, Mktass, Garond…, conmigo y con Mkoll.

Los soldados mencionados se pusieron en pie y bajaron por la ladera siguiendo a Gaunt.

—Se mueve como un félido —les susurró Mkoll cuando se pusieron a cubierto a su lado—. Con el vientre pegado al suelo y las orejas gachas.

—¿Tiene orejas? —quiso saber Larkin.

—Todavía no lo he visto —confesó Mkoll—, pero puedo sentirlo. Puedo sentir cómo nos observa y se acerca.

El viento les llevó otro gruñido ronroneante. Era un sonido que casi parecía un carraspeo, una tos.

—Y podemos oírlo —añadió Mkoll.

—Ten el arma preparada —le dijo Gaunt a Larkin señalándole con un gesto el rifle láser largo—. Si es grande y veloz, vamos a necesitar darle con fuerza.

—Si logro verlo, le volaré la maldita cabeza —le prometió Larkin.

—Bien. Garond y Mkoll, por la izquierda. Mktass, conmigo por la derecha. Larks, tú avanza desde aquí, y a ver si podemos atraparlo en una pinza.

—¿Había depredadores de gran tamaño en Gereon? —quiso saber Garond.

—No —respondió Gaunt—. Quizá en el Impro, pero no en un lugar abierto como éste. Esto es un problema serio. Esto es algo que el enemigo ha traído. En marcha.

Los dos extremos de la pinza cruzaron con la cabeza agachada y el cuerpo inclinado hacia adelante los largos tallos de hierba ondulante. A Gaunt le pareció que oía el gruñido otra vez, pero resultó ser el retumbar de la tormenta que se acercaba. Le indicó a Mktass que se echara al suelo, y ambos siguieron avanzando a rastras. Gaunt palpó la empuñadura de la espada de energía. Sería difícil sacarla estando a cubierto, pero era posible que tuviera que hacerlo. Ya había acabado antes con bestias de la disformidad.

A setenta metros de ellos, también entre las temblorosas hierbas rosadas, Mkoll y Garond se deslizaban igualmente sobre el vientre hacia la base de uno de los árboles muertos.

—¿Hueles eso? —susurró Garond.

Mkoll asintió.

—Sangre. Sangre seca.

—¿Qué Gak es eso? —susurró Garond.

—Eso está muerto, eso es lo que está —respondió Mkoll con otro susurro—. No me importa lo feo o lo que grande que sea, no andará persiguiendo más Fantasmas.

Mkoll escudriñó a su alrededor. Siguió sin ver nada. El gruñido carraspeante volvió a sonar, como un suave ronroneo. Luego desapareció.

—¿Dónde estás? —murmuró Mkoll.

• • • • •

Larkin avanzó con cautela y llevando con cuidado el rifle láser largo. Tenía un presentimiento, el presentimiento del francotirador que adivinaba la localización de un objetivo sin haberlo visto todavía. A ochenta o noventa pasos delante de él, en una quebrada llena de hierba alta, entre dos árboles retorcidos. Larkin habría apostado dinero si Varl hubiera estado por allí. Era algo instintivo, y Larkin había sido cazador durante mucho tiempo. Se llevó la culata del rifle al hombro.

—En esa hondonada, entre los árboles —dijo por el comunicador.

—Especifica —contestó Gaunt.

—Dos árboles a vuestra izquierda. Uno alto y delgaducho sin ramas, doblado como el cuello de un cisne. Y el doblado como una mujer que se inclina bajo el viento y se le levantan las faldas.

—Los veo.

—El terreno desciende bastante ahí, en esa zona.

—¿Estás seguro? —le preguntó Mkoll por el comunicador.

—Mis tripas sí.

—A mí me vale —comentó Mkoll.

Larkin centró la puntería. Se concentró en las hierbas ondulantes a través de la mira telescópica. Creyó distinguir por primera vez una figura, una figura oscura. La tenía enfilada.

Entonces se oyó otro gruñido, una especie de petardeo, un bufido, y aquello se movió. Comenzó a alzarse entre la hierba, como si se estuviera irguiendo para abalanzarse contra algo. Larkin le vio los ojos brillantes, relucientes, amarillos. Tenía la retícula de la mira telescópica justamente entre ellos. Un disparo a la cabeza. Apretó el gatillo.

El rayo sobrecargado siseó al cruzar el espacio de hierba rosa que los separaba e impactó entre los ojos de la bestia. Se oyó un chasquido metálico y rugiente por el calor.

La bestia emitió un sonido gorgoteante, como si el dolor la hubiese despertado, y se irguió desde la pequeña quebrada con un movimiento veloz y violento. Todos fueron capaces de verla.

Todos fueron capaces de ver qué clase de bestia era.

—Oh, Feth —murmuró Mkoll.

5

—¡Moveos! —gritó Gaunt—. ¡Permaneced agachados!

Se dispersaron. La bestia salió del todo de la hondonada rugiendo y bufando, y aplastó la larga hierba a su paso. De la parte trasera surgieron chorros de humo negro que salieron en línea recta hacia arriba cuando se esforzó por subir. Su enorme motor rugió al acelerarse. Era una máquina, pero también una bestia, y un demonio. Se trataba de un tanque enemigo.

El blindaje, de aspecto gastado y dañado en algunos puntos, era de color carmesí, aunque en ciertas zonas se había despegado y dejado al descubierto el metal gris de debajo. Tenía reforzados los laterales con placas de blindaje retorcidas y madejas de alambre de espino. Estaba cubierto de remaches como si fueran caparazones de moluscos. Los trofeos que llevaba colgados chocaban y repiqueteaban contra los costados. En un lateral de la torreta llevaba pintada una marca, un símbolo rúnico de maldad cósmica. En la parte delantera del casco brillaban los focos amarillos como ojos.

La bestia salió de la hondonada a una velocidad alarmante y comenzó a recorrer la superficie llana del campo con un continuo traqueteo de cadenas. Se dirigía en línea recta hacia la posición de Larkin.

Gaunt miró hacia atrás sin dejar de moverse.

—¿Larkin?

El cañón automático montado en la parte izquierda del frontal del casco de la bestia empezó a disparar. Los proyectiles de gran calibre pasaron silbando por encima de la ondulante hierba. Varios surtidores de tierra saltaron hacia arriba. Un pequeño árbol muerto quedó convertido en madera astillada.

—¡Larkin!

No se veía señal alguna del francotirador.

La bestia giró de repente y de forma abrupta hacia su izquierda frenando una de las orugas mientras la otra seguía en marcha. La maniobra hizo que la cadena abriera un surco en el terreno y lanzara un chorro de tierra y polvo a su espalda. Rodó hasta quedar encarado en la dirección donde se encontraban Gaunt y Mktass.

«Como si me hubiera oído.»

El arma principal de la bestia, que se bamboleaba como una extremidad sin fuerza

al ritmo del movimiento, apuntaba hacia abajo, ligeramente por debajo del plano horizontal. El anillo de la torrera chirrió cuando esta empezó a girar, y el sonido se oyó por encima del fuerte tronar del motor.

Gaunt y Mktass ya estaban tumbados entre la hierba. El comisario giró la cabeza hacia un lado y distinguió a Mktass entre los tallos, a unos cuantos metros de donde él estaba. Estaba moviéndose a rastras.

«No te muevas…», estuvo a punto de decirle.

La bestia habló.

El sonido del cañón principal al disparar fue dolorosamente fuerte, igual que el de un martillo pilón al chocar contra un yunque gigante. La distancia era tan corta que no hubo tiempo de oír el silbido del proyectil. Un gran trozo de suelo se desintegró convertido en un cono de humo y fuego a unos veinte metros por delante de Gaunt. La explosión hizo que el terreno se estremeciera.

La bestia se detuvo con una sacudida y se oyó otro chirrido de metal contra metal cuando la torreta giró en la otra dirección. Se detuvo.

Gaunt se cubrió la cabeza con los brazos y apretó los dientes a la espera de…

La bestia habló de nuevo. Otro volcán de fuego y tierra entró en erupción en el campo.

Gaunt ya había oído el disparo de un tanque en un centenar de ocasiones, tanto de lejos como de cerca, pero no era la proximidad de la amenaza lo que hacía que la voz de la bestia fuera particularmente monstruosa.

Era el hecho de que de verdad se trataba de una voz. Era el retumbar de un cañón de gran calibre, pero en ese retumbar, en ese choque de martillo contra un yunque gigante en el que participaba el mecanismo principal y el proyectil, existía una nota viva. Un aullido. Un rugido de furia y odio. Un estruendo de ansia.

El motor aceleró de nuevo y la bestia giró traqueteando sobre las cadenas. Luego comenzó a moverse y a balancearse en dirección a Mkoll.

Aquel comportamiento era extraordinario. Gaunt conocía el uso y el valor que tenían los vehículos blindados, tanto como arma psicológica como por potencia de combate. Los tanques eran una herramienta vital en la guerra, ya que eran monstruos sin sutileza alguna capaces de avanzar mientras disparaban una ingente potencia de fuego.

Aquella bestia no se comportaba como un tanque. No marchaba de forma inexorable hacia ellos disparando todas sus armas. Los estaba cazando, y los llevaba cazando desde que habían detectado su presencia a primera hora de la mañana. Lo más probable era que desde antes de ese momento. Se habían convencido de que lo que les estaba acechando en la llanura era un gran animal depredador, y así era. Cuando la bestia se había puesto a la vista por primera vez, Gaunt tuvo que esforzarse por recordar lo escondido en la quebrada y entre las hierbas altas, no agazapado sobre su vientre.

¿Desde cuándo los tanques se comportaban como lobos o como félidos?

La bestia avanzó traqueteante hacia la zona donde Gaunt había visto por última vez a Mkoll. El cañón del casco disparó unas cuantas veces sin demasiado entusiasmo, pero de pronto se detuvo en seco. Al frenar de forma tan brusca, el casco se bamboleó desde delante hasta atrás. Los trofeos que le colgaban en los flancos, en su mayoría cráneos humanos y cascos de la Guardia Imperial unidos mediante cables finos, se balancearon y repiquetearon durante un momento. La gran turbina vibró mientras se mantenía en marcha pero sin moverse. Por los tubos de escape sólo salían leves vaharadas de humo negro.

¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿A qué estaba esperando?

La torreta comenzó a girar de nuevo, esta vez hacia la izquierda de la bestia. El anillo metálico de la torreta chirrió lentamente debido a la falta de lubricación en las juntas, de un modo muy parecido al de una losa de piedra al ser arrastrada sobre una tumba. La torreta se detuvo, encarada hacia la ladera de la colina donde se encontraba la aldea. Se oyó un zumbido eléctrico y el cañón principal se elevó con lentitud hasta que quedó a unos veinticinco grados por encima del plano horizontal, apuntando directamente hacia Cayfer.

Aunque no era eso lo que hacía. Gaunt sacó la cabeza por encima de la hierba y se arriesgó a echar un vistazo. La bestia se encontraba a unos treinta metros de distancia, con la pesada parte posterior encarada hacia él. A Gaunt le dio la impresión de que el cañón principal no estaba tanto apuntando hacia la aldea como… oliendo el aire, captando su rastro. Olisqueaba el aire como haría un gato.

Gaunt desenvainó poco a poco la espada de energía. Quizá mientras estaba distraída podría acercarse a la parte trasera y pegarse a su punto ciego. A pesar del blindaje, la espada de Heironimo Sondar era más que capaz de atravesar una rejilla de ventilación o el hueco de un tubo de escape y estropear el motor.

Si tuviera la suerte de que alguien le estuviera sonriendo desde su Trono Dorado…

Avanzó con lentitud. No encendió el mecanismo de la espada por temor a que el zumbido de la energía lo delatara…, por temor a que el tanque lo oyera. La idea habría sido divertida si no fuera tan horriblemente real. Vio a su derecha a Mktass, que seguía tumbado sobre el suelo, haciéndole gestos frenéticos para que no lo intentara.

Es demasiado riesgo —le decían las señales de Mktass así como sus ojos, abiertos de par en par—. *Lo van a matar. Va a hacer que nos maten a todos.*

Gaunt siguió avanzando. Aferró con más fuerza la empuñadura de la espada de energía, que mantenía en posición baja al lado del muslo. Le llegó a la nariz el hedor de los chorros de aire que salían de los tubos de escape de la bestia. También el olor a sangre seca procedente de los repulsivos trofeos de combate que le colgaban por doquier.

Estaba a unos diez metros de la parte trasera de la bestia cuando todo cambió. Vio un pequeño chorro de chispas que subían por la ladera y que procedían directamente

de un punto situado debajo de la aldea en ruinas, de uno de los dormidos muretes divisorios de los campos. Desde lejos parecía un yesquero en funcionamiento. Un segundo después, los disparos láser pasaron silbando por encima. Alguien desde una posición en la colina estaba disparando un rifle láser en fuego automático.

La distancia era excesiva, y el disparo de un rifle láser no era capaz de atravesar el blindaje de un tanque ni siquiera a quemarropa. Gaunt sabía de qué se trataba. Alguien intentaba llamar la atención. Alguien intentaba alejar el tanque de ellos. Gaunt se dio cuenta con una mezcla de gratitud y enojo. Alguien de la sección estaba arriesgando la vida de forma generosa para distraer al tanque. El soldado Gonry era el encargado en la sección de llevar el petatanques, y probablemente quienquiera que fuese que estuviese disparando lo que intentaba era que el tanque se pusiera al alcance del arma lanzacohetes.

Sin embargo, Gaunt ya estaba muy cerca, y aquello le estaba fastidiando la oportunidad.

Echó a correr y salió de la cobertura. Activó la espada de energía con la esperanza de lograr impactar a la bestia mecánica en un punto débil antes de que se moviera.

El motor aceleró y expulsó un torrente de humo negro por los tubos de escape antes de que la bestia hablara de nuevo.

Lo hizo tres veces. Martillo pilón, yunque, aullido. Desanimado, Gaunt vio que los tres proyectiles cayeron en la ladera que había debajo de Cayfer y convirtieron el murete en una lluvia de piedras, destrozaron un par de árboles y cavaron un profundo agujero en la hierba.

La bestia comenzó a avanzar de nuevo, con las cadenas repiqueteando como un redoble de tambor continuado. El movimiento levantó un surtidor de tierra, piedras y fragmentos de hierba con un aspecto parecido a pelucas que salió despedido hacia atrás. Gaunt tuvo que taparse la cara. No iba a conseguir llegar hasta ella. La bestia se alejaba.

—¡No! —gritó.

La bestia lo oyó.

6

La bestia giró sobre sí misma y machacó el suelo donde se encontraba debido a su gran tonelaje. Los tubos de escape petardearon cuando salieron unos densos chorros debido al repentino esfuerzo del giro. Se dio media vuelta para encararse con Gaunt. Los faros parpadearon con una luz amarillenta.

Gaunt había desaparecido. No había nadie detrás de la bestia.

La bestia aceleró el motor y aquello sonó como un gruñido furioso. El arma del casco chasqueó y disparó una ráfaga de proyectiles que acribilló las hierbas que tenía delante y provocó una llovizna de trozos de fibra vegetal que el viento arrastró.

La bestia se lanzó hacia adelante y aplastó de nuevo el rastro de tallos destrozados que había dejado a su paso.

Algo había derribado a Gaunt un momento antes de que la bestia comenzara a girar. El comisario no estaba seguro de dónde había salido Mkoll.

Quédate tumbado, le indicó por señas el explorador.

Se quedaron boca arriba entre la hierba alta, oyendo los bufidos que lanzaba la cercana bestia en su creciente frustración. Un momento después, oyeron también cómo disparaba el cañón automático y el silbido y chasqueo de los proyectiles. Luego distinguieron otro sonido: avanzaba en dirección a ellos.

Gaunt se estremeció de un modo involuntario, pero Mkoll le puso una mano con gesto firme sobre el pecho.

Quédate tumbado. No te muevas.

El rugido del motor y el traqueteo de las cadenas sonó más y más cercano. Estaba acelerando.

No te muevas.

La bestia pasó a menos de tres metros del costado izquierdo de Gaunt. El ruido se fue apagando a su espalda. Esperaron durante lo que les pareció una eternidad a que el ruido cambiara, a que la bestia hiciera su siguiente giro, pero el sonido simplemente se fue desvaneciendo.

Mkoll y Gaunt se alzaron lentamente y echaron un vistazo a su alrededor a través de la ondulante hierba.

No se veía señal alguna de la bestia. Ni un ruido. Ni una columna de humo.

Se pusieron en pie. Garond y Mktass también aparecieron en diferentes puntos

del mar de hierba.

—¿Dónde demonios ha ido? —preguntó Gaunt.

—Hacia allí —señaló Garond.

Un ancho rastro de hierba rosa aplastada bajaba por la ladera siguiendo la curva de la base de la colina donde se alzaba Cayfer. Los tiesos tallos ya comenzaban a erguirse de nuevo.

Mkoll echó una breve carrera y se subió de un salto a las ramas bajas de un árbol muerto. Una vez allí, echó un buen vistazo a su alrededor.

—Se ha ido —le dijo Larkin.

Mkoll bajó la vista. Larkin estaba acurrucado contra el tronco del árbol, oculto detrás de la madera seca. El francotirador señaló hacia un punto por debajo de la ladera.

—La última vez que lo vi se dirigía a ponerse a cubierto de nuevo. Al otro lado de ese montón de piedras que dan al pequeño valle.

Mkoll se bajó de un salto del árbol.

—Voy a seguirlo y a rastrearlo —dijo.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres? —le preguntó Gaunt—. No, vamos a reagruparnos. Sabemos que está ahí y sabemos cómo se mueve. Nos mantendremos alerta, y cuando aparezca otra vez, estaremos preparados.

• • • • •

Subieron de nuevo por la ladera de la colina hasta el borde de la aldea. Pasaron al lado de los tres cráteres todavía humeantes que la bestia había abierto en la pendiente. Criid apareció y bajó al encuentro del grupo.

—¿Fuiste tú quien disparó? —le preguntó Gaunt.

Ella asintió.

—Ha sido muy valiente. Quizá imprudente, pero gracias.

—Quería atraerlo para que se acercara y que Gonry lo convirtiera en chatarra con el petatanques —le contestó fingiendo que lo que había hecho no tenía nada que ver con intentar salvar a Gaunt.

—Buena idea.

—¿Adónde se ha ido? —inquirió Criid mientras subía con ellos por la ladera.

—No lo ha hecho. Sigue por ahí. Quiero una guardia por turnos. Feth, ¿qué pasa aquí?

Se habían reunido con el resto del grupo, que se había puesto a cubierto en un patio polvoriento situado detrás de una serie de cobertizos y construcciones similares. Faragut estaba pegado a la pared con el cuerpo erguido y tenso y con la pistola a los pies. Eszrah le apuntaba con mucha tranquilidad con la balista. Los demás miembros

del grupo estaban contemplando la escena, muchos de ellos con una expresión divertida en el rostro ante la inquietud del comisario.

—Se ha producido un incidente —le informó Criid con voz despreocupada.

Gaunt se acercó a Eszrah y le hizo un gesto de asentimiento. El noctugane alzó la balista y se apartó. Gaunt se dio la vuelta hacia Faragut.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Gaunt en voz alta.

—Este cabrón le iba a pegar un tiro a Criid —saltó de repente Beltayn.

—Sí, eso es —bufó Faragut—. Que lo cuenten ellos. Eso le dará una visión muy exacta.

—Bueno, pues entonces dímelo tú —le espetó Gaunt—. ¿Has amenazado a mi sargento con tu arma?

—Desenfundé la pistola para dar más énfasis a mi actitud porque se negó a obedecer una orden directa.

—¿Una orden tuya?

—Una orden directa. Le dije que tendría que dispararle si insistía en su insubordinación, como indica el *Instrumento de orden*, párrafo…

—Venga, Faragut, no me vengas con esas… —lo interrumpió Gaunt—. ¿Qué orden era?

—Quería disparar contra ese tanque. Le dije que no lo hiciera. Ordené a la sección que no disparara y que se mantuviera a cubierto.

Gaunt asintió.

—Ya veo. Teníais el antitanque aquí y Criid quería que el enemigo se pusiera a tiro, pero tú no opinabas lo mismo.

—¡Yo fui realista! —le replicó Faragut—. Las probabilidades que teníamos de acabar con ese tanque eran escasas. Muy escasas. A mi juicio, había más posibilidades de que el vehículo enemigo nos matara antes de que cumpliéramos el objetivo de muestra misión. Contactar con la resistencia es vital. No podía permitir que nada disminuyera nuestras probabilidades de éxito.

—¿Incluso si eso significaba dejarme morir a mí y a los demás?

—Incluso eso. Ya sabe lo que está en juego, Gaunt. Ya sabe lo que es un sacrificio necesario.

—¿Disparaste de todos modos? —le preguntó Gaunt a Criid.

—Usted y Mkoll estaban allí, de modo que yo tenía el mando de la sección. A mi juicio, teníamos que acabar con ese tanque.

—Disparó, y me dispuse a reprenderla —le dijo Faragut—. Es posible que tuviera la pistola en la mano en ese momento, y fue cuando su partisano me apuntó con su arma.

—Eszrah tiene muy pocos amigos en todo el universo, Faragut. Apuntar con la pistola a uno de ellos no es buena idea. Venga, sigamos. Recoge tu maldita pistola.

—¡Puestos de vigilancia! —ordenó Mkoll—. ¡Quiero una serie de guardias a lo largo del perímetro por si ese cacharro aparece de nuevo!

—Gonry, ten preparado el lanzacohetes —le dijo Criid—. Que alguien se quede a su lado para cargarle la munición.

Todo el mundo se puso en marcha. Gaunt dejó a un lado los demás edificios de la aldea y se dirigió hacia el molino de viento. Se dio cuenta de que Cirk caminaba a su lado.

—¿Gaunt?

—¿Sí?

—Faragut está… —empezó a decir, pero se calló.

—¿Faragut está qué? —inquirió el comisario.

—Existen planes más amplios —dijo, y se calló de nuevo.

Gaunt se detuvo y se dio la vuelta para mirarla cara a cara.

—No entiendo lo que estás tratando de decirme.

Cirk meneó la cabeza en un gesto negativo y lleno de tristeza.

—Yo tampoco. No me han dicho nada. No te han dicho nada. No tienen por qué decirnos nada. Para ellos no somos más que peones.

—¿Quiénes son «ellos»? —quiso saber Gaunt.

Cirk se encogió de hombros.

—Eso tampoco lo sé.

Gaunt soltó un bufido.

—Cirk, no estás haciendo nada útil, sólo parecer terriblemente paranoica.

Ella se limitó a sonreír y a abrazarse el delgado cuerpo, como si tuviera frío.

—Lo sé. Escucha, ¿alguna vez has querido tanto algo que habrías dado todo lo que tuvieras con tal de conseguirlo? ¿Has rezado tanto por algo así alguna vez?

—No lo sé.

—Lo sabrías si lo hubieras hecho. Quieres algo tanto que te duele quererlo. Lo darías todo, absolutamente todo, tan sólo por tenerlo. Sólo que… cuando lo das todo también das eso, y entonces ya no te queda nada.

El viento le revoloteó el cabello. Ella se lo apartó y aprovechó para frotarse los ojos y después secarse la nariz con la manga del uniforme.

—¿Cirk? ¿Qué es lo que no puedes contarme?

—A la resistencia le costó caro sacarnos de Gereon.

—Lo recuerdo.

—Mucho tiempo, mucho material y muchas vidas, pero mereció la pena, porque juramos que si lográbamos escapar, si conseguíamos llegar a territorio imperial, volveríamos. Traeríamos la liberación con nosotros. Ése fue el trato.

—Exacto. Y eso es lo que hemos hecho.

—Tú acuérdate de eso, es lo único que te digo. Recuerda cómo se supone que tenía que ser.

Gaunt frunció el entrecejo. Estaba pensando ya en otra pregunta cuando oyó gritar a Beltayn. Miró a su alrededor y vio a su ayudante, que se encontraba al lado de Criid y de otros soldados. Le estaba señalando algo, algo que estaba por encima de los

techos rotos de las casas de la aldea, en la dirección del molino de viento.

Las aspas del molino habían comenzado a moverse debido al viento que se había levantado.

7

Rawne cruzó el patio para reunirse con Varl y con Kolea. Miró hacia atrás, hacia la pared alta y la pequeña puerta negra por la que acababa de salir.

—Creo que están muertos —les dijo—. Sólo están colgando como chatarra.

—Pero… —empezó a decir Kolea.

—La última vez que estuvimos aquí —lo cortó Rawne con voz tranquila—, esas criaturas se activaban a la menor provocación.

—Lo sé. Se nos informó sobre ellos —contestó Kolea.

—Bueno, pues resulta que ni se han movido desde que llegamos a este sitio, y no se han activado. No sé por qué están muertos, pero es lo que están.

Varl se rascó la cabeza detrás de la oreja.

—Vale, pero dado que en realidad no están vivos, siempre existe la posibilidad de que eso no sea un estado permanente.

—Sí, esa posibilidad existe —admitió Rawne—. De momento, lo que haremos será acordonar la zona y poner guardias en todo momento. Arrasaremos el lugar ante cualquier cosa que se atreva siquiera a pestañear. Las fuerzas de la Inquisición nos han mandado un mensaje. Están de camino. Ellos se encargarán de esas cosas cuando lleguen.

Rawne se dio la vuelta y alzó la mirada hacia las oscuras nubes que cubrían el cielo blanquecino. El viento agitaba la atmósfera. Gaunt no se había puesto en contacto con ellos todavía, aunque eso se podía achacar a las típicas condiciones atmosféricas de Gereon.

—Por si os sirve de algo —añadió Rawne—, creo que están muertos del todo. Creo que están muertos por la misma razón que no se ven glifos por los alrededores. Despliega un cordón aquí y sigamos con los registros.

Rawne salió del patio para reunirse con su grupo. Varl ordenó a la sección de Chiria que vigilara el siniestro secreto oculto detrás de la pared.

Kolea tenía algo en la cabeza. Se mantuvo aparte, sentado sobre un trozo de mampostería caído que había en una esquina del patio, pensativo y dándole vueltas a algo en la mano.

—¿Listo para ponerte en marcha? —le preguntó Varl en cuanto el perímetro del lugar quedó asegurado.

—Supongo que sí.

—¿Qué pasa?

—Fue una estupidez —dijo Kolea.

—¿El qué?

—Lo que hice antes. Entré sin pensar. Encontramos la puerta y entré sin pensar. Ya estabas preparando el grupo de cobertura, pero yo ni me esperé. Entré sin pensar.

—No ha pasado nada —lo tranquilizó Varl.

Kolea levantó la vista y lo miró.

—No ha pasado nada, es verdad, pero podría haber pasado. El peligro era real. Los lobos metálicos estaban ahí dentro. Nos habían informado sobre ellos. Nos habían dicho lo que teníamos que buscar y lo cuidadosos que debíamos ser, y yo entré sin pensar. Como si estuviera de paseo.

Varl le sonrió.

—¿Y qué me quieres decir con todo esto? Porque sé que si me quedo el tiempo suficiente aquí, al final me lo acabarás diciendo.

Kolea se puso en pie y se sacudió el polvo de los sucios pantalones de combate.

—Corremos muchos riesgos —dijo.

Varl frunció los labios como si estuviera asombrado.

—Kolea, somos soldados. Somos la Guardia del Emperador, fieles y leales. Los riesgos forman parte del trabajo.

—Lo sé. Es que a veces no pienso, simplemente me lanzo a la carga. Voy a por ello…

—Ése es tu estilo —le aclaró Varl—. Diriges desde la vanguardia, y por eso tú has ascendido a mayor y yo no. De momento.

—Voy a conseguir que me maten. Eso es lo que te quiero decir. Casi ha pasado en más de una ocasión.

—La vida es la que va a hacer que te maten —le soltó Varl—. Venga, levanta ese culo de Feth.

Cruzaron el polvoriento patio hasta donde Domor tenía a la escuadra de registro preparada y a la espera en el arco que daba a la calle. Un viento seco jugueteaba con la arena y la ceniza que había en el patio creando pequeños torbellinos.

Comenzaron a recorrer la calle. Pasaron de largo ante las fachadas en ruinas de los habitáculos quemados y de los montones de escombros salpicados de hierbajos. La sección de Meryn iba por delante de ellos, encabezando la marcha hacia los destrozados graneros de la zona comercial del viejo pueblo.

—¿Sabes lo que he estado haciendo desde que empezamos esto? —le preguntó Kolea a Varl mientras caminaban por el ambiente tranquilo roto tan sólo por la brisa.

—¿Ponerme de los nervios?

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Desde que desembarcamos no he dejado de pensar en el chaval, en cómo estará,

si se encontrará a salvo, lo injusto que es que no lo hayan puesto con nosotros. Debe estar atemorizado dondequiera que esté. Las zonas importantes tienen que ser malas.

—Suele ser lo habitual.

—En ningún momento me he preguntado…: ¿seguirá vivo?

—Bueno, es que no puedes andar pensando en eso.

—Lo sé.

Ya habían llegado a las puertas de la zona asignada. Kolea hizo que su sección se desplegara para apoyar a los del grupo de Meryn.

—Se me acaba de ocurrir que hay algo más en lo que debería pensar.

—¿En qué? —le preguntó Varl.

—En que cuando acabemos en este sitio, quizá debería ver otra vez al chaval. Eso estaría bien, pero ¿y si me matan antes? ¿Qué pasaría si hago algo estúpido y me matan? ¿Cómo le sentaría eso?

Varl se encogió de hombros.

—Lo dejé para demasiado tarde ya antes de que esto comenzara. Mi temor era dejarlo para demasiado tarde, porque si el chaval muriera, jamás tendría la oportunidad de aclarar las cosas. Jamás se me ocurrió que podría ser al revés.

• • • • •

Nadie sabía cuánto tiempo llevaba escondido el excubitor en uno de los cobertizos levantados detrás de los abandonados y silenciosos habitáculos. La zona era un laberinto de pequeños patios y callejones estrechos salpicados de cobertizos de almacenamiento y retretes exteriores que se extendía ladera abajo hasta una hilera de puestos de verduras alineados a lo largo del interior del muro del pueblo.

Osket, Wheln y Harjeon giraron a la izquierda, y Kalen, Leclan y Raess hacia la derecha. Caffran movió los dedos y les indicó por señas a Leyr y a Neskon que se colocaran a su espalda.

—Iremos por ahí —les dijo señalando un sucio callejón.

Neskon movió los hombros para colocarse un poco más arriba el depósito del lanzallamas que empuñaba.

—Esto es una pérdida de tiempo —comentó.

—Yo diré cuándo es una pérdida de tiempo —le advirtió Caffran—. Estate atento.

El lugar era demasiado cerrado y lúgubre como para no ser opresivo. Se sobresaltaban por nada o retrocedían asqueados ante pequeños detalles cargados de horror. Encontraron muchos huesos, lo mismo que numerosas pintadas del archienemigo en la pared. También habían dejado atrás en diversos puntos cuencos de vidrio con sangre en el interior como ofrendas, y el contenido había comenzado a pudrirse y a disgregarse. Caffran encontró pruebas de que las alimañas se comían a

otras alimañas. Era la demostración, si hacía falta alguna, de lo bajo que había caído Gereon. El planeta estaba tan destrozado y exhausto que a las ratas lo único que les quedaba para comer eran otras ratas.

Habían avanzado unos diez metros por el estrecho callejón cuando a su derecha resonó el estampido de una carabina láser y comenzaron los gritos. Se oyeron varias ráfagas de disparos.

—¡Informad! —gritó Caffran por el comunicador.

—¡Hombre herido! —le respondió Leclan—. ¡Un hostil ha salido de su escondite! ¡Va hacia vosotros!

Leyr y Neskon alzaron de inmediato las armas. Caffran avanzó a la carrera un breve trecho y miró a su alrededor. Oyó el eco de pasos que resonaban por todos lados, pero las paredes del callejón y de los cobertizos eran demasiado altas para poder ver por encima.

—¡Súbeme! —le ordenó a Leyr.

Leyr entrelazó las manos y subió a Caffran hasta la parte superior de una de las paredes. Luego pasó al tejado de uno de los cobertizos, corrió por encima y saltó a un tejado adyacente. Vio una figura que corría por los callejones retorcidos que había a su izquierda. Se dio la vuelta para avisar a gritos a Neskon.

—¡Dispara contra el giro de la izquierda!

Neskon echó a correr, reguló una válvula del lanzallamas y a continuación mandó un chorro de fuego por el ramal izquierdo del cruce de callejones. Las rugientes llamas llenaron cinco metros del lugar durante unos segundos. Después se oyó un grito apagado. El excubitor reapareció, empujado por las llamas, corriendo por donde había venido.

Caffran, con las piernas bien afirmadas sobre el tejado, abrió fuego con el arma apoyada en el pecho. Dos disparos y el repugnante enemigo se desplomó en el suelo.

—Enemigo abatido —comunicó Caffran—. Trillad este sitio y aseguraos de que estaba solo.

Caffran se sentó en un bordillo y se quitó la bota izquierda. El polvo y la gravilla se metían por todas partes. Tenía las extremidades entumecidas. El cielo sobre el pueblo daba paso al anochecer y tenía el color del mármol.

El resto de la sección estaba descansando cerca de él. Leclan estaba comprobando el estado del vendaje que le habían puesto a Kalen en la herida superficial que le había hecho el excubitor.

Caffran se recostó contra la pared y cerró los ojos. Se sacó el aquila plateada que llevaba colgando de una cadena del cuello y rezó en silencio. Dos plegarias. Una por cada uno de ellos, estuvieran donde estuviesen.

—¿Caff?

Abrió los ojos y alzó la vista. Era Kolea.

—Mayor —contestó al mismo tiempo que se ponía en pie.

—Bask me dijo que estarías aquí. ¿Una tarde ajetreada?

—Sí. Las tareas del Emperador no se acaban nunca.
—Alabado sea.
—¿Puedo ayudarlo en algo?
Kolea asintió y se sacó algo de un bolsillo. Era una insignia de gorra de Tanith.
—Voy a ser muy directo. Iba a dárselo al chaval cuando acabara el RIP, pero no tuve la oportunidad. Me gustaría que lo tuviese.
Caffran asintió.
—Eso estaría bien.
Kolea se lo acercó.
—Por favor, ¿podrías dárselo cuando lo veas?
—Puede hacerlo usted —le contestó Caffran.
—Tengo una extraña sensación, Caff, como si estuviese tentando al destino por tener esa esperanza. Tentando a mi destino y al suyo. Mientras tenga la esperanza de poder darle esto, estaré tentando al destino para que lo impida. Así que se acabó. No tengo que pensar más en ello. Si no te importa…
Caffran sonrió y tomó la insignia en la mano.
—No me importa.
—Gracias. —Kolea también sonrió—. Gracias. Es un alivio. Me da la sensación… de que hemos aumentado nuestras probabilidades.

• • • • •

—¿Mayor?
Al oír la llamada de Baskevyl, Rawne salió de la tienda de mapas y se acercó hasta el atrincheramiento que los Fantasmas habían construido en la zona de la puerta destrozada de Cantible.
—¿Qué ocurre?
Baskevyl señaló al horizonte.
—Ya están aquí.
Tres naves negras cruzaban la llanura en dirección al pueblo. Volaban a baja altitud, pegadas al terreno ondulante pero sin perder la formación.
Cuando estuvieron lo bastante cerca, Rawne distinguió la insignia que llevaban en el fuselaje.
La estilizada «I» de la Inquisición.

8

El molino de viento olía a polvo y a almidón. Las aspas crujían con suavidad al girar lentamente, con un sonido que iba y venía con las ráfagas de brisa. Las sombras de las palas pasaban por encima de ellos con cada giro como nubes que taparan el sol.

Gaunt se detuvo un momento. Mktass y Fiko aparecieron por el otro lado del molino. Fiko hizo un gesto de asentimiento. Burone y Posetine cubrían el lugar desde el otro lado de la placita que había delante del molino.

Gaunt entró. Mkoll lo siguió, y después Derin y Nirriam. El suelo era de losas de piedra bien encajadas, pero la estructura general era de madera. Los engranajes del mecanismo del molino marcaban un pesado ritmo que les llegaba desde arriba a través del suelo de la planta superior. Sonaba igual que un gran mueble que se moviera de aquí para allá. El moho de color violeta había invadido el yeso y decolorado algunas de las vigas que estaban al aire. Habían saqueado el lugar, por lo que no quedaba nada excepto unos cuantos sacos de tela vacíos y algunos trozos de cuerda. Mkoll se acercó al eje principal del molino.

—Ha sido deliberado —comunicó.

Las aspas del molino no habían comenzado a girar sólo porque el viento las empujara. Mkoll señaló una pesada manija de hierro que alguien había movido para liberar el mecanismo de los engranajes. Gaunt asintió y avanzó despacio por el lugar sin dejar de mirar hacia arriba. A través de los huecos y de las grietas en el techo vio la planta superior del molino, cubierta de telarañas. No distinguió más que sombras y luces provocadas por el débil resplandor del sol.

—Comprobad arriba —les dijo a Mkoll y a Nirriam. Se volvió hacia Derin—. Trae a Cirk.

—Sí, señor —respondió Derin, y se apresuró a salir del lugar.

—No hay nada arriba —le informó Mkoll por el comunicador—. A menos que haya alguien interesado en ver más polvo.

—Registrad los edificios cercanos —respondió Gaunt—. Quienquiera que haya hecho esto, no debe andar muy lejos. Puede que nos estén observando.

—Se han marchado —le dijo Cirk, que acababa de entrar. Faragut iba detrás de ella.

—¿Ya se han marchado? —inquirió Gaunt.

—No se quedarán por los alrededores por temor a ser descubiertos o seguidos. Son demasiado cautelosos.

—Pero ¿esto es una señal? ¿Una… indicación?

Cirk comenzó a mirar a su alrededor. Gaunt no tenía ni idea de qué clase de indicaciones o señales estaba buscando Cirk. Ella tenía mucha más experiencia que él en aquella clase de prácticas esotéricas de la resistencia.

—Tiene que parecer algo accidental para que el enemigo no lo note, pero también debe ser muy preciso. Ahí está…

Señaló un punto del suelo donde había tirados varios trozos de cuerda.

—No lo veo —le confesó Gaunt.

—Compáralo —le insistió Cirk señalando una zona de la pared cubierta de moho.

Alguien había dejado unas marcas en la mancha de moho. Gaunt nunca se hubiera fijado en ellas, pero al señalárselas, se dio cuenta de que las marcas coincidían a la perfección con el entramado que formaban los trozos de cuerda esparcidos por el suelo.

—Repiten el dibujo para que sepamos que no se trata de algo al azar —le confirmó Cirk.

Se agachó al lado de los trozos de cuerda y empezó a examinarlos con atención, girando primero la cabeza a un lado y después a otro. Mkoll y Nirriam bajaron de la planta superior.

—Es un mapa —dijo ella finalmente.

—¿De qué? —le preguntó Faragut.

—De esta zona, me imagino, pero está encriptado.

—¿Encriptado? —exclamó Faragut con una risa—. No es más que un puñado de cuerdas…

—Está encriptado. Se supone que hay una parte que no debemos utilizar. Algunas de las cuerdas tienen una serie de manchas azules en las hebras, y las demás manchas de color rojo. Por favor, mirad por ahí. ¿Veis más trozos de cuerda de alguna clase?

—Aquí —dijo Mkoll casi de inmediato.

Le señaló la pesada manija de hierro. Alguien había atado un trozo corto de cuerda alrededor de la empuñadura de metal. Mostraba una mancha roja.

Cirk sonrió. Se inclinó de nuevo y recogió con rapidez todos los trozos manchados de azul para luego echarlos a un lado.

—Ahí está. Lo rojo es lo único relevante. Ahí tenemos el mapa.

—Sigo sin verlo…

Gaunt le chistó para que se callara y sacó una libreta del bolsillo donde copió las líneas y las siluetas.

—El aspecto general será preciso, ¿no? —le preguntó a Cirk mientras dibujaba.

—Creo que sí. Así es como aparece en el mundo real.

Gaunt acabó de dibujar y guardó la pluma. Subió con rapidez los escalones de madera que subían hasta la primera planta, y después una temblorosa escalera de

mano que llevaba a la segunda, un desván o granero lleno de polvo situado en la parte más estrecha de la estructura. Se agachó para pasar por debajo del mecanismo que hacía girar las aspas y encontró otra escalera por la que también subió. Cirk, Mkoll y Faragut lo siguieron por todo el recorrido.

La tercera planta del molino era un lugar muy estrecho, donde se corría el riesgo de verse atrapado por alguno de los engranajes y arrastrado hasta la maquinaria, donde se acabaría aplastado. Gaunt miró a su alrededor con cuidado hasta que localizó unos travesaños de metal atornillados a la pared. Esos peldaños llevaban hasta una pequeña trampilla del techo.

Subió hasta allí y salió al tejado. Era un espacio estrecho y de aspecto precario, poco más que una burda plataforma de madera cubierta de brea sin barandilla. El molino de viento parecía mucho más grande desde fuera que desde dentro. A Gaunt no le afectaban mucho las alturas, pero tuvo que pararse un momento para mantener el equilibrio. Los costados del molino descendían hacia el suelo, y bajo ellos se veían los techos de las casas de la aldea, las paredes del propio molino y el terreno que los rodeaba. Disponía de un excelente punto de observación de la zona, y había sido algo deliberado. Ése era el motivo por el que la resistencia lo había llevado hasta el molino y había dejado el mapa allí.

Cirk y Mkoll salieron por la trampilla y se reunieron con él. Ninguno de los dos mostró preocupación alguna por la altura a la que se encontraban y se movieron con tranquilidad. El viento ya soplaba con bastante fuerza y los azotaba a los tres. Cada pocos segundos pasaba por delante de ellos una de las aspas del molino, y sonaba igual que la hoja de una guadaña, lo que desconcertó a Gaunt. Sacó el apresurado boceto que había hecho del mapa e intentó situarlo en el entorno.

—¿Qué tal… así? —preguntó al mismo tiempo que ponía en alto el mapa y orientaba el cuerpo.

Mkoll asintió y sacó los magnoculares para luego comenzar a observar la lejanía.

El cielo estaba cubierto de nubes de aspecto amenazador. Los truenos que sonaban espaciadamente cada vez más cerca se habían convertido en un retumbar continuado. Las nubes que se vislumbraban en el horizonte occidental mostraban una panza repleta de luz difusa y amenazante.

Cirk se colocó al lado de Gaunt para comparar las líneas del mapa con el paisaje.

—Esa es la línea de la colina, y ésa la de la escarpadura grande —le comentó a Gaunt mientras pasaba el dedo índice del mapa al paisaje en la lejanía—. Ése es el bosquecillo de la derecha, y ésa tiene que ser la línea del río.

Mkoll se mostró de acuerdo. No le hizo falta echar ni un vistazo al boceto de Gaunt. Ya tenía las líneas del mapa grabadas en la cabeza.

—Creo que lo que quieren es que nos dirijamos hacia el nordeste. Si recorremos esos tres kilómetros de ahí llegaremos al límite de ese bosque. Sea lo que sea lo que marque esa cruz, debe encontrarse a más o menos otro kilómetro hacia el interior.

—¿Y esperan que lleguemos al caer la noche? —se preguntó Gaunt.

Cirk hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No creo. El mensaje original nos decía que estuviéramos aquí esta noche.

—Pero esto se ajusta a lo que nos esperábamos —musitó Gaunt.

Mkoll se arrodilló y sacó una copia del mapa de la misión del bolsillo de la pernera del pantalón. Lo desdobló lo suficiente como para estudiar la sección que cubría la zona en la que se encontraban. El Departamento Tacticae había trazado aquellos mapas utilizando escáneres orbitales, complementados con los estudios geográficos detallados de Gereon incluidos entre los archivos del Administratum.

—Sí, así es —le confirmó Mkoll levantando la vista para mirarlo—. El Impro. Eszrah estará encantado.

—Seguro que sí.

Durante su estancia en Gereon, y gracias a sus esfuerzos, los partisanos del Impro habían establecido conexiones con la resistencia imperial, y las extensiones insondables del Impro se habían convertido en un lugar vital para ocultarse. Incluso el archienemigo encontraba difícil penetrar en aquellos pantanos y ciénagas improductivas.

—¿Tan cerca estamos? —le preguntó Gaunt a Mkoll.

—Bueno, las zonas principales del Impro están a doscientos o trescientos kilómetros de aquí en dirección este, pero los límites se extienden hasta aquí. Ese bosque es parte de su límite. A un día de marcha desde allí se entra en territorio de los noctámbulos.

Mkoll se puso en pie y guardó el mapa.

—¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí esta noche o nos ponemos en…?

Se calló de inmediato. Gaunt había alzado una mano requiriendo silencio. Mkoll conocía esa señal. El comisario estaba mirando hacia el oeste, al otro lado de la aldea de Cayfer, en la parte inferior de la ladera, desde donde se extendía la ondulante llanura rosada.

—Estamos a punto de tener un problema —dijo.

—¿El qué? —quiso saber Cirk.

Allí abajo, a medio kilómetro más o menos de la aldea, en la base de la colina, la bestia había regresado.

9

Gaunt estaba a punto de abrir el canal de comunicaciones cuando éste se llenó de voces. Tres de los soldados que se habían quedado de guardia, Larkin, Brostin y Spakus, habían descubierto al tanque y lo informaron de inmediato.

—Mantened las posiciones —contestó Gaunt—. No lo perdáis de vista. Criid, que Gonry se coloque delante y en el centro, y por Feth, mantenedlo cubierto y a salvo.

—Entendido.

Gaunt, Mkoll y Cirk se apresuraron a bajar por las escaleras del molino.

• • • • •

Criid cruzó los diferentes patios y cobertizos en ruinas de Cayfer con Gonry corriendo a su espalda, con la cabeza agachada. El trozo combado de un viejo muro separaba esa parte de la ladera del resto de la colina. Larkin estaba agazapado allí, con el cañón del rifle largo láser apoyado en el borde del muro. Contemplaba con tranquilidad el tanque a través de la mira telescópica del arma. Brostin estaba cerca, fumándose un pitillo de lho como si estuviera esperando los papeles de licenciamiento. Tenía el lanzallamas y los tanques de combustible al lado, colocados sobre la hierba.

Brostin era un tipo flemático. Sabía cuándo no lo iban a llamar por su especialidad. Un lanzallamas no era un arma que sirviera contra un tanque. Ni siquiera el «petardo aéreo», un pequeño truco que habían improvisado entre él y Larkin durante la estancia previa en Gereon, tendría utilidad alguna.

Criid se dejó caer al lado de Larkin. Gonry, un belladonita delgado, se colocó a su lado.

—Carga el tubo —le dijo Criid—. Yo me encargaré de llevar los demás cohetes cuando nos quitemos de en medio para intentarlo otra vez.

El macuto que llevaba Gonry contenía cinco cohetes. Era todo lo que tenían. El soldado asintió con la cabeza, se puso a preparar el lanzacohetes y después metió un proyectil. Gonry era un tipo dulce, y Criid sabía que estaba un poco colado por ella.

Eso ayudaba. Hacía todo lo que ella decía con toda la rapidez que podía.

—¿Larks?

—De paseo —contestó.

—¿Qué?

—Yo no, el tanque —le aclaró Larkin. Le pasó la mira telescópica—. Echa un vistazo.

Se llevó la mira al ojo y paseó la mirada por la llanura teniendo cuidado de que el artefacto no chocara contra la parte superior del muro. Después de todo, era la mira telescópica de Larkin. El maestro de francotiradores le había confiado una parte de su valiosa herramienta.

Miró colina abajo, más allá de dos muretes y de varios árboles muertos que tenían un aspecto esquelético a causa de la blancura de la luz cambiante. El tanque se encontraba en el fondo de la vaguada, cerca del lugar donde había jugado antes al gato y al ratón con Gaunt y los demás. Estaba plenamente a la vista, pero había decidido emboscarse entre la hierba, con el cañón bajado y los faros apagados. Aquello casi era mostrar una actitud despreocupada. Algo de un tamaño tan grande no podía esconderse en campo abierto, pero parecía estar fingiendo que hacía precisamente eso, como si todo lo que importara fuese que el viento cambiase de dirección y su presa captara su olor para que le entrara el pánico y huyese.

Oyó cómo vibraba el motor al ralentí. No…, jadeaba.

—Doscientos cincuenta metros —comentó ella mientras se ponía de nuevo a cubierto y le devolvía la mira telescópica a Larkin.

—Doscientos sesenta y dos, con el viento cruzado haciendo que el alcance efectivo sea de más de trescientos —contestó Larkin.

—Demasiado lejos para un cohete en cualquier caso —añadió Gonry—. No desperdiciaría ningún disparo por encima de cien metros.

Tenía razón, pero era demasiado cauteloso. Criid se molestó un poco.

—Caff le acertaría a trescientos —dijo.

Era una fanfarronada, pero no demasiado grande. Caffran era el mejor artillero de lanzacohetes de todo el regimiento.

—Caff no está aquí —le respondió. Lo dijo con una sonrisa que le hizo entender a Criid que se sentía contento por ello.

—Pues es una pena —contestó ella. Abrió el canal de comunicaciones—. ¿Jefe? Necesitamos un poco menos de distancia para acabar con ese cabrón. Permiso para provocarlo.

—Denegado —le contestó Gaunt—. Manteneos a la espera.

—Pero señor…

—Tona, eso tan grande que tiene en la torreta es un cañón de gran calibre. Si decide empezar a disparar, tiene el alcance y la potencia de fuego para acabar con todos nosotros. No lo provoques.

—Entendido.

Se oyó un sonido chasqueante y repetido. Larkin, Criid y Gonry se volvieron.

Brostin estaba jugueteando con el mechero.

—Feth —dijo con despreocupación al tiempo que lo sacudía—. ¿Alguien tiene fuego?

• • • • •

Gaunt, Cirk y Mkoll salieron del molino.

—¿Doy la orden de retirada? —le preguntó Faragut.

—¿Retirada?

—Nos vemos atacados por un blindado —le respondió Faragut—. Deberíamos retirarnos y reagruparnos. Por el bien de la misión.

—Por el Trono, tienes miedo —dijo Gaunt dando media vuelta para acercarse al joven comisario hasta quedar cara a cara con él.

—No lo tengo. ¿Cómo se atreve a…?

—Antes lo de Criid, y ahora esto… Tiene sentido. Faragut, ¿cuánto combate de verdad has visto realmente?

—Serví en Ancreon Sextus y…

—Sí, pero ¿cuánto?

—Señor, yo…

—¿Cuánto? —le exigió saber Gaunt con un gruñido—. ¿Nada? No has estado en ningún combate real, ¿no es cierto? No como esto. No en el verdadero fragor.

Faragut se quedó mirando fijamente a Gaunt. Estaba tan furioso que incluso temblaba un poco.

—¿Cómo se atreve a poner en cuestión mi valentía, Gaunt?

Gaunt dio un paso atrás.

—Por Terra, no lo hago. No es eso lo que estoy haciendo. Lo que estoy poniendo en cuestión es tu humanidad, Faragut. Si todo esto es nuevo para ti, ¡dímelo! Necesito saberlo. No pasa nada por tener miedo, ¡pero necesito saberlo!

Hadrian Faragut parpadeó.

—Yo… Todavía no he… Quiero decir que…

Gaunt lo agarró con fuerza del brazo con una mano y lo miró fijamente a los ojos.

—Faragut, baja ahí y prepárate. Cree en ti mismo, y por el bien de todos, cree en mí. Te mantendré con vida. ¿Me crees?

—Sí, señor.

Gaunt le dio una palmada en el brazo antes de darse la vuelta y echar a correr.

—¿Larks? —preguntó por el comunicador—. ¿Qué es lo que está haciendo?

• • • • •

La bestia llevaba quieta por lo menos diez minutos. Se había mantenido agazapada entre la hierba alta y de vez en cuando había acelerado el motor y expulsado un par de ruidosos chorros de humo negro, como si se estuviera aclarando la garganta.

Un trueno resonó en la lejanía, y después se vio el resplandor de un rayo que acuchilló la cima de una colina durante una cegadora fracción de segundo.

El cañón se elevó con un zumbido chirriante y a continuación la torreta giró mientras el arma principal buscaba el origen de aquel repentino sonido. La torreta casi dio la vuelta por completo antes de volver a su posición frontal.

El motor aceleró. Una vez, dos veces, tres veces.

—Vaya cabrón —susurró Larkin.

Los faros de luz amarilla se encendieron de repente como si hubiera abierto los ojos de par en par. La bestia aceleró y se lanzó rugiendo hacia adelante. Salió de la vaguada como un perro de caza y empezó a subir la ladera a toda la velocidad que podía. De los tubos de escape salían unas tremendas columnas de humo negro producto de la aceleración.

—Ahí viene —le dijo Criid a Gonry—. Estás a punto de conseguir que se te ponga a tiro.

La bestia seguía ascendiendo por la ladera abriendo un tremendo surco a través de la larga hierba rosada. Llegó a la altura de un murete, y el murete se vino abajo frente las cadenas traqueteantes.

—Me gustaría estar en otro lado —comentó Brostin mientras encendía otro pitillo.

—Tranquilízate —le dijo Criid—. Gonry va a acabar con ese cabrón. ¿Verdad, Gonry?

Gonry se llevó el tubo lanzacohetes al hombro y sonrió a Criid.

La bestia continuó subiendo. El segundo murete de piedra quedó aplastado bajo su peso, y un árbol salió despedido hacia un lado cuando el guardacadenas del vehículo chocó contra él.

—Ahora sería muy buen momento… —musitó Larkin.

—Casi —le contestó Gonry mientras seguía apuntando—. ¡Atención!

El tanque enemigo le llenaba todo el punto de mira. Gonry apretó la palanca de disparo.

El cohete salió despedido del tubo dejando tras de sí una gruesa estela de humo blanco y falló por completo. Salió tan desviado que cualquiera habría pensado que Gonry en realidad estaba del lado del enemigo.

—¿Qué mierda ha sido eso? —gritó Criid.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —exclamó Gonry—. Pensé que… Yo quería…

—¡Abajo! —gritó Larkin.

Un sonido traqueteante y estruendoso atravesó el aire impregnado de tormenta. El tanque lanzado a la carga había empezado a disparar el cañón automático que llevaba en el casco.

Gonry metió una mano en el macuto de cohetes y la cabeza le desapareció. Criid lo estaba mirando cuando ocurrió, y le pareció que se trataba de uno de los juegos de manos de Varl. Una nube rojiza, un estampido, y ya no había cabeza. El cuerpo descabezado de Gonry cayó lentamente hacia un lado y se desplomó en el suelo.

Algo duro la golpeó en la boca y en la mejilla derecha. Criid cayó hacia atrás. Larkin la agarró y la levantó.

—¿Me han dado? —farfulló con los labios partidos y sangrantes.

—Estás bien —la tranquilizó Larkin—. Sobrevivirás. Eran trozos de cráneo.

Un par de fragmentos del cráneo de Gonry le habían dado de lleno. Criid sacudió la cabeza y se sintió agradecida de que Larkin la estuviera sujetando. Bajó la mirada hacia Gonry. Un proyectil de gran calibre le había atomizado la cabeza y lo había pintado todo de rojo en un radio de cinco metros.

Se inclinó aturdida y tambaleante para sacar el petatanques de debajo del cuerpo de Gonry. La correa se quedó enganchada y Larkin tuvo que ayudarla.

—Cárgalo —le ordenó Criid.

—Tona…

—¡Cárgalo!

Larkin abrió de un tirón el macuto y metió un nuevo cohete en la parte de atrás del tubo.

—¡Listo!

Criid se echó el lanzacohetes al hombro.

—¡Atención! —gritó.

La bestia estaba a poco más de diez metros de ellos, avanzando rugiente. Caff le había enseñado todos los trucos: «Apunta bajo, porque el cohete levantará el tubo con el primer chorro de propelente. Apunta a las junturas, como la juntura entre la torreta y el casco principal. Aprovecha al máximo la cabeza perforante del proyectil y todo el chorro de fragmentación interior que puedas conseguir».

Le pareció que estaba a su lado, instruyéndola.

Disparó.

El sibilante cohete se estrelló contra la parte superior de la torreta, rebotó y estalló en el aire.

De repente, Criid perdonó por completo a Gonry. Aquello no era tan fácil como parecía, o como Caffran lo hacía parecer.

—¡Carga!

—¡Feth, Tona! —replicó Larkin—. Quiero echar a correr. Brostin ya ha pillado la idea.

Criid miró a su alrededor. Brostin, con los depósitos de combustible colgados de uno de los anchos hombros, corría colina arriba hacia la aldea.

—¡Tú carga! —le gritó.

Larkin metió otro proyectil en el tubo.

—¡Atención!

Criid disparó. Una ancha bola de fuego ardiente apareció en mitad del casco de la bestia. Las llamas se enroscaron y parpadearon sobre la superficie metálica. De los motores surgió un extraño sonido gemebundo y lloroso, y empezó a retroceder.

En ese momento, la bestia disparó el arma principal. El primer proyectil pasó por encima de Cayfer. El segundo dio de lleno contra la parte superior del molino y la desintegró. Las aspas, que seguían girando, se desprendieron de la estructura y se estrellaron contra el suelo. Una vez allí, comenzaron a dar vueltas y a destrozarse a medida que rodaban en dirección a los cobertizos. El tercer proyectil reventó la parte inferior del molino.

Herida, dolorida, la bestia se recostó y disparó contra la aldea de Cayfer hasta reducirla a un montón de escombros humeantes.



10

Detrás de ellos, a lo lejos, bajo la decreciente luz diurna, el cañón de la bestia se dedicaba a demoler Cayfer. La sección de Gaunt se alejó corriendo a toda prisa a través de los campos de hierba en dirección al bosque.

Cuando estuvieron cerca de su meta, se dieron cuenta de lo escasos y raquíticos que eran los árboles. Los venenos habían atrofiado los bosques. Los Fantasmas avanzaron con lentitud desplegados en formación amplia hasta llegar a una zona casi arrasada de árboles retorcidos y secos mezclados con plantas alienígenas.

A su espalda, una brillante hoguera iluminaba la noche que se acercaba a medida que la aldea moría.

La luz del día casi se había desvanecido cuando llegaron al punto de reunión. Esperaron durante una hora. De repente, Mkoll se puso en pie y apuntó con el rifle.

Dos siluetas salieron de la oscuridad y avanzaron hacia ellos. Estaban demacradas, enjutas, vestidas con harapos y empuñando unas armas láser remendadas con cinta adhesiva y cuerda.

—Gaunt —dijo el comisario coronel—. ¿Daystar?

Los dos individuos se pararon y se quedaron mirándolo. Bajaron los rifles.

—Me llamo Dacre —dijo uno de ellos extendiendo la mano.

Gaunt la estrechó. Sintió con claridad los huesos. Sintió lo delgado que estaba.

—Gereon resiste —dijo Gaunt.

—Por los pelos —contestó Dacre—. ¿Es de verdad?

—Sí —confirmó Gaunt.

Dacre asintió y otras figuras salieron de la oscuridad. Algunas de ellas eran noctámbulos.

Eszrah dio unos pasos hacia ellos para saludarlos, pero retrocedieron, reticentes a dejarlo acercarse.

—Repugnam —le anunció uno de ellos.

En el rostro de Gaunt apareció una mueca de dolor.

—Sígannos —les dijo Dacre—. Hay algo que tienen que ver.

La sección siguió en silencio a Dacre durante dos horas a través del bosque envuelto en oscuridad. Detrás de ellos retumbaban los truenos y la pira funeraria de Cayfer iluminaba el cielo.

Entraron en una zona boscosa especialmente lóbrega. Los árboles allí estaban más deformados y retorcidos. Las hojas muertas cubrían el suelo oscuro.

—Me dijeron que debían ver esto —dijo simplemente Dacre.

—¿Quién lo dijo? —le preguntó Gaunt.

Dacre no contestó y se limitó a señalar un apilamiento de rocas.

Gaunt se acercó. Mkoll lo acompañó.

Habían amontonado las piedras de un modo improvisado, pero el propósito era evidente incluso bajo la escasa luz. Era una tumba, un túmulo para un muerto.

—Oh, por el Bendito Trono —murmuró Mkoll.

Había visto la inscripción. Estaba tallada en una roca en mitad del apilamiento.

—Feth —musitó Gaunt cuando leyó lo que Mkoll había visto.

La inscripción era muy sencilla.

MKVENNER.



SEXTA PARTE

Picadora de carne

1

—Lo bueno de las pesadillas —dijo Cajón— es que se acaban. Más tarde o más temprano, pero al final se acaban. Pero ésta no, ¿lo veis? Así que no sé por qué insistes en seguir llamándola pesadilla, porque no se parece en nada a una pesadilla. Cuando te despiertas de una pesadilla, la pesadilla se acaba y sientes una enorme oleada de alivio, pero aquí no. Aquí no hay alivio. Es algo que no se acaba.

—Quizá no nos hemos despertado todavía —comentó Encanto.

Cajón aprovechó aquello.

—¡Ése es un punto de vista interesante! —exclamó Cajón, que estaba casi, si eso era posible, alegre—. Quizá no hemos despertado. Quizá lo que sucede es que todavía tenemos que despertarnos.

Dalin sí que estaba bastante seguro de lo que iba a suceder a continuación. El río de carne iba a estrellarse contra el muro de hierro por tercera vez en un período de diez horas. Algo tendría que ceder. Si había que hacer caso de las dos ocasiones anteriores, sería la carne.

—Quizá no hemos… —insistió Cajón con un tono de voz lleno de intención.

La guerra cambiaba a las personas, o eso se decía. Había cambiado a Cajón para convertirlo en un filósofo, aunque no muy bueno. Dalin tenía ganas de decirle con toda franqueza lo idiota que era, pero tenía la voz atascada en la garganta, como si fuera un cartucho encasquillado imposible de sacar.

En opinión de Dalin, lo curioso de las pesadillas no era lo desagradable que podían llegar a ser ni el alivio de despertarse, aunque ambas cosas formaban parte de sus componentes. Para él, lo curioso de las pesadillas eran los pequeños detalles de tonterías mundanas o surrealistas que se entrelazaban en su tejido y convertían el horror en algo más horrible todavía. Tiempo atrás había sufrido una pesadilla en la que a su hermana y a él los perseguía una silla que quería devorarlos. Era mucho más joven, y había sentido pánico de la silla y de sus patas en movimiento. Sin embargo, lo que había convertido la pesadilla en algo realmente terrorífico había sido que Aleksa, una mujer muy agradable del grupo de seguidores que acompañaba al regimiento y que a veces los cuidaba, aparecía una y otra vez, sonriéndole y preguntándole «¿Te has atado los cordones?» mientras sostenía debajo del brazo derecho una gallina adormilada.

Si la situación en la que se encontraba se podía llamar una pesadilla, sin duda, todos los elementos se encontraban en su lugar. Estaban asaltando un gigantesco bastión enemigo en compañía de centenares de miles de guardias imperiales. Avanzaban bajo un cielo envuelto en llamas, bajo una lluvia cada vez más intensa de disparos, en una marea de cuerpos, y cruzaban los puentes y las avenidas en dirección a las puertas. Corrían a pecho descubierto, sin cobertura alguna, protegidos únicamente por el inmenso número de asaltantes.

Mientras ocurría todo aquello, Cajón seguía conversando sobre si aquellas circunstancias se podían considerar o no una pesadilla.

TA 137 no se había situado ni siquiera cerca de la vanguardia de la carga en los dos primeros asaltos contra el imponente bastión. Se habían visto arrastrados por el río humano hacia las puertas, y después se los había llevado el reflujo de la marea de retirada. Muchos de los muertos los acompañaban, mantenidos en pie por la densidad de cuerpos apretujados. Sólo caían cientos de metros más allá de donde habían muerto cuando la presión disminuía y aumentaba el espacio entre los atacantes.

La gran marea tomaba impulso para lanzarse a la carga por tercera vez. Empezaban a apretujarse los unos contra los otros. De la masa de tropas en movimiento surgió un fuerte aullido conjunto y entremezclado.

Toda la escena estaba iluminada por las llamas. Dalin vio cuando llegaron a uno de los grandes puentes que los miles de rostros que lo rodeaban estaban teñidos de un color dorado, y que debajo de ellos, otro ancho puente que cruzaba el mismo foso a una altura inferior, también estaba cubierto de caras doradas. Distinguió más puentes a su izquierda y a su derecha, repletos también de tropas. Muy por debajo de ellos, en las avenidas, había muchos miles más. Las aeronaves y los cohetes que disparaban le pasaron por encima de la cabeza, iluminados como joyas.

La muralla del bastión se alzaba cientos de metros por encima de ellos. Las torres con lanzallamas eran las principales fuentes de la ardiente luz de color naranja, pero la muralla también disponía de posiciones artilleras y troneras desde donde restallaban los disparos. Daba la impresión de que la gigantesca muralla estuviera envuelta en llamas en un millar de puntos, pero era el fuego que la propia muralla lanzaba contra ellos. Los rayos láser de color azul y blanco brillaban como chispas. Los disparos trazadores bajaban y se pegaban como una hiedra colgante. Los proyectiles estallaban en el aire convertidos en flores de humo que a su vez dejaban caer chorros de metralla ardiente, igual que si fueran medusas. Las estelas de los cohetes dejaban un rastro en el aire entre el suelo y la muralla, o de la muralla al suelo. Cada rastro vaporoso formaba una ruta de ascenso, igual que el diagrama de un ataque propuesto y dibujado con humo. La propia estructura de la muralla relucía con un destello ambarino. Parecía como si las grandes almenas y los emblemas en bajorrelieve hubiesen sido chapados con cobre y bronce.

Una pesadilla era algo de lo que te despertabas, pero aquello era un horror al que había despertado. Cada minuto transcurrido desde que saliera de la nave de

desembarco era un minuto demasiado largo, un horror demasiado horrible y un esfuerzo demasiado agotador. Aquello, aquel arranque en masa y sin sentido de estrellar cuerpos una y otra vez contra una muralla sólida lo sobrepasaba todo.

—¡Adelante! —oyó gritar a Sobile.

El comisario lo decía como si fuera algo obvio, como si no quedara otra elección, pero la lógica gritaba que hacia adelante era el último sitio hacia el que debería estar yendo.

2

Los disparos los acribillaron casi en vertical, procedentes de arriba. Bromista murió, lo mismo que Orejotas y Trask. Mascullante quedó envuelto en llamas e incendió a los que lo rodeaban al manotear desesperado en todas direcciones. A un binario que estaba cerca de él le volaron dos terceras partes de la cabeza, de la coronilla al labio y la mandíbula inferior. Se quedó allí, casi a su lado, con lo que le quedaba de cráneo balanceándose de un lado a otro y mantenido en pie por el gentío que lo rodeaba. Ledderman murió con lentitud después de que le dispararan dos veces, pero incapaz de retroceder. Botas, y después Retozón, desaparecieron bajo la masa de soldados. Al cabo Traben le acertaron de lleno en un ojo y murió con una bocanada de humo saliéndole por la boca medio abierta.

Las grandes puertas se alzaban ominosas ante ellos, tan pesadas e inamovibles como una estrella enana. La parte frontal de la carga ya había llegado hasta ellas y se rompía a su alrededor como una ola contra un espigón. De las almenas caía una lluvia de fuego que esparcía por todos lados torrentes de promethium ardiente.

Los guardias imperiales se esforzaban por subir. Tropezaban y se esforzaban por ascender una ladera formada a base de cadáveres. Era una cuesta empinada que acababa en las puertas y que se había creado con los cuerpos de los que ya habían llegado y muerto allí mismo. Era tan ridículo que a Dalin le entraron ganas de echarse a gritar y reír. Aquello no era uno de los orgullosos combates que sus padres le habían enseñado a admirar. Aquello era un comportamiento estúpido, sin sentido o mérito alguno, Dalin sintió un enorme odio por Sobile, en el sentido de que el comisario representaba la enloquecida forma de pensar de la Guardia Imperial que los había llevado a una acción de una inutilidad asombrosa.

Trepa por una montaña de cadáveres bajo un nutrido fuego enemigo para llegar a un callejón sin salida.

¿Por qué voy a hacer eso, señor?

Porque el Emperador te lo dice.

El pie de Dalin tropezó con un brazo o una pierna. Se agarró con las uñas y a manotazos a los que lo rodeaban para evitar caerse, y ellos a su vez lo manotearon también. El uniforme se le desgarró. Aparecieron moretones que estaban sobre moretones que cubrían otros moretones. Varios codos, rodillas, culatas y rebordes de

cascos lo golpearon. El aire estaba cargado del hedor a sudor producido por el miedo, a aliento agrio, a suciedad, a carne quemada y a excrementos.

Porque el Emperador te lo dice.

Dalin se preguntó, en un momento de epifanía sacrílega, si sería el primer guardia imperial en desear que el Emperador estuviese muerto. No sentía odio hacia Sobile, ni hacia los comandantes, era hacia el señor de todos los demás, hacia aquel a quien servían. Quiso matar al Emperador por aquello. Quiso matar al Dios Emperador por empujar a la humanidad por toda aquella galaxia empapada en sangre.

Fue un pensamiento liberador. El dolor y el miedo lo ayudaron a desprenderse de toda una vida de lealtad y condicionamiento mental y a pensar lo impensable. La guerra lo había llevado más allá de todo lo que era racional y le había mostrado la vacía estupidez de las estrellas.

A menos que…

Dalin resbaló, se puso en pie de nuevo y resbaló otra vez.

A menos que…

A menos que aquel lugar le hubiera hecho pensar de ese modo. Quizá no se trataba de una epifanía, sino de la maligna influencia de los Poderes Siniestros. Llevaba cierto tiempo expuesto a la influencia contaminante de Gereon, así que quizá lo habían hecho descarriarse.

Aquella idea hizo que le dieran arcadas por la duda y la repugnancia que lo asaltaron. Rezó y suplicó en voz alta que lo perdonase, aunque nadie lo oyó en mitad del estruendo de la guerra. ¡Habían sido el dolor y la furia por la situación en la que se encontraba los que le habían hecho desear daño al Emperador! ¡Sólo eso! Había sido un momento de debilidad, no una corrupción del alma. No una corrupción, por favor. ¡Por favor, Trono Dorado, no una corrupción!

Se lanzó hacia adelante impulsado por un deseo irrefrenable de purgarse a sí mismo y de demostrar su lealtad.

—¡El Emperador protege! ¡El Emperador protege! —gritó Dalin a la marea de cuerpos que lo rodeaba.

El hombre que estaba a su lado sonrió y pareció mostrarse de acuerdo, pero el hombre que estaba a su lado no tenía ni brazos ni la parte posterior de la cabeza.

Dalin miró a su alrededor en busca de alguien de su unidad. Distinguió la cara de Cajón, de Ganiel y de Pie de Trinchera, aunque este último desapareció un segundo después en mitad de un fogonazo. Vio a Encanto y a unos cuantos más, que se encontraban un poco más atrás, pegados a un lado del puente.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Adelante! —les gritó.

Un cohete o una granada de mortero disparada desde la muralla impactó contra un lateral del puente e hizo que toda la estructura se estremeciera. Las extremidades de algunos desafortunados atrapados directamente bajo la explosión volaron por los aires. Una gran sección del muro del borde del puente se desgajó y se llevó parte de la calzada con él. Decenas de guardias imperiales cayeron al vacío entremezclados con

los trozos de piedra en llamas. Dalin vio que algunos se estrellaban contra el abarrotado puente que había debajo y que otros rebotaban en el pretil y continuaban bajando hacia el fondo.

La presión de los cuerpos empujó a los que se encontraban en el borde igual que un escape de agua en una manguera. Algunos intentaron evitar caer agarrándose a los soldados que tenían al lado. Cuando se desprendieron más trozos del puente, nuevos grupos de figuras se despeñaron, unos agarrados a otros, los primeros agarrando a los últimos. Dalin vio a Encanto. La vio gritar intentando agarrarse a algo o a alguien mientras las manos de los que caían la arrastraban hacia atrás.

La perdió de vista en mitad del humo, y no la volvió a ver jamás.

La presión de la carga lo hizo avanzar de nuevo, acercándolo a las zonas de tiro de las puertas, donde los lanzallamas no cesaban de aullar y los rayos láser caían como un diluvio vertical.

El mundo se volvió blanco.

3

Lo primero en volver fue el sonido. Una voz gritaba haciéndose oír por encima del ruido estruendoso de fondo. Luego también volvieron la luz y el color.

—¡En pie y adelante! ¡En pie y adelante, perros! ¡Idiotas! ¡En pie y a luchar en nombre del Emperador!

El comisario Sobile gritaba con toda la fuerza de los pulmones. Las venas le sobresalían del cuello y tenía las comisuras de los labios cubiertas de espuma blanquecina.

—¡En pie y adelante, vagos! ¡Gandules! ¡A luchar! ¡En pie para devolverle al Emperador lo que le debéis! ¡A luchar!

Dalin oyó el chasquido del látigo. Se puso en pie con la cabeza dándole vueltas. Era uno más de los soldados que se esforzaban por levantarse sobre una ladera humeante de muertos y heridos. Miró a su alrededor, incapaz de concentrarse, incapaz de enfocar la vista… ¿Qué había cambiado? ¿Qué era…?

Estaban al otro lado de la puerta.

La enorme masa de la muralla se alzaba todavía por encima de él, pero las puertas en sí habían desaparecido. No tenía ni idea de qué accidente o enorme fuerza las había destruido. Sin duda, había sido el impacto lo que lo había derribado y lo había dejado aturdido. Las puertas habían caído, y al caer, la repugnante pila de cuerpos que se había acumulado contra ellas se había deslizado por el hueco como agua escapando de una presa rota, llevándose consigo a los heridos y a los inconscientes por igual. Los muertos los habían llevado hasta el corazón de la ciudad de K'ethdrac'att Shet Magir.

Varios grupos de asalto de la Guardia Imperial, la mayoría de ellos krassianos, se lanzaban a la carga por encima del derribado montículo de muertos. Dalin comprobó el cargador del rifle y comenzó a avanzar también, pero alguien lo agarró del brazo.

—¡Cala la bayoneta, novato! —le ordenó Kexie con un gruñido antes de soltarle el brazo y echar a correr—. ¡Calad bayonetas! ¡Calad bayonetas!

Dalin desenvainó el cuchillo de combate y lo fijó al enganche de bayoneta del cañón del rifle láser. Empezó a correr con los demás. La visibilidad era escasa en la zona de la puerta debido al humo, pero la fuerte luz que tenían delante los guiaba.

Seguían corriendo cuando llegaron al espacio abierto. Algunos de los soldados lanzaban gritos de guerra ininteligibles. Salieron de la nube de humo a una amplia

plaza pública sobre la que se alzaban unas amenazadoras torres de aguja. El enemigo los esperaba, preparado y en gran número.

El impulso lo llevó hacia adelante, arrastrado por la masa, pero de repente notó impactos por todos lados. Eran impactos pesados, sordos, el de una persona al chocar con un obstáculo. Los cuerpos se estamparon contra otros cuerpos cuando la línea imperial lanzada a la carga se estrelló contra las filas enemigas. Los soldados trastabillaron y cayeron, salieron despedidos por los aires, lanzados por los tremendos golpes del cuerpo contra cuerpo. Se oyeron gruñidos y jadeos por el esfuerzo, y también exclamaciones de dolor. Sonaron disparos a quemarropa y, uno por uno, todos los soldados de la marea atacante se detuvieron debido a la brutal colisión o por los ataques en combate cuerpo a cuerpo. Los escudos y las armaduras se enfrentaron. Las bayonetas acuchillaron y las hachas de trinchera tajaron. Dalin se estrelló contra una figura uniformada de verde y la atravesó con la bayoneta. La presión de los cuerpos que tenía a la espalda lo obligó a seguir hacia adelante. La bayoneta se desclavó sola y el soldado enemigo desapareció debajo de él. De inmediato, tuvo otro enfrente.

Más impactos brutales. Cerca de Dalin, un guardia imperial recibió un golpe tan fuerte que el casco le salió volando por el aire. Todos tenían los rostros manchados de sangre arterial. Dalin se vio enfrentado cara a cara con una criatura feroz que tenía implantes en vez de ojos y boca. La atacó aullando con la bayoneta y le disparó para estar seguro. La criatura cayó de espaldas, y la presión de la masa la lanzó de nuevo, ya inerte, hacia Dalin. El krassiano que estaba a su lado gritó cuando una bayoneta le atravesó la protección del antebrazo. El guardia imperial tenía clavada su propia bayoneta en la placa pectoral del soldado que tenía delante de él, un individuo repugnante que llevaba un putrefacto equipo de combate de color negro. Dalin blandió con un golpe desesperado el rifle y le rasgó la garganta al enemigo con la punta de la bayoneta. El krassiano le sonrió para darle las gracias. Diez segundos después, una bala de procedencia desconocida lo derribó con un ruido seco.

Dalin se sentía a la deriva en aquel tormentoso mar de cuerpos. Por encima de sus cabezas, sobre la masa en ebullición, los estandartes y las banderas ondeaban en el aire. Los disparos láser pasaban sibilantes. A medio kilómetro de distancia, una de las otras gigantescas entradas del bastión retembló y estalló convertida en una formidable lengua de fuego. A través de la brecha, entre las llamas que todavía no se habían apagado, apareció un titán, con el blindaje manchado de negro por la explosión. Un enorme grito de ánimo resonó en las filas imperiales.

La marea avanzó con vigor renovado. La resistencia a la que se enfrentaba cedió y continuaron a mayor velocidad, libre ya de separarse y desplegarse, libre de encontrar un poco de espacio para desarrollarse. Las losas del suelo estaban agrietadas por los impactos y cubiertas de una capa de color marrón por la sangre derramada. Había cuerpos tendidos por doquier, sembrados entre las piezas de equipo y otros restos.

Dalin corrió. Se encontró con un soldado enemigo en el camino, un individuo con

placas de cobre sobre el uniforme de paño verde. Dalin se lanzó a la carga contra él y se trabaron en combate cuerpo a cuerpo. Dalin le propinó un golpe de abajo arriba con la culata del rifle, lo que derribó de rodillas a su oponente, y lo remató con la bayoneta.

Alzó el arma y vio que otro enemigo se abalanzaba contra él espada en alto. Le disparó dos veces apoyando el rifle en la cadera y el soldado giró sobre sí mismo mientras caía, impulsado por la fuerza de los disparos. Varias explosiones cercanas lanzaron puñados de piedras y de gravilla al aire. Se enfrentó a otro guerrero cara a cara y trabaron las bayonetas. El enemigo, una grotesca bestia mutante de rasgos hundidos, chilló con un grito agudo mientras forcejeaban. Dalin no logró liberar su bayoneta. Un proyectil de bólter le reventó el vientre a la criatura y por fin consiguió separarse.

Por lo que él lograba ver, la Guardia Imperial estaba trabada en un combate cuerpo a cuerpo en diversos enfrentamientos por toda la plaza de la ciudad. Los guerreros enemigos a los que se enfrentaban eran criaturas a las que pasarían el resto de la vida intentando olvidar. Se trataba de seres repulsivos, algunos de ellos con armadura, brutales, otros extraños y casi bellos en sus chocantes formas. Unos cuantos parecían estar enfermos, y ser tan dependientes de su armadura e implantes que la carne y el metal se habían fundido formando un único ser. Otros mostraban una armadura de esplendoroso brillo y empuñaban largas lanzas donde ondeaban los estandartes con las ignominias del Caos escritas en grandes letras.

Lo que tenían ante la vista era todo un catálogo de corrupción, podredumbre, laceraciones, mutaciones y excesos. El archienemigo se enfrentó al ataque de la humanidad con armas láser, machetes, armas automáticas, espadas, garras y dientes. Dalin vio a un individuo al que le salía un puñado de tentáculos finos y afilados de la boca. También vio a una mujer cíclope, con un único diente aserrado sobresaliendo por encima de un labio deforme. Vio criaturas de rostros parecidos a los de los murciélagos que chillaban y ululaban mientras daban tajos con sus espadas sierra. Vio ogros cornudos y hombres que en vez de piernas tenían patas de pájaro gigantesco. Vio piel negra y pulida como la de los tiburones; huesos engastados en manos metálicas talladas; pupilas rasgadas del color de las ascuas; cabezas encefalíticas y distendidas de un modo grotesco sostenidas por hombros hundidos; capas tejidas con cuentas que en realidad eran ojos y rostros secundarios que parpadeaban y gemían a través de huecos en la ropa y en los mantos.

Varios proyectiles se estrellaron contra el suelo tras rasgar el aire y Dalin se agachó de un modo instintivo. Las bombas de gran calibre cayeron por toda la plaza y lanzaron los cuerpos por los aires en torbellinos explosivos.

—¡Santurrón!

Cajón apareció a su lado. Estaba empapado en sangre cubierto de un fino polvo de roca.

—¡Estás vivo! —le gritó Cajón, como si le hubiera dicho a Dalin algo que él

mismo no supiera—. ¡Tenemos que largarnos de aquí! —dijo sin dejar de gritar para hacerse oír por encima del estruendo—. ¡Vienen los blindados!

La amplia marea de guardias imperiales que llenaba la plaza se estaba separando y dividiendo. Los tanques imperiales bajaron traqueteando y echando grandes chorros de humo sin dejar de disparar sus armas de gran calibre contra las torres y las atalayas de la maligna ciudad. Los primeros tanques eran vehículos de la clase Leman Russ de la división Rothberg pintados con manchas de color beige y marrón. De los cascos se desprendían capas de hollín y de polvo cada vez que disparaban las armas principales. Los guardias imperiales corrían a su lado coreando con vítores y gritos cada uno de los disparos.

Las afueras de la ciudad ya estaban ardiendo. Los proyectiles incendiarios habían creado arrasadoras tormentas de fuego que envolvieron las torres más cercanas y devoraron sus estructuras. Los tanques recién llegados avanzaron por delante de la línea de infantería.

Uno de los tanques pasó al lado de Cajón y de Dalin. Ambos lo vitorearon como si fuera la carroza de un carnaval.

—Vamos —le dijo Dalin, y echaron a correr detrás del blindado, uniéndose al grupo que seguía a los tanques.

Cuando disparó el cañón principal, el estampido fue tan ensordecedor y cercano que hizo que se sobresaltaran y luego se echaran a reír. Dalin vio el cuerpo destrozado de un comisario tirado en mitad de los escombros. Se preguntó si sería Sobile. Deseó que lo fuera.

—¡Mira! —le dijo a Cajón.

Cerca de allí había un grupo de krassianos muertos. En mitad de ellos se encontraba un estandarte caído, un aquila desgarrada sostenida por un mástil en cruz.

—¡Ayúdame! —le pidió Dalin mientras echaba a correr hacia allí.

Cajón lo siguió, acompañado de dos soldados krassianos del grupo que iba con los tanques.

Entre todos levantaron el estandarte y lo alzaron bien en alto. La bandera principal tardó unos momentos en quedar tensa y colgar de un modo apropiado. Después echaron a correr para reunirse con el grupo de soldados que seguía al trote a los tanques. Se oyeron nuevos vítores y el tanque que iba delante de ellos hizo sonar la sirena.

El humo que surgía de las torres era cada vez más espeso y se extendía por la plaza como una neblina. Dalin vio de repente a Merrt entre las filas que avanzaban.

—¡Lo conseguiste!

Merrt se limitó a asentir y corrió para unirse al grupo. El combate que había librado en la entrada del bastión había sido duro. El rifle láser con el que había acabado después de cambiárselo a Dalin era malo. Se trataba de una unidad antigua y poco fiable marcada con pintura amarilla del Munitorum en la culata. Había fallado dos veces al disparar, y en ambas ocasiones casi lo había matado. Estaba en muy malas

condiciones, y Merrt tenía el desagradable presentimiento de que era una arma vieja que habían recapturado al enemigo.

Con Merrt llegaron Amasec, Palada, Esfuerzo y Wash, otros cuatro miembros del TA 137. Todos mostraban un aspecto desastrado y sucio. Luego apareció Pinzer, el sacerdote de la compañía. Dalin creía que había muerto horas antes. Pinzer empuñaba una pistola láser en una mano y sostenía un libro de oraciones en la otra. Iba leyéndolo en voz alta mientras caminaba. Los miembros del TA 137 lo vitorearon como si fuera un camarada perdido tiempo atrás. Pinzer los miró con expresión confundida y no pareció reconocerlos.

Wash lanzó un escupitajo al suelo e hizo el signo del aquila. Había visto algo más. Señaló con un gesto del mentón el otro lado de la plaza.

Dalin vio entre las filas de la Guardia Imperial varias figuras encorvadas y oscuras. Algunas estaban cubiertas con abrigos de combate y caminaban con la ayuda de largos báculos. Otros andaban en la postura típica de los jorobados e iban encadenados a una pareja de guardias del Comisariado que marchaban a su lado.

El Alto Mando había enviado al frente a los psíquicos autorizados.

—Puñeteros bichos repugnantes —murmuró Wash, y escupió de nuevo.

Dalin contempló desde lejos pero con curiosidad a aquellos individuos. La luz del día, ya de por sí atenuada por el polvo y el humo, parecía especialmente lúgubre a su alrededor, como si el aire estuviese teñido de marrón igual que los dedos de un empedernido fumador de lho. También se los veía distorsionados, con un perfil parpadeante, igual que en las viejas grabaciones pictográficas donde la imagen a veces corría más de la cuenta y daba saltos.

Sintió que se le erizaba el vello de la piel, y se imaginó que unas mentes poderosas lo estaban observando con atención, que los observaban a todos ellos, y que veían su interior. Se preguntó cómo percibirían los psíquicos el mundo que los rodeaba. ¿Le estaban leyendo la mente? ¿Veían a través de su carne incluso sus huesos cansados? ¿Notarían siquiera su presencia?

¿Eran capaces de meterse en su cabeza y captar el miedo que le provocaban?

Notó un leve toque, como el de una caricia con la punta de los dedos en la piel, y se sobresaltó. Luego se tranquilizó convenciéndose que tan sólo había sido su imaginación.

El sonido de un tremendo golpe les llegó procedente del humo que tenían ante ellos. El ruido había sonado bastante fuerte y sugería una fuerte colisión, como el que provocaría una bola de demolición al chocar contra una compuerta antiexplosiones. Al sonido le siguió de inmediato un impacto que hizo que el suelo se estremeciera, y después un largo chirrido de metal contra piedra que fue aumentando de volumen.

Un tanque Leman Russ salió del humo. Era uno de los vehículos de la división Rothberg que formaba parte de la vanguardia que se había internado de avanzadilla en la ciudad en llamas.

Estaba medio volcado, con la torreta girada hacia la línea imperial y las orugas

vueltas hacia la ciudad. La parte superior de las cadenas estaba suelta y los fragmentos dejaban un rastro parecido al de las escamas de un gran lagarto. El blindaje del casco de la parte que quedaba a la vista estaba profundamente abollado, como si hubiera recibido un golpe colosal.

De debajo del tanque salía un chorro de chispas y de chirridos agudos. El tanque siguió deslizándose sobre un costado por encima de las losas del suelo hacia la línea imperial.

4

El tanque pasó con suavidad por delante de ellos y del Leman Russ al que seguían con el casco chirriando todavía contra el suelo. Después se detuvo. Al hacerlo, dos pesadas secciones de cadena se desprendieron con estruendo. Se produjo un momento de silencio casi total.

—¿Qué demonios podría…? —empezó a decir Cajón.

Había algo entre el humo, algo con lo que el tanque se había encontrado y que lo había golpeado con tanta fuerza que lo había volcado y lo había enviado deslizándose a través de la plaza. Aquello era muy alto, de la altura de un habitáculo de dos pisos, y apenas se movía. Lo distinguieron entre el humo, una sombra gris en mitad de una nube más clara. Vieron como daba un solo paso con lentitud. Les llegó el sonido de un ronroneo, largo, húmedo y rasposo.

Las líneas de infantería que avanzaban se detuvieron en seco. Los estandartes continuaron ondeando al viento, pero los soldados se quedaron mirando al banco de humo y a la sombra que había en su interior. Los tanques también se habían detenido.

Otro ronroneo profundo y húmedo surgió del humo.

A lo largo de la línea, los oficiales y los comisarios gritaban dando órdenes y ánimo.

—¡Preparen armas! ¡Filas de disparo!

—¡Esperen la orden, esperen la orden!

Un oficial al que Dalin no conocía pasó corriendo por delante de ellos.

—¡Preparen armas! ¡En fila de a dos!

—¿Qué es lo que pasa? —murmuró Wash—. ¿Qué es lo que pasa?

La sombra se movió de nuevo y empezó a tomar forma. Dalin casi se tragó la lengua por el terror cuando alzó la mirada y vio los dos cuernos gigantes que remataban la cabeza en forma de cuña. Una enorme pezuña hendida resonó contra las piedras del suelo al dar el siguiente paso. Había en el aire un hedor a azúcar quemado y a gas volcánico, a tormenta y a mierda.

—Un demonio… —barbotó el sacerdote mientras también alzaba la mirada—. Un de… demonio…

Muchos soldados se desmayaron. La línea de la Guardia Imperial se deshizo y los soldados salieron disparados como tímidos herbívoros. Se produjo un fuerte griterío

cuando los soldados dieron media vuelta y echaron a correr para salvar la vida. Los estandartes cayeron olvidados al suelo. Los comisarios aullaron y amenazaron, pero fueron derribados. Se oyó el chasquido de las escotillas al abrirse de golpe cuando las tripulaciones de los tanques abandonaron sus vehículos en un esfuerzo por huir con los demás.

El demonio se lanzó a por ellos. Aunque se quedó mirando y fue uno de los últimos en salir huyendo, Dalin realmente no lo vio. Distinguió los cuernos parecidos a colmillos, la gigantesca silueta casi humanoide, las patas con la articulación de la rodilla doblada hacia atrás y una boca repleta de dientes afilados dentro de unas fauces festoneadas de colmillos. Distinguió unos ojos redondos, negros, de mirada vidriosa.

Quería ver al demonio. Quería mantener la fuerza de ánimo necesaria para presenciar aquel tremendo miedo hecho carne, soportar la visión y hacerse más fuerte o morir. Sin embargo, el demonio poseía una cualidad aparte de las enumeradas en los textos de la Eclesiarquía y en los sermones de advertencia.

Era veloz.

Su rapidez era tan antinatural como el resto de sus espantosas características. No era veloz en el sentido que serían veloces un animal o un ser humano. Cuando se movía, la realidad se doblaba a su alrededor y le permitía pasar de un lado a otro en un parpadeo. Se oyó un rugido como el de un viento tempestuoso y aullante. Decenas de guardias imperiales a la fuga fueron lanzados de repente por los aires, igual que si los hubiera desplazado una ráfaga de huracán. Una tripulación no había hecho más que abandonar un tanque delante de Dalin cuando el vehículo subió hacia el cielo como un juguete arrojado hacia arriba, donde dio la vuelta sobre sí mismo antes de estrellarse contra el suelo treinta metros más allá con un impacto que derribó a Dalin.

Logró ponerse a cuatro patas. Por todos lados se veían cuerpos desmembrados. Los cadáveres, con las ropas y la piel arrancada en un segundo de furia, yacían en mitad de grandes charcos de sangre. Dalin gritó poseído por el terror y una rabia impotente. Wash se quedó sentado en el suelo cerca de él, con las manos en el regazo y sin dejar de sollozar y gimotear. Cajón todavía estaba de pie a espaldas de ellos, sin moverse y mirando fijamente el lugar donde había estado el tanque. Pinzer pasó caminando a su lado. Dalin levantó la vista hacia el sacerdote. El hombre contemplaba el desmoronamiento de las líneas imperiales a su alrededor mientras el gran borrón cornudo de humo y aire apestoso las atravesaba arrojando cuerpos al aire.

Pinzer apartó la mirada. Dio la espalda a aquella matanza y se sentó en el suelo al lado de Dalin. El libro de oraciones se le cayó de la mano y aterrizó en las sucias piedras del suelo.

—Ya no hay jamón —dijo con rapidez y con voz aguda y perpleja—. No queda nada. Lo comprobé. Los huevos están malos. Corriste demasiado para que pudiera contar. Preposición.

—¿Qué? —le preguntó Dalin.

Pinzer se llevó la pistola a la boca y apretó el gatillo. El cuerpo se desplomó contra el suelo.

—¡Arriba!

Dalin se dio la vuelta.

—¡Arriba! —le gritó Merrt. Miró a Wash—. Haz que se ponga en pie.

—¡Estamos muertos! —gimió Wash entre sollozos.

Dalin captó un parpadeo brillante con el rabillo del ojo. Aquel resplandor le hizo sentir comezón en los dientes y un desagradable palpitar líquido en el vientre. Pensó que iba a perder el control de los intestinos. Cajón también lo sintió, al igual que Merrt. La sensación hizo que Wash, el tipo duro de Wash, chillara como un crío.

—¿Qué ha sido eso? —se lamentó Cajón, que al parecer no se daba cuenta o no quería darse cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor.

—Los psíquicos —gruñó Merrt—. Se están enfren… enfren… enfrentando a esa cosa de Feth.

Todos lo sintieron. Daba la sensación de que alguien les estuviese estrujando los órganos internos. Wash dio varias arcadas sin llegar a echar nada. Las lágrimas les cubrían la cara sin que quisieran llorar. Dalin sintió el dolor de cabeza más tremendo de toda su vida y notó en la boca el sabor metálico de la sangre. Todos los cortes y rasguños que había sufrido desde que desembarcó se abrieron de nuevo de forma espontánea.

Una sucia luz amarillenta se extendió por la amplia plaza de la ciudad en disputa. La bruma era similar al vapor de una tormenta y oscureció la silueta del bastión y del lejano horizonte. Varias descargas relampagueantes de energía iluminaron la burbujeante oscuridad como si fueran venas de luz.

Algunas de las piedras de mayor tamaño de la plaza se agrietaron igual que si de repente hubieran sido sometidas a temperaturas cósmicamente bajas.

Merrt se llevó una mano a un lado de la cabeza.

—Vámonos —les dijo—. Vámonos antes de que esto nos mate a todos.

5

Durante dos horas, en la plaza en penumbra se fueron librando algunos combates. Una repugnante neblina cargada de moscas llegó procedente de las calles adyacentes. En la tumultuosa oscuridad se oyeron gritos resonantes, lo mismo que inexplicables golpes y choques.

Las calles cercanas estaban envueltas en llamas. Algunos guardias imperiales de la línea de vanguardia habían huido hacia las ruinas, y eso probablemente los había salvado del demonio y del enfrentamiento psíquico.

Dalin, Merrt, Cajón y Wash huyeron hacia allí. Dos krassianos, uno llamado Firik y el otro Bonbort, corrieron con ellos. Firik había perdido la mano izquierda. O no sabía cómo la había perdido o estaba demasiado traumatizado como para recordarlo. Merrt le cerró y le vendó el muñón, y Firik se quedó sentado, solo, dejando escapar pequeños gemidos de dolor de vez en cuando.

Se habían refugiado en el cascarón vacío en que había quedado convertido un edificio bombardeado. Cerca de allí, una de las grotescas torres de la ciudad, una estructura monstruosa llena de agujas y de contrafuertes con aspecto de insecto, ardía iluminando la noche.

Se quedaron en silencio, sentados entre las sombras danzantes, encogiendo el cuerpo con cada aullido o estampido. Estaban demasiado cansados y aturdidos como para ponerse a hablar. Cajón sacó un paquete de comida, pero tenía los dedos demasiado rígidos y temblorosos para lograr abrirlo. Merrt parecía tener suficiente con estar sentado y comprobar el estado de su arma. La examinaba con cuidado en un aparente intento de corregir algún fallo en el punto de mira.

Dalin se quedó sentado y sin moverse todo el tiempo que pudo, ya que sabía que necesitaba el descanso. Sin embargo, sentía una impaciencia cada vez mayor. No habían salido de aquello todavía, y aunque pareciera increíble, cada paso triunfante que daban los llevaba a una situación peor que la anterior. Se puso en pie y caminó entre las ruinas echando un vistazo de vez en cuando a través de las ventanas rotas. La calle de uno de los lados estaba repleta de vehículos enemigos destruidos. Daba la impresión de que habían ardido por completo debido a una tormenta infernal. Tenían los cascos cubiertos de ceniza blanca, igual que si fuera nieve.

—Come algo.

Miró a su alrededor y vio que era Merrt. Negó con la cabeza.

—Necesitas comer —le insistió Merrt—. Es un milagro que alguno de nosotros siga en pie después de lo que ha ocurrido en estas últimas horas. La falta de alimento es de lo que menos te das cuenta ahora, pero vas a ne… ne… necesitarlo cuando venga el siguiente combate. Come algo y quizá seas útil un rato más.

Dalin sacó un paquete de comida y lo abrió. Merrt ayudó a Cajón a abrir el suyo y dio el mismo consejo a los demás.

Merrt se puso a chupar un caldo reconstituyente por una pajita y se sentó junto a Dalin.

—Es lo peor que has visto en toda tu vida, ¿verdad?

Dalin se preguntó a qué aspecto concreto del día se refería Merrt. Se limitó a asentir.

—En realidad, recuerdo una silla —le contestó al cabo de un momento.

—¿Qué?

—Tuve una pesadilla cuando era niño —le explicó Dalin—. A mi hermana y a mí nos perseguía una silla que quería devorarnos. Aleksa, la del grupo de seguidores que acompaña al regimiento, aparecía una y otra vez preguntándome «¿Te has atado los cordones?» mientras sostenía debajo del brazo una gallina.

Merrt alzó las cejas.

—¿Para qué me cuentas algo así?

Dalin se encogió de hombros.

—Porque, sinceramente, no se me ocurre ni un solo tema en este momento sobre el que tener una conversación sensata.

—Es verdad —contestó Merrt mostrándose de acuerdo. Se volvió para mirar la calle cubierta de ceniza—. Probablemente es algo simbólico.

—¿El qué?

—El sueño.

—¿Y eso?

Merrt se volvió para mirar de nuevo a Dalin.

—¿Una silla? Eso tien… tien… tiene que ser un símbolo, ¿verdad? Del Imperio. Del Trono. No importa lo mucho que intentes retrasarlo, más tarde o más temprano el Imperio os va a devorar a ti y a tu hermana, lo mismo que devora a todos los demás. El Imperio nos atrapa a tod… tod… todos al final. Nos devora a todos.

Dalin frunció el entrecejo.

—Si tú lo dices. Pero ¿qué hay de Aleksa y de la gallina?

—Eso también forma parte del Imperio. Te alimenta, te viste y te cuida todo el tiempo que puede.

—¿Todo lo que aparece en tu esquema de interpretación representa al Imperio? —quiso saber Dalin.

—Normalmente sí. O el Imperio o el sexo. Hace que sea más fácil.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, ¿verdad?

—Ni la más remota.

Ambos se agacharon cuando alguien, una silueta oscura, pasó corriendo por la calle delante de la ventana y luego desapareció entre las ruinas del otro extremo.

—¿Sabes? —comentó Dalin—, no puedo creerme que me haya pasado toda la vida queriendo estar aquí.

Merrt soltó un bufido.

—Bueno, ¿vas a contármelo? —le preguntó Dalin mirando a su alrededor.

—¿El qué?

—Ya sabemos cómo acabé yo aquí. Quería desesperadamente ser un Fantasma. ¿Y tú? Y esta vez no me des una respuesta de mierda.

—Porque era un estúpido y estaba desesperado —le contestó Merrt en voz baja—. Porque lo tenía todo y todo me lo arrebataron, y quería recuperarlo. Ah, y también había una chica.

Se dio la vuelta para mirar a Dalin.

—Fíjate en mí. Fíjate bien en mí —le dijo—. Yo era un cab… cab… cabrón guapo. A lo mejor no era un tipo atractivo como tú, pero estaba bien. ¡Además, tenía puntería! Emblema de francotirador. Era algo importante. Y luego me hirieron. —Apartó la mirada—. Me arrebataron la cara. Me arrebataron la voz. Me arrebataron la habilidad. Acabé con ese temblor en la mano que no puedo controlar, y no puedo apuntar bien con esta mandíbula. Acabé en lo más bajo de la vida.

Dalin no supo qué decir.

—La bebida ayudaba. Pero ninguna chica se me acercaba. Pensé que si conseguía hacerme con algo de pasta, podría arreglar la situación. No del todo, entiéndeme, pero sí mejorarla. Pod… pod… podría conseguir un implante mejor que esta tapa de horno. Quizá incluso un injerto. Dicen que en los mundos colmena puedes reconstruirte por completo si dispones del dinero necesario.

—Sí, es lo que dicen —admitió Dalin.

—Pero ¿dónde iba a conseguir el dinero? ¿Del sueldo? No señor. ¿Robándolo? No soy un ladrón. El único modo en que se me ocurrió fue ganándolo en el juego, así que empecé a jugar en las mesas.

—¿Ah, sí?

Merrt soltó un sonido y Dalin se dio cuenta de que era una risa.

—Resultó que tenía la misma suerte jugando. He jugado a las cartas durante muchos años y he perdido mucho más de lo que he ganado. Más tarde o más temprano, la situación acaba contigo.

—¿Qué ocurrió?

—Me pasé de listo. Acabé metido en una pelea. El comisario me salvó la vida…

—¿Gaunt?

—No, me refiero a Hark. Me salvó la vida, lo que como mérito es muy discutible. Pero me condenaron. Juego, pelea y conducta impropia. Seis semanas en el RIP. Así es como acabé aquí.

Dalin asintió.

—¿No te diste cuenta de hacia dónde te dirigías? —le preguntó al cabo de un rato.

—¿Tú v… v… ves hacia dónde vas ahora? —le preguntó Merrt a su vez.

—No.

—Pero sabes que va a ser malo, ¿verdad?

Dalin asintió de nuevo.

—Y no puedes impedirlo. A mí me pasó lo mismo. Ah, y est… est… estaba la chica.

—¿La chica?

—Trabajaba en el garito de juego al que solía ir. Era un lugar en las cubiertas de recreo. Se llamaba Sarat. Era preciosa. He mirado a las chicas desde que me hirieron, por supuesto, pero ella fue la única que me devolvió la mirada. Mi cara no la asustaba. Me hablaba y me preguntaba qué tal me iba. Entiéndeme, no era que estuviéramos juntos. Es que ella… No sé, quizá sólo estuviese haciendo su trabajo. Pavver les pagaba para que fueran agr… agr… agradables con los clientes. Parecía que lo era de verdad. Lo era tanto que al final iba a jugar a las cartas y a verla a ella. Empecé a pensar que si tenía ese golpe de suerte que necesitaba, podría conseguir el dinero que me hacía falta para arreglarme la cara y que ella… —Se encogió de hombros—. Ahí es adonde pensaba yo que iba. A algún sitio donde tendría las pelotas de pedirle que estuviera conmigo y donde ella no se echara a reír en mi cara.

6

Pocas horas más tarde, se acabó la noche y llegó el día.

Habían perdido la noción del tiempo. Los cronómetros se habían parado o funcionaban de forma discordante desde la descarga psíquica en la plaza de la ciudad. No sabían si era el verdadero amanecer o nada más que un cambio en el viento que había despejado la nube de humo que había llevado la noche a todo el mundo.

Dalin había deseado que llegara la luz. Ansiado la luz. La luz haría que todo mejorara.

No lo hizo. Lo único que hizo fue que todo pareciera diferente.

La noche, verdadera o artificial, había sido difícil de soportar. Después de los ruidos en la oscuridad se habían oído carcajadas, fuertes y enloquecidas, que habían ido y venido como el viento entre las hojas y que resonaron por las escaleras vacías y las tuberías rotas. Oyeron en más de una ocasión el sonido de unos pasos arrastrados por la calle y se asomaron para ver que no había nadie. Nadie visible, al menos.

Bonbort, uno de los krassianos, se perdió en la noche. Nadie lo vio marcharse. Nadie supo por qué se había marchado.

La luz, cuando apareció, era blanca y mate. Hizo que diera la impresión de que el cielo sobre la ciudad colgaba muy bajo, como el techo de un teatro que todavía no estuviese preparado para una escena. La luz era tan espesa y débil como incolora. Había una cierta cualidad neblinosa en la visibilidad a nivel de la calle. Por todas partes había polvo y ceniza blanca. En cuanto empezó a soplar un poco de brisa, el polvo comenzó a quedarse flotando en el aire como si fuera humo.

Dalin y Merrt salieron al exterior. La guerra seguía su curso. Distinguían su rugido, sordo y apagado, procedente de todas direcciones. Unas gruesas columnas de humo se elevaban hacia el cielo por encima de los tejados desde las partes de la ciudad interior que todavía estaban ardiendo.

El aire estaba cargado del olor del algodón de azúcar.

Comieron un poco más y bebieron lo que les quedaba de agua. Firik, el otro krassiano, había empezado a tener fiebre a causa de la infección que le había provocado la amputación. No había nada que pudieran hacer por él.

Cuando oyeron varios silbatos en las calles cercanas, tomaron en brazos a Firik y se pusieron en marcha. Encontraron a los pocos minutos una columna de krassianos

que avanzaba por las calles ennegrecidas por el fuego y recogía a los grupos de infantería con los que se topaban. Los krassianos se encargaron de Firik. El oficial al mando no pudo decirles mucho a Dalin y a los demás sobre lo que estaba ocurriendo. Los acababan de enviar a la zona para retomar el control.

Los cuatro caminaron con lentitud por la polvorienta ciudad. Oyeron de forma esporádica tiroteos en las calles cercanas. Dieron con un Thunderbolt imperial derribado. El fuselaje pintado de mate había terminado incrustado en el suelo al final de una larga hendidura. Se había estrellado con un ala apuntando hacia el cielo, como un nadador que sacara un brazo del agua para dar otra brazada.

En ese momento se encontraron con Hamir. Al principio no se dieron cuenta de que era Hamir. No vieron más que una figura solitaria vestida con un uniforme andrajoso que daba bandazos por una calle vacía mientras miraba los copos de ceniza que flotaban en el aire como nieve que caía.

Wash alzó de inmediato el rifle láser, lo mismo que Merrt.

—¡Es Scholam! ¡Mirad, es Scholam! —gritó Cajón de repente.

Wash frunció el entrecejo. Dalin vio que Merrt seguía dispuesto a dispararle y le apartó de un golpe el cañón del arma. Merrt parpadeó y lo miró.

—¿Qué?

—¡Casi le pegas un tiro!

—No es verdad. Yo… yo…

Merrt bajó la vista hacia el viejo rifle que empuñaba con las manos llenas de suciedad y lo miró ceñudo.

Hamir les oyó gritar y dejó de andar. Se quedó mirándolos mientras ellos se le acercaban al trote. Sobre los hombros y la cabeza se le había formado una capa de ceniza blanca que parecía una cobertura de azúcar glaseado.

—¡Hamir! —lo saludó Dalin cuando llegó a su lado.

Hamir le sonrió, pero se comportó de un modo extraño. No paraba de parpadear, como si tuviera problemas para enfocar la vista.

—Santurrón —dijo—. Santurrón. Estás aquí. Eso es bueno. Cajón también.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Merrt.

Hamir se sorbió la nariz y se quedó pensativo. Se dio la vuelta con expresión dubitativa y después se volvió de nuevo. Luego se llevó un dedo mugriento a los labios en gesto pensativo.

—No… no me acuerdo. No me acuerdo por dónde… —Hamir miró a su alrededor—. Todas las calles tienen el mismo aspecto. Todas tienen el mismo aspecto.

Dalin observó con atención a Hamir. Tenía una costra de sangre seca detrás de la oreja derecha, debajo de una profunda melladura en el borde del casco. Hamir no dejaba de parpadear. Una de las pupilas era apenas un punto diminuto, mientras que la otra estaba completamente dilatada y de un intenso color negro. Dalin se preguntó por un momento si debía quitarle el casco, pero después decidió que la verdad era que prefería no hacerlo.

—Sobile me envió —dijo Hamir de repente.

—¿Ese cabrón? —gruñó Wash.

—Ha reunido parte de la sección. Con el sargento. Ha reunido parte de la sección, lo que quedaba de la sección, lo que logró encontrar de la sección…

—¿Hamir? ¿Dónde está? —lo interrumpió Dalin.

—Cerca de aquí —contestó Hamir asintiendo—. Nos dijo que fuéramos por las calles a ver si podíamos encontrar a otra gente perdida.

—¿Te ha enviado a ti? —quiso saber Dalin.

—Me ha enviado para que vaya por las calles y…

—¿Te ha enviado a ti? —le repitió Dalin—. ¿No te ha enviado a un médico o a un enfermero?

—Deberíamos intentar encontrarlo —comentó Merrt.

—¿Por qué? —le preguntó Wash con cierto desdén.

—¿Tienes una idea mejor? —quiso saber Merrt.

—Muchas —contestó Wash.

• • • • •

A pesar de ello, Wash no las compartió con los demás, y no pareció disgustado por seguirlos cuando los otros empezaron a caminar. Dalin había esperado que Hamir los guiara, pero pronto quedó claro que los estaba siguiendo.

Excepto en las numerosas ocasiones en las que se quedaba completamente quieto y con la vista alzada hacia la ceniza y el hollín que caía en silencio.

—¿Hamir? No te pares.

—Sig.

—¿Estás bien?

—Sig.

Empezaba a caminar de nuevo de forma obediente, pero cada vez hablaba de un modo más pastoso e ininteligible, como si le hubieran taponado la nariz o fuera incapaz de acabar una palabra sin un sonido nasal. Se quedó de nuevo en mitad de la calle cuando un tremendo rugido en aumento invadió el aire e hizo que los demás corrieran para ponerse a cubierto. El estruendo creció sin cesar hasta que sintieron el estremecimiento que provocaba.

—¡Scholam! —lo llamó Cajón con un fuerte susurro desde donde se había puesto a cubierto—. ¡Scholam, ven aquí!

Allí, en mitad de la calle, Hamir continuó mirando al cielo. Luego alzó un brazo y señaló algo.

Varias aeronaves de combate empezaron a sobrevolar la zona. Ellas eran la fuente del ensordecedor estruendo. Eran naves imperiales, cazabombarderos Marauder.

Volaban en una formación en masa a una altitud de unos mil metros. Fila tras fila de siluetas cruciformes pasaron por encima sin dejar de perseguir sus propias sombras sobre las calles blanqueadas por la ceniza. Oscurecieron el cielo como una lenta y gigantesca bandada de pájaros migratorios. El ruido combinado de todos aquellos motores era tan fuerte que los soldados no consiguieron hacerse oír ni siquiera a gritos mientras los sobrevolaban.

Aquello duró diez minutos. Dalin ni siquiera logró hacer una estimación del número de aeronaves que participaban. La formación se dirigía hacia el norte, dejando atrás el tremendo bastión y en dirección a la ciudad interior, los distritos centrales y la colmena de K'ethdrac'att Shet Magir. Era todo un espectáculo, pero en su breve pero intensa carrera como guardia imperial, Dalin ya había presenciado otros acontecimientos más extraordinarios.

Salieron de la cobertura mientras las aeronaves todavía rugían sobre ellos. Empezaron a caminar de nuevo y Dalin agarró a Hamir de la manga y tiró de él. Hamir seguía fascinado por los aviones. No dejaba de tropezar porque continuaba mirando hacia arriba en vez de hacia dónde iba.

Marcharon en dirección sur. Dalin razonó que en esa dirección era más probable que llegaran a zonas controladas por los imperiales, o al menos a alguna clase de lugar seguro. Las botas siseaban con suavidad al rozar la profunda capa de polvo blanco.

Llegaron a una calle flanqueada a ambos lados por ruinas ennegrecidas. Media docena de hombres aparecieron al otro extremo y se volvieron hacia ellos.

—¡Es Sobile! ¡Son Sobile y los demás! —exclamó Hamir antes de echar a correr hacia ellos moviendo las manos y saludándolos a gritos.

No era Sobile. Los seis individuos eran tipos grandes, equipados con ropas de color ocre y armaduras de hierro negro. Vieron a Hamir que corría hacia ellos gritando de alegría.

—¡Hamir! ¡No, no, Hamir! —gritó Dalin.

Los soldados enemigos abrieron fuego.

7

Dispararon rápidas ráfagas de fuego láser. Hamir todavía corría hacia ellos cuando le acertaron. Se derrumbó y cayó boca abajo en el suelo, con un brazo extendido todavía saludando. Su cuerpo parecía especialmente abandonado. La sangre salpicaba el polvo blanco que lo rodeaba.

—¡Hamir! —gritó Dalin con voz ronca.

Se llevó el arma al hombro. Merrt, a su lado, ya estaba apuntando.

El enemigo no dejó de disparar y también comenzaron a avanzar, aparentemente sin sentirse preocupados por la visión de cuatro guardias imperiales armados.

—Que el Trono nos salve —gimoteó Cajón.

Los soldados enemigos eran enormes. Tenían la parte superior del cuerpo, el pecho, los hombros y los brazos, cubierta de músculos tan gruesos que les daban un aspecto ligeramente cómico y desequilibrado en conjunto. Sin embargo, no había nada de cómico en la velocidad o en la determinación que demostraban al avanzar. El amarillo brillante del uniforme contrastaba de un modo llamativo con el brillo negro de la armadura corporal. En las placas pectorales llevaban grabadas runas de los Poderes Siniestros y del cuello les colgaban largos collares de abalorios y amuletos tintineantes. Llevaban las cabezas afeitadas y pintadas de blanco y con delicados diseños en color negro que les cubrían el cráneo y la frente. La armadura estaba rematada en la parte superior por una ancha guarda con forma de palma de mano ahuecada que les tapaba la boca.

Ya se habían producido suficientes reuniones de información como para que incluso un inútil como Wash supiera quiénes eran. A Dalin no le cupo ninguna duda. Eran los Hijos de Sek.

Varios disparos láser pasaron cerca de los cuatro imperiales. Dalin y Cajón empezaron a disparar. Merrt soltó una maldición cuando el rifle se le encasquilló de nuevo.

—¡Poneos a cubierto! —les gritó—. ¡A cubierto!

Wash ya se estaba dando la vuelta.

Los informes decían que los famosos Hijos de Sek eran un cuerpo de combate local organizado por un señor de la guerra del archienemigo encargado de aquella zona. Habían empezado siendo poco más que un rumor basado en las descripciones y

en las advertencias que habían traído desde Gereon el equipo de Gaunt. Pocas fuerzas imperiales se habían enfrentado a ellos en los Mundos de Sabbat, pero ya poseían la misma reputación amenazadora que el feroz Pacto Sangriento.

Dalin no estaba seguro de si había logrado acertarle a alguno de ellos. No había visto caer a ninguno de sus enemigos, pero la distancia no era mala. Se culpó a sí mismo. Había disparado de forma alocada impelido por el pánico. Merrt, Cajón y él echaron a correr y salieron de la polvorienta calle para cubrirse entre las ruinas. Varios disparos láser marcaron las ya achicharradas puertas y paredes de la casa en la que entraron.

El interior estaba a oscuras y repleto de objetos y escombros quemados. Todo mostraba un color negro de hollín y no había forma de calcular las distancias de un modo seguro. Tanto Merrt como Dalin tropezaron y casi se cayeron. Siguieron corriendo, aplastando los restos a su paso. Wash les llevaba mucha delantera, convertido en apenas una sombra que se apresuraba entre las gruesas columnas.

El primero de los Hijos de Sek llegó al edificio poco después que ellos. Entraron a través de los huecos de las ventanas rotas y de las paredes derruidas. También se movían con rapidez, saltando y esquivando. Dalin oyó las voces guturales de sus perseguidores. Varias ráfagas atravesaron las ruinas y les pasaron peligrosamente cerca.

Los tres soldados imperiales llegaron al otro lado y salieron a una calle donde permanecían en pie los restos de un pórtico de hierro. Habían perdido de vista a Wash. A un lado de la avenida había dos transportes de tropas completamente quemados. Buena parte de la calzada estaba cubierta de escombros procedentes de un edificio de habitáculos que había sido derribado por una bomba reventadora de fortificaciones. El ruido de los pasos de sus perseguidores resonó más cerca a través de la ruina que tenían a la espalda. Pasaron silbando unos cuantos disparos más.

Dalin se dio media vuelta rifle en mano para quedar encarado hacia la puerta por la que habían salido.

—¡Marchaos! —les gritó a Merrt y a Cajón—. ¡Marchaos!



SÉPTIMA PARTE

Gereon resiste

1

La tormenta estalló en mitad de la noche y la atravesaron con esfuerzo hasta llegar al denso bosque muerto.

La tormenta libró al cielo de una pátina verde oscuro reptiliano, casi del color en que lo veía a través de las lentes de visión nocturna. El viento, que había hecho girar las aspas del molino de Cayfer, empezó a soplar con más fuerza y azotó las copas de los altos árboles momificados. Las quebradizas ramas sisearon y repiquetearon como cuentas de hueso metidas en un cubilete. Las hojas secas y la arenilla que cubrían el suelo formaron pequeños torbellinos.

Los relámpagos los persiguieron. Chisporrotearon en el cielo, blancos y zigzagueantes, dejando unas breves marcas parecidas a los filamentos de las bombillas de luz. No se oían verdaderos truenos, sino una compresión del aire y el siseo chasqueante de la radiación.

La sección de Gaunt no dejó de caminar envuelta en las capas de camuflaje y siguiendo a los miembros de la resistencia bajo la oscuridad parpadeante. Era difícil avanzar, pero Dacre no mostró señal alguna de querer parar y dejar pasar la tormenta. Además, cualquier clase de campamento que montaran lo arrastraría el vendaval. Continuaron avanzando a través de galernas de hojas casi fósiles lanzadas por el viento.

La tormenta les cargó el equipo y las armas con electricidad estática. Los soldados se sobresaltaban cada vez que uno de los rifles que empuñaban les soltaba una pequeña descarga. Brostin sonrió de oreja a oreja mientras contemplaba una diminuta chispa azul de energía eléctrica recorrer el cañón cubierto de hollín de su lanzallamas. Le dio lentamente la vuelta en las manos, observando cómo la chispa bailaba y saltaba de un lado a otro. Era igual que si le estuviese permitiendo a un insecto de gran tamaño corretear por el arma.

—¡No te pares! —le bufó Criid.

Las descargas estáticas que se formaban en las puntas de las ramas iluminaban los árboles más alejados y hacían que los árboles más cercanos mostraran unas siluetas esqueléticas. Los rayos también impactaron contra varios árboles de la zona y partieron los viejos troncos como la gigantesca hacha de un leñador. Los troncos, resecos, estallaron en llamas y las ramas quedaron envueltas por el fuego. El aire se

llenó de chispas ardientes que el fuerte viento arrastró con él.

Dacre se había negado a aclarar nada en la tumba, dos horas antes.

—¿Mkvenner? ¿Mkvenner está aquí? —le había preguntado Gaunt.

Dacre se limitó a encogerse de hombros.

—¿Cómo murió? —quiso saber Mkoll.

—No lo sé. No lo conocía. Luchaba con la célula local y con la célula de Lectica. Lo tenían en una consideración muy elevada. Me dijeron que quienquiera que viniese querría ver esto, así que me ordenaron que los trajera hasta aquí.

—¿Quién se lo ordenó? —le había preguntado Gaunt a Dacre.

—No voy a decírselo —le replicó Dacre—. Ni siquiera sé quién es usted.

—Soy Gaunt.

—Eso dice. Yo no lo sé.

• • • • •

Llevaban caminando unas tres horas cuando llegó la lluvia. No hubo aviso alguno. De repente empezaron a caer con fuerza gruesas gotas de agua, y a los pocos segundos ya estaban empapados. Minutos después, el diluvio ya había cubierto la capa de hojas muertas y de polvo. La sedienta tierra se convirtió en un lodazal. Los blancos troncos muertos del bosque contaminado relucieron con un brillo apagado tras quedar lavados por la lluvia.

La tormenta provocó la primera reacción emocional que pudieron ver en Dacre y sus hombres. Los miembros de la resistencia levantaron la cara hacia la cortina de agua o se quitaron las gorras para que la lluvia les empapara bien la cabeza.

—Es la primera vez que llueve en esta zona desde hace dos años —les explicó Dacre mientras se quitaba el agua de la cara con una mano encallecida.

Gaunt hizo un gesto de asentimiento. Sabía que había sido la invasión la que había provocado aquella lluvia. No se dejaba caer una cantidad de masa y de energía tan inmensa en una atmósfera sin que el clima se trastornara. Recordó Fortis Binary, Balhaut y el último caso, Ancreon Sextus. No se trataba tan sólo del intercambio de calor por el uso de las armas de energía. Eran los motores de las naves en órbita baja, los generadores de gravedad, la sobrepresión y los desembarcos atmosféricos. La tormenta de la provincia de Lowensa se debía en parte a los campos de vacío de las naves de mayor tamaño que presionaban el aire situado sobre el océano que se extendía por los trópicos de Gereon, al calentamiento global debido al bombardeo orbital y al rápido desplazamiento del aire provocado por el paso de cien mil naves de desembarco.

Siguieron avanzando y chapoteando, con el agua resbalando por encima de los chubasqueros y de las capas impermeables. Dacre los condujo a través de un valle y

después les hizo vadear un arroyo crecido debido a la repentina lluvia. Luego subieron a tierras un poco más altas, hacia la cresta de una elevación del terreno. A continuación bajaron de nuevo a una zona encharcada llena de árboles muertos y parcialmente derribados. La lluvia no mostró señal alguna de aflojar. El agua torrencial bajaba en cascadas por las laderas que los rodeaban.

Llegaron a una plataforma de piedra lisa y pulida. Se extendía hasta el recodo de un río repentinamente caudaloso. No había explicación para aquella plataforma, excepto que se tratara de los cimientos de un edificio del que ya no quedaba nada más.

Dacre les dijo que se sentaran.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Gaunt.

—Esperar —le replicó Dacre.

Gaunt atravesó el grupo de miembros de su sección, ya sentados, y se acercó a Beltayn.

—¿Puedes ponerte en contacto con Cantible? —le preguntó.

Beltayn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sigue intentándolo. Procura enviarle una señal a Rawne para que sepa que estamos bien.

—Sí, señor.

Gaunt se sentó y se arrebujó con la capa hasta el cuello para protegerse de la fuerte lluvia. Estaba empapado y sentía frío.

Miró al otro lado de la plataforma y del caudaloso río oscuro, hacia los árboles. Las épocas de lluvia solían devolver la vida a la floresta, pero allí ya era demasiado tarde. El bosque había muerto y se había secado. La lluvia no estaba más que lavando el cadáver.

2

El tiempo empezó a perder su significado. Todos los cronómetros de pulsera de la sección empezaron a fallar durante la noche. Todos excepto, según creía Gaunt, el suyo. Era el cronómetro viejo y gastado que ya había utilizado durante toda su anterior estancia en Gereon. Seguía haciendo tictac de un modo regular mientras todos los demás se habían parado o las agujas daban vueltas como las aspas de un molino en mitad de una borrasca.

La tormenta fue amainando en las horas previas al amanecer. Los únicos sonidos que se oyeron en la oscuridad fueron el gorgoteo del río crecido y el repiqueteo de las gotas de agua que caían de las ramas. El cielo palideció poco antes de que saliera el sol y la luz se hizo grisácea y dura. Cuando llegó la verdadera luz del día, de repente se oscureció. El cielo estaba cubierto de nubes bulbosas como la materia cerebral de un color plomizo.

Una mano le tocó el brazo a Gaunt y éste se sobresaltó. Se dio cuenta de que se había quedado dormido. Estaba en una casa en un rincón apartado de un planeta. Se oían las gaitas de Tanith. Tona Criid se le había acercado procedente de un pasillo en penumbra y le había propinado un puñetazo en el pecho. Tenía la cara llena de lágrimas.

—¡Estás muerto! ¡Estás muerto! ¡Estás muerto! —le gritó sollozante mientras le seguía golpeando con los puños en el pecho.

Intentó abrazarla y calmarla, pero ella se apartó de él.

Oyó un sonido chasqueante repetitivo. Gaunt miró a su alrededor y vio a Viktor Hark sentado al lado de una ventana amartillando una pistola bólter.

—Oye, lo siento mucho —le dijo Hark mientras se ponía en pie—. De verdad que sí, pero estás muerto y no puedo permitir que esto continúe. Estás matando a mis soldados con tus fantasmas.

Hark alzó la pistola bólter hacia el rostro de Gaunt y…

Una mano le tocó el brazo y se despertó sobresaltado.

Era Eszrah.

El noctugane estaba de pie a su lado, con la balista bajo el brazo. Gaunt se dio cuenta de inmediato de que el arma estaba cargada.

—¿Quad ocurram? —susurró.

—Partem ignotus —le contestó Eszrah con otro susurro.

Gaunt miró a su alrededor. Después se puso en pie y empuñó su arma. Dacre y los demás miembros de la resistencia se habían desvanecido. Los Fantasmas de su sección todavía estaban tumbados a su alrededor en la plataforma.

—¡Feth! —bufó Gaunt.

—¿Ocurram Feth? —le preguntó Eszrah con un murmullo mientras observaba el bosque que se extendía al otro lado del río sin dejar de apuntar el arma hacia allí.

—¡Sí, algo ocurre, maldita sea! —replicó Gaunt—. ¿Oan?

—Ya estoy despierto —le contestó Mkoll apareciendo de repente al lado de Gaunt —. Dacre se ha marchado.

—No, ¿de verdad?

Mkoll se quedó mirando fijamente al comisario coronel para que se le disiparan la furia y el sarcasmo.

—Estaba despierto cuando lo hicieron —le informó—. Aunque ellos no se dieron cuenta. Hablaban entre ellos y escuché lo que decían. Están preocupados. No se fían de nosotros. Además, la tormenta de anoche los atemorizó.

—¿Por qué?

—Vamos, ya sabe cómo iba todo esto aquí. Desconfiábamos de todo. No han visto una gota de lluvia en dos años, así que eso los dejó intranquilos. Toda esa idea de la liberación…

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, pues que no acaban de creérselo. Han estado rezando para que llegue, y ahora que está aquí…

—¿Ahora que está aquí, qué?

—Pues que es demasiado bueno como para creérselo. —Mkoll volvió a mirarlo fijamente—. Eso es lo que dicen. Bueno, el caso es que se marcharon hace una hora más o menos.

—¿Por qué no me despertaste?

—Porque nos están observando desde entonces.

—¿Observando?

Mkoll asintió.

—Además, le venía bien descansar.

—¿Quién nos está observando? —inquirió Gaunt.

—No lo sé, pero están por allí —le contestó Mkoll al mismo tiempo que señalaba con un gesto del mentón los árboles que estaban al otro lado del crecido río—. No son enemigos.

—¿Cómo puedes saberlo?

Mkoll se encogió de hombros.

—Seguimos vivos.

—Que todo el mundo se levante —le ordenó Gaunt.

Mkoll y Eszrah se dedicaron a despertar a toda la sección. Los miembros del

grupo se pusieron en pie gruñendo aturdidos. Larkin se despertó tan repentinamente que el rifle láser largo se le cayó al suelo y el repiqueteo provocó un eco que se extendió por el claro del bosque.

—Lo siento, señor —se disculpó—. He tenido un mal sueño.

Gaunt le sonrió. Sabía algo al respecto. El sueño que acababa de tener no le había abandonado por completo la memoria. Estaba especialmente obsesionado con la imagen de Tona Criid golpeándolo en el pecho. Recordó que ella también había tenido un sueño, en el transporte, justo antes de llegar allí. Había soñado que Gaunt moría. El comisario creía en el poder de los sueños. Le habían revelado la verdad en más de una ocasión. Había intentado tranquilizar a Tona, pero en esos momentos aquello en verdad le preocupaba. La última vez que había tenido un sueño así había sido en Gereon, y había soñado de un modo muy claro sobre Lucien Wilder, que el Trono tuviera en su seno. Había soñado con Lucien Wilder mucho antes de que supiera de la existencia de alguien con ese nombre.

—¿De qué iba tu sueño, Larks? —quiso saber Gaunt.

—De Cuu —contestó el francotirador.

Ambos se echaron a reír, ya que aunque Cuu había sido una auténtica pesadilla, era una pesadilla que ya había desaparecido.

—Señor —lo avisó Mkoll con un susurro al mismo tiempo que le tocaba el brazo.

Gaunt se dio la vuelta.

Una figura enflaquecida había salido del lindero del bosque al otro lado del río. Atravesó el cieno y el lodazal. Era un individuo de estatura elevada, pero estaba extremadamente delgado debido a la desnutrición.

Gaunt lo reconoció al instante.

El comisario se bajó corriendo de la plataforma y saltó hacia el río en medio de un fuerte chapoteo. Luego vadeó hasta la otra orilla y llegó al terreno embarrado para saludar al hombre que lo esperaba allí.

—Gereon resiste —le dijo.

El individuo esquelético asintió.

—Eso hace, Ibram. Joder, me alegro de verte.

Se abrazaron. Aunque tenía un aspecto demacrado y agotado, era imposible confundirlo.

Era Gerome Landerson.

3

—Has regresado —le dijo Landerson.

—Te juré que lo haría.

—Y has traído contigo…

Landerson no terminó la frase. Señaló con un gesto del mentón. No se refería a la sección de combate que se encontraba en la plataforma a espaldas de Gaunt. Se refería a las fuerzas de invasión que combatían a medio mundo de distancia.

—Eso también lo juré. Que haría todo lo que pudiera.

Landerson sonrió. Tenía la piel cuarteada como cuero viejo. La falta de alimento le había costado varios dientes.

—Ibram, cuando te conocí, me partiste el corazón. Creí que me iba a encontrar con la vanguardia de la liberación y me dijiste que sólo habías venido a acabar con uno de esos tipejos de rango elevado.

—Lo recuerdo.

—Pero fuiste la liberación. Por fin. Los habéis pillado a contrapié.

—No han pasado más que un par de días.

—Tenemos canales de información —le comunicó Landerson—. Han caído dos o incluso tres de los bastiones principales. Todo el sur es vuestro. Se están librando combates en Brovisia, Phatima, Zarcus y otra decena de zonas. Sabemos que el Plenipotenciario huyó del planeta dos horas antes del primer desembarco. Probablemente lo avisaron por el movimiento de traslación de la flota. Y el poder ha desaparecido.

—¿Qué?

—En todas las regiones exteriores. No hay lobos, ni glifos ni embrujamientos. Da la impresión de que han absorbido cada partícula de poder del que disponen para utilizarla en los combates principales.

Gaunt asintió.

—Es un buen comienzo, pero esto no se ha acabado ni de lejos. Incluso con todo el contingente militar que el mando de la cruzada ha enviado a Gereon, podrían pasar semanas, incluso meses, antes de que llegue la liberación. Puede que hasta más. No sabemos lo que el enemigo tiene guardado en la manga.

—Entiendo.

—Quiero que lo sepas. Es posible que, a pesar de que se acerca el final, siga habiendo muchos más días de dolor.

—Lo entiendo, Ibram.

—Por eso teníamos que establecer un contacto adecuado con la resistencia lo antes posible, para acelerar el proceso.

Landerson extendió los brazos con las manos abiertas.

—Pues aquí estamos. Supongo que deberíamos reunimos y comenzar a compartir información.

—Eso estaría muy bien.

—Mira —empezó a decirle Landerson—. Quiero que sepas… que he venido para darte las gracias. Por lo que has hecho por mí. Por lo que has hecho por mi mundo. Yo…

Gaunt levantó una mano.

—No sigas, Landerson. Sé lo que quieres decir, pero no me lo merezco. Luché por Gereon mientras estuve aquí, y también he luchado por él desde que regresé. No sé qué fue lo que le dije al Alto Mando que hizo que se decidiera a organizar esta liberación. Quizá no tiene que ver nada conmigo, después de todo. Quizá simplemente decidieron que había llegado el momento.

—No…

—Sea cual sea la razón, me alegro de que haya ocurrido y creo que es un crimen que se haya tardado tanto en hacerlo. Si hay alguien a quien se le debe agradecer la supervivencia de Gereon, es a personas como tú.

• • • • •

La sección de Gaunt cruzó el río y Landerson hizo que su grupo de miembros de la resistencia saliera de los árboles para reunirse con ellos. Todos se encontraban en tan mal estado como Landerson. De hecho, Gaunt conocía a tres de ellos de la época en que estuvo con la resistencia, pero le costó reconocerlos.

Landerson y los suyos saludaron a Cirk, a Larkin, a Brostin, a Criid y a Mkoll, que habían sido miembros del equipo de la misión a Gereon. Landerson ya pertenecía a la resistencia en aquel entonces y los había guiado con lealtad durante toda la operación a la caza de Sturm. Aislados por completo en Gereon después de cumplir la misión, Gaunt y su equipo habían dedicado todos sus esfuerzos a organizar la resistencia de manera que pudiera librar una guerra de guerrillas contra las fuerzas de ocupación. Juntos habían corrido riesgos y se habían enfrentado a horrores que eran difíciles de expresar con palabras. Gaunt era un soldado de carrera y había servido en algunas de las batallas más sangrientas de la cruzada, sin embargo, en términos de peligro personal, privaciones y condiciones de combate extremas, ninguna de ellas se podía

comparar a la lucha de la resistencia en Gereon.

Sin embargo, habían dejado su impronta. Bajo el liderazgo de Landerson y de los Fantasmas, la resistencia se había convertido en una organización fuerte y capaz que había desafiado a las fuerzas de ocupación. Habían establecido un pacto con los partisanos del Impro, la gente de Eszrah, y habían aprendido tanto a utilizar las habilidades de sigilo de los noctámbulos como su impenetrable territorio. Mkoll, Bonin y Mkvenner les habían enseñado las tácticas de combate guerrillero. Varl, Rawne y Criid habían instruido a los miembros de la resistencia, muchos de ellos civiles, para que vivieran y actuaran como soldados. Beltayn había organizado su estructura de comunicaciones. Feygor les había enseñado todo lo relativo a explosivos, y Brostin a utilizar el fuego. Larkin los había instruido en la habilidad de disparo. Gaunt les inculcó los fluidos principios del liderazgo. Habían destruido en persona dieciocho guarniciones, siete centrales de energía, treinta y seis centros de comunicaciones, siete pistas de vuelo y un gran número de engendros demoníacos, incluidos bastantes de aquellos abominables *jehgenesh*. Además, el Plenipotenciario que Landerson les había informado que había huido de Gereon horas antes de la invasión no era el mismo que desempeñaba el cargo cuando el equipo de Gaunt había llegado por primera vez al planeta. El asesinato estaba dentro de sus habilidades.

Los Fantasmas y los miembros de la resistencia no hablaron mucho entre ellos mientras atravesaban el profundo bosque bajo el cielo gris. Ambos grupos, aunque por razones diferentes, estaban acostumbrados a guardar silencio.

Landerson caminaba al lado de Gaunt.

—Te pido disculpas por tantas precauciones —le dijo.

—No tienes por qué disculparte. Lo entiendo.

—Debemos ir con cuidado incluso ahora. El archienemigo se ha hecho más hábil en las tareas de infiltración a lo largo de los últimos meses. Hay gente a la que les cambian el rostro, e incluso son capaces de intercambiar mentes con control psíquico remoto. Hemos tenido pérdidas. La semana pasada quemaron toda una célula en Edrian, en lo profundo del Impro. Ochenta muertos, en su mayor parte familias de noctámbulos.

Gaunt negó con la cabeza.

—Sabemos que son cosas que pasan —comentó Landerson—. Pero ¿te acuerdas de Carook?

—¿De Carook el Carnicero?

—Ese mismo.

—Feth, la de veces que intentamos acabar con él. La emboscada a las afueras de Phatima… Las bombas en su palacio.

Landerson asintió.

—Pues acabamos con él. El mes pasado. Por fin. Nos enteramos de que iba a participar en una ceremonia en Fruslind, pero una fuente interna, un servidor de palacio, nos avisó de que se iba a detener en el camino para supervisar el

entrenamiento de algunos Hijos de Sek en la guarnición de Peshpal. Diggerson se infiltró con un equipo de cuatro hombres tres días antes y se escondieron debajo de la tribuna. Se mantuvieron ocultos durante sesenta horas. Cuando Carook se sentó para contemplar el espectáculo, se le echaron encima.

—¿Un asesinato limpio?

—No teníamos muchas armas de fuego a mano, de todas maneras, y además, Peshpal estaba protegida con salvaguardas arcanas, por lo que no se podía pasar nada de metal. Diggerson y sus hombres cavaron un túnel debajo de la alambrada. Estaban armados con trozos de cristal. No creo que fuera un asesinato limpio, pero fue un asesinato en toda regla.

—Uno que buscábamos hace tiempo. Me gustaría darle la mano a Diggerson.

—A mí también. Ninguno de ellos regresó. El protector vital de Carook los mató a los cuatro.

Gaunt no contestó. Aquélla era la naturaleza desesperada de la guerra de resistencia. Algunas misiones, sobre todo aquellas dirigidas a matar a monstruos de elevado rango, solían ser suicidas.

—Diggerson era un buen hombre —comentó Landerson—. A él le habría gustado estar aquí hoy. Bueno, siento haber hecho que dierais tantas vueltas.

—Lo entiendo.

—Os estábamos vigilando.

—Lo sé. Desde Cayfer.

—En realidad desde antes, amigo mío. Las comunicaciones codificadas con la inteligencia de la Armada ya parecían bastante sólidas, pero necesitábamos estar seguros. El mensaje decía que tú eras el que iba a venir, pero era lógico que dijera eso, ¿no?

—¿Así que enviaste a Dacre?

—Envié a Dacre para que te viera y se asegurara de que eras de fiar, además de confirmar que no te seguían. Ya nos perdonarás por ser demasiado cuidadosos.

—A Rawne le entristecerá saber que Diggerson ha muerto —dijo Gaunt—. Trabajaron muy bien juntos.

—¿Rawne está aquí?

—Allá, en Cantible.

Landerson se limitó a asentir, como si ese sencillo hecho hiciera de aquel mundo un lugar mejor. Le preguntó por los demás, por Bonin, Varl y Feygor.

—Murt Feygor es el único que no ha vuelto con nosotros. Lo perdimos en Ancreon Sextus.

—Siento oír eso —respondió Landerson—. Era un buen hombre.

—¿Sabes?, en realidad no lo era —comentó Gaunt—. Él y Rawne eran unos individuos de mala catadura cuando los conocí. Gereon los cambió a los dos. Todavía tengo que pararme a pensar que Rawne es mi amigo. De hecho, para ser sinceros, mi mejor amigo. Hubo una época en la que nos hubiéramos matado encantados el uno al

otro. Todavía le odio, lo mismo que él me odia a mí, pero las privaciones que pasamos en Gereon nos unieron. Con Feygor también pasó. No era un soldado modelo, pero después de Gereon habría dado mi alma por él, y viceversa. Tuvo una buena muerte, Landerson. Murió en combate, en el frente. Murió como Diggerson, de un modo heroico, generoso.

—¿Murt Feygor? —exclamó Landerson con una pequeña risa.

—Lo considero uno de los héroes que he conocido —recalcó Gaunt—. Gracias al Dios Emperador, ahora no dispongo de suficientes dedos. Y ahora, háblame de Ven.

—¿De Ven?

—Hiciste que Dacre me enseñara su tumba.

Landerson asintió. Estaban bajando, deslizándose por una empinada ladera, rodeados por árboles oscuros y altos y por una capa de matorrales. A Gaunt no le hizo falta que le dijeran que estaban entrando en los límites del Impro.

—Ven era un gigante —le respondió Landerson al mismo tiempo que lo ayudaba a mantener el equilibrio mientras bajaban por la tierra empapada—. Me refiero a que era incomparable. Le debemos tanto como a los noctámbulos. Joder, si siempre nos pareció que era uno de ellos. Jamás he conocido a nadie que se moviera con tanto sigilo ni matara tan bien. Recordarás que ya se estaba labrando una reputación antes incluso de que os marcharais. El archienemigo lo buscaba. Después de que te fueras, se puso a actuar por su cuenta. No se ocultaba. Sabía que la propaganda era un arma táctica tan importante como hacer volar por los aires al enemigo. Empezó a…

—¿A qué?

—Atribuirse el mérito. A extender el mito. A atemorizar al enemigo. Era sobrenatural. Nadie podía matarlo. Era un espíritu de los bosques. Un fantasma vengativo. Se convirtió en un símbolo para la resistencia. Lo que le dijiste que hiciera.

—Sí —musitó Gaunt mientras recordaba su última conversación con Mkvenner.

—Ven te habría hecho sentir orgulloso, Ibram. Hizo exactamente lo que le dijiste que hiciera. Se convirtió en una leyenda. Todo lo que hacía la resistencia se le atribuía a Ven. Sabotajes, asesinatos, bombas. Se convirtió en la bestia negra del enemigo. Cuando acabaron con él, fue nuestro peor día.

—¿Cómo acabaron con él?

Landerson negó con la cabeza.

—Fue una de esas cosas que pasan. Se encontraba operando fuera del Impro con un grupo escogido de noctámbulos. Se llamaban a sí mismos los nalsheen. ¿Significa algo para ti?

Gaunt asintió.

—Habían efectuado tres ataques en tres días. Acabaron con una guarnición de los Hijos de Sek, con un centro de comunicaciones y con un gobernador provincial. Estaba en contacto con ellos mediante el sistema de enlaces. Le envié un mensaje a Ven diciéndole que ya había hecho demasiado y que debía ocultarse durante una semana o dos. Me respondió que lo haría, y que se llevaba a los nalsheen al oeste,

hacia el Impro costero. Supongo que los interceptaron. Pocos días más tarde, me llegó la noticia de que a los nalsheen los habían masacrado en una emboscada enemiga.

—¿Está confirmado?

—Sí, lo está. Así que construimos la tumba.

—¿Recuperasteis el cuerpo?

—No. Sólo construimos la tumba. Esa era la idea. Después de que Ven muriera, le seguimos atribuyendo los éxitos de la resistencia, como si fuera inmortal. Por eso levantamos la tumba en territorio enemigo, para que se enteraran. El hombre con el que finalmente habían acabado les seguía golpeando. Era propaganda. Temieron más a Ven después de que muriera que cuando estaba vivo.

—Eso le habría gustado —comentó Gaunt—. La ironía. La economía de…

Se calló de golpe. Habían llegado a un claro donde les habían arrancado todas las ramas a los árboles y los habían convertido en simples estacas. Las cabezas de varios noctámbulos se pudrían en la punta de las estacas.

—¿Qué demonios es esto? —le preguntó Gaunt.

—Estamos en el límite del verdadero Impro —le contestó Landerson—. Esta es la frontera que marca el enemigo. Una advertencia… para nosotros, para que nos quedemos dentro, y para ellos, para que se queden fuera.

Gaunt pasó al lado de la primera con semblante solemne y respetuoso.

—¿No se os ha ocurrido bajarlas? —quiso saber.

—¿Por qué? El enemigo buscaría otras para sustituirlas.

Se oyó una conmoción a sus espaldas. Tanto los fantasmas como los partisanos alzaron las armas. Apareció una figura tambaleante a través de los árboles destrozados.

Era Dacre. En algún momento desde la última vez que lo habían visto había perdido el brazo derecho. Llevaba apretado el extremo desgarrado del muñón, astillas de hueso y jirones de carne, contra la pechera empapada de sangre de la camisa.

—¡Feth! —exclamó Gaunt.

—¡Los estaban siguiendo! —jadeó Dacre al mismo tiempo que caía de rodillas delante de Landerson—. ¡Los estaban siguiendo, joder!

Landerson miró rápidamente a Gaunt.

—No nos seguía nadie cuando llegamos aquí —le dijo Gaunt con firmeza—. Por el Dios Emperador, pero si nos tuvisteis vigilados.

—¿Dacre?

—Han traído algo con ellos —gimió Dacre—. Te lo juro. A pesar de todos nuestros esfuerzos, los han seguido. Han muerto nueve de mis hombres, y a mí…

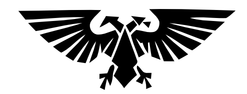
Bajó la mirada al brazo destrozado y se desmayó.

—¡Recogedlo! —gritó Landerson.

Se oyó a lo lejos, entre los árboles, el bufido de un tubo de escape.

Gaunt supo lo que eso significaba.

La bestia no les había perdido el rastro.



4

—¡Croppex! —Landerson llamó a uno de los suyos—. Llévate el grupo a Mothlamp. Vamos a retroceder…

—No —lo cortó Gaunt con firmeza.

—No voy a ponerme a discutir sobre esto —le replicó Landerson.

—Bien, porque yo tampoco. Llévate al grupo principal y pon en contacto a Cirk y al señor Faragut con tu gente. Beltayn tiene el mando de mi unidad. Yo me llevaré al resto y retrocederé.

—Pero…

—Es mi problema. Nosotros lo condujimos hasta aquí.

—Ibram, deja que los noctámbulos…

—Landerson, ¿tienes un lanzacohetes? ¿Tienen los partisanos equipo como ése?

—No.

—Entonces, haz lo que te digo. La misión es más importante que ninguno de nosotros. Nos encargaremos de esto y luego seguiremos adelante. Deja un par de hombres que estén atentos a nuestra aparición para que nos guíen después.

Landerson se quedó mirando a Gaunt un momento más, y a continuación le hizo un rápido saludo.

Gaunt miró a su alrededor.

—Pajitas cortas… Criid, Larkin, Mkoll, Posetine, Derin. ¡En marcha!

Los Fantasmas escogidos siguieron a Gaunt y retomaron el sendero en dirección contraria. El suelo estaba pegajoso y negro por la lluvia caída durante la noche. El cielo gris sobre los árboles muertos amenazaba con dejar otro diluvio. Para cuando llegaron a las grotescas señales de las estacas con cráneos, el resto del grupo se había desvanecido a sus espaldas.

Excepto Eszrah.

—Vete con los demás —le dijo Gaunt.

Eszrah hizo un gesto negativo con la cabeza. Gaunt quiso discutir. Disponer de un nativo que hablara con fluidez en el grupo de contacto sería muy útil, pero cuando Eszrah se mostraba tan callado que ni siquiera utilizaba su propio lenguaje, no tenía sentido ponerse a discutir con él. Gaunt sabía que se había sentido destrozado por el trato que le habían dispensado los demás noctámbulos, aunque era de esperar que

mostraran aquel comportamiento. Eszrah se había separado de sus raíces y había ido a sitios más lejos de lo que nunca había llegado ningún noctámbulo. No era cuestión de crueldad o de prejuicios, para ellos era realmente «repugnam». Sin embargo, eso lo había privado de todo derecho con ellos y sin familia alguna, a la deriva entre dos mundos. El único lugar que le quedaba era el lugar donde lo había enviado su padre, el jefe: al lado de Gaunt.

Se dispersaron separándose del camino que habían seguido para llegar al Impro con la esperanza de obligar a la bestia a dar un amplio rodeo. No habían visto señal alguna de ella desde la aparición de Dacre. Se movieron en silencio, siguiendo la línea de las crestas y poniéndose a cubierto entre los árboles. Comenzó a llover otra vez. Era un torrente de gotas finas que centelleaban al recibir la luz de lado. El fuerte olor a barro, a moho y a madera podrida se reavivó por la repentina lluvia. El propio aire, frío y limpio, olía a materia orgánica.

Por fin oyeron ruidos. Desde lejos, el salpicar y chapotear de algo sobre el barro líquido. El gruñido de un motor que aceleraba para superar el lodazal. De repente, en el espacio cerrado que había creado la lluvia, el sonido viajaba mucho más lejos.

Gaunt hizo que se desplegaran en una amplia línea. Criid llevaba el lanzacohetes. Gaunt indicó a Mkoll y a Larkin que avanzaran para explorar.

Habían cruzado ya unos tres kilómetros de bosque desde que se habían separado del grupo de Landerson. La zona que estaban atravesando era un bosque muerto pero espeso en el que el fuego de artillería había abierto numerosos claros. Pasaron al lado de un camión de transporte de tropas quemado en uno de los claros. Llevaba mucho tiempo allí, probablemente desde la invasión. Un poco más adelante se encontraron con el cascarón oxidado de lo que quedaba de un vehículo blindado ligero. Los troncos caídos de los árboles seguían pudriéndose alrededor de los vehículos destruidos. En el barro se veían restos de equipo: hebillas, botones y algún casco o gorguera. Era lo único que quedaba de los cuerpos que se habían quedado allí años atrás.

Se oyó un chasquido por los microcomunicadores y todo el mundo se puso a cubierto. Gaunt esperó un momento en una quietud en la que sólo se oía el repiqueteo de la lluvia. Oyó un gruñido profundo delante de él, un gorgoteo húmedo. Olió un leve aroma a combustible, un rastro de humo de tubo de escape en el aire.

Larkin reapareció y corrió hacia Gaunt con la cabeza agachada, con el rifle láser largo a un costado, como si fuera una lanza. Se dejó caer al lado del comisario coronel.

—Al otro lado de ese montículo —susurró—. Los vimos sólo un momento. Ese cabrón nos está acechando.

—¿Por dónde?

Larkin señaló un punto.

—Indícaselo a Tona, Larks —le dijo Gaunt, y le hizo un gesto a Criid a través de la lluvia.

Criid y Larkin se pusieron en pie de inmediato y se alejaron serpenteando de un árbol muerto a otro en su camino hacia la parte superior de la ladera, más allá del chasis oxidado de otro camión de transporte de tropas.

Criid se agazapó detrás de un montón de troncos caídos que había en la cima de la ladera. La lluvia caía con más fuerza a cada momento. Vio que allí abajo había una leve depresión del terreno, cubierta por una densa espesura de árboles, y al otro lado un claro. Larkin llegó a su lado y Criid asintió. Se pusieron en marcha de nuevo y bajaron por la ladera hacia los árboles. Se detuvieron y se quedaron agazapados cuando llegaron a las carcasas muertas y negras de la vegetación de aquel lugar.

Criid se quedó de rodillas. Veía el claro al otro lado de los troncos podridos de los árboles. La bestia estaba oculta en parte por el bosque que había más allá. Era una silueta negra recortada contra otras siluetas negras. La distinguió a duras penas bajo la lluvia, agazapada también, de lado, como si estuviera esperando.

Miró a Larkin, quien tenía la mira telescópica pegada al ojo. Sin embargo, la lluvia no hacía más que salpicar las lentes. Las limpió con un trapo suave y miró de nuevo. La visión era mala, incluso con la mira. El objetivo era poco más que una forma oscura, pero pudo calcularle bien la distancia a Criid. No tenía ningunas ganas de acercarse más para verlo mejor.

Treinta y dos metros, le indicó Larkin por señas a Criid. Ella asintió y cargó con cuidado uno de los dos cohetes que le quedaban.

El objetivo no se movía. Colocó a través de la cortina de lluvia la cruz de la retícula de puntería en mitad de la sombra.

Afirmó el cuerpo y apretó el gatillo. El cohete cruzó el claro dejando un ruidoso rastro de humo a su paso. Impacto en el costado del tanque, explotó y penetró en el blindaje llenando el interior de la máquina con un chorro de gas y metal al rojo vivo.

Impacto directo. Impacto letal.

Aun así, fue el peor error que Criid cometió en su carrera.

5

Criid y Larkin se pusieron de pie y se quedaron mirando los restos ardientes del blindado.

—Buen tiro —le comentó Larkin.

—Hizo un ruido raro —le respondió ella mientras echaba a caminar.

—¿Qué?

—Hizo un ruido raro cuando le impacté —le repitió Criid.

Siguió caminando hacia el objetivo situado al otro lado del claro. El sonido del impacto había sido sordo y hueco, como el de un gong o el de un martillo al golpear una plancha de metal. La lluvia le resbalaba por el cuerpo mientras se dirigía hacia el vehículo en llamas. Oyó el siseo de la lluvia cuando se estrellaba contra las llamas o el metal caliente. Una nube de humo blanco y de vapor empezó a extenderse sobre el barro negro del claro.

El tanque estaba destruido. El tanque llevaba destruido muchos años.

Con aquella poca luz, había destrozado un vehículo viejo y oxidado.

—Oh, Feth… —empezó a decir, pero se calló, se dio la vuelta y echó a correr. Vio la cara de Larkin, sorprendido, con los ojos abiertos de par en par mientras se preguntaba por qué ella se había puesto a correr hacia él de un modo tan repentino—. ¡Vámonos! ¡Vámonos, Larkin!

La bestia apareció por su izquierda, entre los árboles. El repentino rugido del motor al acelerarse rompió la quietud empapada de lluvia. Las cadenas lanzaron al aire chorros de barro y de tierra húmeda. La parte delantera del casco aplastó los troncos de madera muerta que se encontró en el camino. Arboles enteros se doblaron y se derrumbaron atravesando el dosel de ramas secas del bosque. Uno de ellos cayó sobre la propia bestia y se fue deshaciendo a medida que rodaba sobre su blindaje. Otro se desplomó sobre el vehículo en llamas, donde el entramado de ramas empapadas comenzó a humear.

La bestia dejó atrás tocones, troncos partidos y restos de madera a su paso. Chocó con tanta fuerza contra algunos de los árboles que los desintegró, convirtiéndolos en una lluvia de fibras de madera podrida. Se lanzó en persecución de Criid dando grandes brincos por el terreno desigual. Larkin por fin echó a correr también y atravesó los matorrales húmedos.

—¡Largaos! ¡Largaos! —dijo por el microcomunicador con voz aguda por el pánico y alterada por la carrera—. ¡Lo tenemos encima!

De la parte posterior de la bestia salieron unos tremendos chorros de humo mientras rugía traqueteante en pos de Criid. Parecía decidida a arrollarla, a aplastarla contra el suelo del bosque. Había perdido uno de los faros frontales desde la última vez que la habían visto. Sólo una luz amarilla y ceñuda brillaba en el casco. La otra estaba machacada y retorcida, probablemente por el cohete con que Criid le había acertado en Cayfer.

Se movía como si avanzara medio a ciegas. ¿Sabía que Criid era la que le había hecho daño la noche anterior? ¿Por eso la perseguía de un modo tan obsesivo?

La mujer giró hacia la derecha de un modo abrupto, más rápidamente de lo que podía hacer el vehículo, y pasó saltando y corriendo por otro grupo de árboles.

Larkin corría en paralelo a ella a una distancia de unos cincuenta metros. Se podía ver a la bestia a través de los árboles y a Criid corriendo y esquivando los troncos en descomposición. Oyó por el comunicador las voces impacientes de Gaunt y del resto de la escuadra que les pedían información mientras se acercaban.

—¡No me presta atención! —gritó—. ¡Va a por Criid!

—¿Nos quedan proyectiles antitanque? —le preguntó Gaunt con una voz que sonaba casi inconexa por el microrreceptor.

—Uno —le contestó Larkin—. Pero lo tiene Tona, lo mismo que el lanzacohetes.

Larkin se detuvo resbalando y miró ladera abajo. Apenas lograba ver a Criid. La sargento corría a saltos por el bosque alejándose de él. La bestia se había detenido. Criid ya había puesto bastante distancia entre ambas.

El cañón del tanque retumbó. Larkin se tiró al suelo aun a sabiendas de que el proyectil no iba en su dirección. La bestia había disparado el arma en elevación cero. El proyectil del cañón atravesó el bosque como una bala gigante, dejando un rastro de ramas atomizadas y troncos pulverizados a su paso. Estalló contra un viejo y pesado árbol situado a unos cinco metros de Criid. La explosión la derribó. Rodó una y otra vez sobre el barro negro.

—¡Tona! —gritó Larkin—. ¡Sigue corriendo!

Vio que ella se ponía en pie y se lanzaba hacia la izquierda. Parecía encontrarse bien. Corría con tanta rapidez como siempre.

La bestia disparó de nuevo. Larkin vislumbró de un modo fugaz el rastro sibilante y arrasador del proyectil a través de los árboles. Se produjo una tremenda explosión, lo bastante poderosa como para derribar varios árboles pequeños que había cerca. Cuando el resplandor se apagó y el humo comenzó a disiparse, se dio cuenta de que no había rastro alguno de Tona Criid.

—Oh, no —murmuró Larkin—. Oh, no, no, no.

Dio un paso hacia adelante y comenzó a resbalar por la ladera en dirección a la bestia. Se sentía poseído por la necesidad de hacer algo, de cobrarse venganza, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Se llevó al hombro el rifle láser largo y apuntó hacia el

tanque mientras se deslizaba por la pendiente embarrada.

La bestia aceleró el motor y emitió una nueva bocanada de humo acre antes de empezar a rodar de nuevo y darse la vuelta hacia él.

6

Larkin vio que el amarillento foco que le quedaba se movía para enfocarlo. Trastabilló hacia atrás y bajó el arma por un momento. La bestia se lanzó a por él lanzando cortinas de barro negro a ambos lados cuando cruzó a toda velocidad el claro. Larkin alzó de nuevo el rifle largo láser y abrió fuego directamente contra ella. El disparo reventó el foco que le quedaba.

La bestia se detuvo con un estremecimiento y giró un poco. Del motor surgió un extraño ruido agudo que a Larkin le sonó muy semejante a un gemido de dolor y rabia. ¿La habría cegado, o no era más que su imaginación?

La bestia se lanzó hacia adelante una vez más haciendo girar de izquierda a derecha el morro. El cañón principal se elevó y la torreta también giró de un lado a otro. Larkin empezó a correr.

El cañón automático del casco comenzó a disparar. Los proyectiles de gran calibre cortaron el aire alrededor del francotirador. La vegetación muerta quedó pulverizada y desintegrada hasta quedar convertida en una fina niebla. Larkin oyó los proyectiles enterrarse en el barro a su espalda. Había echado a correr ladera arriba, y había sido una estupidez.

Eszrah apareció desde detrás de un tronco y lo derribó. Una vez tumbados, se arrastraron boca abajo sobre la capa de hojas mohosas y ramas muertas. Eszrah se llevó un dedo a los labios para que Larkin no tuviera duda alguna. La bestia subió la ladera detrás de ellos destrozando más madera podrida a su paso. Los dos soldados se arrastraron a mayor velocidad entre los árboles en dirección a la cima de la ladera.

Llegaron a la cresta unos diez segundos por delante de la rugiente bestia. La línea de visión quedó tapada por el terreno elevado, por lo que se pusieron en pie y corrieron ladera abajo hacia el camión de tropas oxidado.

Ambos sintieron cómo se estremecía el suelo húmedo debajo de ellos cuando la bestia se alzó por encima del borde de la loma pegada a sus talones. Apareció a toda velocidad, furiosa, hambrienta. En cuanto la enorme mole pasó por encima de la cresta, las cadenas se agarraron con fuerza al terreno y bajó la ladera embarrada en dirección a ellos. Larkin y Eszrah acababan de pasar al lado del camión oxidado cuando la bestia les disparó con el cañón principal.

El barro líquido saltó por los aires como el chorro de una fuente termal. Larkin se

sintió lanzado por el aire debido a la onda expansiva. Aterrizó con un fuerte golpe y se quedó aturdido. En los confusos momentos que siguieron notó un dolor terrible en la pierna izquierda.

Intentó espabilarse. Sintió la lluvia golpeándole en la cara y el cieno moviéndose bajo el peso de su cuerpo. En los oídos le resonó el bufido de la bestia que se aproximaba.

—¿Eszrah? —gritó, ronco y medio ahogado por el humo.

La explosión había arrojado a Eszrah cinco o seis metros más allá, al lindero del bosque. Larkin vio al noctámbulo, tumbado e inconsciente entre las ramas muertas. El francotirador intentó ponerse en pie para correr hacia él. Quería poner a Eszrah a cubierto.

No pudo. El dolor le recorrió el pie y la pierna izquierda. Larkin se retorció para identificar el motivo del dolor.

La explosión que lo había derribado y había arrojado lejos a Eszrah también había volcado el camión oxidado. La masa metálica en ruinas había rodado y acabado aprisionando el pie izquierdo de Larkin bajo su peso.

Intentó sacar el pie, pero el vehículo pesaba demasiado. Lo único que consiguió con sus esfuerzos fue provocar un tremendo trallazo de dolor en el pie herido. Empezó a cavar con frenesí.

La bestia se dirigía rugiente hacia él, en una línea recta que pondría bajo sus pesadas orugas tanto al camión oxidado como al propio Larkin.

● ● ● ● ●

Mkoll oyó el rugir del motor de la bestia desde el otro lado de la loma a través de la lluvia. Derin y él se habían dirigido hacia el este para dar un rodeo en cuanto oyeron la llamada de Larkin. Mkoll sabía que no disponían de nada con lo que acabar con un tanque a menos que el último cohete que Criid llevaba consigo estuviera intacto.

—¡Echa un vistazo por ahí! —le gritó a Derin mientras atravesaban los matorrales resecos.

Uno de los proyectiles del tanque había atravesado limpiamente varios troncos y dejado un rastro de astillas y de fibra podrida. Mkoll localizó un cráter abierto en el suelo negro. Vio parte de la manga de un uniforme de Tanith colgando de una rama. Una bota.

—¡Feth! —exclamó en voz baja.

El proyectil del tanque la había acertado tan de lleno que…

—¡Jefe! —lo llamó Derin.

Mkoll corrió hacia él. Derin estaba apartando unos matorrales negros. Había encontrado a Criid.

Estaba viva. Tenía el uniforme desgarrado y quemado en algunos puntos. Había sufrido varias heridas profundas por las astillas de madera despedidas por la explosión. La fuerza de la onda expansiva que la había lanzado hacia un lado y la había dejado inconsciente también le había arrancado una bota y doblado el rifle láser, Mkoll le comprobó el pulso en la garganta.

—Véndale las heridas —le ordenó a Derin—. Quédate con ella y prepárala para ponernos en marcha en cuanto recupere el conocimiento.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber Derin.

Mkoll se había puesto a rebuscar entre los matorrales el lanzacohetes y el proyectil que quedaba. Encontró el cohete con rapidez, medio salido del morral donde estaba guardado. Después encontró el tubo lanzacohetes. Estaba retorcido e inutilizado.

El tronar del cañón de un tanque le llegó desde el otro lado de la loma.

• • • • •

Larkin lanzó un grito cuando intentó de nuevo mover la pierna. El dolor del pie aplastado era inmenso, pero quedaba anulado por su desesperado deseo de salir de allí. No había muchas formas de morir que a Larkin le apetecieran, pero morir bajo las cadenas de un tanque de combate depredador no era una de ellas.

El pie atrapado no se movió y lanzó otro aullido de dolor.

Gaunt y Posetine aparecieron corriendo a toda velocidad y se detuvieron chocando contra el camión. De inmediato apoyaron los hombros contra el vehículo para moverlo. La bestia casi había llegado hasta ellos. El rugido de su motor hizo estremecerse el aire.

Gaunt lanzó un gruñido por el esfuerzo. El camión pesaba varias toneladas. Ni siquiera iban a conseguir balancearlo para que Larkin tirara del pie.

El veterano francotirador estaba frenético.

—¡No deje que me aplaste! —tartamudeó—. ¡No, por favor! ¡Por favor, señor! ¡Acabe conmigo rápidamente! ¡Sólo le pido que acabe conmigo rápidamente! ¡Por todo el tiempo que hemos servido juntos, se lo suplico!

Posetine tenía la cara manchada de barro y blanca de miedo. Miró a la bestia que se les echaba encima.

—¡Señor!

—¡Por favor! ¡Por favor! —gimió Larkin.

—¡Oh, Feth! —gruñó Gaunt.

Desenvainó de un tirón la espada de energía, la activó y dio un tajo en dirección a Larkin.

El francotirador lanzó un grito. Gaunt y Posetine lo agarraron por las axilas y echaron a correr hacia los árboles arrastrándolo con ellos. Ni medio segundo después,

la bestia llegó al lugar y aplastó el camión como si estuviera hecho de madera de contrachapado húmeda.

Gaunt y Posetine se dejaron caer entre los matorrales húmedos. Larkin se había desmayado. Gaunt se incorporó un poco, con la espada de energía todavía encendida. Le quitó los restos de la bota y del calcetín de Larkin y se apresuró a aplicar la parte plana de la hoja al muñón de la pierna amputada para cauterizarlo. Larkin recuperó la conciencia con un grito antes de desmayarse de nuevo.

—Joder —exclamó Posetine.

La bestia había pasado de largo, pero ya estaba dando la vuelta a través de los matorrales y matojos resecos.

—¡Llévatelo! —le ordenó Gaunt a Posetine. Éste asintió y se echó sobre un hombro a Larkin—. ¡Ve hacia allí! ¡Hacia los árboles!

Posetine se marchó corriendo para llevar el cuerpo inerte de Larkin hasta la oscuridad de lo más profundo del bosque.

Gaunt se acercó a toda prisa donde se encontraba Eszrah. El noctámbulo recuperó el conocimiento cuando Gaunt lo zarandeó.

—¡Vamos! —le dijo Gaunt con un susurro. Avanzaron a trompicones unos pocos metros hasta ponerse a cubierto detrás de un par de troncos cubiertos de hongos.

La bestia se había dado la vuelta. Se quedó quieta, con el motor ronroneando. El cañón principal se elevó un poco con un zumbido eléctrico, y después la torreta giró hacia la izquierda con un chirrido seco. Se detuvo, y luego volvió de nuevo hacia la derecha. El agua de lluvia chorreaba por el cañón alzado.

Sin moverse de su posición, Eszrah echó un vistazo a su alrededor en busca de su arma, pero la había perdido cuando la explosión lo lanzó por los aires. La balista estaba sobre el barro, en mitad del claro azotado por la lluvia. No muy lejos de ella, al lado del chasis aplastado del camión, estaba el rifle láser largo de Larkin, casi doblado por la mitad debido al peso del tanque.

De todas maneras, ninguna de las dos armas les habrían servido de mucho. La única oportunidad que tenían estaba en la espada de energía. Gaunt se dio cuenta de que tenía que reventarle el motor a la bestia, tal como lo había intentado en la llanura de Cayfer.

Gaunt le indicó a Eszrah por señas que se mantuviera inmóvil y después comenzó a arrastrarse por el lindero del bosque. Los restos del camión aplastado lo ocultaban en parte. La bestia continuó a la espera donde se encontraba, retumbando con un ruido sordo y jadeante.

Gaunt logró avanzar unos cinco metros. Iba a ser una aproximación lenta y ardua, hasta que consiguiera colocarse a rastras detrás de la bestia. La bota izquierda chocó contra algo, un trozo de corteza o una piedra, e hizo un leve ruido.

La torreta de la bestia se giró de inmediato en esa dirección y disparó.

Gaunt se pegó al suelo. Sintió el choque de la ráfaga de aire caliente cuando el proyectil le pasó por encima y lo oyó silbar, partir y atravesar los árboles del bosque.

La granada impactó contra la raíz al descubierto de un árbol que estaba un poco más arriba de la ladera y estalló allí. Los restos de tierra y madera cayeron junto a la lluvia sobre el lugar.

El cañón de la bestia apuntó a un lado y a otro, inquieto, impaciente. El motor rugía con cada acelerón que daba y que hacía que saltara un metro o dos hacia adelante antes de detenerse en seco de nuevo y quedarse bamboleando sobre los muelles amortiguadores. La siseante lluvia se convertía en vapor al estrellarse contra la cubierta del motor. De la boca del cañón salía una leve humareda gris. Dio otro fuerte acelerón hacia adelante, girando un poco hacia la izquierda, y se detuvo una vez más con el motor gruñendo.

Se oyó un pequeño ruido a su derecha y la bestia se giró buscando con la torreta. Las orugas se movieron en direcciones opuestas para dar la vuelta con rapidez y sin moverse del sitio. El cañón principal bajó lentamente para cubrir la zona de árboles donde había sonado aquel ruido.

Gaunt levantó un poco la cabeza. Eszrah se encontraba en el mismo lugar donde lo había dejado, bien escondido. Había sacado unos cuantos virotes de hierro de su morral y los estaba lanzando uno por uno hacia los árboles que había detrás de la bestia, que ya había dado casi media vuelta para encararse hacia el sonido. Eszrah estaba intentando que se diera la vuelta del todo.

El noctámbulo lanzó otro dardo, que rebotó contra el tronco de un árbol con un sonido sordo. La bestia soltó un chorro de humo y avanzó un poco más al mismo tiempo que giraba el cañón. Disparó. Del casco salió despedida una lluvia de gotitas cuando el cañón abrió fuego. Una gran bola ardiente estalló entre los árboles al otro lado del claro. Gaunt ya se había puesto en movimiento. Sabía que no sería capaz de llegar a la parte trasera del tanque en una sola carrera, pero estaba seguro de que llegaría al menos hasta los restos del camión, que se encontraban justo detrás de la bestia.

Se puso a cubierto cuando el eco del cañonazo se apagó. Eszrah lanzó otro virote, pero la bestia no respondió al señuelo en esa ocasión. Giró lentamente la torreta hacia la izquierda, con el cañón elevado, como si estuviese inclinando la oreja hacia un lado para oír mejor lo que ocurría a su espalda. Gaunt no pudo evitar atribuir un comportamiento humano al modo de actuar de la máquina. Se había portado como un animal salvaje desde su primer encuentro. Cegada, cazaba mediante el sonido y por el olor.

Había captado su olor. Estaba cerca de él y había captado su olor, o le oía respirar o simplemente sentía su presencia. Eszrah lanzó otro dardo por los aires, pero la bestia no se mostró en absoluto interesada. Gaunt se preguntó si todavía estaría a tiempo de echar a correr y huir, o la bestia no hacía más que jugar con él, a la espera de que se moviera.

Decidió probar suerte. Empuñó con más fuerza la espada de energía. El motor de la bestia rugió cuando ésta se lanzó hacia atrás a toda velocidad para aplastar de

nuevo el camión destrozado.

7

Gaunt se lanzó de cabeza hacia un lado cuando la bestia se estrelló contra su cobertura. Los restos del camión, ya retorcidos, se desgajaron en varios trozos bajo el peso del tanque. El metal chirrió y gimió mientras se deformaba. Gaunt rodó sobre sí mismo al tiempo que rezaba para que le diera tiempo a colocarse detrás del vehículo enemigo antes de que éste girara de nuevo hacia él.

La bestia ya se estaba moviendo. Gaunt se esforzó por no resbalar al echar a correr para acercarse por un lado. Volvió a activar la espada de energía y se lanzó hacia la bestia. El tanque rugió y giró hacia él, y Gaunt tuvo que tirarse de nuevo al suelo de cabeza y echar a rodar para esquivar el borde del guardacadenas.

Gaunt oyó un chasquido metálico y levantó la vista. Mkoll se había subido al tanque y se había colocado encima de la torreta. Gaunt no estaba seguro de si el explorador se había dejado caer de un árbol o había corrido hacia la parte posterior de la bestia mientras ésta tenía la atención concentrada en él. Mkoll se mantuvo firme, agarrado con la mano izquierda a un pasamanos. Tenía el último cohete antitanque en la mano derecha, Dio unos golpes con el borde exterior del proyectil contra la escotilla, como si estuviese llamando a una puerta.

La bestia se detuvo en seco, bamboleándose una vez más sobre la suspensión. Mkoll se esforzó por mantenerse agarrado y llamó de nuevo. La torreta giró hacia un lado y luego hacia otro, cada vez con más fuerza, como una persona que girase violentamente la cabeza para ver qué es lo que tiene pegado a la espalda. El cañón principal se elevó al máximo. La bocacha del cañón automático del casco dio vueltas alrededor de sí misma como un topo que se esforzara por salir del suelo.

Mkoll volvió a llamar con el proyectil. Las escotillas superiores de la bestia estaban cerradas y selladas. No había forma alguna de entrar, pero tampoco había forma alguna de que se quitara a Mkoll de encima a menos que uno de los tripulantes saliera. Mkoll volvió a llamar, provocándola de nuevo de un modo deliberado.

Gaunt se puso en pie y dio vueltas alrededor de la bestia a la espera de una oportunidad para acercarse. La bestia aceleró hacia adelante y después se detuvo en seco. Lo volvió a hacer, y esta vez frenó tan en seco que casi lanzó despedido a Mkoll por encima del casco.

El explorador se mantuvo agarrado.

El tanque aceleró hacia atrás de repente y lanzó varios chorros de barro al aire sacudiendo con fuerza al explorador. Mkoll no soltó el pasamanos y llamó otra vez.

La bestia frenó y luego avanzó igual que si estuviera enloquecida. Aceleró y Gaunt tuvo que correr para apartarse de su camino. El súbito aumento de velocidad hizo que Mkoll quedara boca abajo, con el pecho pegado a la torreta, pero se mantuvo encima agarrándose con el hueco del codo.

Siguió pegado cuando el tanque abandonó el claro y se metió en el bosque abriendo una senda de destrucción a su paso. Las ramas y los tallos golpearon con fuerza a Mkoll durante el trayecto. La bestia estaba intentando quitárselo de encima.

Gaunt y Eszrah corrieron en pos del tanque siguiendo el rastro de tocones partidos y troncos reventados que dejaba en el bosque muerto. La lluvia que caía a su alrededor iba acompañada de fibras de madera y negras hojas podridas.

La bestia giró a la izquierda en la profundidad del bosque oscuro y raspó el costado izquierdo contra un tronco viejo y grueso, igual que un animal que se rascara contra un poste. El tronco del árbol, blando y podrido, se partió y cayó sobre el propio tanque. Mkoll vio lo que se le venía encima y se soltó del pasamanos. Rodó sobre sí mismo por la torreta y aterrizó sobre el compartimento del motor a la vez que el tronco del árbol se rompía como un frágil panal sobre la parte superior del tanque.

La bestia se puso en marcha de nuevo y se lanzó de morro sobre una depresión que hizo que la parte posterior se encabritara intentando lanzar por el aire a Mkoll. El explorador se agarró al borde de una de las placas de blindaje al aterrizar de nuevo y evitó por poco caerse por un lado.

El tanque siguió adelante y subió por el otro lado de la hondonada levantando grandes cortinas de barro. Giró hacia la izquierda para encontrar terreno más consistente y cruzó los matorrales que había por allí, derribando a su paso otro árbol muerto. Mkoll se subió a la parte superior de la torreta y llamó de nuevo a la escotilla con el proyectil antitanque.

La bestia se detuvo de golpe, incapaz de quitarse de encima a su atormentador. Gaunt salió corriendo de entre los árboles que había dejado a la espalda, con Eszrah pegado a los talones. El comisario no aflojó el paso y se subió de un salto a la placa trasera de la gran máquina. De allí pasó al compartimento del motor y luego se encaramó hasta la torreta.

Sin dudarlo ni un momento, Gaunt blandió la espada de energía y partió las bisagras y los cierres de la escotilla superior. Una lluvia de chispas, una vaharada de humo y el olor a metal caliente acompañaron al golpe. Mkoll, que estaba a su lado, apartó de una patada con el talón del pie derecho la escotilla seccionada, le quitó la cinta de detonación al cohete y lo lanzó al interior del tanque.

Ninguno de ellos llegó a ver lo que había en el interior de la bestia. Tuvieron un breve atisbo de un brillo rojo e infernal y de un olor parecido al de un matadero.

Se bajaron de un salto de la bestia, uno al lado del otro, un momento antes de que una bola de fuego engullera al tanque después de salir por la escotilla en su

persecución.

8

Regresaron hacia el Impro por el noroeste después de cruzar la línea de advertencia formada por los cráneos de partisanos clavados en estacas. Criid se había recuperado lo suficiente como para caminar cojeando, pero seguía dolorida y confusa. Posetine y Derin llevaban a Larkin, quien perdía y recuperaba la conciencia según el dolor que sentía.

—Lo siento —le dijo Gaunt en una de las ocasiones—. Era el único modo.

Larkin le había contestado algo, pero estaba demasiado aturdido por los calmantes que le había inyectado Posetine como para contestar nada coherente.

La lluvia cesó, pero después volvió con fuerzas renovadas. El cielo se oscureció como un paño húmedo. A su espalda, una desigual columna de humo negro marcaba el fin de la bestia en las profundidades del bosque.

Después de que pasaran dos horas desde el final del combate contra el tanque, un grupo de exploradores de los partisanos se reunió con ellos en un claro situado al borde del pantano. El anochecer había empezado a sumar su oscuridad a la negrura de la tormenta.

Los noctámbulos los guiaron en silencio hacia el interior de la ciénaga a lo largo de sendas y senderos que serpenteaban entre las masas de raíces y el agua sucia hasta que llegaron a una oscuridad que seguía siendo oscuridad sin importar qué hora del día fuese o qué tiempo hiciese.

Allí dentro, en el verdadero Impro, fue donde Gaunt vio las primeras trazas del Gereon que él había conocido. El Impro, la zona más inhóspita y peligrosa de todo el planeta, era la única parte que mostraba señales de vida. Había insectos, pequeños animales, algunos peces y lagartos. Los árboles, lo mismo que la espesura de matorrales y plantas trepadoras, estaban vivos. Las polillas aleteaban. No tenía un aspecto tan verde y fecundo como lo recordaba, ya que era más gris y pálido, con menos muestras de vida, pero los Poderes Siniestros no habían conseguido invadirlo lo suficiente como para matarlo.

Caminaron chapoteando a través de la oscuridad verdosa, con nubes de polillas revoloteando a su alrededor como si fuera confeti arrojado al aire en un gran desfile triunfal. Los pájaros piaban y graznaban en las copas de los árboles y los anfibios croaban y salpicaban en las pozas.

Mkoll se detuvo un momento en un punto y se quedó a la escucha.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaunt.

Mkoll se había quedado mirando a través del atardecer hacia los claros que se abrían más allá.

—Habría jurado… —empezó a decir—. Algo familiar, como… —Luego hizo un gesto negativo con la cabeza—. No, no hay nada.

• • • • •

Llegaron poco tiempo después al campamento de los partisanos que Landerson había elegido para la ocasión. Era un lugar amplio, parte poblado de noctámbulos y parte campamento prefabricado. Lo poblaban por igual partisanos y soldados de la resistencia. En total eran unas sesenta las personas que vivían en las chozas y en las habitiendas montadas en grupos en una pequeña isla en mitad del pantano que había extendido sus límites mediante plataformas y pasarelas. La división existente entre noctuganes y gereonitas, que ya estaba desapareciendo durante el último período de la estancia de Gaunt en el planeta, se había desvanecido por completo. Aquello era simplemente la resistencia.

Landerson había llevado al resto de la sección hasta ese campamento. Al parecer, Faragut ya había comenzado a discutir sobre la colaboración en el intercambio de información. Cirk estaba presente y se esforzaba por suavizar el tono de la conversación entre el comisario y los suspicaces miembros de la resistencia.

Landerson se acercó a recibir al grupo de Gaunt.

—Casi os habíamos dado por perdidos —le dijo Landerson.

—Creí que a estas alturas ya habrías aprendido a no hacerlo —le replicó Gaunt. Luego ayudó a Criid a pasar a la plataforma del campamento y abrió paso para los dos hombres que llevaban a Larkin—. No fue fácil. Haría falta que un médico viera a Larkin. ¿Tenéis un médico?

—Por supuesto que tienen un médico —dijo una voz desde la parte superior de la plataforma.

Ana Curth se apresuró a bajar para acercarse a Larkin.

—¿Ana? —preguntó Gaunt con cara de asombro.

—¿Qué fue lo que le hizo esto? —le preguntó Curth mientras examinaba a Larkin. Iba vestida con harapos y restos de prendas variadas, lo mismo que el resto de la gente de Landerson, y estaba tan delgada que apenas la reconoció.

—Mi espada de energía —le contestó.

—¿Qué?

—Tenía el pie atrapado.

Curth se lo quedó mirando unos instantes. Fuese lo que fuese lo que había

cambiado en ella, la mirada feroz de Curth seguía allí.

—Por el Trono, Ana… —empezó a decir Gaunt al mismo tiempo que daba un paso hacia ella.

—Dímelo más tarde —lo cortó la doctora—. Tengo que curarlo. A Criid también, por el aspecto que tiene. Dímelo más tarde, cuando haya acabado.

Hizo un gesto. Posetine y Derin levantaron de nuevo a Larkin y la siguieron hacia el interior del campamento con el francotirador a cuestas.

—Ana Curth… —murmuró Gaunt—. Siempre deseé que sobreviviera, y siempre temí que no lo hiciera.

—Siempre ha sido muy dura —apuntó Mkoll—. Después de todo, es una de los Fantasmas.

«Y parece un fantasma más que nunca», pensó Gaunt. Luego siguió a Landerson.

—Ese tal Faragut es un tipo impaciente —le comentó a Gaunt.

—Ten un poco de paciencia con él —le contestó el comisario—. No lo sabe hacer mejor. ¿Dónde está Beltayn?

Landerson miró a su alrededor.

—Le dije que ya habías llegado. No sé dónde estará.

—En esa choza de allí, señor —le indicó Garond.

Gaunt se acercó al lugar que le había indicado Garond. Se trataba de un centro de comunicaciones improvisado, además de taller para la reparación de armas. Gaunt distinguió bajo la luz de una pequeña lámpara de promethium, unos cuantos rifles desmontados y dos o tres comunicadores de aspecto baqueteado. Beltayn estaba trabajando en su propio aparato personalizado de comunicación. Lo tenía sobre una mesa y estaba observando algo.

—¿Bel?

—Lo siento, señor. Estaba punto de salir a recibirlo cuando me di cuenta de algo.

—¿De algo? —le preguntó Gaunt poniéndose a su lado.

—Sí, señor. De algo raro. He intentado ponerme en contacto con Cantible o con el Alto Mando, pero las condiciones son tan malas como siempre. Supongo que se debe a las tormentas que ha provocado la invasión.

Se había puesto a desmontar la placa trasera del comunicador. Utilizaba un destornillador sucio para quitar la cubierta de la zona de la antena.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Bel? —quiso saber Gaunt acercándose un poco más para ver mejor.

—Bueno, es que la última vez que probé a ponerme en contacto me fijé en que había una leve pérdida de energía, como si me hubiera dejado abierto el canal repetidor, cosa que no había hecho.

—¿Y?

—Y que hay una pequeña luz aquí, en la base, que no estaba encendida antes. Hay alguna clase de circuito oculto en mi comunicador del que yo no sabía nada, y lleva encendido desde hace una hora más o menos.

—Espera un momento —le dijo Gaunt—. ¿Estamos hablando de un sabotaje?

—No lo creo —contestó Beltayn—. Bueno, espero que no —añadió con una sonrisa—. Si no, andar trasteando con el destornillador no sería buena idea.

La placa posterior se separó y Beltayn apartó el acolchamiento acústico. Ambos se quedaron mirando la pequeña cavidad. El artefacto tenía el tamaño aproximado de una carga de demolición de tubo, y en uno de los extremos brillaban unas luces de activación.

—¡Por el Trono! —exclamó Gaunt. Sacó el artefacto de un tirón del comunicador de Beltayn y se lo llevó fuera—. ¿Qué es esto? —gritó con fuerza.

Tanto los miembros de la resistencia como los de su sección se volvieron para mirarlo cuando lo oyeron gritar.

—¿Qué coño es esto? —gritó de nuevo.

—¿Gaunt? —le preguntó Landerson al mismo tiempo que se le acercaba.

—¿Qué demonios es lo que le pasa? —quiso saber Faragut mientras cruzaba una de las pasarelas.

—Esto es lo que me pasa —le replicó Gaunt mostrándole el artefacto.

—Es un localizador —dijo Mkoll—. Es un puñetero localizador. Una baliza de alta potencia y emisión de impulsos. Feth, está encendido. ¿Cuánto tiempo lleva encendido?

—Desde que lo activé —contestó Faragut.

—¿Qué coño has hecho? —le preguntó Gaunt al joven comisario con un gruñido.

De repente, una fuerte luz azul los rodeó y se expandió hasta cubrir todo el claro. Muchos de los miembros de la resistencia, sobre todo los noctámbulos, gritaron alarmados. Unas largas sombras, producidas por el repentino brillo, cayeron sobre el campamento y las aguas del pantano.

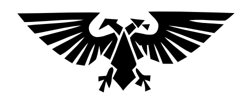
El destello del enorme rayo de teleportación se apagó. Gaunt se quedó mirando las escuadras de soldados que rodeaban el campamento. Llevaban puestas unas armaduras de color dorado y negro con el símbolo de la Inquisición.

—Mi trabajo —le replicó Faragut.



OCTAVA PARTE

RIP



1

Aproximadamente media hora después de que Caff le hubiera hablado por segunda vez, el Imperio lanzó otro terrible diluvio de furia contra Gereon.

Ocurrió muy lejos de donde se encontraba Dalin, pero vio los resplandores. Unos distantes centelleos de luz blanca iluminaron el cielo, y sintió en la cara el viento caliente que le llegó segundos más tarde. A lo largo del horizonte oriental creció un bosque, una floresta de gigantescos árboles oscuros hechos de humo.

Tenían unos altos troncos y unas copas de vapor negro. Era evidente que se trataba de algo gigantesco, porque se encontraban a centenares de kilómetros de distancia y permanecieron en el aire durante horas sin que el viento los desdibujara. Otras dos inmensas nubes en forma de hongo se elevaron en el extremo noroccidental del horizonte.

Dalin, perdido en el corazón de K'ethdrac, caminó solo y tambaleante por las calles cubiertas de ceniza blanca. El horizonte de la propia ciudad estaba en llamas. Al sureste de su posición vio varias torres enormes que eran devoradas por los tremendos incendios que parecían consumirlo todo con un poder antinatural. Las silenciosas nubes en forma de hongo formaban el paisaje de fondo de aquellas feroces hogueras.

La parte de la ciudad en la que se hallaba se encontraba tranquila, desecada y vacía, tan cubierta de ceniza que tenía el mismo aspecto que un pueblo después de haber nevado. Las estructuras de los edificios se alzaban sobre todo aquello como coral antiguo y seco.

Dalin había matado a los Hijos de Sek. Aquella simple idea lo confortaba. Había matado a tres de ellos, y él solo. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido a los demás.

Había abatido a los dos primeros cuando salieron del edificio. Habían surgido a la carrera, sin esperar que su presa se diera la vuelta y luchara. Le había acertado tres veces a cada uno de ellos y los había derribado de espaldas. ¡Los famosos soldados, los temidos Hijos de Sek, abatidos con tanta facilidad! Dalin se sintió emocionado. Le pareció que acababa de superar alguna clase de prueba superior. No sólo había entrado en combate y había matado al enemigo, había matado a los mejores del enemigo.

Fue entonces cuando oyó a Caff hablarle de nuevo. «¡No te confíes!», fue lo único que le dijo. Dalin se imaginó de inmediato a los demás Hijos de Sek que había en el interior de las ruinas. Vio cómo oían los disparos en el exterior y se paraban. Se imaginó cómo saldrían con sigilo por otros puntos del edificio para pillarlo de improviso.

Retrocedió para ponerse a cubierto bajo el viejo pórtico de hierro y se agachó sin dejar de cubrir la zona con su arma. Entre los escombros bailaban pequeñas motas de ceniza, arrastradas por el viento racheado. Los fragmentos de yeso que seguían colgados de las paredes se movían con las rachas de aire. Dalin recordó comprobar la respiración y la capacidad visual.

Con un movimiento sigiloso y bien entrenado, el tercer Hijo de Sek salió por el hueco de una ventana situada a unos veinte metros en la misma fachada del pórtico. De inmediato se ocultó entre las sombras y los escombros. Dalin lo observó con detenimiento durante un minuto o dos, admirando el sigilo del enemigo y su uso de la cobertura. El soldado se movía para flanquear a cualquier tirador que estuviese cubriendo la salida.

Dalin lo vigiló y esperó. Esperó hasta que el Hijo de Sek avanzó lo suficiente como para tener un buen ángulo de tiro. Luego le disparó y le dio de lleno en la frente.

El soldado enemigo dejó escapar un gruñido y cayó boca abajo sobre los escombros. Dalin esperó un poco más, pero no hubo más movimiento.

Se retiró. Se movió en silencio durante un rato, pero cuando los destellos de luz anunciaron la aparición de las nubes en forma de hongo en el cielo, se tranquilizó. No se veía señal alguna de nadie. Había dado a Merrt, a Cajón y a Wash tiempo más que suficiente para escapar. Se habían marchado hacía mucho. Los llamó unas cuantas veces gritando sus nombres entre los escombros y los edificios demolidos.

Su voz despertó ecos, pero esos ecos fueron la única respuesta que tuvo.

2

Se preguntó por qué era la voz de Caff la que había oído.

Obviamente, no se trataba de la voz de Caff. Dalin se daba perfecta cuenta de ello, y aunque era tan supersticioso como cualquier guardia imperial, no creía en voces fantasmales ni en la clarividencia. Todo eso estaba dentro de la cabeza, y a él le bastaba con ello. Había estado sometido a una sobrecarga sensorial a lo largo de los días anteriores, y estaba agotado, con los nervios tirantes hasta el límite. Tenía los instintos de combate todo lo tensos que podían estar. En el calor del momento, su propia mente le había enviado unas advertencias inconscientes, y las había oído como si se las hubiera dicho Caff.

No era tan grave. Los soldados acababan mucho más locos que eso en el campo de batalla, y no era ningún misterio.

Lo que confundía un poco a Dalin no era el haber oído una voz, sino que fuera la de Caffran.

Se sentó para descansar un rato, y pensó en ello un poco más. La luz que cubría la ciudad había tomado un extraño color vidrioso, y el viento empujaba con rapidez las nubes del cielo, por lo que el paisaje quedó en poco tiempo cubierto por un dibujo moteado y cambiante de luces y sombras.

¿Por qué su imaginación había elegido la voz de Caffran? ¿Por qué no la de su madre, o la de su verdadero padre? Técnicamente, cualquiera de los dos era más importante para él. Dalin deseó tener un poco de agua para beber. Tenía la garganta seca y un fuerte dolor de cabeza. Intentó chupar el fondo de una de sus últimas raciones de comida, pero no le sirvió de ayuda.

Decidió que su relación con Caffran era algo bastante particular. Tenía un vínculo con Tona, por supuesto, un vínculo tan fuerte como el de una verdadera madre con su hijo, tan cercano como permitía la dura vida en la Guardia Imperial. Su hermana y él habían acabado bajo los cuidados de la verghastita muchos años antes. La casualidad los había unido. Siempre había supuesto que ella no había tenido mucha elección en todo el asunto. Eran niños pequeños. Yoncy era apenas poco más que un bebé en mitad de una guerra entre colmenas, y ella los había tomado a su cargo. Sin ella, o alguien como ella, habrían muerto.

Ella no era muy mayor entonces. Probablemente tendría la misma edad que él en

este momento. Simplemente, había hecho frente a la situación.

Sentado allí, entre las ruinas, bajo el cielo cubierto de veloces nubes, se dio cuenta por primera vez en su vida de lo generosa que había sido esa decisión. El destino le había entregado aquellos niños para que los cuidara y ella no lo había dudado en ningún momento. Ni había dudado entre las ruinas de la Colmena Vervun, ni nunca después. Quizá no había sido el destino. Por el Trono… Lo vio claro en ese momento. Quizá había sido la extraña voluntad del Dios Emperador. Contempló las nubes y sintió un fuerte e inesperado sentimiento sobre lo divino, más fuerte que lo que nunca había sentido en las ceremonias del templo, o en la bendición diaria, ni siquiera durante uno de los sermones del viejo Zweil. Durante unos pocos minutos, en mitad de aquel desolado lugar, tuvo la extraña y poderosa sensación de que el Dios Emperador cuidaba de él.

Se preguntó si Tona se habría sentido resentida por la decisión que se había visto obligada a tomar en la Colmena Vervun. Sin duda, se había convertido en una madre sustituta para él y para su hermana porque no existía otra opción. La necesidad había creado su relación. Ella los había cuidado con el mismo celo que una madre loba.

Lo de su padre, su verdadero padre, era algo diferente. Gol Kolea había pensado durante mucho tiempo que sus hijos habían muerto hasta que un extraño giro del destino le había hecho saber que en realidad se encontraban muy cerca de él. Kolea nunca había intentado restablecer la relación con Dalin o con Yoncy. Tona le había explicado en numerosas ocasiones que Kolea lo había decidido así porque pensaba que era lo mejor para ellos, que no convenía que les trastocara más la vida volviendo a aparecer en ella. Dalin no soportaba aquella excusa. A él le daba la sensación de que Kolea se lavaba las manos del asunto. No lo entendía, y jamás había querido hablar directamente con Kolea sobre ello porque lo hacía ponerse furioso. No es que nunca se tuvieran padres de más, sobre todo en una estructura social tan extraña como el regimiento. Muchos Fantasmas se habían convertido en padres y madres, o tíos y tías, a lo largo de los años. Varl, Domor, Larkin, Aleksa, Bonin, Curth. Que su padre biológico cumpliera ese papel no habría supuesto ningún trastorno en algo que ya estaba trastornado de por sí.

Pero Caff… Caff lo había elegido, mientras que a Tona no le había quedado otra elección y Kolea se había echado atrás. Caffran había elegido convertirse en una figura paterna para Dalin. Caffran podría haberse echado atrás en cualquier momento, lo mismo que Kolea había hecho, y a diferencia de éste, nadie habría pensado mal de él por ello. A lo largo de los más o menos ocho años anteriores, Caffran lo había criado. Caffran había estado allí.

Decidió que ése era el motivo por el que oía la voz de Caffran. Era el que había elegido, sin presión alguna, cuidar de él.

—No seas bobo, Dal —le dijo Caffran—. No es para tanto. Quería estar con Tona. No te preocupes. En la Guardia, lo aceptas y lo haces. Lo aceptas tal como viene. Es lo que dice Varl, ¿verdad? Si no cuidamos los unos de los otros, ¿qué sentido tiene?

—¿Quiénes nos cuidamos? —le preguntó Dalin.

—La gente —contestó Caffran.

Tenía el uniforme muy planchado y con un aspecto curioso, como si se le hubiera caído el bote de almidón encima. No parecía cómodo, y daba la impresión de que se había preparado para un desfile. Se sentó al lado de Dalin en el polvo y se recostó contra la pared.

—Las nubes van muy de prisa —le dijo.

—Muy, muy de prisa —le contestó Dalin mostrándose de acuerdo—. ¿Ves cómo iluminan la ciudad? Parece la luz del sol reflejada en una corriente de agua.

Caffran asintió.

—Tengo sed —comentó Dalin.

Caffran alargó una mano, descolgó la cantimplora del cinto y se la ofreció.

La cantimplora pesaba poco. Dalin la destapó y sintió que algo le tiraba del pie derecho.

—Para —dijo.

—¿El qué? —le preguntó Caffran.

—Para de tirarme del pie.

Caffran no le contestó. La cantimplora estaba vacía.

3

La cantimplora estaba vacía. Era su propia cantimplora. La soltó y le cayó sobre el pecho.

La luz se había desvanecido. El cielo era de un color negro petroquímico. Tapado por el humo, el sol medio entrevisto brillaba como una lámpara sucia. Tenía los labios secos y cuarteados, y sentía la garganta como si se hubiera tragado un estropajo.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría muerto, y después se dio cuenta de que tan sólo se había quedado dormido. Había dormido muy poco desde el desembarco, muy poco en condiciones, en realidad. Había bastado que se detuviera un momento para descansar, y el sueño se había apoderado de él como una fuerza invasora imparable. No había sido capaz de resistirse.

Se pasó la mano por la boca reseca, pero tenía el dorso cubierto de ceniza que le raspó como una lija. Los labios le empezaron a sangrar y lamió aquella humedad tibia. Miró a su alrededor, en la oscuridad, en busca de Caffran, pero no estaba allí, nunca había estado allí. Las alucinaciones provocadas por la fatiga se le habían colado en el sueño.

Estaba solo. Incluso la presencia del Dios Emperador había desaparecido. Algo le tiró del pie derecho.

Eso no era una alucinación.

Los perros eran grandes. Una de las flacas siluetas oscuras que se movían en la negrura de la noche le había mordido la bota derecha y le estaba dando tirones. Eran perros callejeros que andaban sueltos entre las ruinas.

—Suéltame. Largo.

Los perros lo miraron con expresión de reproche y gimotearon.

—¡Largo! —les gritó al mismo tiempo que alargaba la mano hacia el rifle.

—¿Buscas esto? —le dijo un tercer perro. Estaba sentado cerca de él, con el rifle debajo de las patas.

—Dame mi arma —le exigió Dalin.

Los perros se echaron a reír. Le dieron la vuelta y comenzaron a examinarle los bolsillos.

• • • • •

Sintió unas manos encima. Estaba boca abajo sobre el polvo de ceniza.

—Nada. Tan sólo un poco de comida —dijo una voz.

—Tiene la cantimplora vacía —contestó alguien.

Dalin gruñó y se dio la vuelta.

—¡Joder! ¡Está vivo!

Dalin abrió los ojos. Había tres krassianos cubiertos de suciedad inclinados sobre él. Le habían estado registrando. Ya era de noche y no se había dado cuenta. El cielo negro estaba ribeteado de incendios de color naranja por todo el horizonte.

—¿Qué estáis haciendo? —murmuró Dalin, pero las palabras salieron convertidas en otro gruñido.

—¡Está vivo! —repitió el mismo krassiano, y empujó a Dalin contra el suelo.

—Pues acaba con él, por el Trono —le contestó otro.

Dalin vio que el primer krassiano alargaba la mano y desenvainaba una larga bayoneta que más parecía una espada corta.

—¡Guardia Imperial! —consiguió gritar Dalin, alarmado.

—Sí, sí —dijo el krassiano—. Bienvenido a la puta guerra.

La bayoneta bajó para clavársele en el cuerpo y Dalin volvió a girar sobre sí mismo. La hoja lo alcanzó de refilón. Sintió la punzada de dolor caliente cuando lo hirió a la altura de la cadera izquierda.

—¡Cabrón! —gritó.

—¡Sostén al mierdecilla! —exclamó el krassiano que empuñaba la bayoneta.

Dalin le propinó una patada en las piernas y el krassiano cayó soltando una maldición. La bota derecha de Dalin, que tenía los cordones desabrochados, salió volando por el impulso. Los otros dos krassianos se pusieron a darle una paliza.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué me estáis haciendo? —gimió Dalin.

Ellos siguieron golpeándole. Sintió cómo los nudillos le machacaban las costillas. Dalin rodó una vez más sobre sí mismo, tal como Caff le había enseñado cuando practicaban el combate cuerpo a cuerpo en las cubiertas dormitorio. Se libró de uno y le plantó un puñetazo al otro en mitad de la cara. El krassiano se echó hacia atrás mientras de la nariz partida le salía un chorro de sangre y de mocos. Comenzó a lanzar maldiciones.

Dalin se puso en pie de un salto. El krassiano que empuñaba la bayoneta se lanzó a por él de nuevo. Dalin se echó a un lado, le atrapó la muñeca y se la rompió. Le arrebató la larga bayoneta y le propinó un tajo en plena garganta sin pensárselo dos veces. De la herida salió un chorro de sangre arterial que cubrió a uno de los otros en tal cantidad que se puso a chillar y a escupir de asco.

Dalin dejó caer el cuerpo, que todavía se estremecía, y le clavó la bayoneta entre los hombros. Así empalado, el individuo se desplomó boca abajo.

—Pequeño cabrón —barbotó el krassiano al que había roto la nariz. Estaba en pie de nuevo y le apuntaba con un rifle láser que empuñaba con manos temblorosas.

Un disparo láser le acertó en mitad de la espalda con tal fuerza que estampó su cuerpo contra Dalin. Las cabezas les chocaron con un fuerte crujido y ambos cayeron al suelo.

Aturdido, incapaz de moverse, Dalin contempló cómo una escuadra de los Hijos de Sek salía de la penumbra para inspeccionar los cuerpos.

Las figuras de uniforme ocre se movieron con lentitud, deteniéndose a comprobar y a examinar cada cadáver por turno.

Uno de ellos agarró a Dalin por el hombro y le dio la vuelta. El joven olió los misteriosos perfumes y ungüentos con los que el Hijo de Sek se había aceitado el cuerpo.

—A'vas shet voi shenj —dijo.



4

—Por favor, levántate.

Dalin siguió haciéndose el muerto.

—Santurrón, levántate. Levántate, levántate, levántate…

Era Cajón.

Dalin abrió los ojos.

Todavía seguía oscuro, y la única iluminación procedía de las torres en llamas que ardían a lo lejos.

—¡Eso es! ¡Vamos, Santurrón!

—¿Cajón?

—Estábamos buscándote.

—¿Cajón?

—Que sí. Levántate.

Dalin se incorporó. Le dolía mucho la cadera izquierda y sentía una humedad tibia en esa parte de los pantalones y de la camisa.

—¿Está bien? —preguntó Merrt, que estaba cerca.

—Sí, está bien, ¿a que sí, Santurrón? —dijo Cajón.

—Pero los Hijos de Sek…

—No hay Hijos de Sek por aquí —lo interrumpió Cajón mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—Pero… —insistió.

—Te… te… tenemos que irnos —dijo Merrt.

—¿Dónde está mi bota? —preguntó Dalin después de mirarse el pie. Le faltaba la bota derecha.

—Toma. —Merrt le arrojó la bota.

Dalin se sentó de nuevo y torció el gesto al notar el dolor en la cadera izquierda al empezar a atarse la bota.

—Date prisa —lo apremió Merrt.

Dalin se detuvo de repente. Miró con lentitud a su alrededor y vio los tres krassianos muertos sobre el polvo blanco.

—¿Qué demonios ha…? —empezó a decir mientras los señalaba.

—Son desertores —se apresuró a explicarle Merrt—. Estaban intentando

saquearte. Ya habías frito a dos de ellos para cuando llegamos.

—¿Qué… qué hora es?

Cajón dio unos golpecitos al cronómetro.

—¿Quién sabe?

—Está llamándonos —dijo Wash entrando de repente en su campo de visión.

Dalin oyó el sonido de un silbato a lo lejos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Sobile —respondió Merrt—. Encontramos a Sobile. Venga, ponte la bota.

• • • • •

Sobile los estaba esperando con el resto del TA 137 en una calle vecina. Quedaban unos diez hombres en total, y todos ellos estaban heridos o magullados de algún modo. Parecían mendigos, leprosos de algún nivel bajo de una colmena. Kexie, más tenso y feroz que nunca, no paraba de soplar el puñetero silbato.

Sobile se mantenía un poco apartado del grupo de agotados soldados. Tenía el uniforme cubierto de suciedad, y la cara de hollín. Se veían los surcos dejados por las lágrimas que había soltado cuando el humo le había irritado los ojos. Tenía el mismo aspecto que el personaje del trágico príncipe payaso de las obras de misterio imperiales. El rostro no mostraba absolutamente ninguna expresión. Estaba encorvado. Parecía aburrido, o tan cansado que todo le daba igual. La mayoría de los soldados mostraban señales de latigazos en el cráneo o en los hombros. El propio látigo de Sobile estaba cubierto de sangre.

Sobile se quedó mirando a Dalin mientras se reunía con la sección junto a Merrt, Wash y Cajón. No mostró señal alguna de reconocimiento. Ni siquiera vio un leve gesto que indicara que Sobile se alegrara de que otro de los soldados a su cargo hubiese sobrevivido.

—Poneos en fila, idiotas —les dijo.

Fue como si Dalin no hubiese estado más que unos pocos minutos fuera de la vista de Sobile. El mundo entero se desmoronaba a su alrededor, pero Sobile continuaba comportándose como si no estuvieran realizando más que unas maniobras de rutina. Actuaba como si tuviese cosas más importantes en la cabeza.

Se quedó mirando a Dalin, pero éste no hizo esfuerzo alguno por apresurarse. Sobile dejó que la cuerda del látigo cayera hasta el suelo polvoriento y se extendiera, lista para golpear. Dalin le sostuvo la mirada mientras se ponía en fila. Se concentró en mirarlo de un modo desafiante. Sabía que si Sobile utilizaba el látigo contra él, le dispararía. Estaba completamente seguro de ello, y no le preocupaba en absoluto.

Sobile volvió a recoger el látigo y apartó la mirada. Quizá se había dado cuenta de la expresión que mostraban los ojos de Dalin. Quizá ésa era la mirada en concreto que

llevaba buscando desde el principio. «Cuando un soldado te responda a la mirada con una mirada tan feroz que sepas que te va a disparar si lo golpeas, entonces el soldado se encuentra preparado y no es necesario golpearlo más». Quizá esa regla se encontraba en alguna parte del odioso libro de mierda con el que trabajaba el Comisariado. Vigila la aparición de la mirada de perro apaleado, y entonces contente y no lo castigues.

—Comprobad los cargadores —les dijo Kexie mientras recorría la fila—. ¿A alguien le faltan?

Uno de los soldados alzó una mano.

—Compartid unos cuantos cargadores con él. ¿Alguien tiene sed?

Dalin alzó la mano.

—Pasadle una cantimplora.

Ladrillero le pasó una cantimplora medio vacía.

—Agh, listos y preparados —dijo Kexie. Se dio la vuelta para mirar a Sobile—. Listos y preparados, comisario. A la espera de sus órdenes.

Dalin enroscó el tapón de la cantimplora de Ladrillero y se preparó para la siguiente palabra que pronunciaría Sobile. Era tan inevitable como demencial.

—Adelante —les ordenó el comisario.



NOVENA PARTE

Repugnam

1

—Empieza a explicarte ahora mismo —le ordenó con un gruñido Gaunt.

Se había abierto paso a empujones entre varios soldados de la Inquisición para llegar hasta Faragut. Los soldados, equipados con visores, estaban reuniendo a todos, tanto a los Fantasmas como a los partisanos.

—Que nadie haga nada provocador hasta que me entere de qué está pasando —le había ordenado Gaunt a Mkoll.

—Para entonces ya será demasiado tarde —le contestó Mkoll.

Se habían mirado fijamente. Ambos sabían que las palabras de Mkoll no eran ciertas. A pesar de la reputación de las fuerzas de la Inquisición, los partisanos de Gereon no eran una fuerza a la que se debiera subestimar, ni siquiera desarmados y «controlados».

—¡Faragut!

Faragut estaba hablando con un par de oficiales superiores de la Inquisición. Cirk estaba allí cerca. Parecía asombrada y con un aspecto un poco desolado. La visión de los soldados imperiales equipados con armaduras empujando a los miembros de la resistencia era algo difícil de soportar para alguien como ella.

Miró a Gaunt a los ojos e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Faragut!

Faragut se dio la vuelta.

—Estoy demasiado ocupado para ocuparme de usted ahora mismo —le dijo.

Gaunt lo agarró por las solapas.

—¡No, no lo estás!

—¡Suélteme! —le gritó Faragut.

Los soldados de la Inquisición que estaban más cerca dieron un paso atrás y lo apuntaron con las armas.

—¡Que me suelte ya! —le repitió Faragut. Gaunt soltó poco a poco la chaqueta del otro comisario—. No pasa nada. Bajen las armas —dijo a los soldados.

—¿Qué coño es todo esto? —le preguntó Gaunt con voz sibilante.

—Esto es un asunto de la Inquisición —le contestó Faragut, que a todas luces estaba disfrutando de la situación. Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un módulo de identificación. Cuando lo activó, mostró el emblema de la Inquisición

—. He sido asignado a una operación del Ordo con el permiso de la comisaria general Balshin.

—Por supuesto que con su permiso —le espetó Gaunt—. Esa cabrona me la jugó. Soy un estúpido. Debí suponer que tenía planes a más largo plazo.

Faragut apagó el módulo y lo guardó.

—Gaunt, es usted un oficial de regimiento. En casi todos los aspectos es prescindible. No hay motivo alguno para que tuviera que estar enterado de nada de esto. No necesitaba saberlo, y no era lo bastante importante como para conocer su opinión.

—Se nos ordenó establecernos en Cantible y aprovechar el conocimiento de que disponíamos sobre el Impro y los partisanos para establecer una línea de contacto con la resistencia de Gereon con el fin de desarrollar una cooperación y acelerar la liberación. Nos han utilizado —dijo Gaunt.

—Usted es un soldado —le replicó Faragut con un tono de voz levemente divertido y burlón—. ¿Qué demonios se esperaba, excepto que lo utilizaran? Es usted tan idiota, Gaunt. Es excesivamente liberal y con unos principios demasiado elevados para la Guardia Imperial.

Gaunt se apartó un poco de él.

—Me tomaré eso como un cumplido. Ahora explica esto. No pienso quedarme quieto mirando cómo estos hombres y mujeres son esposados como prisioneros de guerra.

—No, no se quedará mirando. No se quedará. Ya ha cumplido su misión. Se ha establecido contacto con la resistencia. Nosotros nos encargaremos a partir de ahora. De hecho, en cuanto le den permiso, usted y los Fantasmas regresarán a Cantible.

—No —le replicó Gaunt—. Tendrás que ofrecerme algo mejor que eso. No voy a ninguna parte mientras parezca que he traicionado a esta pobre gente.

Faragut sonrió y se le acercó a la cara.

—¿Sabe?, solía admirarlo. Principios elevados, fuerte, siempre con la frase adecuada y valiente en cada ocasión para que la oyeran los soldados de a pie. Pero ahora me doy cuenta de lo que es. No es más que un fanfarrón, ¿verdad? En nombre del Trono, ¿qué puede hacer respecto a esto? ¿Darle un ataque?

—Puede que te mate —dijo una voz a la espalda de ambos.

Tanto Gaunt como Faragut se dieron la vuelta. El inquisidor Lornas Welt estaba entrando en el campamento por una de las pasarelas para reunirse con ellos.

—Creía que los comisarios estaban entrenados en leer el lenguaje corporal, Faragut —le comentó Welt—. Para saber cuándo debían castigar a un soldado y cuándo contenerse. ¿No está en tu *Instrumento del orden*?

—Así es, señor —le respondió Faragut.

—Pues no creo que seas capaz de leer muy bien a Gaunt, Faragut. Creo que estabas a unos veinte segundos de sufrir una ejecución sumaria. ¿No es así, Gaunt?

—Más bien sesenta, pero así era.

—Hola, Gaunt —lo saludó Welt con una sonrisa—. Ven, vamos a tener una charla.

2

—Vamos a dejarlo muy claro desde el principio —le dijo Welt—. Vamos a dejarlo muy claro para que no haya malentendidos. La Inquisición puede ser muy severa. La Inquisición será muy severa. Aquí, los agentes de mi Ordo no serán muy amables en las próximas semanas. Es algo lamentable, porque esta valerosa gente se merece algo mejor. Sin embargo, no esperes que me disculpe, ni esperes que me contenga. De lo que se trata aquí es de llevar a cabo un trabajo vital. Es, potencialmente, la tarea más importante de que me he encargado en toda mi carrera.

Gaunt parpadeó.

—¿El qué? —quiso saber.

—No estoy bromeando, Gaunt —le replicó Welt.

Se habían retirado a una de las plataformas superiores del campamento, que colgaban de la copa de los árboles sobre el agua verdosa. Abajo, los soldados de Welt habían asegurado el perímetro y estaban vigilando a los asombrados partisanos. Varios soldados con lanzallamas estaban penetrando en el pantano para derribar árboles y despejar una zona lo bastante amplia como para que se pudiera utilizar como campo de aterrizaje.

—¿Por qué crees que la cruzada se dirigió hacia Gereon, Gaunt? —le preguntó Welt.

—Porque el Segundo Frente necesitaba comenzar a ganar territorios para aumentar su prestigio. Porque no podíamos soportar tener incrustado al archienemigo entre nosotros. Porque personas como Cirk y yo llevamos pidiendo desde que volvimos que se llevara a cabo la liberación.

—Todas son razones válidas —confirmó Welt.

El inquisidor era un individuo bajo y fornido, con el cabello gris en retroceso y que lucía una barba de chivo negra en una mandíbula cuadrada. Tenía tan grandes las pupilas que el azul le llenaba todo el ojo y no dejaba espacio para el blanco. Llevaba puesto un abrigo de combate de cuero de color pardo, y la insignia de su cargo le colgaba sobre el pecho de una cadena. Al igual que ocurría con todos los inquisidores que Ibram Gaunt había conocido, Welt era desesperadamente ambiguo. Era autoritario, impresionante, atrayente por su gran intelecto y su formación erudita, pero traicionero y poco fiable en el sentido de que nada era demasiado valioso como

para que no se pudiera sacrificar si servía a sus propósitos. Lilith había sido así. Lo mismo que Heldane.

—¿Pero? —preguntó Gaunt sopesando la palabra.

—Existe otra razón, y todavía mejor. La razón más convincente de todas.

—¿Cuál es?

—Tú, Gaunt. Tú eres la razón. El hecho de que regresaras.

Gaunt meneó la cabeza en un gesto de incredulidad y se dio la vuelta. Caminó hasta el borde de la plataforma y se apoyó en la barandilla de cuerda para mirar hacia abajo. La primera vez que se había subido a una plataforma de campamento como aquélla había sido cuando se enfrentó a vida o muerte con el monstruo Uexkull. Aquella conversación le parecía en cierto modo mucho más siniestra y más peligrosa.

—¿Sigue obsesionado con eso? —le preguntó Gaunt—. Pensé que ya lo habíamos dejado claro. El tribunal…

—No fue más que una formalidad —lo interrumpió Welt mientras se le acercaba. Tenía la costumbre de mirar fijamente a los ojos de las personas y no apartarlos—. Tú y tu equipo vinisteis aquí, a un mundo ocupado por el enemigo, y os quedasteis dieciséis veces más del tiempo máximo recomendado. Por supuesto, volvisteis cambiados. Una experiencia semejante cambiaría a cualquiera. Pero no acabasteis mancillados. Regresasteis sin haber sido corrompidos. Es algo increíble, Ibram. Algo increíble.

—Eso ya me lo ha dicho, inquisidor. Supongo que a estas alturas debería estar diseccionado.

Welt sonrió.

—No estamos en la Era Siniestra.

—Oh —contestó Gaunt—. Yo diría que sí.

—Tu teoría es que sobrevivisteis a la corrupción porque habéis sido bendecidos en persona por la santa. En general, diría que es una teoría razonable. Además, existen precedentes históricos. Pero hay otros modos de verlo. Modos que mis colegas y mis sabios consideran que vale la pena volver a examinar.

—¿Quiere decir que este lugar es la razón? —quiso saber Gaunt—. ¿Que este lugar posee alguna propiedad que contrarresta el contacto con el Caos?

El inquisidor asintió.

—Gereon, y más concretamente el famoso e impenetrable Impro. Ya me has hablado de este lugar, y he leído tus informes. Cirk también nos ha informado bastante. En el caso de todos vosotros, y en especial en el del soldado Feygor, los extractos orgánicos derivados de la singular y tóxica biología del Impro parecen haber combatido los efectos de la contaminación del Caos.

—Feygor murió en Ancreon Sextus —le comunicó Gaunt.

—Lo sé, y su cuerpo no fue recuperado. Si hay alguien a quien deberíamos haber diseccionado era él, pero nunca tuvimos la oportunidad.

—¿Me está diciendo que la Guardia Imperial y las fuerzas aliadas a la Gran

Cruzada…, millones de soldados e ingentes cantidades de suministros… se han dirigido a la invasión de Gereon… porque Murt Feygor murió en combate?

—Eso es una sobresimplificación.

Gaunt se echó a reír.

—A Murt le hubiera encantado. Se puede decir lo que se quiera de él, pero apreciaba una buena ironía aunque él no fuese capaz de expresarla. —Se volvió para mirar a Welt—. Así que, ¿no ha vuelto por Gereon? ¿Ha hecho todo esto por la lejana posibilidad de que el Impro oculte algo?

—Si el Impro posee lo que andamos buscando, cambiará el curso de la historia. Cambiará el destino del Imperio y el de la humanidad. Nos liberará de nuestro mayor enemigo.

—¿Una cura para el Caos?

—Demasiado trillado, pero sí, supongo que así es como se lo verá.

—No existe nada parecido aquí —le explicó Gaunt—. Les podría haber ahorrado muchos esfuerzos. No está aquí. Nunca lo ha estado. Es posible que los noctugane conozcan algunos extractos con grandes propiedades curativas, pero no es el milagro que están buscando. Mkvenner, uno de los miembros originales de mi equipo, tenía una teoría. Decía que no era el Caos lo que nos destruía. No nos corrompía e infectaba como una enfermedad. No funcionaba así en absoluto, y ése es el motivo por el que no existe una cura.

—Supongo que creía en la fuerza de voluntad —comentó Welt.

—Exacto. El Caos no es malvado en sí. No hace más que soltar y alentar nuestra propensión a la maldad y a la perversión. Por eso es tan pernicioso. Saca a la luz nuestras debilidades. La fuerza de voluntad, la determinación, la lealtad… son las cualidades que combaten la influencia del Caos. Si una persona es capaz de permanecer fiel al Trono, el Caos no lo puede tocar. El odio y el rechazo hacia el Caos se convierten en un arma contra ello.

—La armadura del desprecio. Conozco los escritos del inquisidor Ravenor. La idea no fue suya originalmente. —Welt se apartó del pasamanos de cuerda—. Puede que tengas razón. Es una idea noble. Es posible que salvemos a la humanidad con la fuerza de carácter más que por una tintura extraída del veneno de polilla. A la historia le gustaría mucho más lo primero.

Se volvió para mirar de nuevo a Gaunt.

—Pero me perdonarás si también pruebo con el veneno de polilla.

3

—Era un sótano —le informó Caffran a Rawne—. Debajo de los habitáculos que hay en esa dirección. En la calle dieciocho, creo.

Leclan asintió mientras tomaba un sorbo de la cantimplora.

—La calle dieciocho —confirmó.

—Yo entré el primero, con Leclan detrás de mí —siguió explicando Caffran—. Estaba completamente a oscuras. Olí algo.

—Yo dije que allí había algo —añadió Leclan.

—Él dijo que allí había algo. Yo lo olí. Estaba bastante seguro de que habíamos descubierto otro escondrijo de excubitores. Yo quería tirar una carga de demolición y buscar los cuerpos después.

—Eso querías hacer. Sí, eso —confirmó Leclan.

—Pero ya sabe, las órdenes —dijo Caffran. Se rascó la barbilla y entrecerró los ojos al mirar hacia el sol.

—Sigue —le ordenó Rawne.

—Casi le pegué un tiro —admitió Caffran—. Tenía la linterna encendida y estaba efectuando un barrido cuando vi el movimiento. No hice más que reaccionar. Casi le metí un rayo láser en la cabeza.

—Pero no lo hiciste —apuntó Rawne.

—Casi lo hice. Su cara… Tenía mucho miedo.

Caffran señaló con un gesto del mentón un puesto de primeros auxilios que se encontraba al otro lado de la calle en ruinas. Dorden y sus enfermeros trataban, bajo la celosa vigilancia de los soldados de la Inquisición, al último grupo de civiles enflaquecidos que los registros habían sacado de los rincones ocultos de Cantible. La cuenta total hasta ese momento, según Hark, ascendía a quinientos cincuenta y ocho supervivientes, todos ellos en una terrible condición física. Dorden estaba ocupándose de un chico, un niño de unos diez años estándar. Estaba tan consumido que parecía tener sólo cinco. El chico estaba aturdido, en estado de conmoción. Era fácil de ver, incluso desde el otro lado de la calle.

—No sé cuánto tiempo llevaba allí abajo —comentó Caffran—, pero lo cierto es que sentía terror a salir.

—Está ocurriendo en muchos lados —le dijo Baskevyl—. Los supervivientes han

vivido aterrorizados durante demasiado tiempo. La mayoría de ellos han quedado reducidos a un estado casi animal. No somos más que individuos con armas, Rawne. Están demasiados afectados como para darse cuenta de que hemos venido a salvarlos.

—Tenemos que acabar con los registros. Tenemos que despejar toda la ciudad —le contestó Rawne.

—Lo sé —admitió Baskevyl.

—No hay otro modo.

—Lo sé —repitió Baskevyl—, pero nadie quiere ser el primero en pegarle un tiro por error a uno de estos pobres desgraciados.

—Tampoco es que esa gente esté ayudando mucho —les dijo Zweil. Todos se volvieron. El viejo ayatani estaba sentado cerca de ellos, con los pies un poco en alto. Señaló a los agentes de la Inquisición del puesto—. Les prometemos que estarán a salvo, los sacamos de su escondite, y entonces llegan ésos y se ponen al mando.

Algunos de los soldados de la Inquisición llevaban a un grupo de personas liberadas por la calle en dirección a los recintos que habían montado en la plaza principal del pueblo. Cantible se estaba convirtiendo, bajo la dirección del interrogador Sydona, el agente al mando de las fuerzas inquisitoriales que habían llegado el día anterior, en un campo de procesamiento para los desposeídos. Sydona le había dejado bien claro a Rawne que esperaba que los Fantasmas actuasen como cuerpo de seguridad del campamento, así que varias secciones habían acabado destinadas a levantar las empalizadas de madera de los recintos. Sydona también les había hecho saber que a Cantible llegarían más supervivientes de los distritos exteriores en las siguientes semanas.

A Rawne no le gustó mucho aquello, y sabía que a los demás les pasaba lo mismo. Estaban registrando un pueblo completamente destrozado, y veían pequeñas escenas de horror allá donde miraran. Las pocas personas que encontraban eran llevadas para ser interrogadas y encerradas. Rawne comprendía que debía ser así. Nadie que hubiera sobrevivido en Gereon a la ocupación era de fiar. Debían ser procesados y examinados en busca de mancillamiento o corrupción. Era bastante probable que muchos de ellos acabaran ejecutados. Como era de esperar, la Inquisición no estaba dispuesta a correr ningún riesgo con la corrupción del Caos. Sin embargo, todo aquello hacía que los Fantasmas se sintieran más como guardias de un campo de concentración para ciudadanos imperiales. Hacía que Rawne se preguntara para qué se había iniciado una liberación si aquello era lo único que le podían ofrecer a la gente de Gereon.

—Hablaré con Sydona —dijo finalmente Rawne—. Pero creo que esto va a seguir así. Esto es la política imperial más común, y aun en el supuesto de que repentinamente nos encontráramos en un mundo donde la Inquisición escuchara la opinión de la Guardia Imperial, de todas maneras no estoy seguro de que no tuvieran la razón. El archienemigo ha ocupado este planeta durante demasiado tiempo. ¿Qué fue lo que dijo Gaunt? Quizá no queda nada que salvar.

—No creo que esa actitud eleve mucho la moral —opinó Baskevyl.

—¡Que se joda la moral! —le replicó Rawne—. He dado casi todo cuanto tengo para ayudar a Gereon. A lo largo de este último año más o menos no he dejado de soñar con volver aquí y traer conmigo la ayuda que nos suplicaron. Ahora desearía no haber venido nunca.

—¿Porque no salen en tromba de sus casas para vitorearnos y coronarnos con guirnaldas por liberarlos? —le preguntó Zweil.

El rostro de Rawne se ensombreció.

—Porque esto no es más que una vigilia al lado de un lecho de muerte.

Luego se marchó en busca del interrogador. Un par de minutos después se oyó el estampido de una pequeña explosión, una granada o una carga de tubo, procedente de una calle cercana. Baskevyl se dirigió hacia allí para enterarse de qué había ocurrido.

Caffran se quedó donde estaba, mirando hacia el otro lado de la calle, al chico contra el que había estado a punto de disparar.

—Tiene más o menos la misma edad que Dalin tenía —dijo de repente.

—¿Qué? —le preguntó Zweil.

—Ese chico. Tiene más o menos la misma edad que Dalin cuando Tona los encontró a él y a Yoncy en las ruinas de la colmena. Y yo los encontré a los tres pocos días después. Estaban atemorizados. Escondidos. Como él. Podría haberles disparado por equivocación. Casi lo hice con ese chico.

Zweil había estado atándose las botas, demasiado grandes para él. Se puso en pie apoyándose en Leclan para ayudarse.

—¿Tenéis que hacer más registros? —quiso saber.

—Calles veintiséis y veintisiete —contestó Leclan—. Otros diez minutos, en cuanto la sección haya descansado.

—Voy con vosotros —les comunicó Zweil.

—A mí me parece que no —le replicó Caffran.

—Bueno, pues voy a ir. Si para ellos no sois más que soldados con armas, quizá un sacerdote os servirá de ayuda. Me gusta pensar que podría disipar sus miedos. Quizá los haría salir de sus escondrijos de un modo menos traumático.

—Padre, todavía hay enemigos escondidos en el pueblo —le advirtió Leclan.

—¿Y?

—Que entonces estará en la línea de fuego —le aclaró Caffran.

—Ya iba siendo hora —contestó Zweil—. ¿Sabes cuántos años tengo, Dermon Caffran?

—No, padre.

—Pues yo tampoco, pero ya va siendo hora de que haga algo más que catalogar plantas.

Caffran y Leclan se miraron con los ojos abiertos de par en par.

—Por eso vine —insistió Zweil—. Para hacer el verdadero bien. Ha pasado mucho

tiempo desde la última vez que hice el bien de verdad.

—Lo que usted quiera, padre —cedió Caffran—. La verdad es que podría venirnos bien, pero si lo matan no me eche la culpa a mí.

—Ni se me ocurriría —contestó Zweil con una sonrisa—. Si me matan, elevaré el asunto a instancias superiores.

• • • • •

—Usted limítese a cumplir las órdenes, mayor —le dijo el interrogador Sydona.

Era un individuo de estatura elevada vestido con ropajes negros y rojos, incluida una túnica de aspecto regio. Tenía una cara delgada y unos labios más delgados todavía.

—Supuse que diría eso —replicó Rawne—. Pero tenía que preguntárselo para quedarme tranquilo.

Sydona se encogió de hombros.

—Siento compasión, mayor. A veces, nuestro sagrado deber es doloroso y desagradable, pero debe cumplirse. Aquellos que encontremos puros todavía, benditas sean sus almas, nos lo agradecerán algún día.

—Estoy seguro —admitió Rawne, que no estaba seguro en absoluto.

—Si no le importa que se lo diga —añadió Sydona mientras firmaba una placa de datos que le había pasado un ayudante—, creo que su preocupación es algo cándida. En el buen sentido de la palabra. He tenido muchos tratos con la Guardia Imperial, y lo que me suelo encontrar es que los guardias imperiales sean unos individuos brutos y despiadados. Su comportamiento lo honra.

—He tenido buenas compañías a lo largo de los años.

—¿Se refiere a Gaunt? Estoy deseando conocerlo. He oído hablar mucho de él a mi inquisidor. Según tengo entendido, es un individuo poco común. Honorable y de grandes principios. Un inadaptado total, por supuesto. Se dice que cuando el señor de la guerra Macaroth cena con los oficiales superiores del Alto Mando, siempre pide que le cuenten las últimas anécdotas sobre Gaunt y lo que ha hecho. Le entretienen mucho. Gaunt es una mirada atrás a otra época.

—¿Qué otra época sería ésa, señor? —inquirió Rawne.

Sydona se echó a reír.

—No tengo ni idea. Una mejor, quizá. Una que el progreso ha dejado atrás. Gaunt es un anticuado. Noble, sí, pero anticuado. Puede que disfrutemos del lujo de admirarlo, pero los de su especie se extinguen. No hay lugar para el sentimiento en el Imperio, mayor. Tampoco hay sitio para su clase de nobleza. Mayor, si quiere ascender en el escalafón, será mejor que piense en la posibilidad de pedir un traslado a una unidad con un comandante más racional. El irritante sentido del honor de Gaunt

hará que lo maten.

—Soy un guardia imperial, señor. La guerra me matará. Es un hecho constatado —fue la respuesta de Rawne.

—Pero Gaunt hará que lo maten sin sentido alguno, por cualquier estúpida cuestión de moralidad.

—Pasé mucho tiempo queriéndolo matar yo mismo. Morir a su lado a causa de cualquier estúpida cuestión de moralidad me parece una clase de muerte que me encantaría elegir. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo—. Habla de mi comandante como si esperara saber algo de él pronto.

—Se ha establecido contacto con su sección —le informó Sydona sin darle mayor importancia.

—Nadie me lo comunicó. Llevo intentándolo desde hace horas.

—Las condiciones atmosféricas han dificultado las comunicaciones —le contestó el interrogador—. Pero sé con certeza que mi inquisidor ha entrado en contacto con él en el Impro.

—¿Quién es su inquisidor?

—Welt.

—Ah. Él —se limitó a decir Rawne.

4

La calle Veintiséis era una avenida comercial que comenzaba en el extremo norte de la plaza principal de Cantible e iba hacia el oeste rodeando la base de la colina central del pueblo. El pavimento era de adoquines, aunque faltaban bastantes de ellos. Una de las alcantarillas principales se había roto debido a la explosión de un depósito y las cloacas se habían convertido en apestosos canales de desechos.

Los habitáculos que se alzaban a ambos lados estaban vacíos y grises. Los equipos de lanzallamas ya habían pasado por allí y habían borrado con fuego lo peor de las pintadas impías que el enemigo había dejado en las paredes. La mayor parte de las ventanas estaban rotas o habían estallado tiempo atrás. Varios edificios se habían derrumbado bajo el bombardeo de los blindados del Dev Hetra sufrido a lo largo de los dos días anteriores. En una de las esquinas de la calle se había levantado una pira donde se estaban quemando los cuerpos de los enemigos muertos en esa zona. Ardía con lentitud, como si la inmolación fuese alguna clase de tortura lenta o como si lo que se intentara fuera conseguir sacar carbón de los cuerpos. La sección de Caffran se tapó la nariz con las capas cuando pasó por allí.

Se cruzaron con la escuadra de Domor, que se dirigía a uno de los habitáculos, y se desearon suerte mutuamente. Después, unos cuantos edificios más adelante, se encontraron con Kolea y Varl en una unidad de diez soldados.

Kolea saludó a Caffran con un gesto de la cabeza.

—Vamos a encargarnos de los edificios al final de la calle —le comunicó Caffran.

—Tened cuidado —les avisó Varl—. Ya hemos sacado a tres excubitores de varios sótanos esta mañana.

—Uno de ellos llevaba unas cuantas bombas enganchadas al cuerpo —comentó Kolea.

—¿Qué hicisteis? —le preguntó Caffran.

—Pegarle un tiro antes de que pudiera hacerlas estallar. ¿Por qué? ¿Qué hubieras hecho tú?

Caffran sonrió.

—¿Para qué viene el sacerdote? —quiso saber Varl.

—De decoración —replicó Zweil.

—No hay sitio para un… —empezó a decir Kolea.

—Ya le he advertido —lo interrumpió Caffran.

—Muy bien. Buena suerte entonces —se limitó a decir Kolea.

—El Emperador protege —afirmó Zweil.

Caffran hizo avanzar a la sección. Disponía de ocho soldados, aparte del sacerdote. Osket, Wheln, Harjeon, Leyr, Neskon, Raess, Leclan y Vadim. Se desplegaron por los escombros cubiertos de hierbajos. Caffran tuvo que pararse una y otra vez para ayudar al anciano sacerdote. Había empezado a arrepentirse de haber permitido que fuera con ellos.

Entraron en el portal de un habitáculo abandonado. Alguien lo había utilizado como letrina. Las puertas estaban rotas y todas las baldosas del suelo del patio habían acabado arrancadas, como si alguien se las hubiera llevado para su colección. Habían escrito las palabras «POR FAVOR» con cal en una de las paredes. A Caffran, por algún motivo, aquello le pareció especialmente escalofriante.

—Déjame ir por delante —le sugirió Zweil.

Leclan y Leyr miraron a Caffran, quien se detuvo un momento y después asintió. Zweil caminó cojeando por delante de ellos por el pasillo. El edificio disponía de claraboyas, pero los cierres estaban rotos y colgaban flácidos al viento, por lo que la luz en el pasillo iba y venía como si lo cubriera una capa de nubes no muy espesa. Las manchas de luz blanca y grisácea se movían inquietas unas alrededor de las otras sobre las paredes costrosas y el suelo destrozado. A mitad del pasillo había una clavícula humana.

—¡No la toque! —le ordenó Caffran a Zweil con un susurro al ver que éste se agachaba.

—Pobre alma —murmuró Zweil mientras retrocedía.

—Y un cuerno —musitó Leyr.

Algo resonó en algún punto lejano del habitáculo vacío. Una puerta abierta movida por el viento, supuso Caffran. Resonó de nuevo, y todos se sobresaltaron otra vez.

—¿Hola? —gritó Zweil.

—¡No hable, por Feth! —explotó Wheln—. ¡Van a saber que estamos aquí!

—Quiero que sepan que vamos —le respondió Zweil dándose unos golpecitos en la nariz—. Confía en mí.

No había prácticamente nada en el aspecto desharrapado del sacerdote que indujera a la confianza.

—Por favor, padre, tenga cuidado —le susurró Caffran.

La expresión pintada en la pared que había dejado atrás le vino de nuevo a la mente y le hizo sentirse incómodo.

Osket y Neskon abrieron unas cuantas puertas y encontraron los apartamentos del habitáculo en un estado repugnante. El hedor era vomitivo. El suelo estaba sembrado de despojos que quizá fueron restos humanos un tiempo atrás. En una de las estancias alguien había reunido con paciencia los huesos de un grox de gran

tamaño y los había vuelto a montar con paciencia uniéndolos mediante alambres.

—¿Por qué? —se preguntó Leclan.

—Si supiera por qué, yo también estaría loco —le respondió Caffran.

—¡Hola! —gritó Zweil de nuevo—. Soy un ayatani de la Sagrada Fe. He venido a ayudar. Salid. Todo irá bien.

—Seguro —murmuró Neskon.

Raess alzó de repente el rifle largo y apuntó hacia una zona.

—¿Qué? —exigió saber Caffran.

—Vi algo. Al extremo del pasillo. —Raess no dejó de apuntar—. Algo se ha movido.

Avanzaron con lentitud.

—Soy un ayatani de la Sagrada Fe… —empezó a repetir Zweil.

Algo se movió. Caffran también lo vio. Algo se arrastraba por el suelo a unos veinte metros de ellos.

—¡Feth! —soltó Raess.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Caffran con rapidez—. ¿Qué creéis que…?

A lo lejos oyeron el zumbido de un rifle láser al disparar. Todos se pusieron tensos.

—¿Qué…? —comenzó a decir Zweil.

—¡Sshhh! —lo cortó Caffran.

El comunicador chasqueó. Todos oyeron una voz en los microrreceptores.

—… amor del Trono. Feth…, se me echó encima… Por el divino amor del Trono…

La comunicación se interrumpió.

—Era Varl —musitó Vadim—. Mierda, era Varl.

—Sección ocho, aquí sección cinco —dijo Caffran—. Contestad. ¿Kolea? ¿Varl?

Se produjo una larga pausa.

Caffran esperó un poco y lo intentó de nuevo.

—Sección ocho, aquí…

—Caff, soy Kolea —restalló de repente el comunicador—. ¿El sacerdote sigue con vosotros?

—Afirmativo.

—Feth, Caff. Tráelo, ¿vale?

5

La sección de Caffran salió del habitáculo y se apresuró a volver hacia el lugar que la escuadra de Kolea estaba registrando. Zweil, viejo y cansado, caminaba con tanta lentitud que al final Neskon se detuvo desesperado y junto a Leclan hizo una silla con los brazos para llevarlo entre los dos.

Kolea y varios de los suyos los estaban esperando en el patio del bloque de habitáculos.

—Por ahí —les dijo Kolea con brusquedad.

El resto de la sección se encontraba treinta metros en el interior de la desolada ruina, agrupados alrededor de algo que había en el suelo. Varl estaba cerca, sentado a solas, claramente furioso o alterado.

—Apareció de repente —gemía Varl—. De las sombras. Feth. ¡Feth! ¡Estúpido cabrón!

Caffran se abrió paso entre el grupo de soldados de Kolea. En el suelo yacía un hombre que sangraba en abundancia por una tremenda herida de láser en el vientre. Sin duda, en el pasado había sido una persona sana, un agricultor o un herrero, alguien que había trabajado en un oficio que le había ensanchado los hombros. Iba vestido con unos harapos y no pesaba más de la mitad de su peso normal.

Seguía vivo.

—Cruz negra —dijo simplemente Kolea—. Sorprendió a Varl. Mala suerte.

—¡El estúpido me salió de la nada! —les gritó Varl a sus espaldas.

—No pasa nada —le dijo Kolea—. No es culpa tuya.

—¡Sólo que yo le pegué el tiro!

—No es culpa tuya, Ceg —murmuró Kolea—. Es mala suerte.

Leclan ya se había puesto de rodillas al lado del hombre y le estaba vendando las heridas, tanto la de entrada como la de salida. Lo hizo con rapidez, con la habilidad fruto de la práctica de un enfermero, en un esfuerzo por impedir que la sangre del hombre se escapara a chorros. Tiró a un lado tres o cuatro puñados de compresas de campaña a medida que se empapaban de sangre. Los apósitos empapados cayeron con un chapoteo en el charco de sangre que se había formado en el suelo y salpicaron la pared de rojo.

Leclan, con las manos cubiertas de sangre, miró a Caffran e hizo un gesto negativo

con la cabeza.

—¿Padre? —llamó Caffran en voz alta.

Zweil se acercó y tocó en un hombro a Leclan para indicarle que se apartara. Se arrodilló en el charco de sangre que rodeaba al civil que Varl había matado por accidente y le acunó la cabeza con los brazos.

—Soy un ayatani de la Sagrada Fe —le dijo en voz baja—. Quédate tranquilo, amigo mío, ya que el Dios Emperador de la Humanidad se apresura a venir para ofrecerte el regalo de la paz que tanto ansías. ¿Hay algo que quieras confesar en esta última hora?

Al hombre se le escapó un gorgoteo y entre los labios aparecieron unas burbujas sanguinolentas.

—Escucho y comprendo los pecados que me has confesado —siguió diciendo Zweil—. Te absuelvo de ellos, lo mismo que de aquellos otros pecados que no hayas podido contarme. Es mi poder hacerlo, ya que soy un ayatani de la Sagrada Fe. El viento se ha llevado tus pecados, y la Santa te ha bendecido. Aunque ahora haya dolor, pronto cesará, ya que todo dolor acaba, y ascenderás sin sufrimiento desde el mundo mortal hasta el lugar que el Dios Emperador de la Humanidad ha preparado para ti delante del Trono Dorado de Terra. Te hago entrega de estos últimos ritos en libertad y de buena fe. Descansa en paz, alma imperial, y…

Zweil se calló. Con mucha lentitud, dejó la cabeza del hombre en el suelo de baldosas.

—Ha muerto —dijo simplemente.

6

Las fuerzas de Welt despejaron el campamento de los partisanos. Guiadas por unas balizas señalizadoras, las naves de desembarco aterrizaron en el claro que los soldados de la Inquisición habían abierto en la espesura. De ellas salieron más tropas, además de interrogadores y otros agentes de la Santa Inquisición.

Mkoll lo observó todo desde la rama de árbol donde se había subido al otro lado del campamento. Se estaban reinstaurando el orden y la autoridad del Imperio. Comprendía que el proceso de reinstauración sería desagradable e incómodo, pero se trataba de un triunfo curioso. Le daba la sensación de que se había incumplido alguna clase de pacto de honor. Oyó a Landerson gritar y protestar.

Apartó la mirada.

Una polilla blanca revoloteó a su alrededor hasta que se le posó en el dorso de la mano. Se quedó allí un momento, abriendo y cerrando las plumosas alas.

—Gereon resiste —le susurró Mkoll.

La polilla salió volando en cuanto notó el contacto de su aliento.

Mkoll esperó unos pocos minutos, retrasando lo posible el regreso al campamento. Sus sentidos eran muy agudos. Los más agudos. Tan sólo Bonin y Caober se acercaban a su habilidad en el sigilo. Sólo un hombre la había superado.

Y ese hombre estaba muerto.

Mkoll miró a su alrededor. Algo se había movido, un ligerísimo sonido a su derecha. Sin hacer un solo ruido, se dio la vuelta lentamente sobre la rama.

La espesura del Impro que tenía a la espalda estaba inmóvil. El único movimiento que percibía era el aleteo de las polillas. Captó un olor, un olor levísimo. A pesar de ello, lo reconoció.

—Estás ahí, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—No espero que me contestes, pero estás ahí. Estás ahí, ¿verdad?

Siguió sin haber respuesta. El olor había desaparecido. Quizá se lo había imaginado.

Mkoll se bajó del árbol de un salto y vadeó de regreso al campamento.

• • • • •

—¿Cirk? —la saludó Gaunt.

—Ibram.

Se sentó a su lado en el borde de la plataforma. Cirk había escogido la parte más alejada del campamento para sentarse, a solas, en el límite de la oscuridad del pantano.

—¿Estás bien? —le preguntó Gaunt.

Ella asintió. El comisario se dio cuenta de que había llorado.

—No estás bien —dijo a continuación.

—Nunca quise que esto pasara.

—¿Esto?

—Todo esto. Hice un trato con Balshin y con Welt.

—¿Cuándo?

Cirk se encogió de hombros.

—Cuando nos fuimos. En Ancreon Sextus, después del tribunal. Lo hice por vosotros.

—No me vengas con ésas.

Cirk se lo quedó mirando.

—Serás cabrón… Lo hice. De verdad que lo hice. Tú y los demás habíais hecho tanto por nosotros… y os enfrentabais a la ejecución. Me ofrecí y les vendí lo poco que tenía.

—¿Qué es exactamente lo que les vendiste, Cirk?

—El mito de nuestra supervivencia —contestó ella con una sonrisa triste—. Les dije que tenían que liberar Gereon porque encontrarían un modo de protegerse del Caos. La idea les pareció extraordinariamente interesante. El enigma de cómo habíais conseguido salir de Gereon sin corrupción alguna del Caos los irritaba. Y ahora, aquí estamos.

—Aquí estamos todos —asintió Gaunt—. Pero éste no es el modo en que pensabas que ocurriría, ¿no es así?

—Trono, no lo es en absoluto.

Cirk subió las piernas desde el borde de la plataforma y se abrazó las rodillas.

—Gereon va a seguir sufriendo. Sufrimos bajo el archienemigo y ahora sufriremos bajo el Imperio cuando desmonten el planeta pieza por pieza buscando algo que no existe.

—Por lo que veo, tú tampoco crees que exista.

Cirk empezó a reírse con tanta fuerza que Gaunt tuvo que sostenerla para que no se cayera por el borde de la plataforma.

—Lo siento. Perdón… —se disculpó por fin después de lanzar un suspiro—. Sí lo creo. Me refiero a que salimos indemnes, pero no creo que esté ahí fuera… —Se llevó

un dedo a la sien—. Creo que está aquí dentro. No es algo que se pueda analizar y luego fabricar para meterlo en un bote. La idea en sí es ridícula, pero Welt y Balshin se lo creyeron a pie juntillas. Esos cabrones. Qué mentes tan simples. —Se quedó mirando la puntera de las botas—. Es un follón increíble, ¿verdad, Ibram?

—No es exactamente cómo me lo había imaginado. Creí que me sentiría orgulloso. No me siento orgulloso de esto. El Alto Mando no comenzó esta operación pensando en la gente de este planeta. Sólo se interesaron por Gereon porque creyeron que aquí había algo valioso.

—Quería tanto que rescataran mi planeta que les hubiera contado cualquier cosa. Jamás pensé en las consecuencias que tendría.

—Yo tampoco —admitió Gaunt—. Ten cuidado con lo que deseas… Ésa es la lección, ¿no?

Cirk asintió.

—Es irónico, ¿no te parece? Querer salvar tu mundo tanto para que luego acabes matándolo.

• • • • •

Brostin sacó un paquete arrugado de lho y le puso uno en la boca a Larkin. Él se puso otro en los labios. Encendió los dos con la llama piloto del lanzallamas.

Larkin se recostó de nuevo en el camastro. Era el único paciente de la pequeña e improvisada enfermería del campamento.

—No es tan malo —adujo Brostin—. Podrías estar muerto. El coronel te hizo un favor.

—Me cortó el maldito pie.

—Bueno, es lo que hay.

Curth apareció tras echar a un lado la cortina que hacía de puerta. Llevaba algo envuelto en trapos.

—Esto es malo para la salud —le dijo antes de quitarle el pitillo de la boca a Larkin y ponérselo en la suya—. Trono, cuánto tiempo hacía… —exclamó tras exhalar una bocanada de humo.

—Creí que habías dicho que es malo para la salud —se burló Larkin.

—Lo es.

—Igual que las espadas de energía, como he descubierto a mi pesar —bufó Larkin.

—No es tan malo como acabar aplastado por un tanque, así que cierra el pico —le soltó Brostin.

—Tengo algo para ti —le dijo Curth mientras colocaba el montón de trapos sobre el camastro.

—¿Qué es? —quiso saber Larkin.

—Es una buena medicina. Te hará sentir mejor.

Dentro del montón de trapos, desmontado en todas sus piezas, estaba el viejo rifle largo láser de Larkin. Se trataba del arma con culata de madera de nal que el francotirador se había llevado consigo desde Tanith y que finalmente había abandonado en Gereon por falta de munición.

—Por el Sagrado Trono… —susurró Larkin—. Lo guardaste.

—Sabía que necesitarías una buena razón para volver aquí.

Se quedó mirando cómo Larkin comenzaba a montar el arma.

—Bros, tráeme algo de aceite lubricante.

Brostin asintió y se puso en pie. Se cruzó con Gaunt cuando éste entraba en la enfermería.

—¿Ana?

Ella se apartó de Larkin, que estaba concentrado en el montaje de su preciosa arma, y caminó con Gaunt hasta un rincón apartado de la enfermería.

—¿Cómo está?

—Creo que le he hecho dejar de pensar en la herida.

—Bien. Ojalá hubiera habido otro modo.

Curth empezó a limpiar algunas piezas del instrumental médico.

—Ana, si hubiera sabido que la Inquisición…

—¿Ibas a disculparte? —lo interrumpió Curth mirándolo a los ojos—. No hace falta. Lo estaba esperando.

—¿Lo estabas esperando?

—Si vives y trabajas con la resistencia, acabas soñando con el día en que llegará la liberación. Es una fantasía tranquilizadora. Yo decidí imaginarme cómo sería en realidad. Gereon nunca volvería a ser el mismo mundo. Continuaría sufriendo. Así es la vida. Ibram, el Imperio es tajante, y el Caos es algo demasiado peligroso como para arriesgarse.

—La Inquisición cree que hay… un secreto aquí, en el Impro. Por eso avanzamos con tanta rapidez hacia el planeta.

—¿Y qué secreto es ése?

—Cuando los demás y yo salimos del planeta, nadie se podía explicar cómo era posible que no estuviéramos mancillados por el Caos. Creen que hay algo aquí que nos protegió de ello.

—¿Algo en el Impro? —preguntó Curth—. ¿Por eso todo ese montaje? ¿Nos habrían dejado pudriéndonos si no hubiese algo que les interesara?

—Me temo que eso es exactamente lo que ha pasado. Creo que se van a pasar años, décadas quizá, explorando Gereon, despiezándolo, en un intento por encontrar ese secreto.

—Les habría podido ahorrar el esfuerzo si hubieran hablado conmigo —contestó Curth—. Soy una doctora con formación, y he trabajado en estas condiciones durante mucho tiempo. Existen diversos componentes tóxicos derivados de sustancias

naturales del hábitat del pantano que poseen unas características destacables que beneficiarían al Imperio. Hay anticoagulantes, antisépticos y diversos extractos que son especialmente eficaces contra las infecciones por corrupción o de origen alienígena, pero es todo. No hay ningún secreto. No existe una protección milagrosa frente a la corrupción del Caos. Se lucha contra la influencia del Caos resistiéndola. Tú resististe. Yo resistí. Y Gereon resiste.

Dejó de limpiar el instrumental y se volvió hacia Gaunt. Estaba tan delgada y tan enferma que a Gaunt le dolió mirarla.

—Ana, hiciste algo muy noble al quedarte aquí para ayudar a esta gente. No pienso dejarte atrás otra vez.

—Bien, porque me parece que ya he tenido bastante. Me parece que estoy agotada. He rezado pidiendo que volvieras, Ibram. Sé que lo prometiste, pero también sé que no había garantías al respecto. Era algo que me mantenía en marcha. Pero no creas que he soñado con finales felices o románticos. Tan sólo con que esto se acabara. Quería un final para esto. Este lugar casi me mata. —Dejó escapar un suspiro—. ¿Ha venido Dorden? ¿Sigue vivo? Me gustaría verlo. Sería bonito verlo.

—Está en Cantible.

Curth asintió.

—Al final, resulta que tengo un límite —le dijo a Gaunt—. He dedicado mi vida a ayudar como médico a las personas. Me marché de Colmena Vervun para unirme a la Guardia Imperial, y dejé la Guardia para servir a la gente de aquí. Dicen que las buenas obras y el esfuerzo generoso son recompensas en sí mismos. Pero esto ha sido un horror sin fin. Me ha llevado más allá de un límite de generosidad que no sabía que tenía. No me siento recompensada por lo que he hecho. No me siento una mejor servidora del Dios Emperador por ello. Odio esto, Ibram.

—Se ha acabado —le aseguró Gaunt.

7

Beltayn le informó que los transportes que había solicitado ya se encontraban en camino. Una escuadrilla de Valkyries llegaría a los pocos minutos. Gaunt asintió y después se acercó hasta Criid y Mkoll.

—¿La sección está preparada?

—Estamos preparados para partir —le confirmó Criid, que tenía la cara vendada —. Me alegraré de irme.

—Asegúrate de que Curth sube a bordo de un transporte —le dijo Gaunt a Mkoll. Luego caminó entre los Fantasmas que estaban esperando, y se acercó a Eszrah—. ¿Te vienes con nosotros?

El noctugane asintió.

—Soy repugnam —contestó al cabo de unos momentos. Se estaba esforzando por pronunciar las palabras en gótico bajo—. Y este mundo se acaba.

—Geryun persistiram, semper —le respondió Gaunt.

Eszrah negó con la cabeza y se alejó por el pasillo de la plataforma para salir del campamento.

—¡Diez minutos! —le dijo Gaunt a gritos—. ¡Si vienes con nosotros, tienes diez minutos!

Eszrah se volvió para mirarlo y asintió. Luego continuó en dirección al sendero del pantano.

• • • • •

—Con su permiso, mi sección y yo regresamos a Cantible.

Welt estaba en una de las grandes habitiendas que los soldados de la Inquisición habían montado. Se encontraba leyendo unas placas de datos. Los mensajeros, los analistas y los soldados de la Inquisición entraban y salían sin cesar. El lugar estaba bien iluminado y los artefactos repelentes de insectos zumbaban y chasqueaban colgados de los postes del techo.

—Que el Emperador te proteja —le contestó el inquisidor—. Gracias por tu

ayuda.

Gaunt se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que nuestra tarea aquí nos llevará cierto tiempo —le comentó Welt, algo distraído todavía por los documentos—. Es una gran labor, pero creo que merecerá la pena. Los primeros resultados parecen confirmar lo que sospechábamos.

—¿Y qué es?

—Que los miembros de la resistencia, sobre todo los noctámbulos, son la clave. Su conocimiento de la biología del Impro es una herramienta vital. Por eso necesitábamos que te pusieras en contacto con ellos. Siento que te hayas sentido utilizado, Gaunt, pero teníamos que hacerlos salir, y eso significaba utilizar a alguien en quien ellos confiaran. No quiero ni imaginarme el tiempo que habríamos tardado sin tu ayuda en localizarlos en un lugar como éste.

—Para que lo sepan, están perdiendo el tiempo —le dijo Gaunt.

—Sé lo que sientes, Gaunt —le replicó Welt—. Si existe una posibilidad, por ínfima que sea, debo buscarla. Sería un crimen contra el Trono que no lo hiciera. ¿Es que no lo ves?

—Supongo.

—La liberación de Gereon iba a ser dolorosa de todos modos, Gaunt. Un lugar que ha sufrido tanto como éste no se limita a levantarse, sacudirse el polvo y seguir su vida normal. Llevará años. Siglos, quizá. Puede que Gereon nunca vuelva a ser lo que fue, pero debes ver el lado positivo. Al menos ha habido una liberación. El Alto Mando consideraba a Gereon un caso perdido por completo hasta que les presentamos una buena razón para venir hasta aquí. Y si encuentro lo que estoy buscando, el futuro de la humanidad será más seguro. No te preocupes por los motivos y las consecuencias, comisario coronel. Tienes la liberación que querías.

—Ya no estoy muy seguro de lo que quería.

Welt inspiró profundamente.

—Bueno, pues ya puedes irte.

Gaunt hizo el saludo del aquila y salió de la habitienda.

• • • • •

Lejos del campo iluminado y de la luz que dejaba pasar el claro que habían abierto los soldados de la Inquisición, el Impro seguía oscuro, verde, en calma. Los anfibios se llamaban entre sí y chapoteaban en el agua cubierta de algas. Las polillas revoloteaban por el aire cargado de humedad. Los insectos correteaban por las oscuras raíces de los árboles y por las retorcidas ramas.

Eszrah metió con cuidado los trozos de corteza en una de sus viejas calabazas huecas. Los recipientes de wode, veneno de polilla y otras sustancias estaban casi

llenos de nuevo. Sabía que sería la última ocasión que tendría de rellenarlos. Lo que recogiera en ese momento tendría que durarle para toda la vida.

Oyó un fuerte chapoteo y miró a su espalda. Sabbatine Cirk se dirigía hacia él con las piernas hundidas hasta la pantorrilla en el agua verdosa. Se puso en pie y la contempló mientras se acercaba.

Ella se detuvo delante de él y lo miró a la cara. Tenía los ojos cubiertos por las viejas gafas antibrillo de Varl. A Eszrah le costaba leer las expresiones faciales de la gente, pero le dio la impresión de que ella quería decirle algo y al parecer no podía. Después de unos momentos, ella alargó una mano y la metió en su morral de cuero. De allí sacó un virote de balista. Era un dardo corto de hierro, con la punta embadurnada de pasta de veneno.

Volvió a mirar a Eszrah a la cara y medio sonrió. Después dio media vuelta y se adentró en el pantano.

Eszrah la observó hasta que desapareció de la vista. Oyó el sonido de unos cohetes en el claro del campamento y se dio cuenta de que se estaba quedando sin tiempo. Se agachó de nuevo para recoger lo último que le quedaba por conseguir: una hierba en concreto, un caracol en particular, un escarabajo con un diamante rojo en la cubierta de las alas.

Estaba ocupado cerrando la última de las calabazas huecas cuando se dio cuenta de que lo estaban observando. No había oído ruido alguno, pero sentía unos ojos clavados en él. Alzó la vista.

El hombre estaba de pie entre dos árboles que Eszrah tenía delante. Se encontraba tan quieto, tan cubierto de verde y tan en silencio que parecía un árbol o una rama colgante. Era muy alto y delgado e iba pintado con el wode de los noctámbulos, pero no era ningún noctámbulo que Eszrah conociera. En una mano empuñaba un largo bastón de combate y sobre los hombros llevaba los restos sucios de una capa de camuflaje.

Estaba mirando directamente a Eszrah.

—Salus, amicus —le dijo Eszrah mientras se ponía en pie.

El hombre alzó con lentitud una mano y se llevó un dedo a los labios. Eszrah asintió. Luego el individuo miró algo por encima del hombro del noctámbulo, en dirección al campamento. Eszrah volvió la cabeza para ver qué era lo que estaba mirando.

Cuando se volvió de nuevo, el hombre ya se había desvanecido, como si nunca hubiera estado allí.

• • • • •

Los Fantasmas vadearon la charca chapoteando bajo la pálida luz del claro en

dirección a los Valkyries que les esperaban. El rugido agudo de las aeronaves estremecía todo el lugar. Brostin y Derin ayudaron a Larkin a llegar hasta una de las aeronaves. Gaunt vio que Criid acompañaba a Curth. Varios oficiales de la Inquisición equipados con bastones luminosos dirigían a los Valkyries y les indicaban el punto de despegue asignado. En los troncos de los árboles que rodeaban el claro habían atornillado balizas luminosas. A Gaunt le hubiera gustado hablar con Landerson antes de marcharse, pero habían encerrado a todo el grupo de partisanos antes de que fueran entrevistados. La Inquisición los había metido en una serie de chozas bajo una guardia estricta, y Gaunt no quería poner en peligro la posibilidad de salir de allí con Curth provocando un altercado.

—¿Eszrah? —gritó para hacerse oír por encima del rugido de los motores. Mkoll hizo un movimiento negativo con la cabeza—. Le dije que nos íbamos —dijo también a gritos.

—¡Allí! —gritó Mkoll a su vez.

Eszrah se había materializado en el lindero de los árboles y había echado a trotar hacia ellos.

—¡Vamos! ¡Casi nos tenemos que ir sin ti! —le dijo Gaunt.

Los tres se acercaron de forma apresurada al último Valkyrie, donde los Fantasmas que ya estaban a bordo los ayudaron a subir por la escotilla.

—¿Qué estabas haciendo por ahí fuera? —le preguntó Mkoll a gritos.

Eszrah subió con lentitud una mano y se llevó un dedo a los labios.

• • • • •

Oyó el eco resonante de los motores a reacción de los Valkyrie mientras despegaban del claro. El estruendo se fue apagando y la tranquilidad volvió a reinar en el Impro.

El campamento era una mancha de luz en la distancia, igual que un fuego fatuo de pantano entrevisto tras los árboles. Donde ella se encontraba, todo estaba tan negro que los árboles parecían de antracita y el propio aire, aceite. Unas pequeñas polillas blancas con un aspecto parecido al de las flores recién abiertas revoloteaban por el aire. Recordaba unas flores recién abiertas y blancas como aquéllas en los jardines de su familia, muchos años atrás.

Sabbatine Cirk sacó el virote de balista. Lo sostuvo en la mano durante unos momentos y después apretó la punta cargada de veneno contra la palma de la mano izquierda hasta que se hizo un corte.

Sin un chapoteo, sin un murmullo, y apenas una leve ondulación, se hundió bajo la superficie brillante del agua oscura.

8

Una fuerte lluvia caía sobre Cantible cuando llegaron. El cielo estaba cargado de grandes nubes grises de tormenta y tenía un aspecto sucio y mugriento. El aire húmedo estaba cargado del olor a trueno.

Los Valkyrie descendieron hacia el pueblo y aterrizaron en una plataforma situada al oeste de las murallas. La tempestad hacía que los destrozados edificios del pueblo parecieran más muertos y abandonados que antes. La plataforma y los campos cercanos se estaban convirtiendo en un cenagal.

Gaunt se bajó de un salto de la aeronave y cayó en un terreno cubierto de charcas azotadas por las gotas de lluvia. Había visto desde el aire los cambios que había sufrido Cantible desde que se había marchado. Se habían reparado las defensas y se habían montado las instalaciones provisionales de la Inquisición, con habitiendas y campamento incluidos, aparte de los vehículos. Mientras los demás Fantasmas desembarcaban se acercó a la carrera junto a Mkoll al borde de la plataforma, donde los esperaban Rawne, Baskevyl y Daur.

—Bienvenido —lo saludó Rawne.

—¿Algo de qué informar?

—Nada fuera de lo habitual, señor —le contestó Baskevyl.

—Además, ya no es asunto nuestro —lo avisó Rawne—. La Inquisición está al mando.

—Hablando del diablo —les advirtió Daur en voz baja.

El interrogador Sydona se dirigía hacia ellos acompañado de sus ayudantes.

—¿Éste es el que está al mando? —les preguntó Gaunt.

—Se llama Sydona —le informó Rawne.

—¿Siempre tiene esa pinta de cabreado?

—Ahora que lo menciona, no —admitió Rawne.

Sydona se detuvo delante de Gaunt. Ambos se hicieron el saludo del aquila.

—¿Gaunt?

—Comisario coronel Gaunt. Sí.

—Soy el interrogador Sydona. ¿Viene directamente desde el campamento del Impro?

—Sabe que sí.

Sydona se quedó callado un momento.

—Nos han llegado varios mensajes urgentes desde el campamento del Impro mientras ustedes estaban en el aire. Mi inquisidor, lord Welt, exige saber si usted o alguien de su sección sabe algo de los sucesos que han ocurrido hace poco.

—¿Qué sucesos? —le preguntó Gaunt.

Sydona parecía un poco incomodado.

—Según me han dicho —dijo al cabo—, durante la última hora, todos los partisanos detenidos en el campamento del Impro para ser interrogados se han marchado.

—¿Marchado?

—Sí. Han desaparecido todos, a pesar del hecho de que la zona estuviese asegurada y ellos bajo vigilancia. ¿Puede explicarnos algo al respecto?

Gaunt miró a Mkoll, quien frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—No creo que pueda —replicó Gaunt. Comenzó a alejarse con sus oficiales, pero dudó un momento y se volvió hacia el interrogador—. Dígale a su lord Welt que no pienso encontrárselos esta vez.

9

El siguiente habitáculo de la hilera era exactamente igual que los demás. Se encontraba a mitad de la calle Veintisiete y era un bloque de cuatro pisos construido con rococemento y piedra gris. La fuerte lluvia había hecho que el erosionado rococemento pareciera masilla. Entre los escombros abandonados delante del edificio había muebles rotos y objetos caseros. La lluvia hacía que del interior saliera un fuerte olor a humedad.

Las escaleras y los pasillos recorrían el edificio en toda su anchura. La lluvia se colaba a través de las claraboyas rotas del techo y tamborileaba contra los charcos que se habían formado en el patio embaldosado. Caffran vio caer las gotas como proyectiles trazadores, brillantes y plateadas en la penumbra.

—¿Hola? —gritó Zweil.

Empezaban a estar cansados y a tener frío.

—Linternas —ordenó Caffran—. Vosotros tres, registrad por allí. Vosotros, por allí. Manteneos en contacto.

La sección se dividió. Harjeon, Wheln y Osket subieron por las escaleras. Neskon, Raess y Leyr se dirigieron hacia la derecha. Caffran siguió por el pasillo con Leclan, Vadim y el viejo sacerdote.

—¿Hola? ¿Hola? Soy un ayatani de la Sagrada Fe. He venido a ayudaros. Salid. Todo irá bien.

La lluvia repiqueteaba sobre el invisible tejado. Los haces de luz de las linternas danzaban de un lado para otro sobre el suelo y las manchadas paredes. En la esquina de una de las habitaciones descubrieron un amontonamiento de mantas viejas y ropas desgarradas en los que daba la impresión de que alguien había estado durmiendo. En la siguiente estancia se encontraron con un hombre muerto sentado a una mesa. El cadáver llevaba meses sin que nadie lo tocara, y se había momificado.

Siguieron avanzando.

—¿Lo sientes? —le preguntó Vadim.

—¿El qué?

—Me da la sensación de que nos están observando.

—Caminad más lentamente —ordenó Caffran.

Leclan cruzó el pasillo y llegó hasta otra puerta. La luz de la lámpara iluminó más

suciedad y más restos.

—Con cuidado —advirtió Vadim con un susurro.

Zweil se adelantó y se aclaró la garganta.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Soy un ayatani de la Sagrada Fe. He venido a ayudaros.

Se quedaron esperando. Caffran levantó una mano para indicar que guardaran silencio. Todos oyeron el débil ruido de unos pasos que llegó desde el otro lado.

Caffran atravesó con rapidez el umbral y entró en la estancia. El suelo estaba cubierto de cristales rotos y trozos de papel. Debajo de una ventana rota estaba lo que quedaba de una cama o un sofá. Al otro lado de la habitación había una puerta entornada.

Vadim entró detrás de Caffran cubriendo todo el lugar con el rifle.

—¿Hueles eso? —susurró.

Caffran asintió. En el aire flotaba un leve olor a quemado.

Atravesó la estancia y encontró algo cerca de los restos de la cama. Era una pequeña fogata hecha con ramitas. Todavía estaba tibia a pesar de encontrarse apagada. Entre las ramitas había un arrugado paquete de raciones de la Guardia Imperial robado de algún lugar. Alguien había intentado calentarse una comida.

Caffran estaba a punto de llamar a Vadim cuando algo que había tomado por un montón de ropa tirado al lado de la cama se movió y salió corriendo hacia la otra puerta. Caffran lanzó un grito e intentó seguirlo con el haz de la linterna. Vadim alzó el rifle.

—¡No dispares! —le avisó Caffran.

Leclan y Zweil ya habían entrado en la habitación. Con Caffran en cabeza, se dirigieron hacia la segunda puerta. Llevaba a un almacén, una pequeña estancia de rococemento con estanterías a lo largo de una pared y una vieja alacena al lado de donde estaban ellos. No había más puertas, y las ventanas eran poco más que unas hendiduras situadas cerca del techo. Había un fuerte olor a desechos humanos. Caffran vio que en las estanterías no había nada excepto una colección de botones y de tapones de botella, todo situado en un deliberado orden ascendente de tamaño.

No se veía señal alguna de nadie. Caffran movió el haz de luz a su alrededor. Leclan se puso a su lado.

—¿Alacena? —susurró.

Caffran asintió. La puerta de la alacena estaba cerrada, pero era un lugar amplio, donde se podían colgar grandes trozos de carne. Empezaron a acercarse.

—¡Feth! —exclamó Caffran de repente.

Algo se había movido debajo de la estantería. Se dio la vuelta y apuntó con el rifle y la linterna hacia el suelo.

El niño era muy pequeño, con el cuerpo devastado por la desnutrición y la enfermedad. Iba vestido con unos harapos y tenía la piel marrón por la suciedad que la cubría. Los ojos parecían increíblemente grandes y salvajes. Se los tapó de

inmediato cuando el haz de luz lo iluminó.

—¡Feth! ¡No es más que un niño! —dijo Caffran mientras se inclinaba sobre él.

—¡Padre! —llamó Leclan a gritos.

Zweil y Vadim entraron en el almacén. El niño intentó meterse más y más entre las sombras de debajo de las estanterías mientras soltaba pequeños gemidos animales de miedo.

—No pasa nada, no pasa nada —lo tranquilizó Caffran mientras alargaba una mano hacia él.

—Todo irá bien —le dijo Zweil—. Puedes venir con nosotros, pequeño amigo. Te cuidaremos. ¿Hola? ¿Tienes hambre? ¿Quieres comida? —Zweil miró a los demás—. ¿Alguien tiene una ración de comida? ¿Galletas secas? ¿Un caramelo?

—Yo tengo —dijo Leclan.

Dejó apoyado el rifle contra una pierna mientras abría un bolsillo de la chaqueta y rebuscaba dentro.

La puerta de la alacena se abrió.

El excubitor que se había estado escondiendo dentro tenía una carabina láser. Cuando disparó, el ruido en un espacio tan reducido fue estruendoso. Zweil gritó por la sorpresa y el asombro. El disparo le dio de lleno en la cabeza a Leclan y le arrancó medio cráneo. Rodó un poco sobre sí mismo mientras caía y rompió algunas de las estanterías bajo su peso.

Caffran abrió fuego y acribilló al excubitor con una ráfaga de disparos a quemarropa. El impacto lanzó de espaldas al servidor del Anarca de vuelta al interior de la alacena.

Después de aquel feroz intercambio de disparos, el silencio fue sobrecogedor.

Vadim se asomó a la alacena, comprobó que no había nadie más, y le pegó otro tiro en la cabeza al excubitor para asegurarse.

—Oh, Feth… Feth, Feth, Feth —exclamó Caffran mientras se arrodillaba al lado del cuerpo de Leclan.

—¿Está…? —le preguntó Zweil.

—¡Vadim! ¡Que vengan los demás! ¡Ve y trae a los demás! —gritó Caffran.

Vadim asintió y salió a la carrera. Lo oyeron gritar pidiendo ayuda un momento después.

—No hay nada que hacer —confirmó Caffran. Se apartó de Leclan—. No tenía ninguna oportunidad de sobrevivir.

Se puso en pie y miró a Zweil.

—Qué desastre.

Zweil no le contestó.

—¿Padre?

Zweil le señaló con un gesto del mentón algo que Caffran tenía detrás. Éste se dio la vuelta.

El chico, un chaval de unos nueve o diez años, había salido de debajo de las

estanterías. Aunque era demasiado grande para él, empuñaba el rifle de Leclan y apuntaba a Caffran y al sacerdote con él.

—Retroceda, padre —dijo Caffran en voz baja. Miró al chaval y le sonrió con gesto amistoso—. Vamos, hombrecito, dame eso.

El chico disparó tres veces. El peso del arma y la fuerza del retroceso le hicieron trastabillar hacia atrás. Luego soltó el arma y echó a correr.

—¿Caffran? ¿Caffran? —gritó Zweil. Se puso en cuclillas y acunó al Fantasma en los brazos. Había sangre por todos lados. Salía de una enorme herida que Caffran tenía en el pecho—. ¡Un médico! ¡Un médico! —aulló Zweil.

Caffran jadeó.

—Aguanta, ¿me oyes? —le exigió Zweil mientras intentaba sostener a Caffran y contener la hemorragia al mismo tiempo—. Aguanta. Ya viene la ayuda.

Caffran parpadeó débilmente. Miró a Zweil por un momento e intentó hablar, pero no pudo. Con la mano izquierda manoteó el bolsillo de la camisa del uniforme. Intentaba desabotonarlo.

—¡Un médico! ¡Un médico! —volvió a aullar Zweil por encima del hombro—. ¡Que venga alguien!

Se volvió para mirar de nuevo a Caffran. Tragó saliva cuando vio la mirada perdida en sus ojos, la luz que se apagaba. Era sacerdote de un regimiento de combate, así que había visto esa mirada antes, en demasiadas ocasiones. La ensangrentada mano izquierda de Caffran siguió toqueteando el botón del bolsillo. Zweil alargó una mano y le abrió el bolsillo para sacar lo que había dentro. Era una insignia de gorra de Tanith. La boca de Caffran intentó pronunciar unas palabras.

—Soy un ayatani de la Sagrada Fe —le dijo en voz baja—. Quédate tranquilo, amigo mío, ya que el Dios Emperador de la Humanidad se apresura a venir para ofrecerte el regalo de la paz que tanto ansias. ¿Hay algo que quieras confesar en esta última hora?

Caffran no respondió. Zweil siguió abrazándolo, con las manos y los brazos cubiertos de su sangre.

—Escucho y comprendo los pecados que me has confesado —siguió diciendo Zweil con voz ronca—. Te absuelvo de ellos, lo mismo que de aquellos otros pecados que no hayas podido contarme. Es mi poder hacerlo, ya que soy un ayatani de la Sagrada Fe. El viento se ha llevado tus pecados, y la Santa te ha bendecido. Aunque ahora haya dolor, pronto cesará, ya que todo dolor acaba, y ascenderás sin sufrimiento desde el mundo mortal hasta el lugar que el Dios Emperador de la Humanidad ha preparado para ti delante del Trono Dorado de Terra. Te hago entrega de estos últimos ritos en libertad y de buena fe…



Décima parte

Unos puñeteros guardias imperiales en condiciones

1

Exactamente veinte días después de que la oleada inicial de asaltos desembarcara en Gereon, llegaron las primeras órdenes de relevo. Las unidades de primera línea que llevaban en tierra desde el primer día fueron retiradas o sustituidas por brigadas de refresco procedentes de la flota de transportes. Se desplegó un cuarto de millón de guardias imperiales en el terreno. Los exhaustos soldados a los que relevaban fueron volviendo poco a poco a los campamentos base y luego transportados a la flota.

La TA 137 fue retirada poco antes de media mañana del vigésimo día, y acompañó a una división krassiana en el camino de regreso. Los krassianos habían sufrido tremendas pérdidas durante los combates que se habían librado entre el sexto y el decimocuarto día de la liberación en el corazón del K'ethdrac'att Shet Magir.

La TA 137 recorrió caminando en un solo día los catorce kilómetros que habían tardado veinte días en cruzar combatiendo a través de la ciudad destrozada, bajo un cielo lleno de humo. En el camino de vuelta se cruzaron con los recién llegados.

Había bandas de regimientos tocando marchas y los estandartes se alzaban bien altos. Los que acababan de llegar iban muy limpios, con un aspecto saludable. Vitoreaban y aplaudían en cuanto veían a los soldados que se retiraban. Éstos se esforzaban por devolverles los saludos.

Dalin se preguntó si los que acababan de llegar sabían en lo que se estaban metiendo. Se preguntó si debería pararse y hablar con ellos sobre lo que había visto y lo que había aprendido. Quedaban muchas batallas por librar.

Decidió seguir caminando, porque estaba convencido de que Sobile le pegaría un tiro si empezaba a contarle a la gente la mierda que le esperaba. Era malo para la moral. Además, nadie se había preocupado de avisarlo a él.

Llegaron a un punto de dispersión en la costa y esperaron tres aburridos días más en el campamento del Munitorum a que los sacaran de allí. Hacía calor y estaba lleno de polvo, pero al menos había comida fresca y agua limpia. El personal del Munitorum se encargaba de un soldado por turno y llenaban formularios y auditorías.

Dalin estuvo durmiendo en una de las mugrientas tiendas compartidas que había a lo largo de la muralla marina, tendido en un saco de dormir que habían utilizado otras cincuenta personas antes que él. Le resultó difícil dormir porque estaba

demasiado tenso. Aunque lo intentó, ni su mente ni su cuerpo quisieron relajarse. Se preguntó si toda aquella tensión desaparecería alguna vez. Le dio la impresión de que no sería así. Lo que le parecía es que se iba a pasar el resto de su vida a dos latidos del corazón de ponerse a cubierto y empezar a disparar. Ese instinto se le había quedado grabado. Cada ruido extraño que oía fuera de la tienda le hacía alargar la mano en busca de su rifle.

Cuando lograba dormir, se trataba de un sueño intranquilo. Las pesadillas lo acosaban, aunque no lograba recordar los detalles cuando se despertaba. Los heridos también pasaban por aquel campamento, y de noche se oían sus gemidos y sus gritos procedentes de los hospitales de campaña.

Al tercer día los enviaron a una fila de naves de desembarco que esperaban en la colina que dominaba la costa.

• • • • •

La nave de desembarco los llevó por encima de la bahía. Dalin vio a través de las gruesas portillas blindadas el mar muy por debajo de ellos, muy parecido a una placa de cristal astillada. Vio también cómo retrocedía la ciudad. La ciudad enemiga. El cadáver de una ciudad. Después, desapareció en la lejanía y le dio la impresión de que todo Gereon había quedado reducido a un lugar de polvo y humo donde no quedaba nada sólido.

Se durmió en el asiento. La cabeza le daba golpes y bandazos contra el reposacabezas cada vez que la nave saltaba. Esta vez no soñó. Esta vez, su mente cayó por el borde de alguna clase de precipicio y se desplomó hacia la nada.

Subieron desde el hangar en una de las plataformas hidráulicas a través de las cubiertas del transporte. La mayoría de ellos se sentaron en el suelo metálico, con el equipo y las armas pegados al pecho y los capotes para el frío echados sobre los hombros. La temperatura del interior de la nave era como mínimo ocho grados más baja que en la superficie. El aire tenía un regusto metálico y químico.

Sobile estaba de pie, apartado de los demás, en el borde de la plataforma elevadora, con las manos cogidas a la espalda y contemplando pasar las gruesas vigas de refuerzo de las cubiertas. Por el pozo de la plataforma bajaba una fuerte corriente de aire. Se oía mucho ruido procedente de las cubiertas de reparaciones. Voces, maquinaria, herramientas, metal contra metal. Dalin vio una fila de cincuenta tanques de batalla Leman Russ preparados para ser transportados. Veintitrés días antes, aquel espectáculo lo hubiera emocionado. Se esforzó por recordar cómo era él veintitrés días antes, pero lo único que se le venía a la mente era otro cadáver joven boca abajo sobre el polvo blanco de K'ethdrac.

Al llegar al nivel de la quinta cubierta, bajaron a la zona de dispersión. Los

oficiales del Munitorum pululaban por el lugar separando soldados y efectuando comprobaciones. Aquel espacio estaba repleto de gente y las conversaciones resonaban por doquier. De los conductos de ventilación inferiores salían vaharadas de vapor.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Dalin sosteniendo la chapa que le habían colocado en el cuello—. ¿Qué quiere decir esto?

Los oficiales del Munitorum que pasaban por delante ni le hicieron caso.

—¡Compañía, a formar! —gritó Kexie—. ¡A paso ligero!

Lo que quedaba de la TA 137 se reunió en una fila en mitad de la cubierta. No era un espectáculo muy impresionante. Todos y cada uno de ellos estaban más sucios de lo que Dalin se imaginaba que podían llegar a estar. Apestaban. Tenían el equipo destrozado.

—Firmes, firmes, agh —les ordenó Kexie mientras recorría la penosamente corta fila. Él mismo no tenía mucho mejor aspecto que sus hombres.

Sobile había estado hablando mientras tanto con algunos oficiales del Munitorum. Se acercó y se puso frente a ellos.

Alzó una placa de datos y comenzó a leerla.

—Atención. Por la presente, la orden promulgada el día 777.M41 de activación de todas las unidades de reserva queda anulada. Este destacamento, que recibió el nombre de Táctica Activada 137, es decir, TA 137, queda disuelto y los individuos que lo componen deben regresar a sus divisiones o regimientos originales. Así pues, sois libres de regresar a vuestras unidades. Toda vinculación con los destacamentos del RIP queda resuelta.

Sobile bajó la placa de datos y los miró con expresión indiferente.

—No creo que sea buena idea. Empezasteis como idiotas y seguís siendo idiotas. La gente como vosotros deshonra la orgullosa tradición de la Guardia Imperial. Jamás he ido al combate con unos soldados tan poco adecuados. En mi opinión, deberíais permanecer en el RIP el resto de vuestras puñeteras vidas. Sois basura. Me alegro de lavarme las manos respecto a vosotros. —Miró a Kexie—. Eso es todo, sargento. Continúe.

—¡Saluden! —bramó Kexie.

Saludaron. Sobile los miró un momento más y después se dio la vuelta para marcharse.

Bajaron las manos.

Kexie se quedó delante de ellos, mordiéndose el carrillo por dentro. Abrió y cerró las manos, como si se imaginase que tenía a *Saroo*. Su vara estaba metida en un casillero en algún lugar, esperándolo, esperando para dar la bienvenida al siguiente destacamento del RIP.

Los observó, pasando la mirada de uno a otro. Dalin no se había fijado en que Kexie fuera tan mayor. Quizá era la suciedad que le cubría las arrugas.

Dejó escapar un leve suspiro y los saludó.

El saludo fue firme y respetuoso. Todos respondieron con otro saludo de forma instintiva. Dalin sintió algo húmedo y caliente en las mejillas, y se dio cuenta de que eran lágrimas.

—Agh —dijo Kexie con una media sonrisa—. Unos puñeteros guardias imperiales en condiciones.

Bajó la mano y se marchó.

• • • • •

Al quedarse solos, la fila se fue deshaciendo poco a poco. Algunos se sentaron en el suelo. Otros se marcharon por ahí. Cajón fue uno de los que se sentó. Dejó a su lado el arma y el equipo, inclinó la cabeza y se echó las manos a la nuca. Dalin se dio cuenta de que el cabello le había crecido. Ya se le veía menos la piel del cráneo.

—A la mierda todo esto —dijo Wash. Ladrillero soltó una breve risa—. A la mierda todo esto y a la mierda vosotros —siguió diciendo Wash—. Os veo en el Sótano.

Recogió su equipo y se largó.

Dalin recogió su rifle y se lo echó al hombro izquierdo. Agarró la mugrienta mochila con la mano derecha.

—Nos vemos, Cajón —le dijo.

Cajón levantó la cabeza y lo miró.

—Sí, nos vemos.

—¡Santurrón! —llamó a Dalin mientras se alejaba.

—¿Sí?

—Lo logramos.

—¿Qué logramos?

—Lo que fuese. Lo logramos. Estamos vivos.

—Lo dices como si fuera algo bueno —le contestó Dalin.

Luego cruzó la cubierta buscando una puerta. Había recorrido bastante trecho cuando se dio cuenta de algo y se dio la vuelta. Para entonces, Cajón ya había desaparecido.

—¿Qué estás buscando?

Dalin se dio la vuelta. Era Merrt, que lo estaba observando.

—Estaba buscando a Cajón.

—¿Por qué?

—Porque de repente, me di cuenta de que no sé cuál es su verdadero nombre.

Merrt negó con la cabeza, sorprendido.

—¿Sabes qué? —le dijo Dalin—. Todo esto, todo lo que hemos pasado, y no creo que ninguno de nosotros haya aprendido una mierda.

—Lo has hecho —le contradijo Merrt—. Lo que ocurre es que todavía no te has dado cuenta. Vamos.

—¿Adonde?

—Se supone que tenemos que regresar con nuestras unidades —le recordó Merrt —. Deberías venir conmigo.

—¿Por qué?

—¿Don… don… dónde ibas a ir si no?

Dalin caminó por la bulliciosa cubierta al lado del soldado tanith.

—Eh —le dijo de repente Merrt—. ¿Ésa no es…?

Dalin vio a través de la marea de gente que tenían delante a alguien esperando. Era una mujer, alta y delgada, vestida con un uniforme de combate de color oscuro y con la insignia de sargento.

—Sí —contestó Dalin.

—Considérate afortunado —le dijo Merrt—. Mi madre nunca vino a esperarme a la cubierta de dispersión.

Dalin asintió, pero no se sintió especialmente afortunado. Tona Criid lo vio mientras se acercaba y empezó a caminar hacia él. Dalin reconoció la mirada en los ojos de su madre y se sintió menos afortunado todavía que unos momentos antes.

—¿Mamá? —dijo con un susurro.

Tenía la garganta seca y deseó con todas sus fuerzas que la cantimplora no estuviese vacía.

Ella tenía algo en la mano.

Era una insignia de gorra de Tanith.